Tom Clancy

Con la colaboración de
Steve Pieczenik



Juegos de Estado

(Op-Center III)

Editorial Sudamericana

TOM CLANCY & STEVE PIECZENIK

JUEGOS DE ESTADO

— oOo —

1

Jueves, 9.47 hs. Garbsen, Alemania

Pocos días antes, Jody Thompson, de veintiún años, no sabía lo que era la guerra.

En 1991 la chica había estado demasiado preocupada con los muchachos, el teléfono y el acné como para prestar demasiada atención a la Guerra del Golfo. Lo único que recordaba eran imágenes televisivas de potentes luces blancas que atravesaban el verde cielo nocturno, y haber escuchado que se disparaban misiles Scud en Israel y Arabia Saudita. No la enorgullecía recordar tan pocas cosas, pero las chicas de catorce años tienen prioridades acordes a su edad.

Vietnam pertenecía a sus padres, y todo lo que sabía de Corea era que durante su primer año de secundaria los veteranos habían obtenido por fin un monumento conmemorativo.

La Segunda Guerra Mundial era la guerra de sus abuelos. Pero, por raro que parezca, ésa sería la guerra que llegaría a conocer mejor.

Cinco días antes Jody había dejado atrás a dos padres apenados, un hermanito extático, un novio y una triste perra spaniel llamada Ruth para volar desde Rockville Center, Long Island, rumbo a Alemania, para participar en la película Tirpitz. Hasta el momento en que se sentó en el avión con el guión en la mano Jody no sabía casi nada de Adolf Hitler, el Tercer Reich o el Eje.

Ocasionalmente su abuela hablaba reverentemente del presidente Roosevelt, y de vez en cuando su abuelo decía algo respetuoso acerca de Truman, cuya bomba A lo había salvado de ser asesinado cruelmente en un campo de prisioneros en Tailandia. Un campo donde le había mordido la oreja a un hombre que lo estaba torturando. Cuando Jody le preguntó a su abuelo por qué había hecho eso, y si al hacerlo no había empeorado aún más las cosas, el amable anciano le respondió: “Algunas veces haces simplemente lo que tienes que hacer.”

Aparte de eso, la única vez que Jody había visto algo de la guerra fue por televisión, en un documental A amp;E rumbo a MTV.

Ahora Jody estaba tomando un curso acelerado sobre el caos que había dominado al mundo. Odiaba leer; los artículos de la TV Guide la aburrían antes de llegar a la mitad. Pero el guión de la coproducción norteamericano-alemana la había impactado. No eran sólo barcos y ametralladoras, como había temido. Aquí se trataba de gente. Gracias al guión supo que cientos de miles de marineros habían prestado servicio en las heladas aguas del Ártico, y también que decenas de miles de marineros se habían ahogado allí. Conoció la existencia de Tirpitz, la nave melliza del Bismarck, a la que llamaban “el terror de los mares”. Supo que las fábricas con base en Long Island habían cumplido un rol fundamental construyendo aviones de guerra para los Aliados. Y también supo que muchos soldados habían sido jóvenes como su novio, y que habían sentido tanto miedo como Dennis en la misma situación.

Y desde que llegó al estudio, Jody había visto cobrar vida al poderoso guión.

Hoy, en un chalet en Garbsen, en las afueras de Hannover, había observado las escenas en que un oficial de la SA destituido abandona a su familia para exonerarse a sí mismo en un acorazado

alemán. Había visto los asombrosos efectos especiales del ataque de los Lancaster de la RAF contra el acorazado en Tromsofjord, Noruega, en 1944, un operativo que sepultó a un millar de tripulantes. Y aquí, en el remolque de utilería, había tocado verdaderas piezas de aquella guerra.

A Jody todavía le resultaba difícil creer que semejante locura hubiera ocurrido de verdad, aun cuando las evidencias estaban desparramadas en las mesas ante sus ojos. Se trataba de una formación sin precedentes de medallas, disparadores, golillas, charreteras, armas de toda clase y recuerdos importantes prestados por coleccionistas privados de Europa y los Estados Unidos. En los estantes se preservaban cuidadosamente mapas con tiras de cuero, libros militares y lapiceras a fuente de la biblioteca del general Feldmarschall von Harbou, prestados por su hijo. En un archivo había fotografías del Tirpitz tomadas por aviones de reconocimiento y submarinos enanos, y en una caja de vidrio especial había un fragmento de una de las bombas Tallboy, de doce mil libras, que habían destruido el barco. La oxidada esquirla de seis pulgadas iba a ser usada como imagen de fondo para los créditos al final de la película.

El aceite podía manchar las reliquias, y por eso la alta y estilizada morena se limpió las manos en su camiseta de la Escuela de Artes Visuales antes de tomar la daga Sturmabteilungen auténtica que había venido a buscar. Sus grandes ojos oscuros fueron desde la vaina metálica bañada en plata hasta la empuñadura marrón. En un círculo cerca de la punta se veían dos letras plateadas: SA. Debajo, el águila alemana y la esvástica. Aferrando la empuñadura, desenvainó lentamente el arma de nueve pulgadas para examinarla.

Era horrible y pesada. Jody se preguntó con cuántas vidas habría acabado. A cuántas mujeres habría dejado viudas. Cuántas madres habrían llorado por su causa.

Le dio vuelta con aprensión. En uno de los lados estaban grabadas en negro las palabras Alles für Deutschland. Cuando Jody vio la daga por primera vez la noche anterior, durante los ensayos, un veterano actor de reparto alemán le había dicho que eso significaba "Todo por Alemania".

Para vivir en Alemania en aquella época —había dicho el hombre— uno estaba obligado a entregarle absolutamente todo a Hitler. La fábrica, la propia vida, la humanidad.

Se había inclinado para acercarse más a ella:

—Si tu amante insinuaba algo en contra del Reich, tenías que traicionarla. Y lo que es peor, tenías que sentirte orgulloso de haberla traicionado.

—¡Thompson, el cuchillo!

La atronadora voz del director Larry Lankford arrancó a Jody de sus reflexiones. Envainó rápidamente la daga y corrió hacia la puerta del remolque.

—¡Lo siento! —gritó—. ¡No sabía que estabas esperando! Saltó los escalones, pasó corriendo junto al guardia y dio la vuelta al remolque.

—¿Cómo que no sabías? —aulló Lankford—. ¡Estamos esperando a un ritmo de dos mil dólares por minuto!

El director levantó la barbilla de su corbatín rojo y comenzó a dar palmadas.

—Treinta y tres dólares —dijo con la primera palmada—, sesenta y seis, noventa y nueve dólares...

—Ya voy... —Jody estaba sin aliento.

—... ciento treinta y dos...

Jody se sintió una tonta por haberle creído al director asistente Hollis Arlenna, quien le había dicho que Lankford no estaría listo para filmar otra toma en los próximos diez minutos. Un asistente de la producción le había advertido que Arlenna era un hombrecito dueño de un gran ego, que alimentaba empequeñeciendo a los demás.

Al ver acercarse a Jody, el director asistente se interpuso entre ella y el director. Respirando con dificultad, Jody se detuvo y le tendió la daga. El hombrecito evitó sus ojos, dio media vuelta y corrió los pocos metros que lo separaban del director.

—Gracias —dijo Lankford amablemente cuando el joven le entregó el arma blanca.

Mientras el director le mostraba a su actor cómo entregarle la daga. El, su hijo, el director asistente se alejó sigilosamente de ambos. No miró a Jody, pero se detuvo muy cerca de donde ella estaba parada.

¿Por qué no estoy sorprendida?, pensó.

Sólo nueve días fuera de la escuela, y luego de menos de una semana filmando, Jody ya sabía cómo funcionaba la industria del cine. Si eras astuto y ambicioso, la gente trataba de que parecieras estúpido y torpe para que no te convirtieras en una amenaza. Y si reaccionabas, los demás se distanciaban de ti. Probablemente era lo mismo en todas partes, aunque la gente del cine aparentemente había hecho de eso una suerte de arte rastrero.

Mientras Jody regresaba al remolque de utilería, pensó cuánto extrañaba el sistema de respaldo que habían tenido ella y sus amigos en Hofstra. Pero aquello era la escuela y esto era el mundo real. Quería ser directora de cine, y había tenido suerte al conseguir esta participación. Estaba decidida a salir de esto más fuerte y más sabia. Y tan trepadora como los demás... si eso era lo necesario para sobrevivir.

Cuando llegó al remolque, el anciano guardia alemán le guiñó el ojo para animarla.

—Estos brutos no pueden gritarles a las estrellas, por eso te gritan a ti —le dijo—. Yo no me preocuparía por tan poco.

—Yo tampoco, señor Buba —mintió Jody, sonriendo.

Tomó la pizarra colgada sobre el remolque. Allí estaba adherida una lista de las escenas que iban a rodarse ese día donde se detallaba la utilería necesaria para cada una.

—Si esto es lo peor que puede ocurrirme mientras esté aquí, sobreviviré.

El señor Buba le devolvió la sonrisa y Jody trepó los escalones.

Hubiera matado por fumar un cigarrillo, pero estaba prohibido hacerlo en el remolque y no había tiempo para fumar afuera. Tuvo que admitir que hubiera matado por mucho menos en ese instante. Por ejemplo, para sacarse a Hollis de las espaldas.

Antes de llegar al umbral, Jody se detuvo repentinamente y escrutó la distancia.

—Señor Buba —dijo—, creo que vi a alguien en el bosque. El guardia se puso en puntas de pie y miró a lo lejos.

—¿Dónde?

—Aproximadamente a un cuarto de milla. Todavía no han comenzado a filmar, pero no quisiera ser uno de ellos si llegan a arruinarle la toma a Lankford.

—Tampoco yo —dijo Buba sacando el walkie-talkie de su cinturón—. No sé cómo pudieron entrar, pero pediré que alguien los intercepte.

Mientras él pasaba el informe, Jody regresó al remolque. Trató de olvidarse de Lankford y sus reprimendas irónicas al volver a ese mundo más oscuro, un mundo donde los tiranos llevaban armas, no guiones de películas, y atacaban naciones en lugar de practicantes.

2

Jueves, 9.50 hs. Hamburgo, Alemania

Paul Hood se despertó de golpe cuando el enorme jet carreteó a los tumbos por la pista dos del aeropuerto internacional de Hamburgo.

—¡No...! —gritó algo en lo más profundo de su ser.

Con la cabeza apoyada contra la cortina recalentada por el sol, Hood mantuvo los ojos cerrados y trató de aferrarse al sueño.

Sólo un poquito más.

Pero los motores rugieron para disminuir la velocidad del avión y ese rugido acabó con lo poco que quedaba del sueño. Un momento después Hood ni siquiera podía recordar el sueño, excepto que había sido profundamente satisfactorio. Con un bostezo silencioso, Hood abrió los ojos, estiró los brazos y las piernas y se rindió frente a la realidad.

El enjuto director del Centro de Operaciones, de cuarenta y tres años de edad, se sentía embotado y dolorido después de ocho horas de vuelo. En el Centro de Operaciones un vuelo como éste era considerado "corto"... y no precisamente porque lo fuera. Los llamaban así porque se quedaban cortos para alcanzar el límite de las trece horas, que era el tiempo de vuelo mínimo requerido para que un funcionario de gobierno pudiera comprar un espacioso asiento en clase ejecutiva. Bob Herbert estaba convencido de que Japón y Oriente Medio recibían tanta atención por parte del gobierno de los Estados Unidos porque a los diplomáticos y hombres de negocios les gustaba volar en gran estilo. Y había predicho que el día en que los vuelos de veinticuatro horas proporcionaran un asiento de primera clase a un funcionario, Australia se convertiría en el próximo campo de batalla comercial o político.

Pero por más agarrotados que estuvieran sus músculos, al menos, se sentía descansado. Bob Herbert tenía razón. El secreto para dormir en los aviones nada tenía que ver con el hecho de reclinar el asiento. Él no había reclinado el suyo y sin embargo había dormido maravillosamente bien. La clave era el silencio, y sus tapones para oídos habían funcionado perfectamente.

Hood frunció el entrecejo mientras se enderezaba en su asiento. Hemos venido a Alemania invitados por el ministro del Exterior Hausen para mirar millones de dólares en equipos de alta tecnología, y apenas cincuenta centavos de siliconas fabricadas en Brooklyn me hacen un hombre feliz. Tenía que haber una ética en eso.

Hood se quitó los tapones. Al deslizarlos en su estuche plástico, trató de atrapar por lo menos la satisfacción que había sentido en sueños. Pero hasta eso había desaparecido. Hood levantó la cortina de la ventanilla y entrecerró los ojos por la brillante luz del sol.

Sueños, juventud y pasión, pensó. Las cosas más deseables siempre se desvanecían. Tal vez por eso fueran tan deseables. En cualquier caso, se dijo, ¿de qué demonios tenía que quejarse él? Su esposa y sus hijos eran felices y saludables y los amaba tanto como a su trabajo. Eso era más de lo que tenía mucha gente.

Molesto consigo mismo, se inclinó hacia Matt Stoll. El corpulento oficial de Apoyo de Operaciones del Centro de Operaciones estaba sentado en el asiento del pasillo a la derecha de Hood. Acababa de quitarse los auriculares:

—Buen día —dijo Hood.

—Buen día —respondió Stoll mientras enganchaba los auriculares en el respaldo del asiento. Miró su reloj y luego giró su enorme cabeza de muñeco Kewpie hacia Hood.

—Llegamos veinticinco minutos antes —dijo con su entonación precisa y rápida—. Realmente quería escuchar el ciclo Rock in ’68 por novena vez.

—¿Eso es todo lo que hiciste durante ocho horas? ¿Escuchar música?

—Tuve que hacerla —le espetó Stoll—. A los treinta y ocho minutos tocaba Cream, y luego los Coswills y Steppenwolf. Es como la bellísima fealdad de Quasimodo... “Indian Lake” como el fiambre entre dos suculentos panes: “Sunshine of Your Love” y “Born to Be Wild”.

Hood sólo atinó a sonreír. Se resistía a admitir que le gustaban los Coswills en la adolescencia.

—De todos modos —prosiguió Stoll— esos tapones para oídos que me dio Bob se me caían de la cabeza. Ustedes se olvidan de que nosotros, la gente corpulenta, transpiramos más que ustedes... la gente delgada.

Hood miró por encima de la cabeza de Stoll. Al otro lado del pasillo, el entrecano oficial de Inteligencia seguía durmiendo.

—Tal vez hubiera sido mejor que yo también me dedicara a escuchar música —dijo Hood—. Pero estaba soñando y...

—Olvidaste el sueño.

Hood asintió.

—Sé lo que se siente —afirmó Stoll—. Es como una baja de energía que se lleva toda la información de tu computadora. ¿Sabes lo que hago cuando me ocurre algo así?

—¿Escuchar música? —adivinó Hood.

Stoll lo miró asombrado.

—Por eso tú eres el jefe y yo no. Claro, yo escucho música. Es una actividad que asocio con los buenos tiempos. Me lleva directamente a un lugar mejor.

Desde el otro lado del pasillo, Bob Herbert afirmó con fuerte acento sureño:

—¿Yo? Sólo confío en los tapones de oídos para lograr paz mental.

Vale la pena mantenerse delgado para poder usarlos. ¿Te resultaron útiles, jefe?

—Son fantásticos —dijo Hood—. Me dormí antes de que pasáramos Halifax.

—¿No te lo dije? —preguntó Herbert—. Deberías usarlos en la oficina. La próxima vez que el general Rodgers se ponga pesado o Martha entre en uno de sus estados vociferantes, simplemente te los pones y finges escuchar.

Stoll intervino:

—Por algún motivo no creo que eso funcione. Mike dice más con el silencio que con las palabras, y Martha ha enviado sus arengas por correo electrónico a todas partes.

—Caballeros, más respeto hacia Martha —advirtió Hood—. Es muy buena en lo que hace y...

—Seguro —dijo Herbert—. Y sería capaz de arrastrarnos a la Corte por discriminación racial y sexual si insinuáramos lo contrario.

Hood no se molestó en retrucar. Lo primero que había aprendido de liderazgo durante sus dos mandatos como alcalde de Los Ángeles era que no se cambiaba la mentalidad de la gente discutiendo con ella. Simplemente había que callarse. Eso lo colocaba a uno por encima de la refriega y al mismo tiempo otorgaba un aura de dignidad. La única manera en que un oponente podía llegar a esas alturas era rindiendo parte de los terrenos bajos, lo que significaba un compromiso. Tarde o temprano todos se avenían a eso. Incluso Bob, aunque a él le había tomado más tiempo que a la mayoría.

Finalmente el jet se detuvo y colocaron la manga para permitir el descenso de los pasajeros.

—Diablos, es un mundo nuevo —dijo Herbert—. Supongo que necesitaremos tapones de oídos electrónicos. Si no escuchamos lo que no nos gusta, no corremos el riesgo de ser políticamente incorrectos.

—Se supone que la autopista informática sirve para abrir las mentes, no para cerrarlas —le espetó Stoll.

—Sí, bueno, yo soy de Filadelfia, Mississippi, y allí no tenemos autopistas. Sólo tenemos caminos sucios que se inundan en primavera, y todos nos esmeramos para limpiarlos.

Apagaron la señal de ajustarse los cinturones y todos se pusieron de pie, con excepción de Herbert. Mientras la gente recogía su equipaje de mano, echó la cabeza hacia atrás con los ojos fijos en la luz ubicada justo encima del asiento. Habían pasado más de diez años desde que perdiera el uso de las piernas en el bombardeo a la embajada en Beirut, y Hood sabía que aún no había logrado tomar conciencia absoluta de su imposibilidad de caminar. Aunque ninguno de los que trabajaban con Herbert le daba importancia a su incapacidad, a él le desagradaba cruzar miradas con extraños. De todas las cosas que disgustaban a Herbert, la piedad encabezaba la lista.

—Sabes una cosa —dijo Herbert ansiosamente—, allá en casa, todos partían del mismo final del camino y trabajaban juntos. Las diferencias de opinión se salvaban tirando todos para el mismo lado. Si las cosas no funcionaban... se tiraba para otro lado y asunto concluido. Ahora —prosiguió—, no estás de acuerdo con alguien y te acusan de odiar a cualquier minoría a la que ese alguien pudiera pertenecer.

—El oportunismo golpea a nuestra puerta —aseguró Stoll—. Es el nuevo sueño americano.

—En algunos casos —señaló Hood—. Sólo en algunos casos. Después de que abrieron la puerta y se vació el pasillo, ingresó una azafata alemana con una silla de ruedas de la aerolínea. La silla de Herbert, con teléfono celular y laptop incluidos, había sido enviada como equipaje.

La joven azafata acercó la silla a Herbert. Se inclinó por encima de los apoyabrazos y le ofreció una mano, que él rechazó. —No es necesario —masculló entre dientes—. Vengo haciendo esto desde que usted estaba en la escuela primaria.

Con sus brazos poderosos, Herbert se elevó por encima del apoyabrazos y se dejó caer sobre el asiento de cuero. Dejando atrás a Hood y Stoll, que buscaban sus equipajes de mano, atravesó el pasillo hasta la cabina por sus propios medios.

El calor del verano de Hamburgo inundaba la manga de descenso, pero era suave comparado con las temperaturas que habían dejado atrás, en Washington D.C. Entraron a la terminal bulliciosa y refrigerada, donde la azafata los presentó a un funcionario gubernamental que Lang había enviado para que los ayudara con los trámites de aduana.

Cuando la azafata dio media vuelta para irse, Herbert la aferró por la muñeca.

—Lamento haberla importunado —dijo—. Pero éstos y yo —dijo palmeando los apoyabrazos— somos viejos amigos.

—Comprendo —dijo la joven—. Y yo lamento haberlo ofendido.

—No me ofendió —dijo él. En absoluto.

La mujer partió con una sonrisa mientras el funcionario gubernamental se hacía cargo de ellos. Les informó que una limusina los estaba esperando para trasladarlos al hotel Alster-Hof junto al lago en cuanto pasaran por la aduana. Luego les indicó el camino, y se quedó atrás mientras Herbert atravesaba la terminal en su silla de ruedas, hasta llegar a la ventana que daba a la trajinada Paul Baumer Platz.

—Bueno —dijo Herbert—, creo que es una maldita ironía.

—¿Qué cosa? —preguntó Hood.

—Que no tenga nada en común con mi propia gente, y que en este aeropuerto que los Aliados bombardearon e hicieron pedazos junto con la mitad de Hamburgo me haga amigo de una azafata y me prepare para trabajar con hombres que le dispararon a mi padre en las Ardennes. Lleva un poco de tiempo acostumbrarse.

—Tal como tú mismo dijiste —remarcó Hood—, es un mundo nuevo.

—Sí —dijo Herbert—. Nuevo y difícil para mí. Pero me acostumbraré a esto, Paul. Que Dios me ayude desde el cielo, claro que lo haré.

Tras decir esto, Herbert prosiguió la marcha. Pasó en medio de norteamericanos, europeos y japoneses... y Hood estuvo seguro de que todos ellos, sin excepción, estaban corriendo la misma carrera a su manera.

3

Jueves, 9.59 hs., Garbsen, Alemania

Werner Dagover frunció los labios con disgusto cuando, al dar la vuelta a la colina, vio a la mujer sentada tras el árbol.

Eso sí que estuvo bien, un gran trabajo del equipo de vigilancia del camino, pensó, permitir que alguien se infiltre. Hubo una época en Alemania en que se destruían carreras por deslices como éste.

Mientras se acercaba cautamente a la intrusa, el guardia de seguridad de sesenta y dos años de edad y vientre prominente recordó un episodio de su infancia, cuando él tenía apenas siete años y su tío Fritz fue a vivir con ellos. Maestro talabartero de la escuela de caballería del Ejército, Fritz Dagover era el oficial de mayor rango a cargo cuando un instructor deportivo del Ejército, borracho, robó del establo el caballo de un general-mayor. Lo había "tomado prestado" sólo para una cabalgata nocturna... pero al caballo se le quebró una pata. Aunque el instructor había cometido la infracción sin conocimiento de Fritz, ambos hombres fueron a la corte marcial y, tras un brevísimo juicio, los exoneraron deshonrosamente. Y a pesar de que la mano de obra civil era escasa durante la guerra y el tío Fritz era un talabartero eficaz, le fue imposible conseguir trabajo. Acabó con su vida siete meses después, bebiendo cerveza mezclada con arsénico de su cantimplora.

Es verdad, reflexionó Werner, que grandes males se cometieron durante los doce años del Reich. Pero se le otorgaba muchísimo valor a la responsabilidad personal. Al purgar todos los hechos del pasado también hemos echado por la borda la disciplina, la ética en el trabajo y muchas otras virtudes.

Actualmente eran pocos los guardias dispuestos a arriesgar sus vidas por un salario semanal. Si su presencia en un estudio cinematográfico, una fábrica o un gran almacén no resultaba disuasiva... mala suerte para los empleadores. El hecho de haber aceptado el trabajo carecía de importancia para la mayoría de los guardias.

Pero sí le importaba a Werner Dagover, de Sichern. El nombre de la compañía con sede principal en Hamburgo significaba "seguridad". Ya fuera una mujer que interrumpía accidentalmente una toma o una banda de facinerosos celebrando el cumpleaños de Hitler durante esta insidiosa semana de los Días de Caos, Werner se ocuparía de que su ronda fuera eficaz.

Luego de notificar al control que había una mujer en el bosque, aparentemente sola, Werner apagó su walkie-talkie. Enderezó los hombros, se aseguró de que su placa estuviera derecha y empujó algunos cabellos rebeldes debajo de la gorra. Durante sus treinta años como oficial de la policía de Hamburgo había aprendido que uno no puede hacer gala de autoridad si no parece autoritario.

Como guardia principal de Sichern para este operativo, Werner se había posicionado en el remolque de comando situado en el camino principal del pueblito. Apenas recibió la llamada de Bernard Buba, cubrió en motocicleta el cuarto de milla que lo separaba del equipo cinematográfico y estacionó junto al remolque de utilería. Desde allí se abrió camino tratando de pasar desapercibido

entre la gente, pasó la colina y se dirigió resueltamente hacia los veinte acres de bosque. Más allá del bosque había otro camino donde se suponía que los guardias de Sichern vigilaban para impedir el paso de observadores de pájaros, curiosos dispuestos a acampar, o simplemente mujeres como ésta.

Al aproximarse al árbol, de espaldas al sol, Werner tropezó con una cáscara de nuez. La esbelta joven se levantó de un salto y giró la cabeza. Era alta, de pómulos aristocráticos, con una nariz fuerte y ojos que parecían oro líquido bajo la brillante luz del sol. Llevaba puesta una blusa blanca floja, jeans y botas negras.

—¡Hola! —dijo, casi sin aliento.

—Buen día —respondió Werner.

El guardia se detuvo a dos pasos de la mujer. Tocó su gorra con la punta de los dedos.

—Señorita —dijo Werner—, están filmando una película al otro lado de la colina y debemos mantener el área despejada.

Extendió la mano hacia atrás y prosiguió:

—Si viene conmigo, puedo escoltarla hasta el camino principal.

—Por supuesto —dijo la mujer—. Lo siento. Me preguntaba qué estarían haciendo esos hombres en el camino. Pensé que tal vez se tratara de un accidente.

—En ese caso, hubiera escuchado las ambulancias —notó Werner.

—Sí, desde luego. —La joven se inclinó detrás del árbol—. Un momento, voy a recoger mi mochila.

Werner llamó a su control por el walkie-talkie y avisó que iba a escoltar a una mujer hacia el camino principal.

—Así que... una película —dijo la joven, echándose la mochila sobre el hombro izquierdo—. ¿Trabaja alguien famoso?

Werner estaba por decirle que no sabía casi nada de actores de cine cuando escuchó un crujir de hojas por encima de su cabeza. Levantó la vista justo para ver a dos hombres, vestidos de verde y con máscaras de esquí, saltando desde la rama más baja. El hombre más pequeño cayó frente a él, con una Walther P38. Werner no podía ver al hombre más alto a sus espaldas.

—No hable —le dijo el más pequeño—. Sólo entréguenos su uniforme.

Los ojos de Werner se dirigieron a la mujer, que estaba sacando un equipo Uzi plegadizo de la mochila. Su expresión era fría ahora, impasible ante la mirada piadosa de Werner. Se paró al lado del hombre armado, lo apartó con la rodilla y presionó la boca del arma contra la barbilla de Werner. Miró el nombre bordado en el bolsillo del pecho.

—No queremos malentendidos, Herr Dagover —dijo—, y usted debe saber que matamos a los héroes. Quiero ese uniforme ahora.

Luego de un prolongado momento de vacilación, Werner desabrochó con desgano la hebilla de su cinturón. Apretó el walkie-talkie para intentar encenderlo, y luego dejó caer al suelo el pesado cinturón de cuero.

Mientras Werner comenzaba a desabrochar los grandes botones de bronce de su uniforme, la mujer se acuclilló y revisó el cinturón. Se le angostaron los ojos por la furia cuando retiró el walkie-talkie y lo dio vuelta.

La lucecita roja de “on” brillaba audazmente. Werner sintió cómo se le secaba la garganta.

Sabía que había corrido un gran riesgo al encender el aparato para que el control pudiera escuchados. Pero algunas veces este trabajo implicaba correr riesgos, y no lamentaba haberlo hecho.

La mujer presionó el botón de "off" con el pulgar. Luego deslizó su mirada de Werner al hombre situado tras él. Asintió una vez.

Werner Dagover jadeó cuando el hombre deslizó dos pies de alambre de cobre alrededor de su garganta y tiró con fuerza. Lo último que sintió fue un dolor desgarrante que le entumecía el cuello y bajaba por la columna vertebral...

El bajo y musculoso Rolf Murnau, de Dresde, en lo que fuera Berlín Este, estaba de pie muy a gusto junto al roble. El joven, de sólo diecinueve años, armado y atento, se encargaba de vigilar la colina que los separaba del emplazamiento de la filmación. Sostenía la Walther P38 en una mano, pero ésa era sólo su arma más evidente. La máscara de esquí que guardaba en el cinturón estaba bordeada de discos de goma, lo que la convertía en un garrote devastador e inesperado en la pelea. El pinche de sombrero oculto bajo el cuello de su camisa era perfecto para cortar gargantas. Sólo había que clavar de un golpe la punta afilada y deslizada rápidamente hacia un costado. Y el vidrio de su reloj pulsera se transformaba en un arma asombrosamente eficaz cuando se lo restregaba sobre los ojos del contrincante. El brazalete que llevaba en la muñeca derecha podía deslizarse sobre la mano y ser utilizado como nudillo de bronce en una pelea a puñetazos.

De vez en cuando, Rolf giraba la cabeza para asegurarse de que no había nadie en el camino. Claro que no había nadie. Tal como estaba planeado, él y los otros dos miembros de Feuer habían estacionado fuera del camino e ingresado cuando los guardias tomaban café durante un descanso, demasiado ocupados con su conversación como para advertir su presencia.

Los opacos ojos de Rolf estaban alerta, y apretaba con fuerza los labios delgados y pálidos. Eso también había sido parte de su entrenamiento. Había trabajado duro para controlar el parpadeo. Un guerrero debía esperar que el contrincante parpadeara para atacar. También había aprendido a mantener la boca cerrada durante los ejercicios. Un gruñido le informaría al oponente que el golpe había sido eficaz o que uno estaba luchando por mantenerse en pie. Y si la lengua estaba extendida, un puñetazo bajo la barbilla podía hacer que te la cortaras de un mordisco.

Rolf se sintió fuerte y orgulloso al escuchar los ruidos de las putas, los gays y los dueños del dinero al otro lado de la colina, en el set de filmación. Todos ellos morirían en las llamas de Feuer. Algunos perecerían hoy mismo, la mayoría un poco más tarde. Pero eventualmente, gracias a gente como Karin y el famoso Herr Richter, se cambiaría la visión mundial de Der Führer.

Una pelusa negra cubría la cabeza del joven, pero apenas alcanzaba a ocultar la esvástica rojo fuego grabada en su cráneo. La transpiración producto de media hora dentro de la máscara le daba al escaso cabello un brillo erizado e infantil. Las gotas de sudor también le caían sobre los ojos, pero él las ignoraba. Karin era muy severa en cuanto a las formalidades militares y desaprobaría que se secara la frente o se rascara. Solamente a Manfred le estaban permitidas esas libertades, aunque rara vez se las tomaba. Rolf disfrutaba la disciplina. Karin afirmaba que sin disciplina él y sus camaradas "serían eslabones sin cadena". Tenía razón. En el pasado, en bandas de tres o cuatro o cinco, Rolf y sus amigos habían atacado a enemigos individuales pero jamás a una fuerza opositora. Nunca habían luchado contra la policía o contra escuadrones antiterroristas. No sabían cómo canalizar su ira, su pasión. Karin iba a cambiar eso.

A la derecha de Rolf, detrás del roble, Karin Doring terminaba de sacarle el uniforme a Werner y el robusto Manfred Piper se lo calzaba. Cuando el cadáver quedó por fin en paños menores, la joven de veintiocho años lo arrastró por el suave césped hacia un pedregal. Rolf no le ofreció ayuda. Cuando habían terminado de revisar escrupulosamente el uniforme ella le había ordenado que montara guardia. Yeso era lo que estaba haciendo.

Por el rabillo del ojo, Rolf vio cómo Manfred se retorcía para ponerse el uniforme. El plan requería que Karin y uno de los dos hombres se acercaran al set de filmación, lo que significaba que uno de ellos debía parecer guardia de Sichern. Como el guardia había resultado ser un gordinflón, sus ropas hubieran lucido ridículas sobre el cuerpo de Rolf. Y así, aunque las mangas le quedaban cortas y el cuello demasiado ajustado, Manfred había obtenido el puesto.

—Ya comencé a extrañar mi rompevientos —dijo Manfred, mientras luchaba por abotonar la chaqueta—. ¿Viste cómo se preparó Herr Dagover para acercarse a nosotros?

Rolf sabía que Manfred no se estaba dirigiendo a él, de modo que no dijo palabra. Karin estaba ocupada escondiendo el cadáver de Werner en los pastos altos detrás del pedregal, así que tampoco respondió.

—La manera en que se ajustó la chapa y la gorra —prosiguió Manfred—, orgulloso de su uniforme, caminando tan erguido. Podría apostar que se crió en el Reich. Muy posiblemente como un Joven Lobo. Sospecho que seguía siendo uno de los nuestros en su corazón.

El cofundador de Feuer sacudió su gran cabeza rapada. Terminó con los botones y estiró lo más que pudo las mangas de la chaqueta.

—Es terrible que hombres de su jerarquía se acomoden a las circunstancias. Con un poco de ambición e imaginación podrían ser muy útiles a la causa.

Karin se puso de pie. No dijo nada mientras caminaba hacia la rama donde había colgado su arma y su mochila. No era charlatana como Manfred.

Sí, pensó Rolf, Manfred tiene razón. Werner Dagover probablemente era como ellos. Y cuando por fin llegara la tormenta de fuego encontrarían aliados en gente como él. Hombres y mujeres que no tendrían miedo de limpiar la tierra de los deficientes mentales y físicos, de la gente de otro color de los indeseables étnicos y religiosos. Pero el guardia había tratado de advertir a sus superiores, y Karin era incapaz de perdonar a los opositores.

Lo mataría a él si cuestionara su autoridad, y estaría en su derecho. Tal como le había dicho a un Rolf recién salido de la escuela y dispuesto a convertirse en soldado de tiempo completo, si alguien se te opone una vez, volverá a hacerlo. Y ése era un riesgo que ningún comandante debía correr.

Karin recogió su Uzi, lo deslizó dentro de la mochila, y camino hacia donde estaba Manfred. El hombre, de treinta y cuatro años, no era tan decidido ni había leído tanto como su compañera, pero estaba consagrado a ella. En los dos años que Rolf había estado en Feuer jamás los había visto separados. No sabía si era amor, protección mutua, o las dos cosas, pero envidiaba el vínculo que los unía.

Cuando Karin estuvo lista, se tomó un momento para entrar en el personaje de “chica de jolgorio” que había utilizado con el guardia. Luego miró hacia la colina.

—Vamos de una vez —dijo con impaciencia.

Rodeando con su enorme mano el brazo de Karin, Manfred la guió hacia el set de filmación.

Cuando se hubieron alejado, Rolf dio media vuelta y volvió trotando rumbo al camino principal para esperarlos.

4

Jueves, 3.04 hs., Washington, D.C.

Mientras observaba el montoncito de historietas apiladas sobre su cama, el general Mike Rodgers se preguntaba qué demonios había pasado con la inocencia.

Por supuesto que conocía la respuesta. Muere, igual que todas las cosas, pensó amargamente.

El subdirector del Centro de Operaciones, de cuarenta y cinco años de edad, se había despertado a las dos de la madrugada y le había resultado imposible volver a dormirse. Desde la muerte del teniente coronel Charles Squires durante una misión con su comando Striker, Rodgers pasaba las noches reconstruyendo mentalmente la incursión en Rusia. La Fuerza Aérea estaba encantada con el vuelo de bautismo de su helicóptero clandestino "Mosquito", y los pilotos habían hecho lo imposible por sacar a Squires del tren en llamas. Pero algunas frases claves de las declaraciones de los miembros del Striker seguían volviendo a su mente.

"...no deberíamos haber permitido que el tren subiera al puente... "

"...era cosa de apenas dos o tres segundos... "

"...la única preocupación del teniente coronel era sacar al prisionero del motor... "

Rodgers era veterano desde hacía veintisiete años, había recorrido Vietnam dos veces, comandado una brigada mecanizada en el Golfo Pérsico, y obtenido un Ph. D. en Historia Mundial. Comprendía demasiado bien que "la violencia es la esencia de la guerra", como afirmara Lord Macaulay, y que la gente moría en combate... algunas veces por millares. Pero nada de eso hacía más tolerable la pérdida individual de cada soldado. Particularmente cuando el soldado dejaba atrás una esposa y un hijo pequeño. Ellos apenas habían empezado a disfrutar la compasión, el humor, y —Rodgers sonrió al recordar esa vida demasiado breve— el savoir-faire único de Charlie Squires.

En vez de quedarse llorando en la cama, Rodgers había conducido desde su modesta vivienda estilo "ranch" hasta el 7-11 local. Iría a ver al compañero Billy Squires por la mañana y quería llevarle algo. Melissa Squires no aprobaba las galletitas ni los juegos de video para su hijo, así que las historietas parecían el mejor regalo. El niño adoraba a los superhéroes.

Los ojos color miel de Rodgers miraban sin ver mientras pensaba una vez más en su propio superhéroe. Charlie había sido un hombre que honraba la vida y la disfrutaba, pero no había vacilado en ofrecerla para salvar a un enemigo herido. Lo que había hecho los honraba a todos... no sólo a los exclusivos miembros del Striker y los setenta y ocho empleados del Centro de Operaciones, sino a todos y cada uno de los ciudadanos de la nación que Charlie amaba. Su sacrificio era un tributo a la compasión que siempre había destacado a esa nación.

Las lágrimas nublaron los ojos de Rodgers, y trató de distraerse hojeando por enésima vez las historietas.

Lo había sorprendido que las historietas fueran veinte veces más caras que cuando él las leía... 2,50 dólares en lugar de veinte centavos. Había salido con sólo un par de dólares en el bolsillo y tenido que cargar con el paquete. Pero lo que más le molestaba era que no podía distinguir los

buenos de los malos en la historieta. Superman tenía el cabello largo y mal carácter, Batman bordeaba la psicosis, Robin ya no era el atildado Dick Grayson sino un simple muchachón, y un sociópata fumador llamado Wolverine se divertía desgarrando a la gente de lado a lado con sus garfios.

Si Melissa desaprueba los Sweetarts, sin duda éstas no pasarán el desafío.

Rodgers arrojó al suelo el montoncito de historietas, junto a sus calzoncillos. No iba a darle esa porquería a un niño.

Tal vez debería esperar y comprarle un libro Hardy Boys, pensó, aunque no estaba totalmente seguro de querer saber en qué se habían convertido Frank y Joe. Probablemente los hermanos usaran aros en los labios, navajas y ademanes. Igual que Rodgers, su padre Feton era canoso prematuramente y cortejaría a una interminable sucesión de mujeres casaderas.

Demonios, decidió Rodgers. Me pararé en una juguetería y elegiré un personaje de acción. Eso, y tal vez un juego de ajedrez o algún video educativo. Algo para las manos y algo para la mente.

Rodgers se frotó la recta nariz con mirada ausente y buscó el control remoto. Se acomodó encima de las almohadas, encendió el televisor y navegó a través de infinitas películas nuevas, de vívidos colores e irremediablemente vacuas, y se adormeció al ritmo de viejas y también vacuas telenovelas. Finalmente sintonizó un canal de películas viejas donde estaban dando una de Lon Chaney Jr. como el Hombre Lobo. Chaney le estaba suplicando a un joven en un laboratorio que lo curara, que aliviara su sufrimiento.

—Sé cómo te sientes —murmuró Rodgers.

Sin embargo, Chaney era afortunado. Su dolor solía terminar con una bala de plata. En el caso de Rodgers, como en el de la mayoría de los sobrevivientes de guerras, crímenes o genocidios, el sufrimiento disminuía pero jamás terminaba. Era especialmente doloroso en las quietas horas de la noche, cuando las únicas distracciones eran el zumbido del televisor y la intrusión de los faroles de los automóviles que pasaban cerca. Como había advertido Sir Fulke Greville cierta vez en una elegía: “El silencio aumenta el pesar.”

Rodgers apagó el televisor y la luz. Acomodó las almohadas bajo su cabeza y se acostó boca abajo.

Sabía que no podía cambiar lo que sentía. Pero también sabía que no podía darse el lujo de rendirse a la tristeza. Había que pensar en la viuda y en el hijo, además de la penosa tarea de encontrar un nuevo comandante para el Striker, y tenía que dirigir el Centro de Operaciones durante el resto de la semana que Paul Hood pasaría en Europa. Y hoy sería un día de bajo rendimiento en el trabajo, lo que el abogado del Centro, Lowell Coffey II, había descrito acertadamente como “la bienvenida del zorro a la conejera”.

Durante la noche, en ese silencio, todo parecía siempre demasiado difícil de enfrentar. Pero entonces Rodgers pensó en la gente que no vivía lo suficiente para sentirse oprimida por las cargas de la vida, y esas mismas cargas le parecieron menos imponentes.

Pensando que él sí podía entender por qué un Batman de mediana edad o cualquier otro podía volverse un poco loco a veces, Rodgers flotó por fin en un sueño sin sueños...

5

Jueves, 10.04 hs., Garbsen, Alemania

Jody frunció la boca con disgusto cuando entró al remolque y echó un vistazo a la lista de utilería.

—Grandioso —murmuró por lo bajo—. Simplemente grandioso. La bienintencionada exasperación que había marcado su conversación con el señor Buba estaba teñida ahora de preocupación genuina. El ítem que necesitaba estaba colgado en el minúsculo baño del remolque de utilería. Tendría que realizar maniobras delicadísimas para llegar a él a través del laberinto de mesas y baúles. Pero así eran las cosas; Lankford grabaría la escena que estaba filmando después de la primera toma y proseguiría con la siguiente antes de que ella regresara.

Jody dejó la pesada pizarra encima de una mesa y puso manos a la obra. Aunque hubiera sido más rápido gatear debajo de las mesas, estaba segura de que alguien la sorprendería arrastrándose por el suelo. Al informarle que había obtenido este meritorio durante la ceremonia de su graduación, el profesor Ruiz le había advertido que Hollywood probablemente intentaría desalentar sus ideas, su creatividad y su entusiasmo. Pero también le había jurado que esas cualidades sanarían y regresarían con mayor ímpetu. Sin embargo, le había aconsejado no sacrificar jamás su dignidad. Él estaba convencido de que una vez rendida, la dignidad era imposible de recuperar, y por eso Jody caminó en lugar de gatear, abriéndose paso con destreza a través del laberinto de objetos.

Según la lista de vestuario, tenía que conseguir un uniforme de invierno reversible que había pertenecido a un marinero del Tirpitz. El uniforme en cuestión estaba colgado en el baño porque el ropero estaba lleno de armas de fuego. Las autoridades locales habían ordenado que se guardaran las armas en lugares cerrados, y el ropero era el único cubículo con llave.

Jody recorrió la ínfima distancia que la separaba del lavatorio.

Al lado se erguían un baúl pesadísimo y una mesa aún más pesada que el baúl, y apenas pudo abrir la puerta a medias. Se las ingenió para deslizarse dentro, pero la puerta se cerró tras ella y sintió nauseas. El olor a alcanfor era insoportable, peor que el del departamento de su abuela en Brooklyn. Respirando por la boca, Jody comenzó a revisar las cuarenta valijas de vestuario, mirando las etiquetas con detenimiento. Le hubiera gustado poder abrir la ventana, pero le habían puesto una reja metálica para disuadir a los ladrones. Llegar al cerrojo y levantar la reja sería difícil.

Maldijo en silencio. ¿Existe todavía algo más que pueda andar mal?, se preguntó con desazón creciente. Las etiquetas estaban escritas en alemán.

La traducción estaba en la pizarra y, con otra maldición muda y una creciente sensación de urgencia, empujó la puerta y salió del baño con dificultad. Mientras volvía a enfrentar el laberinto, Jody escuchó súbitamente el sonido de voces fuera del remolque. Se estaban acercando.

Al diablo el entusiasmo y la creatividad, profesor Ruiz, pensó.

Estaba segura de que su carrera iba a terminar en apenas veinte segundos.

La tentación de gatear era fuerte, pero Jody resistió. Cuando estuvo lo suficientemente cerca de la pizarra se inclinó hacia adelante, deslizó el dedo índice a través del agujero de la parte superior y la

atrajo hacia ella. Desesperada, comenzó a canturrear, fingiendo que estaba en la pista de baile y moviéndose como no se había movido desde la secundaria. Apenas estuvo de vuelta en el lavatorio y con la puerta cerrada, dejó la pizarra en el lavabo y comenzó a comparar frenéticamente las etiquetas de la ropa con la hoja de computadora pegada a la lista de escena.

6

Jueves, 10.07 hs., Garbsen, Alemania

El señor Buba giró la cabeza al oír las voces detrás del remolque.

—... soy una de esas personas que jamás han tenido suerte —decía una mujer. Su voz era ronca y hablaba a gran velocidad—. Si voy a una tienda, es justo después de que una estrella de cine ha estado allí. Si estoy en un restaurante, es el día anterior a que una celebridad cene allí. Los pierdo por minutos en los aeropuertos.

El señor Buba sacudió la cabeza. Pero... cómo había podido entrar esta mujer. Pobre Werner.

—Así que... aquí me ven —prosiguió la mujer, dando vuelta la esquina—. He venido a caer accidentalmente en un set de filmación, sólo a pocos metros de una estrella, y ustedes quieren impedirme que la vea.

El señor Buba los miró aproximarse. La mujer se detuvo exactamente frente a Werner, quien llevaba la gorra baja y tenía los hombros encogidos hacia adelante. Ella movía los brazos como si la frustración la hiciera bailar. El señor Buba tuvo ganas de decirle que no era gran cosa ver a una estrella de cine. Que las estrellas eran iguales a los demás, si los demás eran consentidos y odiosos.

Pero sentía lástima de la joven mujer. Werner era sumamente estricto con los reglamentos, pero tal vez pudieran flexibilizarlos de modo que la pobre señorita pudiera contemplar por fin a una estrella de cine.

—Werner —dijo su colega—, ya que esta mujer es ahora nuestra huésped, sinceramente no veo por qué no podríamos...

El señor Buba no pudo terminar la frase. Manfred pegó un salto desde detrás de la mujer y golpeó al guardia con la cachiporra de Werner. La madera negra se estrelló todo a lo largo contra la boca del señor Buba, y el guardia se ahogó con sangre y dientes mientras caía de espaldas contra el remolque de utilería. Manfred lo golpeó otra vez, sobre la sien derecha, volteando la cabeza del señor Buba hacia la izquierda. El guardia dejó de ahogarse. Se deslizó hasta el suelo y quedó allí, sentado, apoyado contra el remolque, la sangre corriéndole detrás del cuello y los hombros.

Manfred abrió la puerta del remolque, arrojó dentro la cachiporra ensangrentada de Werner, y trepó. Mientras lo hacía, un hombre del equipo de filmación gritó: "¡Jody!"

Karin apartó la vista del seto. Se arrodilló, tomó su mochila y sacó el Uzi.

El hombre, de baja estatura, sacudió la cabeza y se encaminó hacia el remolque.

—Jody, ¿qué demonios estás haciendo allí adentro, nuestra querida y próximamente ex meritoria?

Karin se paró y dio media vuelta.

El asistente de dirección se detuvo. Estaba a pocos metros de distancia.

—¡Eh! —dijo. Miró furtivamente hacia el remolque—. ¿Quién es usted? —Levantó el brazo y señaló—. ¿Ésa es una de nuestras armas de utilería? Usted no puede...

El confiado pup-pup-pup del Uzi tiró a Hollis Arlenna de espaldas, con los brazos extendidos y los ojos abiertos.

Apenas cayó al suelo, la gente comenzó a gritar y a correr. Ante los requerimientos de una joven actriz, un joven actor intentó abrirse paso hasta el asistente caído. Mientras avanzaba gateando hacia Arlenna, hacia Karin, una segunda ráfaga del Uzi hizo blanco contra la cabeza del actor. El joven se cerró sobre sí mismo. La joven actriz se estremeció y siguió estremeciéndose mientras observaba la escena detrás de una cámara.

El poderoso motor del remolque volvió a la vida. Manfred lo había puesto en marcha, ahogando los gritos del seto

—¡Vamos! —le gritó a Karin mientras cerraba la puerta de la cabina.

La joven mujer caminó de espaldas, protegida por su Uzi, hacia la puerta abierta del remolque. Impávida, entró de un salto, levantó la escalerilla rebatible y cerró la puerta.

Cuando Manfred hizo rugir el motor rumbo al bosque, el cadáver del señor Buba se deslizó suavemente al suelo.

7

Jueves, 10.12 hs., Hamburgo, Alemania

Jean-Michel pensó que era muy adecuado que su encuentro con el Líder, el autoproclamado Nuevo Führer, tuviera lugar en el distrito Sto Pauli de Hamburgo.

En 1682 se había erigido allí una iglesia dedicada a San Pablo, sobre las escarpadas orillas del Elba. En 1814 los franceses habían atacado y saqueado el tranquilo villorrio y nada había sido igual desde entonces. Se habían construido posadas, salones de baile y burdeles para las necesidades de los marineros recién llegados de los vapores, y hacia la mitad del siglo la zona de Sto Pauli era conocida como el distrito del pecado.

Actualmente, por la noche, Sto Pauli seguía siendo igual. Rutilantes carteles de neón y provocativas marquesinas anunciaban todo tipo de cosas, de jazz a bowling, espectáculos de sexo en vivo a tatuadores, museos de cera a locales de apuestas. Preguntas que sonaban inocentes, como "¿Tienes tiempo?" o "¿Me das fuego?" servían de nexo entre los visitantes y las prostitutas, y también se ofrecían todo tipo de drogas por su nombre en el mismo tono de voz cauto y bajo.

Era francamente adecuado que el representante de los Nuevos Jacobinos se encontrara allí con Felix Richter. La nueva incursión francesa, y la unión de ambos movimientos, produciría un nuevo cambio en Alemania. Esta vez... para mejor.

El francés había dejado a sus dos compañeros de viaje dormidos en un cuarto de hotel, sobre Ander Alster. Luego había llamado un taxi. El trayecto de quince minutos a Sto Pauli terminó en Grosse Freiheit, en el corazón del lujurioso distrito consagrado a las diversiones. La zona estaba desierta, excepto por los turistas que querían contemplar las vistas sin caer en las tentaciones.

Jean-Michel echó hacia atrás su tupido cabello negro y se abotonó la chaqueta verde musgo. Alto y un poco excedido de peso, el vicepresidente ejecutivo de Demain, de cuarenta y tres años de edad, esperaba a Richter. Los pocos que lo conocían, y los aún más pocos que lo conocían bien, estaban de acuerdo en dos cosas. Primero, Richter estaba absolutamente dedicado a su causa. Eso era bueno: monsieur Dominique y el resto del equipo francés también eran personas dedicadas, y a M. Dominique le desagradaba sobremanera tratar con cualquiera que no lo fuera.

Segundo, la gente decía que Richter era un hombre de extremos violentos y repentinos. Era capaz de abrazarte o decapitarte según su capricho. En ese aspecto, Richter parecía tener mucho en común con su propio y oscuro empleador. M. Dominique era un hombre que amaba u odiaba a la gente, era generoso o despiadado, según los dictados del momento. Napoleón y Hitler eran así.

Hay algo en la pasta de los líderes, se dijo a sí mismo Jean-Michel, que les impide ser ambiguos... Estaba orgulloso de conocer a M. Dominique. Y esperaba sentirse orgulloso de conocer a Herr Richter.

Jean-Michel se dirigió a la puerta de metal negro del club de Richter, el Auswechseln. No había nada en la puerta excepto una mirilla ojo de pez y un timbre debajo. A la izquierda, sobre el batiente, se veía la cabeza de mármol de un carnero. El francés tocó el timbre y esperó.

Auswechseln, o Sustituto, era uno de los sitios nocturnos más infames, decadentes y exitosos del Sto Pauli. Los hombres llegaban allí acompañados por una mujer. Al entrar la pareja recibía dos cintas para el cuello, una rosa y la otra azul, con diferentes números; el que tuviera el mismo número en distinto color se convertía instantáneamente en el nuevo acompañante para esa noche. Sólo se admitían personas atractivas y bien vestidas.

Se oyó una voz ronca que provenía de la boca abierta del carnero.

—¿Quién es?

—Jean-Michel Horne —dijo el francés. Y estuvo a punto de agregar en alemán: "Tengo una cita con Herr Richter", pero decidió no hacerlo. Si los ayudantes de Richter no sabían que esperaba a alguien, eso significaba que se trataba de un operativo secreto. Y era aconsejable que Jean-Michel y sus asociados no se entrometieran en el asunto.

Un momento después se abrió la puerta y un fisicoculturista de casi dos metros de estatura hizo pasar a Jean-Michel. El hombrón cerró la puerta con llave y puso una maciza mano sobre el hombro del francés. Lo condujo cerca de la registradora, lo palpó de armas con gran minuciosidad y le pidió que esperara un momento.

Jean-Michel advirtió la cámara de video en la pared y el diminuto receptor en la oreja del gigantesco hombre. Alguien, en algún lugar, estaba comparando su imagen con el fax que habían enviado desde la oficina de M. Dominique en Demain.

Después de un instante, el gigante dijo:

—Espere aquí.

Luego dio media vuelta y desapareció en la oscuridad. Eficiente, pensó Jean-Michel mientras los pasos del gigantón retumbaban en la pista de baile. Pero la cautela no era algo despreciable. M. Dominique no había llegado donde estaba por ser un incauto.

Jean-Michel miró a su alrededor. La única luz provenía de cuatro anillos de neón rojos en el bar a su derecha. El brillo rutilante del neón no le permitía ver cómo era el club, y ni siquiera si el gigantón había salido de allí. Todo lo que el francés sabía con seguridad era que a pesar del zumbido de los ventiladores de aire el lugar apestaba. Era una mezcla ligeramente nauseabunda de humo rancio de cigarrillo, alcohol y lujuria.

Después de uno o dos minutos, Jean-Michel oyó pasos, otros pasos muy diferentes de los primeros. Eran pasos confiados pero livianos y daban golpecitos sobre el piso en vez de arrastrarse. Un momento después, Felix Richter estuvo de pie bajo la luz rojiza del bar.

Jean-Michel reconoció al apuesto hombre de treinta y dos años gracias a las fotografías que había visto recientemente. Pero la cámara no había logrado captar el dinamismo del joven. Richter medía exactamente un metro ochenta, y su cabello rubio estaba cuidadosamente cortado a la navaja. Llevaba puesto un impecable traje de tres piezas, zapatos muy lustrados, y una corbata negra a rayas rojas. No usaba joyas. La gente de Richter lo consideraba un rasgo de afeminamiento, y no había lugar para esa clase de cosas en el partido.

"Medallas. Es lo único que permito que usen mis hombres", había manifestado cierta vez Herr Richter en un editorial de su diario (Unser Kampf: Nuestra Lucha).

Sin embargo, los ojos de Richter eran aún más impresionantes que su atuendo. Las fotografías no los habían captado en absoluto. Incluso bajo la luz roja del bar, eran penetrantes. Y una vez que

habían hallado su blanco no se movían. Richter no era la clase de hombre que desviaba la mirada.

A medida que el alemán se acercaba, su mano derecha se movía como si estuviera levantando un arma con extrema lentitud. Se deslizaba por el muslo y la cadera, y luego salía hacia afuera en línea recta. Era un movimiento extraño pero elegante. El francés apretó la mano con firmeza, sorprendido por la fuerza del puño de Richter.

—Fue muy bueno que viniera —dijo Richter—. Pero creía que también nos visitaría su empleador.

—Como usted ya sabrá, M. Dominique prefiere manejar las discusiones desde la fábrica —dijo Jean-Michel—. Con tanta tecnología disponible, tiene pocas razones para salir.

—Entiendo —replicó Richter—. Jamás se deja fotografiar, rara vez se hace visible, y es adecuadamente misterioso.

—M. Dominique es misterioso pero no desinteresado —aclaró Jean-Michel—. Me ha enviado para que lo represente en estas discusiones, y también para que sea sus ojos y sus oídos durante los Días de Caos.

Richter sonrió burlonamente, —y para asegurarse de que la donación que tan generosamente ofreciera a la celebración fuera gastada correctamente.

Jean-Michel sacudió la cabeza descorazonado.

—Se equivoca, Herr Richter. Ése no es el estilo de M. Dominique. Sólo invierte en quien confía.

El francés soltó la mano del alemán y Richter se acercó a él.

Aferró a su huésped por el codo y lo guió lentamente a través de la oscuridad.

—No se sienta en la obligación de defender a Dominique frente a mí —musitó Richter—. Es señal de inteligencia vigilar el desempeño de los pares de uno.

¿Pares?, pensó Jean-Michel. M. Dominique era dueño de una fábrica de un billón de dólares y controlaba uno de los grupos derechistas más poderosos de Francia... y del mundo entero. Reconocía a muy pocos, y muy selectos, como sus pares. A pesar de sus intereses paralelos, Herr Richter no figuraba entre ellos.

Richter cambió de tema.

—El cuarto de hotel que reservamos para usted —dijo—. ¿Es aceptable?

—Muy agradable —respondió Jean-Michel. Todavía seguía molesto por la arrogancia de Richter.

—Me alegro —prosiguió Richter—. Es uno de los pocos hoteles antiguos que quedan en Hamburgo. Durante la guerra, los aliados redujeron a cenizas casi toda la ciudad. Hamburgo tuvo que pagar por ser un puerto. Pero es una ironía que tantos edificios viejos de madera hayan sobrevivido.

Extendió el brazo como para abarcar todo el distrito de Sto Pauli.

—Los aliados no atacaron a las prostitutas y los borrachos, sólo a madres indefensas con sus hijos. Pero insisten en llamamos monstruos por atrocidades como el mítico Holocausto.

Jean-Michel se descubrió respondiendo al impromptu pasional de Richter. Aunque en Alemania era ilegal negar el Holocausto, sabía que Richter lo había negado regularmente mientras estaba en la Facultad de Medicina. Incluso la amenaza de qué le revocaran toda la carrera por hacer declaraciones antisemitas no lo detuvo. Los funcionarios judiciales eran renuentes a perseguir agitadores no violentos, pero finalmente se vieron forzados a encarcelar a Richter cuando un

noticiero extranjero grabó su discurso "La mentira judía" en Auschwitz y lo emitió al aire. Richter pasó dos años en prisión, y mientras tanto sus colaboradores llevaron a cabo el primer operativo: asegurar el crecimiento vertiginoso e ininterrumpido de la leyenda personal de Richter.

Jean-Michel decidió olvidar el mal comienzo amparándose en el coraje del hombre y en su absoluta devoción a la causa. Además, tenían que ocuparse de diversos asuntos.

Llegaron a una mesa y Richter encendió la lámpara del centro.

Bajo la pantalla traslúcida un pequeño Pan tocaba su flauta.

Jean-Michel se sentó al mismo tiempo que Richter. La luz caía a pocos milímetros de los ojos del alemán, pero Jean-Michel podía verlos de todos modos. Eran casi tan traslúcidos como la pantalla. El hombre había hecho una fortuna con este club y con un servicio de acompañantes que operaba en Berlín, Stuttgart, Francfort y Hamburgo. Pero el francés hubiera apostado una fortuna a que Richter había sido un bastardo incluso cuando era pobre.

El francés miró hacia arriba, al segundo piso. Consistía en un pasillo bordeado de puertas. Obviamente, ésos eran cuartos destinados a los miembros que querían hacer algo más que bailar. —Entendemos que usted tiene un departamento aquí, Herr Richter.

—Sí —dijo Richter—, aunque sólo paso aquí una o dos noches por semana. Paso la mayor parte del tiempo en las suites del Partido Nacionalsocialista Siglo XXI, en Bergedorf, al sur. Allí es donde se lleva a cabo el verdadero trabajo del movimiento. Escribimos discursos, realizamos pedidos telefónicos, transmitimos correo electrónico, programas de radio, publicamos nuestro diario... ¿Tiene el Kampf de esta semana?

Jean-Michel asintió.

—Excelente —prosiguió Richter—. Todo es muy legítimo. No como en las primeras épocas, cuando las autoridades me cazaban por una supuesta fechoría u otra. Así —dijo— que usted ha venido a honrar los Días de Caos. Y a representar a su empleador en las "discusiones", como las llamó en la brevísima conversación telefónica que mantuve con él.

—Sí, Herr Richter.

Jean-Michel se inclinó hacia adelante y puso las manos sobre la mesa.

—He venido aquí con una propuesta.

Jean-Michel se sintió desilusionado. Richter ni siquiera se movió. —Lo estoy escuchando —dijo Richter.

—No es algo muy sabido —prosiguió Jean-Michel—, pero M. Dominique ha estado suscribiendo en silencio grupos neonazis del mundo entero. Los Razorheads de Inglaterra, los Soldados de Polonia, y la Whites Only Association de los Estados Unidos. Está intentando construir una red mundial de organizaciones con un objetivo común de pureza étnica.

—Junto con los Nuevos Jacobinos —afirmó Richter—, eso le daría una fuerza de unos seis mil miembros.

—Algo así, sí —dijo Jean-Michel—. Y cuando se introduzca aún más en los Estados Unidos esas cifras van a aumentar con toda seguridad.

—Es casi seguro —admitió Richter—. He visto copias de sus juegos. Son sumamente entretenidos.

—Lo que le propone M. Dominique, Herr Richter, es incorporar su organización Siglo XXI al

rebaño. Le otorgará fondos, acceso a la tecnología de Demain, y un papel en el diseño del futuro del mundo.

—Un papel —dijo Richter—. Como en una obra de teatro.

—En una obra no —replicó Jean-Michel—. En la historia.

Richter sonrió fríamente.

—¿Y por qué aceptaría yo un papel en el drama de Dominique cuando puedo dirigir mi propia obra?

Una vez más Jean-Michel quedó azorado ante la audacia del hombre.

—Porque M. Dominique tiene recursos con los que usted sólo puede soñar. Y gracias a esas conexiones puede ofrecerle protección política y personal.

—¿Protección de quién? —preguntó Richter—. El gobierno no volverá a tocarme. Los dos años que pasé en la cárcel me convirtieron en mártir de la causa. Y mi gente es devota.

—Hay otros líderes —prosiguió Jean-Michel con un dejo de amenaza en la voz—. Otros nuevos Führer potenciales.

—¿De verdad? —preguntó Richter—. ¿Se está refiriendo a alguien en particular?

El francés estaba ansioso por usar sus músculos contra el alemán, y ésta parecía la oportunidad perfecta.

—Francamente, Herr Richter —dijo Jean-Michel— se dice que Karin Doring y Feuer son las estrellas en ascenso del movimiento.

—¿Eso se dice? —dijo Richter desaprensivamente.

Jean-Michel hizo un gesto afirmativo. El francés sabía que Felix Richter y Karin Doring habían sido adversarios sin tapujos dos años antes, cuando Karin salió de Alemania del Este invocando el terrorismo mientras Richter, recién salido de la cárcel, abogaba por el activismo político. Ambos se criticaban abiertamente hasta que los miembros de Feuer raptaron y mataron a dos miembros del grupo de Richter. Los líderes finalmente aceptaron una reunión cumbre en un hotel de Berlín, donde acordaron perseguir cada uno sus propias metas sin criticar al otro. Pero aún había tensiones entre la brusca guerrillera de Alemania del Este y el apuesto médico de Alemania occidental.

—Karin es enérgica, carismática, audaz —aseguró Jean-Michel—. Supimos que ella planeó y dirigió el ataque contra el banco de Bremen, que prendió fuego al tribunal en Nuremberg...

—Hizo eso y mucho más, sí —interrumpió Richter—. Karin es buena para la guerra. Es una gata que lidera a otras gatas, una peleadora de callejones, una comandante de campo. Pero lo que usted y sus seguidores no alcanzan a comprender es que ella nunca podría crear ni dirigir un partido político. Todavía insiste en participar personalmente en cada una de sus misiones, y un día las autoridades o una bomba mal puesta acabarán con ella.

—Tal vez —admitió Jean-Michel—. Mientras tanto, en apenas dos años, Feuer ha incorporado casi ciento treinta miembros y entre ellos treinta soldados de tiempo completo.

—Es verdad —dijo Richter—. Pero son en su mayoría alemanes del Este. Animales. En cinco años, yo incorporé casi cinco mil miembros de este lado de la vieja frontera. Ésa, señor Horne, es la base para un movimiento político. Eso —concluyó— es el futuro.

—Cada cosa en su lugar —replicó Jean-Michel—. M. Dominique cree que cada uno de ustedes puede ser un aliado en potencia, y por eso me ha ordenado que hable también con ella.

Los penetrantes ojos fueron desde el reloj pulsera al rostro de Jean-Michel. Eran como máquinas en miniatura, precisos y carentes de emoción. Jean-Michel los observaba mientras Richter se ponía de pie. La breve conferencia había llegado obviamente a su fin. El francés estaba abiertamente sorprendido.

—Pasaré a buscarlo por su hotel a las cinco y media esta noche —dijo el alemán—. Ella y yo estaremos presentes en el rally de Hannover esta noche. Allí podrá ver quién manda y quién obedece. Hasta entonces... buenos días.

Cuando Richter dio media vuelta para irse, el corpulento portero apareció entre las sombras detrás de Jean-Michel. —Discúlpeme, Herr Richter —dijo ásperamente el francés. Richter se detuvo.

Jean-Michel se puso de pie.

—Tengo instrucciones de informar a M. Dominique esta mañana, no esta noche —dijo el francés —. ¿Qué debo responder a su oferta?

Richter se dio vuelta. Hasta en la profundidad de la sombra Jean-Michel podía distinguir la mirada petulante.

—Dígale que tendré en cuenta su generosa oferta. Mientras tanto, deseo su respaldo y su amistad —dijo Richter.

—Pero me está echando —dijo Jean-Michel.

—¿Echándolo? —dijo Richter. Su voz era suave, plana y oscura.

—No soy secretario ni guardaespaldas —advirtió el francés—. Como representante de M. Dominique, espero cortesía.

Richter caminó con lentitud hacia Jean-Michel.

—Representante de Dominique...

—De monsieur Dominique —dijo indignado Jean-Michel—. Por lo menos le debe respeto. Él quiere ayudado...

—Los franceses siempre apoyan a los líderes opositores —dijo Richter—. Ustedes ayudaron a Dacko a derrocar a Bokassa en la República Centroafricana en 1979, y asilaron al Ayatollah Khomeini cuando planeaba su regreso a Irán. Los franceses esperan favores de la gente cuando por fin llegan al poder, aunque rara vez los obtienen.

Luego dijo con frialdad:

—Respeto a Dominique. Pero, a diferencia de usted, señor Horne, no debo inclinarme ante él. Es él quien necesita mi ayuda. Yo no necesito la suya.

Este hombre es un prepotente, pensó Jean-Michel. Había oído lo suficiente.

—Con su permiso —dijo.

—No —dijo tranquilamente Richter—. No le doy permiso. No saldrá de aquí mientras esté mirándolo.

El francés lo miró un instante y luego dio media vuelta. Corrió hacia el portero. El gigante lo aferró por el cuello y lo obligó a mirar a Richter.

—Richter, ¿se ha vuelto loco? —gritó el francés.

—Irrelevante —replicó Richter—. Yo mando.

—¿Acaso no sabe que M. Dominique se enterará de esto? ¿Cree que aprobará su conducta?

Nosotros...

—¡Nosotros! —interrumpió Richter. El alemán miró a Jean-Michel directo a los ojos—. Qué quiere decir con nosotros entendemos... nosotros nos enteramos... —estalló Richter—. ¿Nosotros, monsieur? ¿Qué es usted?

Los brazos de Richter se movieron como en el primer momento. Sólo que esta vez tenía un cuchillo en la mano. La filosa hoja se detuvo a menos de un centímetro del ojo izquierdo de Jean-Michel. Entonces alzó ligeramente el cuchillo para apuntar en línea recta al globo ocular del francés.

—Le diré qué demonios es usted —dijo Richter—. Usted es un perrito faldero.

A pesar de la ira, el francés sintió que se le debilitaban y liquidaban las entrañas. Esto es una locura, pensó. Se sintió en el túnel del tiempo. La Gestapo no podía existir aquí y ahora, en la era de las cámaras de video y las reacciones internacionales inmediatas. Pero aquí estaba, amenazándolo con la tortura.

Richter lo observaba, con sus ojos demasiado claros y la voz ronca.

—Usted me habla como si fuera mi igual. ¿Qué otra cosa ha hecho en su vida aparte de viajar en el cohete de un visionario?

Jean-Michel sintió algo en la garganta y se esforzó por tragar.

Pudo hacerlo, pero no dijo nada. Cada vez que parpadeaba, la hoja laceraba finamente el párpado. Trataba de no gemir pero finalmente lo hizo, a pesar de sí mismo.

—Me equivoqué —dijo Richter—. Ni siguiera es un perro faldero. Es el cordero que el pastor ha enviado en su lugar. Para hacerme una oferta, pero también para ver qué clase de dientes tengo. ¿Qué pasaría si lo muerdo? —preguntó—. En ese caso Dominique aprendería algo acerca de mí. Aprendería que sus funcionarios no me amedrentan. Aprendería que en el futuro tendrá que tratarme de otra manera. Y en cuanto a usted —Richter se encogió de hombros—, si lo muerdo demasiado fuerte, simplemente lo reemplazará.

—¡No! —gritó Jean-Michel. La indignación superó momentáneamente al miedo—. Usted no entiende.

—Claro que entiendo. Revisé sus credenciales en mi computadora apenas traspasó ese umbral. Usted se unió a la organización de Dominique hace veintiún años y once meses y ascendió gracias a sus conocimientos científicos. Recibió una patente para un chip de juegos de video que le permitió a Demain vender juegos muy avanzados en una época en que los otros juegos estaban a millas de distancia. Pero hubo un problemita en Estados Unidos al respecto, porque una compañía de California dijo que su chip era igual a uno que ellos estaban por lanzar al mercado.

Jean-Michel sucumbía a la impaciencia. ¿Richter estaba simplemente recitando los hechos, o estaba insinuando que sabía algo más acerca de los orígenes de Demain?

—Acaban de otorgarle la patente de un chip de siliconas que estimula directamente las células nerviosas, un chip que Demain utilizará en su nuevo software. Pero usted era apolítico en la escuela. Cuando fue contratado por Demain, adoptó la ideología de Dominique. Sólo entonces él lo presentó al círculo especialísimo e íntimo de los Nuevos Jacobinos, para que lo ayudara a liberar a Francia de argelinos, marroquíes, árabes, y nuestros enemigos comunes los israelíes. Pero la palabra operativa es ayuda, señor Horne. En el orden de los picotazos, los inferiores étnicos son prescindibles. Los sirvientes devotos ocupan un lugar más alto en el montón, pero también son

reemplazables.

Jean-Michel no dijo nada.

—Y todavía nos queda algo por discutir —prosiguió Richter—. Hasta qué profundidad muerdo al corderito.

Richter levantó la punta del cuchillo. Jean-Michel trató de echarse otra vez hacia atrás, pero el gigantón lo agarró del cabello y lo obligó a mantener la cabeza erguida. Richter levantó aún más la hoja del cuchillo hasta tocar el párpado superior izquierdo. Siguió moviéndola muy lentamente a lo largo del contorno del ojo mientras hablaba.

—¿Sabía que estudié Medicina antes de fundar el partido Siglo XXI? —preguntó Richter—. Responda.

—Sí. —Odiándose por ello, Jean-Michel agregó—: Por favor, Herr Richter. Por favor...

—Yo era médico —dijo Richter—, y habría sido muy bueno si hubiera decidido ejercer. Pero elegí no hacerlo, ¿y sabe por qué? Porque comprendí que no podría atender a inferiores genéticos. Menciono esto porque, como podrá ver, encontré otros usos para mi preparación. La utilizo para influir. Para controlar el cuerpo y, por consiguiente, la mente. Por ejemplo, si prosigo empujando el cuchillo hacia arriba, sé que encontraré el músculo recto lateral. Si corto ese músculo, a usted le resultará extremadamente difícil mirar hacia arriba o hacia abajo. Tendría que usar un parche en el ojo después de eso, o se sentiría desorientado porque sus ojos trabajarían independientemente y... —rió— además tendría un aspecto un tanto extraño, con un ojo mirando al frente y el otro moviéndose con total normalidad.

Jean-Michel jadeaba y le temblaban violentamente las piernas.

Si el gigantón no lo aferrara del cabello caería al suelo. El cuchillo estaba fuera de foco cuando el francés miró la rojiza cara de Richter. Sintió un pellizco en el globo ocular.

—Por favor, no —sollozó—. *Mon Dieu*, Herr Richter...

Las lágrimas le nublaban la vista y el temblor de la mandíbula le sacudía el ojo. Con cada movimiento ocasionaba un nuevo y doloroso puntazo.

Lentamente, el alemán llevó la mano izquierda al cuchillo. Los dedos apuntaban hacia abajo. Colocó la palma contra el borde de la empuñadura, como si estuviera a punto de dar el golpe definitivo.

—¿También sabía —preguntó Richter con calma—, que lo que estamos haciendo ahora es parte de un proceso de lavado de cerebros? He estudiado las técnicas de la KGB, que obran milagros. Lo que se le dice a un individuo en estado de pánico y dolor es registrado por el cerebro como verdadero. Por supuesto que hay que hacerlo muchas veces para que el procedimiento resulte eficaz. Sistemático y eficaz.

Suavemente empujó el cuchillo hacia arriba. El pellizco se transformó en un dolor agudo que golpeaba contra la frente de Jean-Michel.

Jean-Michel aulló y luego empezó a lloriquear. A pesar de la vergüenza que sentía, no podía detenerse.

—¿Qué piensa ahora de la igualdad, mi pequeño cordero? —preguntó Richter.

—Pienso —dijo Jean-Michel volviendo a tragar con dificultad—, que usted ha logrado su objetivo.

—¿Mi objetivo? —dijo Richter—. Es la primera frase inteligente que ha dicho hasta ahora, pero temo que ha sido intencional.

Richter volvió a afirmar el cuchillo arrancando un grito de dolor al francés.

—Mi objetivo, a decir verdad, es éste. En un futuro muy próximo, Dominique me necesitará mucho más de lo que yo lo necesito. Sus Nuevos Jacobinos son una fuerza pequeña, apta exclusivamente para trabajos locales. Por otra parte, yo tengo la capacidad de internacionalizarme. Y lo haré. Sus nuevos programas de computación serán descargados en las ciudades norteamericanas, pero sólo lograrán persuadir con el paso del tiempo. Yo y mis lugartenientes podemos viajar a los Estados Unidos y reunirnos con los nazis norteamericanos e inspirarlos. Somos gente de la patria, de la cuna del movimiento. Ustedes forman parte de un pueblo conquistado que aprendió a servir. El mundo entero me seguirá, y me seguirá ahora, no dentro de cinco o veinte o treinta años. Y, lo que es igualmente importante, ellos nos darán dinero. Y eso, señor Horne, hará de Dominique y yo algo más que pares. Eso me convertirá en su superior.

Richter sonrió, y un instante después dejó caer el cuchillo en la palma de su mano. Retrocedió y, al hacerlo, deslizó el cuchillo nuevamente bajo su manga.

Jean-Michel gimió con una mezcla de dolor y alivio. —Entonces —dijo Richter—, cuando se comunique con Dominique dígale que yo le he dado una lección de humildad. Estoy seguro de que él comprenderá. También puede decirle que nadie, ni Karin Doring ni nadie más, liderará jamás el movimiento en Alemania. Ése es mi destino. ¿Nos queda algún tema pendiente?

El portero aflojó el puño para que Jean-Michel moviera la cabeza.

—Excelente —dijo Richter dando media vuelta—. Ewald le pedirá un taxi y le dará un minuto para recomponerse. Espero verlo esta noche. Será una noche para recordar.

Cuando Richter se fue, el gigantón soltó a su prisionero. Jean-Michel cayó al suelo de rodillas; su cuerpo entero se sacudía por los temblores y se encogió sobre sí mismo. Veía todo rojizo con el ojo izquierdo ya que la sangre manaba del párpado superior y goteaba sobre el inferior.

Acurrucado y con las piernas todavía flojas, Jean-Michel sacó un pañuelo del bolsillo. Al tocar el ojo, el pañuelo se manchó de un color rosa pálido, el color de la sangre diluida por las lágrimas. Cada vez que parpadeaba sufría un dolor punzante. Sin embargo, el dolor espiritual era peor que el dolor físico. Se sentía un cobarde por haber suplicado como lo había hecho.

Mientras intentaba curar su herida, Jean-Michel recordó que a pesar de los abusos sufridos él había logrado hacer lo que M. Dominique le había ordenado. Había hecho el ofrecimiento y un truhán orgullosamente inmanejable lo había rechazado.

Sin embargo, Richter no sospechaba cuál era la verdadera razón que impulsaba a M. Dominique a incorporarlo a su rebaño. La razón no era ampliar el movimiento de pureza étnica, sino crearle una genuina preocupación al gobierno alemán. M. Dominique quería desestabilizar Alemania sólo lo suficiente para que el resto de Europa se hartara de permitir que esa nación determinara el futuro del Mercado Común Europeo. Ese papel debía recaer sobre Francia y la posición de Francia sería establecida por un manojo de billonarios hombres de negocios. Y allí donde fuera el Mercado Común Europeo, Asia y el resto del mundo lo seguirían.

Y nos seguirán, el francés lo sabía, especialmente si en Estados Unidos cundía el caos. Y cuando alcancemos esa meta, pensó Jean-Michel, M. Dominique dispondrá de Richter. El francés había

aprendido más de medio siglo antes que era una mala idea permitir que los fascistas alemanes se volvieran demasiado poderosos.

Después de varios minutos, Jean-Michel se las ingenió para ponerse de rodillas. Luego se apoyó en una silla y quedó de pie, inclinado sobre el respaldo. La herida ya estaba comenzando a cicatrizar estirando la superficie del ojo, y cada parpadeo renovaba su profundo odio por el alemán.

Pero tendrás que olvidarte de eso por ahora, pensó. Como científico, Jean-Michel había aprendido a tener paciencia. Además, como le había dicho M. Dominique antes de partir, incluso un paso en falso deja su enseñanza. Y éste le había enseñado muchas cosas acerca del Nuevo Führer.

Cuando pudo guardar el pañuelo, el francés se abrió paso hasta la puerta. No le pidió ayuda a Ewald. La abrió y, protegiendo su ojo herido de la brillante luz del sol, caminó lentamente hacia el taxi que lo esperaba.

8

Jueves, 11.05 hs., Hamburgo, Alemania

El trayecto en Autobahn desde el aeropuerto hasta la entrada de la ciudad llevó treinta y cinco minutos. Como siempre que viajaba por negocios, Hood anhelaba tener tiempo para detenerse a mirar algunos de los edificios, monumentos y museos que iban dejando atrás. Resultaba frustrante captar apenas una imagen a noventa millas por hora de iglesias que eran viejas cuando los Estados Unidos eran jóvenes. Pero aunque hubiera tenido tiempo, Hood no estaba seguro de sentirse cómodo haciéndolo. Fuera donde fuera, siempre estaba ansioso por cumplir con excelencia su misión. Eso no dejaba mucho tiempo para ver lugares o jugar. Su devoción al deber era una de las cualidades que le había hecho ganar el sobrenombre de Papa Paul en el Centro de Operaciones. No podía asegurarlo, pero sospechaba que el mote había sido acuñado por la jefa de Prensa del Centro, Ann Farris.

Hood sintió una extraña tristeza al ver pasar los modernos rascacielos a través de la ventanilla polarizada. Tristeza por él y por Ann. La joven divorciada apenas podía ocultar su afecto hacia Paul, y cuando trabajaban juntos y solos él se sentía peligrosamente cerca de ella. Había algo allí, un impulso envenenante y seductor al que hubiera sido fácil sucumbir. ¿Pero con qué fin? Él estaba casado, era padre de dos niños, y no estaba dispuesto a abandonar a su familia. Aunque era verdad que ya no le agradaba hacer el amor con su mujer. Algunas veces, y detestaba tener que admitido, hacía lo imposible por evitar todo contacto. Su esposa ya no era la amante, atenta y enérgica Sharon Kent con quien se había casado. Era una momia. Era una personalidad de la televisión satelital que tenía una vida aparte de la familia y compañeros de trabajo a los que él veía en Navidad. Y estaba más vieja y más cansada, y ya no lo deseaba como lo había deseado.

Mientras tú, al menos en tu corazón, pensó, sigues siendo El Cid, con tu lanza y tu semental al galope.

Claro, así era en su corazón. Tenía que admitir que en el aspecto carnal ya no era aquel — caballero del pasado... excepto a los ojos de Ann. Y por eso caía en la tentación de perderse en ellos de vez en cuando.

Pero Sharon y él compartían recuerdos imborrables y acaso otra manera del amor. La idea de volver a casa con su familia después de mantener una relación clandestina lo hubiera hecho sentir... bien, sabía perfectamente bien cómo se sentía. Lo había pensado muchas veces mientras conducía su automóvil de regreso a casa luego de pasar largas noches revisando recortes de prensa con Ann en la base Andrews. Se habría sentido como un maldito gusano, rastrero y huidizo, deseoso de ocultarse de la luz y buscando hambriento en la suciedad lo que necesitaba para sobrevivir.

Y aun cuando hubiera podido tolerar la culpa por todo aquello, esa clase de relación hubiera sido injusta para Ann. Ella era una buena mujer y tenía el corazón de un ángel. Meterse con ella, darle esperanzas donde no había ninguna posibilidad, involucrarse íntimamente en su vida y en la de su hijo hubiera sido un terrible error.

Pero nada de todo esto impide que la desees locamente, ¿verdad?, se preguntó Hood. Tal vez ésa

fuera la razón de que Sharon y él trabajaran tanto. Estaban reemplazando la pasión que alguna vez habían sentido por algo que todavía pudieran hacer con entusiasmo, algo que fuera fresco y diferente cada día.

Pero Dios santo, pensó Hood con tristeza, qué no daría yo por una noche de aquéllas.

El hotel Alster-Hof estaba emplazado entre los dos espectaculares lagos de la ciudad, aunque Hood, Stoll y Herbert apenas tenían tiempo para anunciarse y lavarse un poco antes de volver a bajar. Herbert miró por la ventana mientras Stoll hizo una rutinaria barrida electrónica para asegurarse de que no hubiera micrófonos ocultos en la habitación.

—Tenemos una vista maravillosa, ¿no? —dijo Herbert cuando tomaron nuevamente el ascensor. Estaba jugando distraídamente con un pedazo de palo de escoba que guardaba bajo el apoyabrazos izquierdo de su silla de ruedas como protección. También tenía un cuchillo Urban Skinner de dos pulgadas escondido bajo el apoyabrazos derecho.

—Estos lagos me recuerdan el Chesapeake, con todos esos botes.

—Son el Binnenalster y el Aussenalster —les informó solícito un joven camarero alemán. —Es decir, el Alster interior y el Alster exterior.

—Tiene sentido —admitió Herbert. Volvió a colocar el palo de escoba bajo el apoyabrazos—. Aunque yo, probablemente, los hubiera bautizado Gran Alster y Pequeño Alster. El más grande es... ¿unas diez veces más grande que el otro?

—Trescientos cincuenta y nueve acres contra cuarenta y cinco —respondió el joven.

—Le pegué en el palo —dijo Herbert cuando el ascensor llegaba al vestíbulo del hotel—. Pero sigo creyendo que mis nombres son mejores. Siempre se puede distinguir el grande del pequeño. Pero uno puede confundirse si no sabe qué punta de la ciudad es interior y qué punta es exterior.

—Tal vez deba poner un mensaje en el buzón de sugerencias —dijo el camarero, señalándolo—. Allí está, junto al buzón del correo.

Herbert lo miró con desconfianza. Hood hizo lo mismo, sin poder discernir si el muchacho estaba siendo irónico o sólo intentaba ayudar. Los alemanes no se destacaban por su sentido del humor, aunque le habían dicho que las nuevas generaciones estaban aprendiendo el arte del sarcasmo gracias a la televisión y las películas norteamericanas.

—Tal vez lo haga —dijo Herbert, saliendo del ascensor. Luego miró a Stoll, que estaba inclinado bajo el peso de su mochila—. Tú tienes el traductor. ¿Cómo serían esos nombres?

Stoll escribió las palabras inglesas en su traductor electrónico portátil. Casi al instante, el equivalente alemán se materializó en la pantalla de cuarzo líquido.

—Parece que se llamarían Grossalster y Kleinalster —le informó Stoll.

—No suena particularmente elegante, ¿o sí? —dijo Hood.

—No —admitió Herbert—, pero ¿sabes una cosa? Se parecen muchísimo a los que tenemos allá en Filadelfia, Misisipí. Lago del Gato Muerto, arroyo del Gusano...

—Pero ésos me gustan más —dijo Stoll—. Pintan un cuadro.

—Sí, pero con seguridad no querrías ese cuadro en una postal —dijo Herbert—. A propósito, todo lo que tenemos en nuestro exhibidor rotativo del almacén de ramos generales son postales de Main Street y el viejo edificio de la escuela y nada más.

—Prefiero el lago y el arroyo —afirmó Stoll.

Mientras se abrían paso a través del atestado vestíbulo, Hood intentaba localizar a Martin Lang y al delegado ministro del Exterior, Richard Hausen. No conocía a Hausen, pero estaba ansioso por volver a ver al magnate de la electrónica alemana, el simpático Lang. Habían pasado un tiempo juntos en Los Ángeles durante una cena para los invitados internacionales a una convención de computación. Hood había quedado impresionado gratamente por la calidez, la sinceridad y la inteligencia de Lang. Era un humanista que comprendía que no había empresa sin empleados felices. Lang jamás despedía a nadie. Los malos tiempos caían sobre los hombros de la plana mayor de la compañía, no sobre los empleados menos jerárquicos.

Cuando llegó el momento de presupuestar la construcción del último invento de Mike Rodgers y Matt Stoll, el ROC o Centro Regional de Operaciones, Lang fue la primera persona que le vino a la mente en el rubro de la computación. La tecnología de base fotónica inventada por su compañía, Leuchtturm ("Faro"), era adaptable, inteligente y costosa. Sin embargo, como ocurría con la mayoría de los asuntos que dependían del gobierno, Hood sabía que la construcción del ROC implicaría un delicadísimo acto de equilibrio. Sería difícil obtener el presupuesto de medio billón de dólares para el ROC a través del Congreso en cualquier circunstancia, pero más aún si pretendían comprar componentes extranjeros. Al mismo tiempo, el Centro de Operaciones tendría dificultades para ingresar el ROC en países extranjeros, a menos que contuviera hardware de esos países.

Lo que culminaba, reflexionó Hood, en dos cosas. Una, que Alemania pronto sería el país líder del Mercado Común Europeo. La capacidad de mover un centro de espionaje móvil dentro y fuera con relativa libertad otorgaría a los Estados Unidos la posibilidad de vigilar todos los movimientos de Europa. Al Congreso le agradaría eso. Dos, la compañía de Lang, Hauptschlüssel ("Clave Principal"), aceptaría comprar muchos de los materiales que necesitaba para éste y otros proyectos a compañías norteamericanas. De ese modo, buena parte del dinero permanecería en los Estados Unidos.

Hood confiaba en poder venderle eso a Lang Matt y él iban a mostrarle una nueva tecnología en la que los alemanes seguramente querrían participar, algo que la pequeña división R & D del Centro de Operaciones había descubierto casi por casualidad mientras buscaba una manera de chequear la integridad del circuito eléctrico de alta velocidad. Y aunque Lang era un hombre honesto, también era un hombre de negocios y un patriota. Si conocía todos los pormenores del hardware ROC y sus capacidades, Lang podría persuadir a su gobierno para que suscribiera contramedidas tecnológicas por seguridad nacional. Entonces Hood podría presentarse ante el Congreso a solicitar dinero para socavar aquéllas, dinero que aceptaría gastar con empresas norteamericanas.

Esbozó una sonrisa. Por extraño que le pareciera a Sharon; que detestaba cualquier tipo de negociación, y a Mike Rodgers, que era cualquier cosa menos diplomático, Hood disfrutaba de este proceso. Obtener logros en la arena política internacional se asemejaba a una gran y compleja partida de ajedrez. Aunque ningún jugador salía ileso, era divertido ver cuántas piezas era posible retener.

Se detuvieron cerca de las cabinas telefónicas, lejos del río de huéspedes. Hood reparó en la decoración barroca del vestíbulo, y también en la densa y curiosa mezcla de empresarios elegantes y turistas desaliñados. El hecho de salirse del tráfico humano le daba la oportunidad de apreciar a la gente, todos ellos concentrados en sus propios negocios, sus propios destinos, sus acompañantes...

El cabello dorado lo deslumbró desde la puerta de entrada.

Capturó su mirada no por el movimiento mismo sino por la forma en que se movía. Mientras la mujer abandonaba el vestíbulo con la cabeza erguida, el largo cabello rubio rompía hacia la izquierda como una ola, veloz y confiado.

Hood, se sintió atravesado. Como un pájaro lanzándose de un árbol, pensó.

Mientras Hood la observaba, incapaz de moverse, la mujer desapareció por la derecha. Durante un prolongado instante no pudo parpadear, ni siquiera respirar. El ruido del vestíbulo, tan distintivo un momento antes, se convirtió en un zumbido distante.

—¿Jefe? —preguntó Stoll—. ¿Los ha visto?

Hood no respondió. Obligando a sus piernas a moverse, se lanzó hacia la puerta. Comenzó a abrirse paso entre la gente y los montones de equipaje, empujando a los huéspedes que estaban allí de pie esperando o conversando.

Una dama dorada, pensó.

Llegó a la puerta abierta y se lanzó a la calle. Miró hacia la derecha.

—¿Taxi? —preguntó el portero de librea.

Hood no lo escuchó. Miró hacia el norte, vio un taxi avanzando hacia la calle principal. La brillante luz del sol le impedía ver quién iba adentro. Se dirigió al portero.

—¿Fue una mujer la que tomó ese taxi? —le preguntó.

—Ja —respondió el joven.

—¿Usted la conoce? —exigió Hood. En cuanto lo dijo, temió haber sido demasiado brusco. Respiró profundamente—. Lo siento —prosiguió—. No quise hablarle de ese modo. Pero... creo que conozco a esa mujer. ¿Está alojada aquí?

—Nein —dijo el portero—. Dejó un paquete y se marchó. Hood señaló el vestíbulo.

—¿Lo dejó allí?

—No, en el mostrador —dijo el portero—. Se lo entregó a alguien.

Se acercó una anciana inglesa que necesitaba un taxi. —Con permiso —se excusó el joven.

Mientras el joven portero se acercaba al cordón y soplaba su silbato, Hood bajó la vista y pegó una patada de impaciencia. En ese momento Stoll apareció de un salto a su lado, seguido por Herbert. —Hola —saludó Stoll.

Hood tenía la vista clavada en el cordón de la vereda, luchaba contra una tormenta de emociones.

—Saliste corriendo como el dueño de un perro que se hubiera lanzado a la autopista —dijo Stoll —. ¿Estás bien? Hood asintió.

—Sí, no me cabe duda —mintió Herbert.

—No, de verdad —dijo Hood, distante—. Yo, eh... no tiene importancia. Es una larga historia.

—Dune también es una larga historia —dijo Stoll—, pero me encanta. ¿Quieres hablar? ¿Viste a alguien?

Hood guardó silencio un instante, luego dijo: “Sí”.

—¿A quién? —preguntó Herbert.

—A una dama dorada —replicó Hood casi reverentemente.

Stoll chasqueó la lengua.

—De acuerdo... —dijo—. Lamento haber preguntado.

Miró hacia abajo a Herbert, quien se encogió de hombros e hizo un gesto de a-mí-no-me-preguntes-nada.

Cuando el portero regresó, Hood le preguntó con calma. — ¿Por casualidad llegó a ver a quién le entregó el paquete? El joven sacudió la cabeza apesadumbrado.

—Lo lamento. Estaba llamando un taxi para Herr Tsuburaya y no presté atención.

—Está bien —dijo Hood—. Comprendo.

Buscó en el bolsillo un billete de diez dólares para el portero. —Si, por casualidad, regresa... ¿tendría la amabilidad de averiguar quién es? Dígale que Paul... —Titubeó un instante—. No. No le diga quién quiere saberlo. Sólo averígüelo, ¿de acuerdo?

—Ja —dijo apreciativamente el portero, y dio un paso hacia el cordón para abrir la puerta de un taxi recién llegado.

Stoll dio un codazo disimulado a Hood.

—Eh, por diez dólares yo también me quedaría aquí esperando.

Doble cobertura.

Hood lo ignoró. Esto era insano. No podía decidir si había entrado en un sueño o en una pesadilla.

Mientras los tres hombres seguían allí parados, una larga limusina negra se acercó a la acera. El portero se aproximó solícito y un momento después emergió un hombre fornido y de cabello entrecano. Él y Hood se vieron al mismo tiempo.

—¡Herr Hood! —dijo Martin Lang con una sonrisa auténtica y grande, saludando con la mano. Avanzó con pasos rápidos y cortos, la mano derecha extendida—. Es maravilloso volver a verlo. Se lo ve muy bien, muy bien.

—Washington me sienta mejor que Los Ángeles —dijo. Aunque Hood estaba mirando a Lang seguía viendo a la mujer.

El movimiento de la cabeza, la ráfaga de cabello dorado...

Basta, gritó para sus adentros. Tienes que hacer tu trabajo. Y tienes una vida.

—En realidad —murmuró Stoll— Paul tiene tan buen aspecto porque pudo dormir en el avión. Nos obligará a Bob y a mí a estar despiertos todo el día.

—Sinceramente, me permito dudarlo —dijo Lang—. Ustedes no son viejos como yo. Tienen vitalidad.

Mientras Hood presentaba a sus socios un hombre alto, rubio y de aspecto distinguido, de unos cuarenta y cinco años, salió de la limusina y se acercó lentamente.

—Herr Hood —dijo Lang al ver llegar al hombre—, permítame presentarle a Richard Hausen.

—Bienvenido a Hamburgo —dijo Hausen. Su voz era resonante y refinada, su inglés impecable. Saludó personalmente a cada hombre con un apretón de manos y una leve inclinación de cabeza.

A Hood le sorprendió que Hausen no viniera rodeado de un rebaño de asistentes. Los funcionarios norteamericanos no iban a ningún lugar sin por lo menos dos jóvenes y fornidos guardaespaldas.

La primera impresión de Stoll fue muy diferente.

—Me recuerda a Drácula —susurró el oficial de Apoyo de Operaciones

Hood tendía a ignorar los frecuentes comentarios solapados de Stoll, aunque éste había sido casi

exacto. Hausen llevaba puesto un impecable traje negro. Su rostro era pálido pero intenso. Y exudaba un distintivo señorío de Viejo Mundo. Pero de acuerdo con lo que Hood había leído antes de partir, el papel del Dr. Van Helsing, incondicional enemigo de Drácula, hubiera sido el más adecuado para este hombre. Sólo que, en lugar de cazar vampiros, Richard Hausen perseguía neonazis. La psicóloga de Equipo del Centro de Operaciones, Liz Gordon, había utilizado las fuentes de variedades de las Naciones Unidas ubicables en Internet para diseñar un informe sobre Hausen. Lo había descrito como alguien que tenía "un odio propio del capitán Ahab hacia los derechistas radicales." Liz escribió que Hausen no sólo los veía como una amenaza al status de su nación como miembro de la comunidad internacional, sino que ''los ataca con un fervor que sugiere animadversión personal", tal vez algo en su pasado, tal vez se produjo debido a los ataques y burlas que probablemente sufrió en su infancia, cosa que suele suceder a muchos niños hijos de granjeros que son enviados a estudiar a las grandes ciudades.

Martha Mackall había sugerido en una nota al pie que Hood debía tener cuidado con una cosa. Hausen podría estar buscando relaciones más estrechas con los Estados Unidos para enfurecer a los nacionalistas y estimular los ataques contra su persona. Martha escribió: "Eso le daría una imagen de mártir... que siempre es buena cuando de políticos se trata."

Hood había puesto esa sugerencia en el compartimiento mental etiquetado "tal vez". Por ahora, tomaba la presencia de Hausen en el encuentro como una señal de lo mucho que le interesaba a la industria tecnológica alemana hacer negocios con los Estados Unidos.

Lang los condujo a la limusina, prometiéndoles la más auténtica y mejor comida alemana de Hamburgo, y también la mejor vista del Elba. A Hood le importaba un bledo qué iba a comer o dónde. Todo lo que deseaba era perderse rápidamente en el trabajo y la conversación y volver a poner los pies sobre la tierra.

Pero ocurrió que Hood disfrutó muchísimo de la comida, aunque cuando estaban levantando los platos de postre Stoll se inclinó hacia adelante en actitud confidencial y confesó que la sopa de anguila y las moras con azúcar y crema no lo dejaban tan satisfecho como un buen taco bien relleno y el consabido jugo de frutilla.

Almorzaron temprano para las costumbres alemanas y por eso el restaurante estaba vacío. La conversación fue característicamente política matizada por la discusión de la conmemoración del aniversario número cincuenta del Plan Marshall. En sus casi dos décadas de trabajo con ejecutivos, inversores y políticos internacionales, Hood pudo advertir que la mayoría de los alemanes tenían en gran estima el programa de recuperación que los había sacado de la ruina financiera de la posguerra. También pudo observar que esos mismos alemanes eran firmes apologistas de las acciones del Reich. Sin embargo, desde hacía diez años venía notando que eran cada vez más los alemanes que se sentían orgullosos de aceptar la responsabilidad total por las acciones de su país durante la Segunda Guerra Mundial. Richard Hausen había intervenido activamente para reparar los daños morales y físicos a las víctimas de los campos de concentración.

Martin Lang estaba orgulloso, pero también amargado.

—El gobierno japonés ni siquiera utilizó la palabra "disculpa" hasta el decimoquinto aniversario de la finalización de la guerra —había dicho Lang antes de que sirvieran el aperitivo—. Y a los franceses les llevó todavía más tiempo reconocer que el Estado había sido cómplice en la

deportación de setenta y cinco mil judíos. Lo que hizo Alemania supera todos los límites. Pero al menos nosotros, como nación, estamos haciendo un gran esfuerzo para comprender lo ocurrido.

Lang había advertido que uno de los efectos laterales de esa suerte de introspección alemana era cierta tensión con Francia y el Japón.

—Es como si al admitir nuestras atrocidades —había dicho—, traicionáramos un código criminal de silencio. Ahora nos consideran pusilánimes, un pueblo incapaz de tener la fuerza de sus convicciones.

—Y fue por eso —había murmurado Herbert—, que los japoneses tuvieron que ser bombardeados para acceder a las conferencias de paz.

El otro cambio significativo que Hood había notado en los últimos años era un creciente resentimiento contra la asimilación de la antigua Alemania Oriental. Ése era uno de los Zahnschmerzen ("dolores de muelas") personales de Hausen, tal como lo describía cortésmente.

—Es otro país —había dicho—. Es como si los Estados Unidos intentaran absorber a México. Los alemanes orientales son nuestros hermanos, pero adoptaron la cultura y las costumbres soviéticas. Son perezosos y creen que les debemos reparación por haberlos abandonado al terminar la guerra. Extienden la mano en busca de dinero, no de herramientas o diplomas. Y cuando no lo consiguen, los jóvenes forman pandillas y se vuelven violentos. El Este está arrastrando a nuestra nación a un abismo espiritual y financiero del que nos llevará décadas recobrarnos.

Hood se había asombrado ante el abierto resentimiento del político. Pero aun más lo había sorprendido el mozo —por lo demás meticuloso y atento— que gruñía su aprobación abiertamente mientras llenaba de agua las copas.

Hausen lo había señalado luego.

—Un quinto de cada marco que él gana va a parar al Este —había dicho.

No discutieron el proyecto ROC durante la comida. Lo harían más tarde, en la oficina que Hausen tenía en Hamburgo. Los alemanes creían que había que conocer a los posibles socios antes de comenzar el proceso de seducción.

Hacia el final de la comida sonó el teléfono celular de Hausen.

Lo sacó del bolsillo interno de su chaqueta, se excusó y giró levemente el cuerpo para responder la llamada.

Su mirada brillante se oscureció y una mueca se dibujó en la comisura de sus labios finos. Casi no dijo palabra.

Cuando terminó la llamada, Hausen apoyó el teléfono sobre la mesa.

—Era mi asistente —dijo. Paseó la mirada de Lang a Hood—.

Hubo un ataque terrorista contra el equipo de filmación de una película en las afueras de Hannover. Hay cuatro muertos. Ha desaparecido una joven norteamericana y tenemos razones para creer que ha sido secuestrada.

El rostro de Lang se tornó ceniciento. —La película... ¿era Tirpitz?

Hausen hizo un gesto afirmativo. El funcionario gubernamental estaba obviamente perturbado.

—¿Saben quién lo hizo? —preguntó Herbert.

—Nadie se atribuyó el crédito —respondió Hausen—. Pero fue una mujer la que disparó.

—Doring —dijo Lang. Miró a Hausen y a Herbert—. Sólo puede tratarse de Karin Doring, la

líder dé Feuer. Son uno de los grupos neonazis más violentos de Alemania. —Su voz era triste, baja y monótona—. Es lo que estaba diciendo Richard. Recluta jóvenes salvajes del Este y los entrena ella misma.

—¿No había ningún tipo de seguridad? —preguntó Herbert. Hausen asintió.

—Una de las víctimas era un guardia.

—¿Por qué atacar un set de filmación? —inquirió Hood.

—Es una producción germano-norteamericana —explicó Hausen—. Ésa es razón suficiente para Doring. Quiere expulsar de Alemania a todos los extranjeros. Pero los terroristas también robaron un remolque colmado de recuerdos nazis. Medallas, armas, uniformes y cosas por el estilo.

—Bastardos sentimentales —proclamó Herbert.

—Tal vez —dijo Hausen—. O tal vez los quieran para alguna otra cosa. Caballeros, deben saber que desde hace varios años existe aquí un fenómeno aborrecible: los Días de Caos.

—Escuché hablar de eso —dijo Herbert.

—Pero sospecho que no lo habrá sabido a través de los medios de comunicación masiva —dijo Hausen—. Nuestros reporteros no quieren publicitar el evento.

—¿Y eso los convierte en cómplices del estilo de censura nazi, verdad? —insinuó Stoll.

Herbert lo miró con furia.

—Demonios, no. No los estoy culpando. Me enteré de los Días de Caos gracias a mis amigos de la Interpol. Es un asunto que apesta.

—Lo es —admitió Hausen. Miró a Stoll y luego a Hood—. Los grupos de odio de toda Alemania e incluso de otras naciones convergen en Hannover, unos cien kilómetros al sur de aquí. Se reúnen para intercambiar sus ideas enfermas y su asquerosa literatura. Algunos, entre ellos el grupo de Doring, han hecho una tradición del ataque a blancos simbólicos y también estratégicos durante esos días.

—Por lo menos, Inteligencia nos lleva a creer que es el grupo de Doring —intervino Lang—. Ella es rápida y muy, muy cuidadosa. —Y el gobierno no aplasta los Días de Caos por temor a crear mártires —dijo Herbert.

—Mucha gente en el gobierno teme eso, sí —dijo Hausen—. Temen el creciente orgullo que muchos alemanes de derecha sienten por lo que la nación, galvanizada y movilizada bajo Hitler, fue capaz de lograr. Estos funcionarios quieren borrar de un plumazo legislativo el radicalismo sin castigar a los radicales en carne propia. Particularmente durante los Días de Caos, cuando salen a la luz tantos elementos antagónicos, el gobierno se conduce con extremo cuidado.

—¿Y usted qué opina? —preguntó Hood.

—Creo que deberíamos hacer las dos cosas —replicó Hausen—. Aplastarlos cada vez que salen a la luz, y luego utilizar las leyes para fumigar a los que se arrastran bajo el suelo.

—¿Y acaso cree que esta Karin Doring, o como se llame, quiere los recuerdos nazis para los Días de Caos? —preguntó Herbert.

—Esos recuerdos, pasando de mano en mano, los vincularían directamente al Reich —dijo Hausen, pensando en voz alta—. Imaginen qué monstruosidades se despertarían en todos y cada uno de ellos.

—¿Qué? —preguntó Herbert—. ¿Más ataques?

—Sí —respondió Hausen—, o tal vez nada más que otro año de lealtad. Cuando hay setenta u ochenta grupos reclutando miembros, la lealtad es sumamente importante.

—El robo bien podría encender los corazones de muchos lectores de diarios. Hombres y mujeres que, como dice Richard, privadamente siguen reverenciando a Hitler —advirtió Lang.

—¿Quién es la chica norteamericana? —preguntó Herbert.

—Es meritoria de la película. La vieron por última vez dentro del remolque. La policía cree que la llevaron como un recuerdo más —dijo Hausen.

Herbert miró escrutadoramente a Hood. Hood pensó un instante, y luego asintió.

—Con permiso —dijo Herbert—. Apartó de la mesa su silla de ruedas y golpeó amablemente el teléfono del apoyabrazos—. Voy a buscarme un rincón tranquilo y agradable para hacer algunas llamadas. Tal vez podamos agregar algunos datos al pool de Inteligencia.

Lang se levantó para agradecerle, y luego se disculpó otra vez.

Herbert le aseguró que no tenía por qué disculparse.

—Perdí mi esposa y mis piernas gracias a los terroristas de Beirut —dijo—. Cada vez que muestran sus rostros enfermizos me dan la oportunidad de aplastarlos. —Miró a Hausen—. Esos bastardos son mi dolor de muelas, Herr Hausen, y vivo para exterminarlos.

Herbert hizo girar su silla y se abrió camino entre las mesas.

Cuando hubo partido, Hausen volvió a sentarse e intentó recomponerse. Hood lo miró. Liz tenía razón: algo estaba pasando allí adentro.

—Venimos librando esta batalla desde hace más de cincuenta años —dijo Hausen con gravedad —. Uno puede vacunarse contra una enfermedad y buscar refugio de la tormenta. ¿Pero cómo autoprotegerse de esto? ¿Cómo combatir el odio? Y la cosa va en aumento, Herr Hood. Cada año hay más grupos con más miembros. Dios nos ayude si llegan a unirse.

—Mi subdirector en el Centro de Operaciones —dijo Hood—, cierta vez, afirmó que se combate una idea sólo con otra idea mejor. Me gustaría creer que dijo la verdad. Si no fuera así... —señaló con el pulgar a Herbert, que estaba avanzando rumbo a un muelle junto al río—. Estaré allí con mi jefe de Inteligencia. Los atraparemos.

—Están muy bien escondidos —dijo Hausen— extremadamente bien armados, y es casi imposible infiltrarse porque sólo aceptan miembros muy jóvenes. Rara vez sabemos por anticipado lo que están planeando.

—Hasta ahora —le dijo Matt.

Lang lo miró impasible.

—¿Qué quiere decir, Herr Stoll?

—¿Vio la mochila que dejé en el automóvil?

Hausen y Lang hicieron un gesto afirmativo. Stoll esbozó una sonrisa triunfal.

—Bien, si podemos llegar a un acuerdo acerca de este proyecto ROC, vamos a hacer volar unas cuantas manzanas podridas del cajón de la fruta.

9

Jueves, 11.42 hs., Wunstorf, Alemania

Cuando Jody Thompson oyó los gritos fuera del remolque pensó que Hollis Arlenna estaba llamándola. Todavía en el cuarto de baño, revisó con mayor rapidez las etiquetas del vestuario, maldiciendo a los utileros por haberlas escrito en alemán y a Arlenna por ser un desalmado trepador.

Hasta que oyó los disparos. Sabía que no se trataba de una escena de la película. Ella tenía todas las armas de fuego en el remolque y el señor Buba era el único que tenía la llave. Y luego escuchó los gritos de pánico y dolor y supo que estaba sucediendo algo terrible. Dejó de revisar el vestuario y apoyó la oreja contra la puerta del baño.

Cuando oyó el primer rugido del motor del remolque, Jody pensó que alguien estaba intentando escapar de lo que estaba ocurriendo en el set de filmación. Luego la puerta se cerró de un golpe y escuchó a alguien recorriendo el interior del remolque. La persona no hablaba, y Jody sabía perfectamente que eso era una mala señal. Si hubiera sido un guardia hubiera utilizado su walkie-talkie.

Súbitamente el cuarto de baño le pareció muy caliente y cerrado. Al advertir que la puerta no estaba cerrada con llave, levantó cautelosamente el pestillo y tiró de él. Luego avanzó en cuclillas entre las bolsas de vestuario, aferrándose a ellas para no caer. Pensaba quedarse agazapada hasta que alguien llegara a rescatarla.

Escuchó atentamente. No tenía puesto el reloj y su única sensación del paso del tiempo estaba dada por los sonidos. Por el intruso que revisaba las dagas en la distante mesa de la izquierda. Por los pasos que repercutían alrededor de la mesa colmada de medallas. Por el abrir y cerrar de baúles.

Luego, por encima del zumbido del ventilador de techo, Jody pudo oír cómo el intruso hacía rechinar la puerta de un armario al otro lado del remolque. Un momento después hubo cuatro detonaciones prolongadas.

Jody se aferró tan estrechamente a las bolsas de vestuario que atravesó con las uñas la tela de una de ellas. ¿Qué demonios estaba ocurriendo allá afuera? Se recostó contra la pared, lejos de la puerta. El corazón le retumbaba contra la mandíbula.

Sintió abrirse de un golpe la puerta del armario cuando el remolque dio la vuelta a una esquina. La pata de una mesa rayó el piso cuando el intruso pasó junto a ella... no cautelosamente como Jody lo había hecho antes, sino con cierta brutalidad e impaciencia.

El intruso se acercaba a la puerta del baño. De pronto ya no era tan buena idea estar allí adentro, escondida.

Jody levantó la vista y miró a sus espaldas. Vio el vidrio escarchado de la ventana. Pero gracias a las barras de metal nadie podía entrar a través de ella. O salir... en este momento.

Jody se agazapó al percibir el movimiento de la manija de la puerta del baño: Se deslizó tras las ropas que se bamboleaban suavemente y luego se arrastró hasta el inodoro. La minúscula ducha estaba a sus espaldas y se apoyó exhausta contra la puerta de vidrio. Su corazón latía pesadamente, y

el tump-tump-tump retumbaba en sus oídos. Comenzó a gemir y tuvo que morderse la punta del pulgar para evitar que la oyeran.

Una ráfaga de disparos ahogó el sonido de su corazón, de sus gemidos. Aulló mordiéndose el pulgar cuando astillas de madera y plástico saltaron con violencia desde la puerta, cubriendo el suelo y las bolsas de vestuario. La puerta chirrió al desprenderse hacia afuera y el tambor de un revólver se abrió paso entre la compacta hilera de uniformes alemanes. El arma los hizo a un lado con displicencia y un rostro helado la contempló. Era el rostro de una mujer.

Jody miró la compacta máquina con aspecto de revólver y luego posó la mirada en la frialdad de los ojos dorados y casi líquidos de la mujer. La joven todavía seguía mordiéndose el pulgar.

La mujer hizo un gesto con el arma y Jody se puso de pie. Las manos le caían a los costados del cuerpo y la transpiración le bañaba los muslos.

La mujer dijo algo en alemán. —No... no entiendo —dijo Jody.

—Dije que levantes las manos y te des vuelta —ladró la mujer en un inglés fuertemente acentuado.

Jody levantó las manos a la altura de la cara y titubeó. Había leído en una de sus clases que los rehenes solían ser asesinados de un balazo en la nuca.

—Por favor —suplicó— soy una meritoria. Me asignaron a esta película hace pocos...

—¡Date vuelta! —estalló la mujer.

—¡Por favor no! —dijo Jody, aunque hizo lo que se le pedía. Cuando estuvo de cara a la ventana, Jody oyó cómo la mujer apartaba los uniformes y sintió el caliente metal del arma contra su nuca.

—Por favor... sollozó.

Jody apenas podía respirar mientras la mujer le palpaba el costado izquierdo del cuerpo desde el pecho hasta el muslo, y luego el costado derecho. La mujer se paró frente a ella y le palpó la cintura detenidamente. Luego la obligó a darse vuelta. El arma estaba apuntada a su boca.

—No sé qué está pasando —dijo Jody. Lloraba desconsoladamente—. Y no le diré nada a nadie...

—Silencio —ordenó la mujer.

Jody obedeció. Sabía que haría cualquier cosa que esta mujer le ordenara. Era espantoso comprobar hasta qué punto un arma y una persona dispuesta a usarla podían manejar su voluntad.

El remolque se detuvo bruscamente y Jody tambaleó contra el lavabo. Rápidamente se puso de pie, con las manos levantadas. La mujer no se había movido, ni siquiera sus pensamientos parecían haber sido perturbados por la maniobra.

Se abrió la puerta del remolque y entró un hombre joven dando zancadas. Se paró detrás de Karin y miró el interior del baño. Era muy pálido y tenía una esvástica tatuada en la cabeza.

Sin sacar los ojos de Jody, Karin giró levemente hacia el joven y dijo:

—Comienza.

El hombre golpeó los talones de sus botas, dio media vuelta y empezó a guardar las reliquias en los baúles.

Karin no dejaba de mirar a Jody.

—No me gusta matar mujeres —dijo por fin la mujer—, pero no puedo tomar rehenes. Me retardan.

Era eso, Jody iba a morir. Se sintió aterida y comenzó a sollozar. Volvió a un momento de su infancia, cuando se había mojado la bombacha ante los gritos de la maestra y había llorado sin poder parar mientras todos los niños se reían de ella. Las últimas migajas de confianza, valor y dignidad huyeron de su cuerpo como un río.

Con lo poco de equilibrio que le quedaba, Jody se dejó caer al suelo. De cara a la pared del baño, viendo el inodoro y el lavabo desdibujados por sus lágrimas, rogó por su vida.

Pero en lugar de dispararle, la mujer le ordenó a otro hombre, más viejo, que sacara los uniformes. Luego cerró la puerta del baño. La chica esperó azorada que una ráfaga de disparos destrozara la puerta. Se paró arriba del inodoro, echándose a un costado para convertirse en un blanco difícil e inestable.

Pero en lugar de disparos... todo lo que oyó fue algo que se arrastraba seguido de un fuerte whump.

Habían empujado algo contra la puerta.

No va a matarme, pensó Jody. Sólo va a encerrarme aquí.

La transpiración empapó sus ropas durante la tensa espera.

Los tres intrusos terminaron rápidamente su labor en el remolque y desaparecieron. Jody prestó atención. Nada.

Pero uno de los intrusos estaba afuera, junto a la ventana. Jody apoyó la oreja contra la pared y escuchó. Estaban doblando algo de metal, se oían golpes. Hasta que escuchó el definido rasgarse de una tela y olió combustible.

El tanque de nafta, pensó horrorizada. Lo habían abierto. — ¡No! —aulló Jody saltando del inodoro. Se arrojó contra la puerta—. ¡Usted dijo que no iba a matarme! ¡Por favor!

Un instante después Jody olió humo, oyó pasos que se alejaban del remolque y vio el furioso anaranjado de la llama reflejado contra el vidrio escarchado de la ventana. Iban a quemar el remolque con ella adentro.

La mujer no va a matarme, comprendió Jody finalmente. Sólo va a dejarme morir...

La joven se arrojó desesperada contra la puerta. Era imposible moverla. Y a medida que las llamas crecían y se hacían más brillantes, ella seguía allí de pie en el medio del minúsculo cuarto de baño, aullando de pánico y desesperación.

10

Jueves, 5.47 hs., Washington D.C.

Liz Gordon acababa de moler granos de café y estaba encendiendo su primer cigarrillo del día cuando sonó el teléfono.

—¿Quién podrá ser? —dijo para sí misma la mujer, de apenas treinta y dos años, dando una larga pitada a su cigarrillo. Se le cayó un poco de ceniza sobre su camisón Mike Danger y la limpió con un gesto rápido. Con expresión ausente intentó alisar ligeramente su rizado cabello castaño mientras observaba atentamente la habitación en busca del teléfono inalámbrico.

Desde que se había levantado, a las cinco de la mañana, Liz había estado repasando algunas de las cosas que pensaba decir cuando visitara al comando Striker a última hora de la mañana. Durante la última sesión grupal, celebrada dos días antes, los jerarquizados aunque todavía muy jóvenes soldados estaban fuertemente impactados y lamentaban hondamente la pérdida de Charlie Squires. Rookie Sondra DeVonne sufría horriblemente por su muerte, y sentía una profunda tristeza por la familia de Charlie y también por ella misma. La cabo le había confesado entre lágrimas que esperaba aprender mucho de él. Ahora toda esa sabiduría y experiencia habían desaparecido. Intransmisibles.

Muertas.

—¿Dónde está el maldito teléfono? —masculló Liz mientras hacía a un lado los diarios junto a la mesa de la cocina.

No era que temiera que fueran a cortar. A esta hora sólo podía ser Mónica llamando desde Italia. Y su compañera de cuarto y mejor amiga no colgaría hasta recibir sus mensajes. Después de todo, había estado fuera casi todo el día.

Y si llama Sinatra, pensó la psicóloga de Equipo del Centro de Operaciones, querrás estar en condiciones de devolverle el llamado.

Durante los tres años que habían vivido juntas, la amiga de Liz, una música adicta al trabajo y free-lance, había trabajado en todos los clubes nocturnos y bodas y Bar Mitzuah que había conseguido. De hecho había trabajado tanto que Liz no sólo le había ordenado tomarse vacaciones sino que le había dado la mitad del dinero para asegurarse de que pudiera hacerlo.

Finalmente, Liz encontró el teléfono cómodamente sentado en una de las sillas de la cocina. Antes de levantar el tubo, se tomó un minuto para cambiar de mundo. La dinámica entre Liz y cada uno de sus pacientes era tal que ella creaba mundos separados en su mente para cada uno de ellos y habitaba esos mundos para poder tratarlos. De otro modo habría distracciones, falta de criterio, información desperdiciada. Y aunque Mónica era su mejor amiga, no una paciente, algunas veces le resultaba difícil hacer la distinción entre ambas cosas.

Mientras se metía en el mundo de Mónica, Liz chequeó la lista de mensajes bajo el imán con cabeza de Chopin en la puerta de la heladera. Los únicos que habían llamado eran el trompetista de Mónica, Angelo "Tim" Panni, y su madre, y ambos sólo querían saber si había llegado bien a Roma.

—¡Pronto, señorita Sheard! —dijo al levantar el tubo. El saludo telefónico era una de las dos

únicas palabras de italiano que conocía.

Una voz decididamente masculina dijo al otro extremo de la línea:

—Lo lamento, Liz, no soy Mónica. Soy Bob Herbert.

—¡Bob! —dijo Liz—. Qué sorpresa. ¿Qué está ocurriendo en la tierra de Freud?

—Creía que Freud era austriaco —dijo Herbert.

—Lo era —replicó Liz—, pero los alemanes lo tuvieron durante un año. El Anschluss fue en 1938. Freud murió en 1939.

—No me parece divertido —dijo Bob—. Parece que la madre patria está preparando los músculos para una nueva era de construcción de imperios.

Liz volvió a su cigarrillo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¿Has visto las noticias esta mañana? —preguntó Herbert.

—Empiezan recién a las seis —dijo ella—. Bob, ¿qué demonios ha ocurrido?

—Un grupo de neonazis atacó un set de filmación —dijo Herbert—. Mataron a parte del equipo, robaron un remolque repleto de recuerdos nazis, y huyeron. Aunque todavía no han dado señales de vida, aparentemente han tomado de rehén a una chica norteamericana.

—Dios mío —musitó Liz. Dio varias pitadas cortas.

—Parece que el grupo estaba liderado por una mujer llamada Karin Doring. ¿Has oído hablar de ella?

—El nombre me resulta familiar —dijo Liz. Salió de la cocina y se dirigió al estudio—. Dame un segundo y veré qué tenemos.

Encendió la computadora, se sentó y accedió al banco de datos de la oficina del Centro de Operaciones. En menos de diez segundos apareció en pantalla el archivo Karin Doring.

—Karin Doring —dijo Liz—, el Fantasma de Halle.

—¿El Fantasma de dónde? —preguntó Herbert.

—De Halle —respondió Liz. Escaneó el informe—. Ése es su pueblo natal en Alemania del Este. La llaman el Fantasma porque suele desaparecer de la escena del crimen antes de que puedan atraparla. No usa máscaras de esquí ni disfraces, quiere que la gente sepa quién está detrás de las cosas. Y mira esto. El año pasado, en una entrevista concedida a un diario llamado Nuestra Lucha, se auto describe como un Robin Hood nazi, defensora de la mayoría oprimida de Alemania.

—Suena un poquito sicótica —aventuró Herbert.

—Pero no lo es —dijo Liz—. Ése es el problema con gente como ésta.

Liz tosió, le pegó una nueva pitada a su cigarrillo, y prosiguió mientras escaneaba el archivo.

—En la secundaria, a fines de la década de 1970, fue miembro por muy poco tiempo del Partido Comunista.

—¿Espiaba al enemigo?

—Probablemente no —dijo Liz.

—Está bien —dijo Herbert—, ¿por qué no me callo?

—No, lo que acabas de decir es una suposición lógica, aunque es probable que sea errónea. Obviamente estaba buscándose a sí misma, desde el punto de vista ideológico. La izquierda comunista y la derecha neonazi se asemejan notablemente en su rigidez de pensamiento. Son todos

radicales. Gente incapaz de sublimar sus frustraciones y que, por lo tanto, las exterioriza. Se auto convencen, a menudo de manera subconsciente, de que otros están causando sus miserias... "otros" quiere decir cualquiera que sea diferente de ellos. En la Alemania de Hitler culpaban a los judíos por el desempleo. Los judíos tenían una cantidad proporcionalmente elevada de puestos en los bancos, las universidades, la medicina. Eran visibles, obviamente prósperos, y claramente muy diferentes. Tenían diferentes tradiciones, diferentes sabath, diferentes feriados. Eran un blanco fácil. Lo mismo les pasó a los judíos en la Rusia comunista.

—Te tengo —dijo Herbert—. ¿Sabes algo acerca de los contactos de esta mujer, sus escondites, sus hábitos?

Liz escaneó el documento. Estaba dividido en secciones denominadas "Estadísticas Vitales", "Biografía" y "Modus operandi".

—Es una solitaria —dijo Liz—, lo que en términos terroristas quiere decir que siempre trabaja con grupos pequeños. Tres o cuatro personas, eficaces. Y jamás envía a alguien a una misión que ella misma no realizaría.

—Eso coincide con el ataque de hoy —dijo Herbert—. ¿Algún golpe conocido?

Liz respondió:

—Nunca reclaman la autoría...

—También coincide con lo de hoy.

—... pero los testigos los han vinculado con las bombas incendiarias arrojadas contra un centro comercial de propiedad árabe en Bonn, y también con el envío de una caja de bebidas alcohólicas explosiva a la Embajada de Sudáfrica en Berlín; ambos hechos ocurrieron el año pasado.

—Despiadada ¿verdad? —dijo Herbert.

—Sí —coincidió Liz—. Eso es parte de su encanto y su convocatoria entre los neonazis duros. Aunque es extraño. El negocio que atacó era de ropa para hombres, y la caja de bebidas alcohólicas fue enviada a una fiesta de solteros.

—¿Qué tiene de extraño? Tal vez odie a los hombres.

—Eso no concuerda con la ideología nazi —dijo Liz.

—Es cierto —admitió Herbert—. En la guerra y en el genocidio fueron asesinos igualitarios, sin discriminación genérica. Tal vez sea bueno para la chica norteamericana, si es que fue tomada como rehén. Tal vez no la maten.

—No apostaría todo mi dinero a esa hipótesis —dijo Liz—. Salvar a las mujeres no parece ser un mandamiento, sólo un simple acto de cortesía. Aquí también dice que dos de los testigos que trataron de identificarla personalmente murieron poco después de hablar con las autoridades. Uno en un accidente automovilístico, el otro después de un asalto. La víctima del accidente era mujer. Una mujer que intentó abandonar su grupo Feuer ("Fuego") también fue asesinada.

—Vigilada y golpeada —dijo Herbert—. Como la multitud.

—No tanto —dijo Liz—. La desertora fue ahogada en un inodoro después de haber sido golpeada con palos y recibido innumerables latigazos. Ésta es una pequeña *schätze* enfermiza. De todos modos, en general evita matar mujeres.

Liz volvió a la biografía de Karin.

—Veamos de dónde viene la señorita Doring —dijo Liz. Primero leyó y luego dijo:

—Aquí estamos. Su madre murió cuando tenía seis años y fue criada por su padre. Te apuesto dólares contra pesos a que hay algo sucio en su infancia.

—Abuso.

—Claro —dijo Liz—. Nuevamente se trata de un modelo clásico. Karin fue golpeada cuando era niña, o abusaron sexualmente de ella, o ambas cosas a la vez. Sublimó como loca durante la infancia y luego buscó un lugar para depositar su enojo. Probó con el comunismo, por alguna razón no le gustó...

—Estaba muriendo —contribuyó Herbert.

—Entonces encontró el movimiento neonazi y asumió el rol de figura paterna, algo que su propio padre nunca hizo.

—¿Y dónde está ahora papá Doring? —preguntó Herbert.

—Muerto —respondió Liz—. Cirrosis del hígado. Murió cuando Karin tenía quince años, justo en la época en que ella se convirtió en activista política.

—De acuerdo —dijo Herbert—, así que creemos saber cómo es nuestra enemiga. Le encanta matar hombres, y acepta matar mujeres si se da la ocasión. Dirige un grupo terrorista y recorre el país atacando intereses extranjeros. ¿Por qué? ¿Para obligados a irse?

—Sabe que no podría logrado —respondió Liz—. Las naciones seguirían teniendo embajadas, y seguirían haciéndose negocios. Más bien parece el equivalente de un cartel de reclutamiento. Algo para concentrar a su alrededor a otros personajes agresivos. Y obviamente funciona, Bob. Hace aproximadamente cuatro meses, cuando pusimos al día este archivo, Feuer tenía ciento treinta miembros con una tasa anual de crecimiento cercana al veinte por ciento. De esos miembros, veinte soldados activos y de tiempo completo se trasladan con ella de campo a campo.

—¿Sabemos dónde están algunos de esos campos?

—Cambian constantemente de locación —dijo Liz—. Tenemos tres fotografías en el archivo. —Liz accedió a las mencionadas fotografías y leyó la información correspondiente a cada una—. Una fue tomada en un lago en Mecklenburg, la segunda en un bosque en Bavaria, y la tercera fue tomada en las montañas en algún lugar de la frontera con Austria. No sabemos cómo viajan, pero me parece que acampan en sitios estratégicos.

—Probablemente se mueven en ómnibus —dijo Herbert. Sonaba afligido—. Los grupos guerrilleros de esas dimensiones solían viajar para establecer líneas de abastecimiento regulares. Pero con los teléfonos celulares y la entrega nocturna de encomiendas y paquetes de toda clase, pueden arreglar el sistema de abastecimiento en el mismo momento y casi en cualquier lugar. ¿Cuántos campos conocemos?

—Sólo estos tres —replicó Liz.

El teléfono hizo una señal. Debía ser Mónica que llamaba para recibir sus mensajes. Su compañera se pondría frenética, pero Liz no pensaba contestar.

—¿Quiénes son sus lugartenientes? —preguntó. Herbert—. ¿En quién confía?

—Su ayudante más próximo es Manfred Piper. Se unió a ella después de que ambos se graduaron en la secundaria. Aparentemente ella maneja todos los asuntos militares y Piper reúne fondos, entrevista a los aspirantes, esa clase de cosas.

Herbert guardó silencio un instante y luego dijo: —No tenemos mucho aquí, ¿no?

—Para comprenderla, sí —respondió Liz—. Para atraparla... me temo que no.

Después de un momento de reflexión, Herbert dijo:

—Liz, nuestro anfitrión alemán cree que ella ha robado todas esas cosas para repartirlas como chucherías, perdón... como anzuelos durante los Días de Caos, ese pequeño *Mardi Gras* del odio que celebran aquí. Considerando su récord de atentados a blancos políticos, ¿tiene sentido esa hipótesis?

—Creo que están considerando la situación desde la perspectiva equivocada —dijo Liz—. ¿Cuál era la película?

Herbert dijo:

—Tirpitz. Acerca del acorazado, supongo.

Liz buscó información en Películas en proceso, un listado de películas en producción de todo el mundo. Después de localizar la película, dijo:

—El set de filmación era un blanco político, Bob. Era una co-producción con los Estados Unidos.

Herbert guardó silencio por un instante.

—Entonces la bonificación eran los recuerdos nazis... o el equipo norteamericano.

—Me has comprendido.

—Mira —dijo Herbert—, voy a tener una conversación con las autoridades aquí, y tal vez visite una de estas celebraciones de los Días de Caos.

—Ten cuidado, Bob —le advirtió Liz—. Los neonazis no sostienen las puertas para que pase la gente en silla de ruedas. Recuerda, tú eres diferente...

—Claro que lo soy —dijo él—. Mientras tanto, llámame al celular si descubres algo más acerca de esta dama o de su grupo.

—Prometido —dijo Liz—. Cuídate y ciao —agregó, utilizando la otra palabra en italiano que conocía.

11

Jueves, 11.52 hs., Toulouse, Francia

La habitación recubierta de madera era amplia y oscura. La única luz provenía de una sola lámpara de pie colocada al lado del macizo escritorio de caoba. Lo único que había sobre el escritorio era un teléfono, una máquina de fax y una computadora, todos ellos reunidos en un estrecho semicírculo. Los estantes detrás del escritorio eran apenas visibles entre las sombras. Había guillotinas en miniatura encima de ellos. Algunas funcionaban y estaban hechas de madera y hierro. Otras eran de vidrio o metal, y una era un modelo plástico que se vendía en los Estados Unidos.

Las guillotinas se habían usado en Francia para ejecuciones oficiales hasta 1939, cuando el asesino Eugen Weidmann fue decapitado fuera de la prisión de San Pedro en Versalles. Pero a Dominique no le gustaban los últimos modelos: las guillotinas con baldes sólidos y grandes para recoger las cabezas, pantallas para proteger a los verdugos de las salpicaduras de sangre, absorbentes de impacto para amortiguar el trunk de la filosa hoja. A Dominique le gustaban las originales.

Al otro lado del escritorio, perdida en la oscuridad fantasmal, había una guillotina de ocho pies de altura que se había utilizado durante la Revolución Francesa. No la habían restaurado. La parte superior se erguía ligeramente podrida y el bastidor estaba vencido por el peso de todos los cuerpos que "Madame La Guillotine" había abrazado. Detenida cerca del travesaño superior, la hoja pendía oxidada por la sangre y la lluvia. Y la canasta de mimbre, también original, estaba deshilachada. Pero Dominique había advertido partículas del afrecho que habían usado para absorber la sangre, y todavía quedaban algunos cabellos en la canasta. Cabellos que se habían enredado en el mimbre cuando las cabezas rodaban dentro de la canasta.

Todo tenía exactamente el mismo aspecto que en 1796, la última vez que esas cintas de cuero se habían ajustado bajo las axilas y sobre las piernas de un condenado. La última vez que la lunette, el collar de hierro, había sujetado el cuello de su última víctima... sosteniéndolo dentro de un círculo perfecto para que la víctima no pudiera moverse. Por más miedo que sintieran, no podían escabullirse del ariete y su filosa hoja. Una vez que el verdugo soltaba el resorte nada podía detener el golpe mortal de ochenta libras. La cabeza caía dentro de su canasta, el cuerpo era empujado hacia el costado y arrojado en su propio canasto de mimbre con manijas de cuero, y el tablón vertical quedaba listo para recibir a la próxima víctima. El proceso era tan rápido que algunos cuerpos aún seguían suspirando, los pulmones vaciándose por el cuello, cuando los retiraban del tablón. Se decía que los cerebros todavía vivos de las cabezas decapitadas le permitían a la víctima ver y oír durante varios segundos los horribles resultados de su propia ejecución.

En la cúspide del Reino del Terror, el verdugo Charles Henri-Sanson y sus ayudantes podían decapitar casi una víctima por minuto. Guillotinaron trescientos hombres y mujeres en tres días, ciento treinta en seis semanas, y lograron completar un total de 2.831 personas entre el 6 de abril de 1793 y el 29 de julio de 1795.

¿Qué pensabas de eso, Herr Hitler?, se preguntaba Dominique.

Las cámaras de gas en Treblinka estaban diseñadas para matar doscientas personas en quince minutos, y las de Auschwitz para matar dos mil. ¿Estaría impresionado el maestro asesino o se burlaría de la obra de estos amateurs relativos?

La guillotina era el tesoro de Dominique. Tras ella, sobre la pared, había diarios del período y aguafuertes en marcos amados, y también documentos originales firmados por George Jacques Danton y otros líderes de la Revolución Francesa. Pero nada lo conmovía tanto como la guillotina. Aun con las luces del techo apagadas y las sombras crecientes podía sentirla, el invento era un recordatorio de que uno debe ser decidido para triunfar. Los hijos de los nobles habían perdido la cabeza bajo esa siniestra hoja... pero ése era el precio de la revolución.

Sonó el teléfono. Era la tercera línea, una línea privada que sus secretarios jamás respondían. Sólo sus socios y Horne tenían ese número.

Dominique se recostó en el amplio sillón de cuero. Era un hombre descarnado con una enorme nariz, frente amplia y mentón poderoso. Tenía el cabello corto y negro como la tinta, en dramático contraste con los pantalones blancos y la rutilante camisa que llevaba puestos.

Apretó el botón del speaker para hablar. — ¿Sí? —dijo tranquilamente.

—Buen día, M. Dominique —dijo alguien al otro lado de la línea —. Soy Jean-Michel.

Dominique miró su reloj. —Es temprano.

—El encuentro fue breve, M. Dominique.

—Cuénteme —dijo Dominique.

Jean-Michel obedeció. Le contó que había recibido una conferencia bajo tortura Y que el alemán se consideraba un igual de M. Dominique. Jean-Michel también le dijo lo poco que había logrado saber de Karin Doring.

Dominique escuchó todo sin hacer comentarios. Cuando Jean-Michel hubo finalizado, le preguntó:

—¿Cómo está su ojo?

—Creo que se pondrá bien —dijo Jean-Michel—. He arreglado para ver un médico esta tarde.

—Bien —dijo Dominique—. Sabe que no debería haber ido sin Henri e Yves. Por eso los mandé con usted.

—Lo sé, monsieur —replicó Jean-Michel—, y lo lamento mucho.

Simplemente, no quería intimidar a Herr Richter.

—Y no lo intimidó —dijo Dominique. Su voz sonaba tranquila y tenía la boca relajada. Pero sus ojos oscuros ardían de ira cuando preguntó:

—¿Henri está ahí?

—Sí —respondió Jean-Michel.

—Déme con él —dijo Dominique—. Otra cosa, Jean-Michel. Asegúrese de que esta noche vayan con usted.

—Por supuesto, M. Dominique —replicó Jean-Michel.

Así que el Pequeño Führer está alzado, pensó Dominique, amedrentando a mis representantes. No estaba terriblemente sorprendido. La vanidad de Richter lo convertía en el candidato ideal para creer en su propia prensa. Eso sumado al hecho de que era alemán. Esa gente no comprendía la idea de

humildad.

Henri entró en línea y Dominique habló con él durante pocos segundos. Cuando concluyeron Dominique apagó el speaker y se echó hacia atrás en su sillón.

Richter aún era demasiado débil para ser una fuerza real en Alemania, pero habría que ponerlo en su lugar antes de que llegara a serlo. Con firmeza, sin concesiones ni amabilidades. Richter seguía siendo el primer elegido de Dominique, pero si no podía tenerlo tendría a Karin Doring. Ella también era independiente, pero necesitaba dinero tanto como él, y después de ver lo que iba a sucederle a Richter seguramente sería razonable.

La ira comenzó a abandonar sus ojos cuando contempló la forma oscura de la guillotina. Como Danton, que había iniciado su cruzada contra la monarquía siendo un hombre moderado, Dominique se tornaría cada día más severo. De otro modo sus aliados y sus enemigos lo considerarían un hombre débil.

Realmente era un asunto delicado lograr que Richter se disciplinara sin ahuyentarlo. Pero como Danton había dicho en un discurso ante el Comité Legislativo de Defensa General en 1792: "¡Audacia, audacia otra vez, y siempre audacia!". La audacia de la guillotina, la audacia de la convicción. Ahora como entonces eso era lo que se necesitaba para ganar una revolución.

Y él ganaría ésta. Luego se ocuparía de una vieja deuda. No con Richter sino con otro alemán. Uno que lo había traicionado en esa noche tan lejana. El hombre que había puesto todo en movimiento.

Destruiría a Richard Hausen.

12

Jueves, 11.55 hs., Wunstorf, Alemania

La alarma de incendios del baño hizo que Jody dejara de aullar. Las ráfagas de humo que pasaban a través de la ventilación habían disparado la alarma. El agudo sonido atravesó su pánico y la trajo de vuelta al instante a la situación concreta. Respiró hondo, trató de calmarse y luego exhaló.

Quieren hacer volar el remolque en mil pedazos, pensó.

Y cuando vio el arma, Jody supo que cada segundo —cualquier segundo— podía ser el último. Rápidamente fue hacia la ventana y metió la mano entre las rejas de metal. Abrió la aldaba con la punta de los dedos, puso las palmas de las manos contra el vidrio escarchado y tiró hacia arriba. Apretó la cara contra las rejas y vio cómo se quemaba el trozo de tela enroscado. No estaba atado al tanque de combustible. Sólo estaba allí, rodeado de aire, el aire que sería un catalizador perfecto para el fuego. Estiró el brazo entre las rejas para llegar a la improvisada mecha. Falló por milímetros.

—¡Dios, no!

Se separó de las rejas, apartó el cabello de los ojos Y miró a su alrededor. Tenía que haber algo que pudiera usar para alcanzarla.

Lavabo. Inodoro. Nada.

El lavabo...

Estaba pensando en extinguir el fuego, pero en el baño no había nada que pudiera usar como balde o cucharón.

—¡Piensa!—gritó desesperada.

Lentamente, giró sobre sí misma. Vio la ducha, pero no había toallas. Intentó arrancar el toallero, falló, pero advirtió la regadera de la ducha. Estaba sujeta a una manguera.

Rápidamente hizo correr el agua, sacó de un tirón la regadera y la llevó hacia la ventana. No llegaba apenas por milímetros.

La llama ya estaba cubriendo la boca del tanque de combustible cuando, fastidiada por la frustración, Jody arrojó la regadera y aferró la toalla de mano. La metió dentro del inodoro y corrió de vuelta a la ventana. Extendiendo la mano, arrojó al aire y hacia arriba la toalla mojada y la dejó caer. Escuchó una especie de silbido y apoyó la cara contra la ventana.

La parte superior de la llama se había extinguido. Pero la parte de abajo seguía ardiendo.

Ésa era la única toalla... y estaba perdida. Rápidamente se quitó la blusa y la hundió en el inodoro. Sin embargo, esta vez la golpeó con todas sus fuerzas contra el costado del remolque. No la dejó caer, pero hizo que el agua se deslizara por la pared del vehículo. Luego levantó la blusa, volvió a mojarla y la golpeó todavía con más fuerza contra el remolque. El agua corría en un torrente compacto y por fin extinguió lo que quedaba de la llama. Una delgada pared de humo cubrió el aire. Era el olor más dulce que Jody hubiera sentido.

—¡Maldita seas! —le gritó Jody a la imagen de la mujer que atormentaba su cabeza—. No me

gusta matar mujeres —dijo—. Y bien, ¡no me mataste, puta! ¡No pudiste!

Jody metió el brazo en el hueco de la manga y se puso la blusa mojada. Estaba fría y la hacía sentir bien. Miró la puerta.

—Tú eres la próxima —dijo con recién ganada confianza. Ahora tenía tiempo de arrancar el toallero de la ducha. Apoyando la espalda contra la pared del frente arrancó el toallero de una patada. Fue hacia la puerta del baño y la empujó con el hombro, abriéndola sólo lo suficiente para meter el toallero en el intersticio. Usó el toallero como palanca. La puerta comenzó a moverse lentamente mientras Jody empujaba lo que fuera que hubieran puesto contra ella para impedirle salir. Después de algunos minutos logró abrir una grieta lo bastante amplia como para deslizarse a través de ella.

Pasó sobre la mesa levantada, corrió hacia la puerta y la abrió. — ¡No pudieron conmigo! —dijo otra vez, con la mandíbula apretada y los puños levantados. Se dio vuelta y miró el remolque.

Un temblor le recorrió la espalda.

¿Y si están esperando oír la explosión?, preguntó para sí misma. Y si no la escuchan, ¿volverán?

Exhausta, Jody corrió al otro lado del remolque. Con una ramita apartó el trapo humeante del tanque de combustible y luego trepó a la cabina. Empujó el encendedor de cigarrillos. Mientras esperaba que se calentara, desgarró tiras de tela de la cara interna de la tapa de uno de los baúles guardados en el remolque. Cuando el encendedor estuvo listo, Jody tomó las tiras y se dirigió al tanque de combustible.

Usó una de las tiras para secar el área y luego colocó la otra mitad afuera y mitad adentro del tanque. Con la tira encendida prendió la que estaba en el tanque, la arrojó al suelo y corrió al bosque, lejos... muy lejos del remolque. En todos sus años de espectadora de cine había visto explotar millones de automóviles y camionetas. Pero siempre habían volado por los aires gracias a explosivos cuidadosa y estratégicamente colocados y no por un tanque lleno de nafta. Jody no tenía idea de lo grande, estridente y destructiva que sería esta explosión.

Se le ocurrió taparse los oídos con las manos mientras corría.

Sólo habían pasado uno o dos minutos cuando oyó el sordo ruido de la explosión, seguido por el lacerante chirrido de los metales y el ensordecedor estallido de las llantas. Su corazón latía con inusitada violencia, Y un segundo después fue golpeada por la pode— rosa ola de calor proveniente de la explosión. Jody sintió el calor intenso contra el cráneo y a través de la blusa mojada. Pero se olvidó de la inquietante sensación cuando comenzaron a llover fragmentos de metal al rojo vivo y partículas de vidrio. Pensó en el granizo ardiente de Los diez mandamientos, Y en que cuando vio esa película pensó que no había manera de protegerse de algo semejante. Cayó al suelo y se cubrió la cabeza con los brazos, pegando el pecho a las rodillas. Un gran pedazo de guardabarros atravesó raudamente la arboleda y se estrelló contra la tierra a pocos centímetros de sus pies. Jody pegó un salto, aterrada.

Corrió a un árbol y lo abrazó, arrodillada, creyendo que las ramas podrían ofrecerle cierta protección contra las enormes esquirlas del remolque. Aferró el árbol con todas sus fuerzas, sollozando como si todo su coraje hubiera desaparecido. Se quedó allí, casi inmóvil, incluso después de que la temible lluvia de fuego había cesado. Le temblaban violentamente las piernas y no podía ponerse de pie. Después de un momento, ni siquiera podía seguir abrazándose al árbol.

Abandonándose a su suerte, Jody caminó un rato. Estaba exhausta y perdida y decidió descansar. Aunque la hierba verde y suave parecía invitadora, se las ingenió para trepar a un árbol. Acurrucándose entre dos ramas muy juntas, apoyó la cabeza en una de ellas y cerró los ojos.

Me dejaron allí para que muriera, pensó. Mataron a otros. ¿Qué les da el derecho a hacerlo?

Los gemidos eran cada vez menos frecuentes. Pero el miedo no la abandonaba. Aunque junto con la percepción de su propia vulnerabilidad podía apreciar la fuerza que había sacado de sí misma era un momento tan extremo.

No los dejé matarme, dijo para sí misma.

Recordó el rostro de Karin, vívido y frío. Lo odiaba, odiaba lo confiada y presumida que había sido esa mujer. Una mitad de Jody quería que ese monstruo supiera que casi le habían quitado la vida pero no el espíritu.

La otra mitad de Jody anhelaba dormir. En pocos minutos la mitad del sueño había ganado... después de un breve combate.

13

Jueves, 6.40 hs., Quántico, Virginia

Mike Rodgers no pensaba visitar a Billy Squires hasta las siete en punto. Pero cuando recibió una llamada de Melissa justo después de las seis, vistió su uniforme, se puso las historietas bajo el brazo —quería llevarle algo y sabía que no tendría tiempo de conseguir otra cosa— y salió rápidamente.

—No es cosa de vida o muerte —le había dicho Melissa por teléfono—, pero... ¿podrías venir un poco más temprano? Quiero que veas algo.

Melissa no había podido decirle nada más concreto porque Billy estaba en la habitación. Pero cuando Rodgers llegara allí, vería y comprendería.

El general odiaba los misterios y durante los cuarenta minutos de viaje había tratado de imaginarse posibilidades... desde una plaga de hormigas o murciélagos a algo que Billy pudiera haberse hecho a sí mismo:

Nada de lo que imaginó se acercó siquiera a la realidad.

La base Striker estaba localizada en la Academia del FBI en Quántico, Virginia. Los miembros del equipo se alojaban en departamentos en la misma base; las familias tenían casas en el pueblo. Melissa y Billy vivían en la más grande de todas, muy cerca de la pileta de natación. El reglamento les permitía permanecer en la residencia del comandante hasta que nombraran un nuevo líder permanente para el equipo Striker. En lo que a Rodgers concernía, ellos podían seguir viviendo allí hasta que se les antojara y el nuevo comandante podía alojarse en cualquier otro lugar. No estaba dispuesto a apartar a Billy de sus amigos hasta que Melissa sintiera que estaba preparado para hacerlo.

Además, pensó Rodgers mostrándole su pase al guardia del portón, al paso que va la búsqueda llegaremos al año 2000 antes de encontrar un nuevo comandante.

El hombre que él realmente quería para el puesto, el coronel Brett August, lo había rechazado dos veces, y probablemente lo rechazaría por tercera vez cuando volviera a llamarlo. Mientras tanto el mayor Shooter, en préstamo de la Base Andrews de la Fuerza Aérea, era el jefe temporario. Era un estratega magistral y todos gustaban de él. Pero no tenía experiencia de combate. No había razones para pensar que se bloquearía en el campo de batalla, ni razones para pensar lo contrario. Dada la clase de misiones para la protección del equilibrio mundial que el Striker había enfrentado en Corea del Norte Y Rusia, ése era un riesgo que no podían correr.

Rodgers aparcó su recién estrenado Blazef color rojo manzana en el estacionamiento y corrió hacia la puerta del frente. Melissa la abrió antes de que él llegara. Lucía bien, tenía una postura relajada, y Rodgers aminoró la marcha.

Pero la joven mujer tenía el hábito de estar bien con el mundo. Incluso cuando Charlie estaba vivo, cuando se enfurecía luchando en la pileta de natación o jugando al hockey sobre patines o perdiendo el lugar para su palabra de siete letras en el Scrabble, ella era la imagen misma de la compostura. Ahora que su marido había muerto, salía de paseo o hacía picnics con el resto de las

familias del Striker e intentaba que la vida fuera lo más normal posible para su hijo. Rodgers podía imaginar cuánto había llorado sola en la oscuridad. Pero la palabra operativa era justamente ésa, "imaginar". Melissa rara vez mostraba su tristeza en público.

De un salto atravesó los escalones Y se abrazaron calurosamente.

—Gracias por venir, Mike —dijo ella.

—Hueles muy bien —sonrió él—. ¿Champú de damasco?

Ella asintió.

—Nunca lo había olido antes.

—Decidí cambiar algunas cosas. —La joven bajó la vista—. Ya sabes.

Rodgers le besó la frente.

—Por supuesto.

Él pasó a su lado, todavía sonriendo. Era muy extraño venir aquí por la mañana y no oler los sabrosos cafés que Charlie solía beber.

—¿Dónde está Billy? preguntó Rodgers.

—Se está bañando. Quema energía jugando en la bañera Y así está más tranquilo en la escuela.

Rodgers oyó chapalear al niño en el piso superior. Miró a Melissa.

—¿Ha estado haciendo travesuras?

—Sólo los últimos días —dijo Melissa—. Por eso te pedí que vinieras un poco más temprano.

Melissa cruzó la pequeña sala de estar y le hizo un gesto a Rodgers para que la siguiera. Entraron al cuarto de juegos, que estaba decorado con láminas enmarcadas de aviones de guerra. Encima del televisor había una foto enmarcada de Charlie con una cinta negra en la esquina superior. Había otras fotos de la familia sobre la chimenea Y la biblioteca.

Rodgers trató de no mirarlas mientras Melissa lo conducía a la mesa de la computadora. Apoyó las historietas al lado de la impresora y Melissa encendió la computadora.

—Pensé que sería una buena distracción para Billy conectarlo a Internet, —dijo Melissa—. Hay un topo.

—¿Cómo? —dijo Rodgers.

—Supongo que no estás al tanto de estas cosas.

—No —admitió Rodgers—. Podríamos decir que estoy un poco apartado de las actividades tecnológicas, pero ésa es otra historia.

Melissa hizo un gesto afirmativo.

—Un topo es un sistema de menús que permite un acceso relativamente fácil a los archivos de textos de Internet.

—Igual que un fichero Dewey decimal en las bibliotecas reales —dijo Rodgers.

—Exactamente —sonrió Melissa—. El caso es que hay sitios en la red —foros— donde los niños que han perdido a uno de sus padres pueden comunicarse entre ellos. Sin rostro y sin raza. Billy entró en línea y conoció a algunos chicos maravillosos que tenían mucho para compartir con él. Pero anoche, uno de ellos, un niño de doce años llamado Jim Eagle, guió a Billy en una expedición que los llevó a un archivo llamado Centro de Mensajes.

La computadora zumbó y Melissa se inclinó sobre el teclado. Se dirigió al centro de Mensajes y apenas estuvieron allí Rodgers supo cuál iba a ser el "mensaje".

Las "eses" en el logo del Centro de Mensajes recordaba el diseño de la SS nazi. Melissa llamó la lista FAQ, un listado de preguntas de consulta muy frecuente indicado especialmente para los recién llegados. Rodgers lo leyó con disgusto creciente.

La primera pregunta tenía que ver con "Netiquette": los términos apropiados para denominar a negros, judíos, homosexuales, mexicanos y otras minorías. La segunda pregunta ofrecía una lista de las diez figuras más grandes de la historia con una breve reseña de sus logros. Adolf Hitler encabezaba esta lista, que también incluía al asesinado líder nazi norteamericano George Lincoln Rockwell, al asesino de Martin Luther King, James Earl Ray, al general de caballería de los confederados, Nathan Bedford Forrest, y a un personaje de ficción: el esclavo capataz Simon Legree, de *La cabaña del Tío Tom*.

—Billy no comprendió de qué se trataba la lista FAQ y siguió ciegamente a Jim Eagle en la conversación —dijo Melissa—. Este chico, Jim —si era un chico, cosa que me permito dudar— es obviamente un individuo que va a la pesca de niños apenados y solitarios e intenta engancharlos en el movimiento.

—Dándoles una nueva figura paterna o materna —agregó Rodgers.

—Exactamente —replicó Melissa llevando a Rodgers a la discusión del momento.

Había cartas breves, llenas de errores, que expresaban el odio hacia individuos o grupos específicos. Había otras que ofrecían nuevas líricas cargadas de odio para canciones viejas, e incluso había una guía de cómo matar y cortar en pedacitos a una mujer negra.

—Ésta es la que vio Billy —dijo Melissa con calma. Señaló la impresora —hasta le enviaron la obra de arte que acompaña los textos. Deje todo ahí sin hacer demasiado escándalo. No quería asustarlo.

Rodgers miró la bandeja de la impresora y vio la hoja impresa a todo color. Era una fotografía tomada de perfil y desde arriba, con flechas e instrucciones. Y un cadáver al que le habían quitado el esqueleto. A juzgar por los alrededores, había sido tomada en una morgue. Rodgers muchas veces se había sentido desmayar frente a imágenes del campo de batalla, pero siempre eran anónimas. Esto era algo sádico y personal. Sentía deseos de hacer pedazos la Primera Enmienda, pero retrocedió al darse cuenta de que eso le daría probablemente algo en común con esos bastardos.

Levantó la hoja de papel, la dobló sin miramientos Y la guardó en el bolsillo de su pantalón.

—Haré que el equipo técnico del Centro de Operaciones le eche un vistazo a esto —dijo Rodgers—. Tenemos el programa Samson para destruir software. Tal vez podamos detenerlos.

—Volverían a comenzar al instante —advirtió Melissa—. Además, eso no es lo peor de todo.

La joven mujer volvió a inclinarse encima del teclado. Se dirigió a un nuevo sitio de la red donde se repetía cada quince segundos una breve secuencia de videojuego.

La imagen mostraba a un hombre con un lazo corredizo cazando a un negro en el bosque. El perseguidor debía saltar cadáveres y esquivar los pies de otros negros linchados para atrapar su presa. El texto que pasaba por la parte superior de la imagen decía: ¡tenemos un lazo para ti! llegará en apenas nueve horas y veinte minutos: WHOA te hará colgar con la multitud. ¡y todavía hay más!

—¿Tienes idea de quién puede ser WHOA? —preguntó Rodgers.

—Yo sí —dijo una voz a sus espaldas—. Jim me lo dijo.

Rodgers y Melissa se dieron vuelta y vieron a Billy parado en el vano de la puerta. El niño se

acercó rápidamente.

—¡Hola, Billy! —dijo Rodgers...

Hizo la venia al niño, quien a su vez le hizo la venia. Luego se agachó y ambos se abrazaron.

—Buen día, general Rodgers —dijo Billy—. WHOA es la sigla que corresponde a Asociación Blanca Exclusiva. Jim dijo que querían evitar intrusos. "¡Sólo dime WHOA!"

—Ya veo —dijo Rodgers. Seguía agachado frente al niño—. ¿Y tú qué piensas de eso?

Billy se encogió de hombros. —Yo no... murmuró.

—¿No sabes? —preguntó Melissa.

—Bueno —dijo Billy—, anoche, cuando vi esa foto, pensé en la muerte de mi padre. Entonces me sentí mal:

—Tú comprendes —dijo Rodgers—, que esa gente es verdaderamente malvada. Y que la mayoría de la gente no cree en las cosas que ellos creen y pregonan.

—Jim dijo que la gente sí cree pero que no se atreven a admitirlo.

—Eso no es verdad —dijo Rodgers—. Todos tenemos "pequeños enemigos", verdaderas pequeñeces que nos perturban como un perro que ladra toda la noche o la alarma de un automóvil. Y algunas personas odian a una o dos personas, por ejemplo al jefe o al vecino...

—Mi papá odiaba a la gente que bebía café instantáneo —dijo Billy—. Decía que eran filis... filis algo.

—Filisteos —dijo Melissa. Apartó la vista con rapidez y apretó los labios.

Rodgers sonrió.

—Estoy seguro de que tu padre no los odiaba de verdad. Solemos usar esa palabra con demasiada libertad cuando no es eso lo que queremos decir. El caso es que Jim está equivocado. Conozco un montón de gente, pero no conozco a nadie que odie a un grupo completo de personas. Los tipos como Jim... se sienten bien despreciando a los demás. Tienen que odiar, es como una enfermedad. Una enfermedad mental. Si no odiaran a los inmigrantes o a la gente que profesa otras religiones... odiarían a los que tienen otro color de cabello, o a los que son más bajos de estatura, o a los que prefieren las hamburguesas a las salchichas.

Billy rió entre dientes.

—Lo que estoy tratando de decirte es que la gente como Jim es malvada y que no debes creer lo que te digan. Yo puedo prestarte libros y videos sobre gente como Winston Churchill, Frederick Douglas y Mahatma Gandhi.

—Qué nombre más gracioso.

—Tal vez te suene un poco raro —dijo Rodgers—, pero sus ideas son realmente buenas. Todos esos hombres tienen cosas maravillosas para decir, y la próxima vez te traeré material al respecto. Podemos leerlos y escucharlos juntos.

—De acuerdo —dijo Billy.

Rodgers se irguió y señaló con el pulgar el estante de la impresora. De pronto, un Superman de cabello largo no le parecía tan mal.

—Mientras tanto —prosiguió—, allí tienes algunas historietas. Hoy es Batman, mañana será Gandhi.

—¡Gracias! —dijo Billy. Miró inquisitivamente a su madre, quien asintió una sola vez. Luego se

abalanzó sobre la pila de revistas. —Puedes leerlas al volver de la escuela —le anunció Melissa a su hijo, mientras él las devoraba con los ojos.

—Correcto —dijo Rodgers—. Y si terminas de prepararte, te llevaré a la escuela. Podemos parar en el comedor para buscar raciones y tal vez un videojuego...

—¿Un video juego? —preguntó Bill—. En el comedor tienen Blazing Bombattle.

—Estupendo —dijo Rodgers.

Billy le dedicó una elegante venia al general, volvió a agradecerle las historietas Y salió corriendo.

Mientras el niño subía velozmente las escaleras, Melissa tomó suavemente la mano del general.

—Te debo un buen momento —dijo, y lo besó en la mejilla.

Rodgers tenía la guardia baja y se sonrojó. Apartó la vista y Melissa retiró la mano. El general intentó seguir los pasos de Billy. —Mike —dijo Melissa.

Él se detuvo y la miró.

—Todo está bien —prosiguió ella—. Yo también me siento muy cerca de ti. Hemos pasado por tantas cosas... era inevitable.

El rubor se intensificó. Quería decir cuánto los amaba a todos, Charlie incluido, pero no lo hizo. En este momento no estaba seguro de lo que sentía.

—Gracias —farfulló.

Rodgers sonrió pero no dijo nada más. Billy bajó las escaleras como un trueno y el general lo siguió, como una pajita atrapada por un remolino, corriendo por la sala de estar mochila al hombro, y luego levantó en andas el apetito matinal del hombrecito para llevarlo al estacionamiento.

—¡Nada de azúcar, general! —gritó Melissa cerrando la puerta de alambre tejido tras ellos—. ¡Y que no se excite demasiado con el videojuego!

14

Jueves, 8.02 hs., Washington D.C.

La senadora Bárbara Fox y sus dos asistentes llegaron a la Base Andrews de la Fuerza Aérea en el Mercedes de la senadora. El asistente principal, Neil Lippes, iba sentado en el asiento trasero con la senadora. El asistente segundo, Bobby Winter, conducía. A su lado, un maletín descansaba sobre el asiento.

Llegaron temprano a su cita de las 8.30 tal como les informó cortésmente el guardia antes de admitir la entrada del automóvil. —Al contrario —dijo la senadora de cabellos blancos por la ventanilla mientras pasaban los controles—. Llegamos unos veinticinco millones de dólares tarde.

El trío se dirigió a un indescriptible edificio de dos pisos localizado cerca de la línea aérea Reserva Naval en la Base Andrews de la Fuerza Aérea. Durante la guerra fría, el edificio color marfil había servido como zona de preparativos para las tripulaciones aéreas. En el caso de un ataque nuclear, su tarea hubiera sido evacuar funcionarios clave de Washington D. C.

Ahora, después de una cirugía estética de cien millones de dólares, el edificio se había convertido en el cuartel general del Centro de Operaciones, asiento del Centro Nacional para Manejo de Crisis. Los setenta y ocho empleados de tiempo completo que trabajaban allí eran eficientes tácticos, logistas, soldados, diplomáticos, analistas de Inteligencia, especialistas en computación, psicólogos, expertos de reconocimiento, medioambientalistas, abogados y expertos en medios. El CNMC compartía cuarenta y dos empleados de apoyo con el Departamento de Defensa y la CIA, y comandaba el equipo táctico del Striker.

Sus pares, conscientes del presupuesto, no dejaban de recordarle a la senadora Fox que ella había sido una de los autores del proyecto CNMC. Y en alguna época ella había apoyado sus esfuerzos. Originalmente, el Centro de Operaciones había sido pensado para interactuar con —y servir de respaldo a— la Agencia de Inteligencia Central, la Agencia de Seguridad Nacional, la Casa Blanca, el Departamento de Estado, el Departamento de Defensa, la Agencia de Inteligencia de Defensa, la Oficina Nacional de Reconocimiento y un Centro de Análisis de Inteligencia y Amenazas. Pero después de manejar eficazmente una situación de rehenes en Filadelfia que el FBI les había arrojado encima, y después de descubrir y anular un intento de sabotaje contra el “space shuttle”, el Centro de Operaciones había ganado paridad con las otras agencias... y algo más. Lo que había sido concebido como un banco de liquidación informática con capacidades SWAT tenía ahora la singular capacidad de monitorear, iniciar y/o manejar operaciones en el mundo entero. Y con esas capacidades singulares había llegado un nuevo presupuesto de sesenta y un millones de dólares. Eso superaba en un cuarenta y tres por ciento el del segundo año, que había sido sólo un ocho por ciento más alto que el primero. Era un presupuesto que la senadora por California de cincuenta y dos años y cuatro de mandato, no estaba dispuesta a tolerar. No con una elección en ciernes. No con amigos en la CIA y el FBI exigiendo paridad. Paul Hood era un amigo de toda la vida y ella había usado su influencia con el presidente para ayudarlo a conseguir el puesto de director. Pero él y su segundo, el

altanero Mike Rodgers, tendrían que reducir sus pretensiones. Reducirlas mucho más de lo que les gustaría.

Winter estacionó el automóvil detrás de un macetero de cemento que servía como barricada contra potenciales autos-bomba terroristas. Los tres salieron y cruzaron el sendero de pizarra que atravesaba el pasto recién cortado. Cuando llegaron a la puerta de vidrio una cámara de video los fotografió. Un momento después se oyó la voz de una mujer proveniente de un altavoz ubicado bajo la cámara. Les ordenó entrar. Hubo un breve zumbido y Winter empujó la puerta para abrirla.

Una vez adentro, fueron recibidos por dos guardias armados.

Uno estaba parado frente a la oficina de seguridad, el otro detrás del vidrio antibalas. El guardia que estaba afuera chequeó sus fotos en la identificación del Congreso, hizo correr un detector de metales portátil sobre el maletín, Y los envió al nivel administrativo del primer piso. Al final del vestíbulo había un ascensor y junto a él un tercer guardia armado.

—Veo un lugar donde podemos recortar el presupuesto en unos cincuenta mil dólares —le dijo Bárbara a Neil al cerrarse la puerta del ascensor.

Los asistentes rieron entre dientes mientras el ascensor de paredes plateadas descendía vertiginosamente al área subterránea donde se manejaban los verdaderos intereses del Centro de Operaciones.

Había una guardia armada a la salida del ascensor.

—Setenta y cinco mil —les espetó Bárbara a sus ayudantes y, después de mostrar sus identificaciones, la guardia los condujo a una sala de espera.

La senadora Fax la fulminó con la mirada.

—Vinimos a ver al general Rodgers, no a esperar que él tenga deseos de vernos.

—Lo siento, senadora. Pero el general no está aquí.

—¿No está aquí?

La senadora miró su reloj y exhaló por la nariz. —Dios mío; —creía que el general Rodgers vivía aquí. Volvió a mirar a la guardia.

—¿Tiene teléfono celular?

—Sí, señora.

—Llámelo por favor.

—Lo siento —dijo la guardia—, pero no tengo el número. El señor Abrams lo tiene.

—Entonces llámelo a él —dijo la senadora—. Dígale al señor Abrams que querríamos verlo. Dígale también que no nos sentamos en salas de espera.

La guardia comenzó a marcar el número del asistente del subdirector. Aunque su turno terminaba oficialmente a las seis de la mañana, tenía poderes para actuar en ausencia de un superior.

Mientras lo estaba llamando, se abrió la puerta del ascensor y entró la encargada de Asuntos Políticos y Económicos, Martha Mackall. La elegante mujer negra de cuarenta y nueve años tenía su habitualmente hosca expresión matinal. La hosquedad se evaporó cuando vio a la senadora.

—Senadora Fox —murmuró—. ¿Cómo está?

—Contrariada —respondió la senadora.

Las dos mujeres estrecharon las manos.

Martha dejó vagar su mirada de la senadora a la joven guardia. — ¿Algo anda mal? —preguntó.

—Nunca creí que Superman necesitara dormir —dijo entonces la senadora.

—¿Superman? —preguntó Martha.

—El general Rodgers.

—Ah —rió Martha—. Vaya, vaya. Dijo que iba a pasar por lo de Squires esta mañana.

—Para visitar al niño, supongo —dijo la senadora. La guardia apartó la vista, molesta.

Martha extendió el brazo.

—¿Por qué no lo espera en mi oficina, senadora Fox? Haré que le traigan croissants y café.

—¿Croissants? —se burló la senadora. Se volvió hacia Neil y le dijo:

—Setenta y cinco mil y un par de cientos.

Los dos hombres sonrieron, y también Martha. La senadora sabía que Martha no tenía idea de qué estaban hablando. Había sonreído sólo para formar parte del grupo de sonrientes. No había nada malo en eso, tuvo que admitir la senadora Fox, excepto que aunque la sonrisa mostraba una hilera perfecta de dientes no le decía nada acerca de la persona que había detrás. La verdad era que ella no creía que Martha tuviera sentido del humor.

Mientras atravesaban el corredor alfombrado, Martha les preguntó:

—¿Cómo andan las cosas en el Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso? No oí hablar de repercusiones serias acerca de la incursión de los Striker en Rusia.

—Considerando que el comando Striker evitó un golpe, no me sorprende —respondió la senadora Fox.

—Tampoco a mí —agregó Martha.

—De hecho, lo último que supe —dijo la senadora—, es que el presidente Zhanin les dijo a sus asistentes en el Kremlin que quería levantar un pequeño monumento en el puente, cuando sea reconstruido, en honor del subteniente Squires.

—Eso sería maravilloso —sonrió Martha.

Habían llegado a la puerta de su oficina y Martha ingresó el código en el tablero de la entrada. La puerta se abrió automáticamente y Martha hizo pasar primero a la senadora y sus dos asistentes.

Antes de que Martha le hubiera indicado dónde sentarse a la senadora, Bill Abrams irrumpió en la oficina.

—Buen día a todos —dijo el funcionario bigotudo y jovial—. Simplemente quería hacerle saber que el general Rodgers telefoneó desde su automóvil hace apenas un minuto para avisar que se retrasaría un poco.

El rostro alargado de la senadora Fox se alargó todavía más.

Quedó boquiabierta y con los ojos casi desorbitados. — ¿Problemas con el automóvil? — preguntó.

Martha lanzó una carcajada.

Abrams dijo: —Está atrapado por el tránsito. Dice que no sabía que estaba tan atascado a esta hora.

La senadora Fox se apoltronó en un sillón cubierto de almohadones. Sus asistentes se pararon detrás de ella.

—¿Y el general también dijo por qué había salido tan tarde? Sabía que teníamos una cita.

—Sí, la recordaba —dijo Abrams. Su pequeño bigote se levantó de un lado—. Pero él, eh... me

pidió que le dijera que quedó atrapado en un simulacro de guerra con personal del Striker.

Martha miró azorada a Abrams.

—No tenía fijado ningún simulacro de guerra para hoy —ahondó la mirada—. No habrá sido una de esas luchas en la pileta de natación...

—No —le aseguró Abrams. Tiró de los extremos de su corbata de lazo con aire ausente—. Se trata de otra cosa. Algo totalmente fuera de los planes.

La senadora Fox sacudió la cabeza, resignada.

—Esperaré —dijo.

Bobby Winter aún tenía el maletín en la mano. Cuando la senadora habló lo apoyó en el suelo, junto a la silla.

—Esperaré —prosiguió la senadora—, porque lo que tengo que decirle no puede esperar. Pero les prometo que cuando llegue el general Rodgers encontrará un Centro de Operaciones muy distinto del que dejó anoche.

Su nariz pequeña y respingada se levantó ligeramente cuando dijo:

—Absoluta y permanentemente distinto.

15

Jueves, 14.10 hs., Hamburgo, Alemania

El grupo de Paul Hood salió del restaurante a las 13.20. Dejaron a Bob Herbert en el hotel para que pudiera seguir haciendo llamadas por el ataque al set de filmación. Luego se dirigieron a la fábrica Hauptschlüssel de Martin Lang, localizada a unos pintorescos treinta minutos de automóvil al noroeste de Hamburgo, en Gluckstadt.

Igual que Hamburgo, el pueblo estaba emplazado sobre el Elba.

A diferencia de Hamburgo, era arcaico y típicamente Viejo Mundo, el último lugar del mundo en el que Hood hubiera esperado encontrar una moderna fábrica de microchips. Ni siquiera el edificio parecía una fábrica. Más bien lucía como una pirámide invertida cubierta de extremo a extremo por espejos oscuros.

—Una pastilla de goma clandestina —sugirió Stoll a medida que se acercaban.

—No es una mala descripción —admitió Lang—. Fue diseñada para reflejar los alrededores... no para invadirlos.

Hausen dijo:

—Después de haber visto con detenimiento cómo los comunistas y la guerra ensuciaron el aire y la belleza de Alemania del Este, comenzamos a trabajar duro para levantar edificios que no sólo complementen el medio ambiente, sino que también resulten agradables a los trabajadores.

Hood tuvo que admitir que, a diferencia de los políticos norteamericanos, Hausen no hablaba edulcoradamente. En el interior de la estructura de tres pisos había un medio ambiente laboral brillante y tranquilo. El piso principal estaba dividido en tres sectores. Justo al entrar había un espacio amplio y abierto donde la gente trabajaba en computadoras. A la derecha había hileras de oficinas. Y en el sector más lejano, detrás de los cubículos, había una habitación limpia. Allí, detrás de una mampara de vidrio, hombres y mujeres vestidos de blanco, con máscaras y gorras, trabajaban en el complejo proceso de reducción fotográfica que transformaba una página de tamaño normal en un chip microscópico o en un circuito impreso.

Siempre apuesto pero abatido por la noticia del ataque al set de filmación, Lang dijo:

—Los empleados trabajan de ocho a cinco con dos descansos de una y media hora respectivamente. Tenemos gimnasio y natatorio en el sótano, y también pequeñas habitaciones con catres y duchas para los que quieran descansar o refrescarse.

Stoll dijo:

—Sería imposible ver catres y duchas en nuestro lugar de trabajo en Washington. Nadie terminaría jamás su trabajo.

Después de mostrarles a sus invitados el diminuto primer piso, Lang los condujo al segundo piso, más espacioso. Apenas habían llegado sonó el teléfono celular de Hausen.

—Tal vez sean noticias del ataque —dijo Hausen, caminando hacia un rincón.

Cuando Hausen se fue, Lang les mostró a los norteamericanos cómo unas máquinas silenciosas y

automáticas producían masivamente los chips. Stoll se demoraba detrás del grupo estudiando los paneles de control y observando cómo las cámaras y las máquinas impresoras hacían el trabajo que en otro tiempo hicieran manos laboriosas, soldadoras de hierro y sierras. Apoyó su mochila encima de una mesa y se puso a conversar con uno de los técnicos, una mujer que hablaba inglés y trabajaba con un microscopio para revisar los chips recién terminados. Cuando Stoll preguntó si podía echar un vistazo a través de la lente, la mujer miró a Lang, quien asintió. Stoll echó un rápido vistazo y felicitó a la mujer por su refinado chip digitalizador de sonido.

Una vez terminada la recorrida del segundo piso, el grupo se dirigió hacia el ascensor para esperar a Hausen. Encorvado sobre su teléfono celular y tapándose con el dedo la otra oreja, Hausen escuchaba más de lo que hablaba.

Mientras tanto, Stoll buscaba algo en su mochila. Cuando lo encontró se unió al resto del grupo. Le sonrió a Hood, quien le devolvió un guiño cómplice.

—Ah —dijo Lang—, no podré llevarlos a los laboratorios del tercer piso donde se realizan las investigaciones y el desarrollo de los chips. No es nada personal, puedo asegurárselos —dijo, mirando a Stoll—. Pero temo que nuestros accionistas protestarían. Verán, estamos trabajando en una nueva tecnología que va a revolucionar la industria.

—Ya veo —dijo Stoll—. Y esta nueva tecnología... ¿por casualidad tiene algo que ver con las partículas cuánticas y el principio de superposición de la mecánica cuántica? ¿Sí o no?

Por segunda vez en el día, Lang palideció. Parecía querer decir algo pero no pudo hacerlo.

Stoll rebosaba de alegría.

—¿Recuerda ese pedazo de pan enmohecido del que le hablé? Lang asintió, todavía incapaz de hablar.

Stoll sacudió la mochila que sostenía con el puño apretado. —Bueno, Herr Lang, acabo de brindarle sólo una pequeña muestra de lo que soy capaz de hacer.

En un rincón del laboratorio, el mundo parecía desaparecer para Richard Hausen. Aunque estaba escuchando una voz del pasado, de un pasado pesadillesco, no podía convencerse de que era real.

—Hola, Haussíer —lo saludó la voz con marcado acento francés.

Había utilizado el apodo de Hausen cuando era estudiante de Economía en la Sorbona en París... Haussíer, el toro de las finanzas.

Muy pocas personas sabían eso.

—Hola —respondió cautamente Hausen—. ¿Quién habla?

La voz dijo suavemente:

—Tu amigo y compañero de estudios. Gerard Dupre.

El rostro de Hausen quedó sumido en una confusión pastosa.

La voz sonaba menos iracunda, menos animada de lo que la recordaba. Pero podía ser Dupre, pensó. Por un momento Hausen fue incapaz de emitir palabra. Tenía la cabeza abotagada por un collage pesadillesco de rostros e imágenes.

La voz irrumpió en la visión.

—Sí, te habla Dupre. El hombre que amenazaste. El hombre al que advertiste que no regresara. Pero ahora he vuelto. Como Gerard Dominique, revolucionario.

—No creo que seas tú —dijo Hausen finalmente.

—¿Tendré que darte el nombre del café? ¿El nombre de la calle? —La voz se endureció—. ¿Los nombres de las chicas? — ¡No! —saltó Hausen—. ¡Eso era asunto tuyo, no mío!

—Eso dices tú.

—¡No! Así era.

La voz repitió lentamente: —Eso dices tú.

—¿Cómo conseguiste este número? —musitó Hausen.

—No hay nada que yo no pueda conseguir —dijo la voz—, nadie a quien no pueda llegar.

Hausen sacudió la cabeza.

—¿Por qué ahora? —preguntó—. Han pasado quince años...

—Sólo un instante a los ojos de los dioses. —La voz rió. —Los dioses que, aprovecho para decírtelo, ahora quieren juzgarte.

—¿Juzgarme? —dijo Hausen—. ¿Por qué? ¿Por decir la verdad sobre tu crimen? Yo hice lo correcto...

—¿Lo correcto? —interrumpió la voz—. Maldito seas. Lealtad, Haussier. Ésa es la clave de todo en este mundo. Lealtad en los malos momentos así como en los buenos. Lealtad en la vida y lealtad en el instante de la muerte. Eso es lo que separa a los humanos de los subhumanos. Y mi deseo es eliminar a los subhumanos. Planeo empezar contigo, Haussier.

—Eres tan monstruoso ahora como eras antes —le espetó Hausen. Le transpiraban las manos. Tenía que apretar con fuerza el teléfono para evitar que se cayera.

—No —dijo la voz—. Soy más monstruoso. Mucho más monstruoso. Porque no sólo tengo el deseo de hacer mi voluntad sino que he creado los medios para lograrlo.

—¿Tú? —dijo Hausen—. Fue tu padre quien creó esos medios...

—¡Fui yo! —gritó la voz—. Yo. Todo lo hice yo. Todo lo que tengo... me lo gané. Papá tuvo suerte después de la guerra. Todo el que tenía una fábrica en aquellos tiempos se hacía rico en un abrir y cerrar de ojos. No, mi padre era un imbécil como tú, Haussier. Aunque por lo menos tuvo el decoro de morir.

Esto es una locura, pensó Hausen.

—Dupre —dijo por fin—. ¿O debería llamarte Dominique? No sé dónde estás ni en qué te has convertido. Pero yo también soy más de lo que era. Mucho, mucho más. No soy el colegial que tú recuerdas.

—Oh, ya lo sé —la voz volvió a reír—. He seguido tus pasos. Cada uno de tus pasos. Tu ascenso en el gobierno, tu campaña contra los grupos de odio, tu casamiento, el nacimiento de tu hija, tu divorcio. Una chica encantadora tu hija, aprovecho para decírtelo. ¿Cómo le va en el ballet?

Hausen aferró aún más el teléfono.

—Atrévete a hacerle daño y no pararé hasta matarte.

—Ésas son palabras muy rudas para un político tan cuidadoso —dijo la voz con sorna—. Pero ésa es la belleza de la paternidad, ¿no es así? Cuando amenazan a un hijo, todo lo demás no importa. Ni la salud ni la fortuna.

Hausen dijo:

—Si tienes una pelea... es conmigo.

—Ya lo sé, Haussier —dijo la voz—. *Alors*, la verdad es que he intentado mantenerme apartado

de las adolescentes. Son un problema. Tú me comprendes.

Hausen estaba mirando las baldosas del piso pero veía al joven Gerard Dupre. Iracundo, desenfrenado, siseando su odio. Pero no podía sucumbir a la furia. Ni siquiera en respuesta a amenazas calculadas contra su propia hija.

—Así que planeas juzgarme —dijo Hausen por fin, obligándose a mantener la calma—. Por muy bajo que yo caiga, tú caerás todavía más bajo.

—Oh, no estés tan seguro —dijo la voz—. Verás, a diferencia de ti, he puesto capa sobre capa de empleados voluntariosos entre mis actividades y yo. He logrado construir un imperio de electores que sienten lo mismo que yo. Incluso he contratado a uno que me ayudó a seguir la vida y la obra de Richard Hausen. Ahora se ha marchado, pero me brindó una importante cantidad de información acerca de tu persona.

—Todavía hay leyes —dijo Hausen—. Hay muchas maneras de ser cómplice.

—Tú sabes muy bien, ¿verdad? —señaló la voz—. En cualquier caso, el tiempo ha echado su manto sobre aquel asunto parisino. La ley no puede tocarnos, ni a mí ni a ti. Pero piensa lo que pasaría con tu imagen si la gente se enterara. Piensa en lo que pasará cuando comiencen a aparecer las fotos de aquella noche.

¿Fotos?, pensó Hausen. La cámara... ¿los habría tomado? —Sólo quería que supieras que pienso destruirte —dijo la voz—. Quería que pensaras en eso. Que lo esperaras.

—No —retrucó Hausen—. Encontraré una manera de luchar contra ti.

—Tal vez —dijo la voz suavemente—. Pero en ese caso, tendrías que considerar a esa hermosa bailarina de trece años. Porque aunque yo me he apartado de las adolescentes, hay miembros de mi grupo que...

Hausen golpeó el botón de “hablar” para desconectar la llamada. Deslizó el teléfono celular en el bolsillo Y dio media vuelta. Fingió una débil sonrisa y le preguntó al empleado que tenía más cerca dónde estaban los lavatorios. Luego le hizo señas a Lang para que bajaran sin él. Tendría que desaparecer por un tiempo, pensar en lo que debía hacer.

Cuando llegó al baño se inclinó sobre el lavabo. Hizo un hueco con las manos, lo llenó de agua y metió la cara adentro. Dejó que el agua se deslizara lentamente entre sus dedos. Una vez que sus manos quedaron vacías, siguió apretándolas contra su enfebrecido rostro.

Gerard Dupre. Era un nombre que había anhelado no volver a escuchar jamás, un rostro que había deseado no volver a ver, ni siquiera con el ojo de la mente. Pero había vuelto, y Hausen también había vuelto... a París, a la noche más negra de su vida, a la mortaja de miedo y culpa que le había llevado años sacarse de encima.

Y con el rostro todavía entre las manos... Hausen lloró, lloró, lágrimas de miedo... y de vergüenza.

16

Jueves, 8.16 hs., Washington D.C.

Después de dejar a Billy en la escuela y de darse un par de minutos para sacarse de encima la adrenalina de dos juegos de Blazing Bombattle, Rodgers usó el teléfono celular de su automóvil para llamar a Darrell McCaskey. El coordinador del FBI en el Centro de Operaciones ya había salido rumbo a su trabajo, y Rodgers lo encontró también en el celular de su automóvil. El general no se hubiera asombrado si hubieran pasado uno al lado del otro mientras hablaban. Estaba empezando a creer que la tecnología moderna no era más que una manera ruin de venderle a la gente dos latas y una cuerda por miles de dólares. Por supuesto que las latas en cuestión estaban equipadas con dispositivos que captaban el tono alto o bajo de la voz en un extremo y lo repetían en el otro. Las señales recogidas inadvertidamente por otro teléfono carecerían de significado.

—Buen día, Darrell —dijo Rodgers.

—Buen día, general —respondió McCaskey—. Con su estilo amargado de todas las mañanas, dijo: —y no me pregunte por el partido de vóley de anoche. DOD nos hizo pedazos.

—No te preguntaré por eso —le aseguró Rodgers—. Escucha, necesito que averigües algo. Es sobre un grupo llamado WHOA... Asociación Blanca Exclusiva. ¿Oíste hablar de ellos?

—Sí, oí hablar de ellos. No me diga que supo algo de lo de Baltic Avenue. Se suponía que era un secreto absoluto.

—No —dijo Rodgers—, no sabía nada de eso.

Baltic Avenue era el código corriente del FBI para designar una acción llevada a cabo contra un adversario doméstico. Habían sacado el nombre del juego del Monopolio. Baltic Avenue era la primera hazaña después de pasar la orden de "Avanzar"... por consiguiente, era el inicio de una misión. Los códigos cambiaban semanalmente y Rodgers siempre esperaba las mañanas de los lunes para que McCaskey le dijera cuál era el nuevo. En los últimos meses sus códigos favoritos habían sido "Moisés", inspirado en "Let my people go", y "Peppermint Lounge", que provenía de la famosa discoteca "a gogó" de la década de 1960.

—¿WHOA es el tema de Baltic Avenue? —preguntó Rodgers.

—No —respondió McCaskey—. En todo caso, no directamente.

Rodgers no necesitaba seguir interrogando a McCaskey acerca de esta misión en particular. Aunque la línea estaba intervenida, eso sólo resultaba eficaz contra intrusos casuales. Las llamadas podían ser monitoreadas y grabadas en cualquier caso, Y algunos grupos de supremacía blanca eran particularmente sofisticados.

—Dime todo lo que sepas sobre WHOA —dijo Rodgers.

—Son poderosos —dijo McCaskey—. Tienen un par de campos de entrenamiento paramilitar en el sudeste, el sudoeste y el noroeste. Ofrecen de todo, desde clases para fabricar balas hasta actividades postescolares para los fanáticos. Publican una revista repugnante llamada Pührer, que se pronuncia Führer, que actualmente tiene nuevas sedes y oficinas de ventas de avisos publicitarios en

Nueva York, Los Ángeles y Chicago, y son los patrocinadores de una exitosa banda de rock llamada AWED... algo así como "todos blancos elegantes y eléctricos".

—¿También están conectados? —dijo Rodgers.

—Ya sé.

McCaskey preguntó después de un instante:

—¿Desde cuándo navega por Internet?

—Desde nunca —replicó Rodgers—, el que navega es el hijo de Charlie Squires. Y se metió en un juego de odio donde se linchan negros.

—Mierda.

—Así me sentí yo —dijo Rodgers—. Dime todo lo que sabes.

—Es gracioso que me pregunte esto —dijo McCaskey—. Estaba por comunicarme con un amigo alemán de la Oficina para la Protección de la Constitución en Düsseldorf. Ahora están todos muy preocupados por los Días de Caos, porque en esos días se reúnen todos los neonazis... los que viven ocultos, al aire libre, y los que viven al aire libre, en sus guaridas, si puede seguir esta idea.

—No estoy seguro de comprender. McCaskey prosiguió:

—Como el neonazismo es ilegal, los hitleristas confesos no pueden reunirse en público. Se encuentran en establos, en el bosque o en fábricas abandonadas. Los que posan como simples activistas políticos, aunque aboguen por la doctrina neonazi, tienen permitido reunirse en público.

—Comprendo —dijo Rodgers—. ¿Y por qué los hitleristas confesos no están bajo vigilancia?

—Lo están —dijo McCaskey—, cuando el gobierno logra encontrarlos. E incluso cuando los encuentran, algunos —por ejemplo ese tipo Richter, que pasó bastante tiempo en la cárcel— van a los tribunales, aseguran estar siendo acosados, y tienen que dejarlos tranquilos. El sentimiento público contra los "skinheads" es fuerte, pero la gente cree que los bandidos atildados y articulados como Richter deben vivir en paz.

—El gobierno no puede permitirse el alejamiento de demasiados votantes.

—Claro —prosiguió McCaskey— y tampoco puede permitir que los neonazis parezcan víctimas. Algunos de estos émulos de Hitler tienen un discurso y un carisma que lo harían caer de espaldas. Saben jugar muy bien con las multitudes y las noticias del día.

A Rodgers no le gustaba para nada lo que estaba escuchando.

Este manejo de los medios por parte de los criminales no era nada nuevo para él. Lee Harvey Oswald había sido acaso el último asesino en declararse inocente por televisión y de todos modos había sido condenado por la opinión pública... aunque incluso ese jurado no había manifestado un veredicto unánime. Había algo entre el rostro ruin y solapado del sospechoso y el rostro decidido del fiscal que hacía sospechar al público amante de los perdedores.

—¿Entonces qué pasó con tu amigo alemán? —preguntó Rodgers.

McCaskey dijo:

—Están muy preocupados porque además de los Días de Caos tienen este nuevo fenómeno llamado Network Thule. Es una colección de casi cien casillas de correos y tablas de noticias que permiten a los grupos y células neonazis mantenerse comunicados y formar alianzas. No hay manera de rastrear la correspondencia hasta su fuente, de modo que las autoridades están completamente indefensas e imposibilitadas de desbaratar esta nueva amenaza.

—¿Quién o qué es Thule? —preguntó Rodgers.

—Es un lugar. La legendaria cuna septentrional de la civilización europea —rió McCaskey—. Cuando yo era chico leía muchísimas novelas fantásticas y una gran cantidad de aventuras con bárbaros tenían lugar allí. Ursus de la última Thule y cosas por el estilo.

—Virilidad y pureza europeas —dijo Rodgers—. Un símbolo irresistible.

—Sí —admitió McCaskey—, aunque jamás hubiera creído que un lugar tan maravilloso, al menos en apariencia, se transformaría en el sitio de algo tan corrupto.

Rodgers preguntó:

—Esta Network Thule tiene muchas conexiones con los Estados Unidos, ¿verdad?

—No per se —dijo McCaskey—. Tenemos nuestros propios demonios autóctonos. Desde hace dos años los FEDS, el Centro Legal de Pobreza, en Alabama, y el Centro Simon Wiesenthal han estado monitoreando escrupulosamente las entradas de grupos de odio en los canales de información. El problema es que, igual que en Alemania, los muchachos malos suelen obedecer las leyes. Además, están completamente protegidos por la Primera Enmienda.

—La Primera Enmienda no les da el derecho de incitar a la violencia —murmuró Rodgers.

—Es que no lo hacen. Pueden apestar hasta los huesos, pero son tipos muy cautelosos.

—En algún momento tendrán un desliz —dijo Rodgers confiadamente— y cuando lo tengan quiero estar allí para atraparlos.

—Hasta ahora no lo han tenido —prosiguió McCaskey—, y el FBI ha estado vigilando todos los emplazamientos neonazis... sus cinco campos de juego en Internet y también los ocho noticiarios nacionales computarizados. También tenemos un acuerdo recíproco con Alemania para pasarnos cualquier información que recojamos en línea.

—¿Solamente con Alemania? —preguntó Rodgers.

—Alemania, Inglaterra, Canadá e Israel —dijo McCaskey—. Nadie más quiere desempolvar estos asuntos. Hasta ahora, no ha habido nada ilegal.

—Solamente inmoral —apuntó Rodgers.

—Seguro —admitió McCaskey—, pero usted sabe mejor que nadie que hemos peleado un montón de guerras para que todos los norteamericanos tuvieran libertad de expresión, incluyendo los miembros de la WHOA.

—También peleamos una guerra para demostrar que Hitler estaba equivocado —dijo Rodgers—. Estaba equivocado y lo sigue estando. En lo que a mí concierne, todavía estamos en guerra con esas bolsas de basura.

—Hablando de guerra —dijo McCaskey—, recibí una llamada de Bob Herbert antes de salir de casa. Coincidentemente, necesita información acerca de un grupo terrorista alemán llamado Feuer. ¿Se enteró del ataque de esta mañana?

Rodgers dijo que no había visto las noticias y McCaskey se las resumió. Los asesinatos le recordaron que los neonazis eran tan fríos como los monstruos que los inspiraron, desde Hitler a Heydrich y Mengele, y él no podía creer, no estaba dispuesto a creer, que gente como ésa hubiera estado en la mente de los Padres Fundadores cuando elaboraron la Constitución.

—¿Alguien está buscando lo que Bob necesita? —preguntó Rodgers.

—Liz tiene más información sobre Feuer —dijo McCaskey—. Voy a reunirme con ella en cuanto

llegue a la oficina. Estudiaré el caso y les enviaré los puntos esenciales a Bob, la CIA y la Interpol. Todos están buscando a los terroristas Y a la chica norteamericana.

—Está bien —dijo Rodgers—. Cuando termines con eso tráeme toda la información. Quiero que tú y Liz me den una charla sobre el tema. No creo que mi reunión con la senadora Fox dure demasiado tiempo.

—Caramba —dijo McCaskey—. ¿Tengo que encontrarme con usted después de que se vea con ella?

—No te preocupes, estaré en forma —respondió Rodgers.

—Si usted lo dice —dijo McCaskey.

—No pareces muy convencido.

—Paul es un diplomático —explico McCaskey—. Usted es un pateador de culos. Jamás he visto a un senador que responda a otra cosa que no sean un par de labios besándole las nalgas.

—Paul y yo ya hemos hablado de eso —dijo Rodgers—. Él cree que desde que hemos probado nuestra eficiencia en Corea y Rusia estamos en condiciones de mantener una línea más dura con el Congreso. Sentimos que a causa de los operativos y sacrificios del comando Striker a la senadora Fax le resultará muy engorroso negarme el aumento presupuestario que hemos requerido.

—¿Un aumento? —se escandalizó McCaskey—. General, el subdirector Clayton, del Bureau, me dice que ha tenido que reducir su presupuesto en un nueve por ciento. Y tuvo suerte. Se rumorea que el Congreso planea un recorte del doce al quince por ciento para la CIA.

—La senadora y yo hablaremos —dijo Rodgers—. Necesitamos más despliegue de HUMINT. Con todos los cambios que está habiendo en Europa y Oriente Medio y especialmente en Turquía, necesitamos más emplazamientos en el campo de acción. Creo que puedo convencerla de eso.

—General —dijo McCaskey—, espero que tenga razón. Pero dudo que esa dama haya tenido un día razonable desde que asesinaron a su hija y le metieron un revólver en la boca a su marido.

—Todavía trabaja en un comité cuya misión es ayudar a salvaguardar el país —dijo Rodgers—. Eso debe estar ante todo.

—También debe responder a los electores que pagan impuestos —agregó McCaskey—. De todos modos, le deseo buena suerte.

—Gracias —dijo Rodgers. En realidad no se sentía tan confiado como decía, ni tampoco se molestó en decide a McCaskey lo que A. E. Housman opinaba de la suerte: “La suerte es posible, pero el problema es seguro.” Y cada vez que la espinosa Fox estaba involucrada en un proyecto, el problema era seguro.

Dos minutos después, Rodgers había salido de la autopista y se dirigía al portón de la Base Andrews. Mientras recorría esos caminos familiares, telefoneó a Hood desde el celular para el chequeo cotidiano. Le resumió lo que había pasado con Billy y le dijo que había ordenado a Darrell la investigación del caso. Hood estuvo absolutamente de acuerdo.

Después de colgar, Rodgers pensó en los grupos de odio y se preguntó si eran más importantes que nunca: o si la cobertura instantánea de los medios simplemente hacía que la gente tomara conciencia de que existían.

Tal vez sean las dos cosas, pensó pasando junto al centinela del portón. La cita con la senadora Fox estaba fijada para las 8.30. Ya eran las 8.25. La senadora solía llegar temprano a las citas.

También solía molestarse si la persona que había ido a ver no llegaba temprano.

Probablemente ése será el primer golpe en mi contra, pensó Rodgers mientras bajaba en el ascensor. El segundo golpe vendrá si está más malhumorada que de costumbre.

Cuando el general salió del ascensor en el nivel inferior, la mirada compasiva de la centinela Anita Mui le indicó que el marcador iba dos a cero.

Bueno, pensó, mientras se dirigía al corredor, tendré que encontrar la manera de enfrentar la situación.

Los comandantes siempre sabían qué hacer en situaciones difíciles, y a Rodgers le encantaba ser comandante. Le encantaba supervisar el Striker y dirigir el Centro de Operaciones cuando Hood se ausentaba. Le encantaba el proceso de hacer cosas para los Estados Unidos. Ser una pequeña tuerca en esa gran maquinaria lo llenaba de indescriptible orgullo. Y parte de ser una tuerca consiste en tratar con otras tuercas, pensó para animarse. Incluyendo a los políticos.

Se detuvo de golpe al pasar junto a la puerta de la oficina de Martha Mackall. La puerta estaba abierta y la senadora Fox estaba sentada allí adentro. En la expresión triunfal y sardónica de la senadora vio que había perdido aun antes de entrar a escena.

Miró su reloj. Eran las 8.32. —Lo siento —dijo.

—Adelante, general Rodgers —dijo ella. Su voz era tensa, forzada—. La señora Mackall me estaba hablando de su padre. Mi hija era tremendamente fanática de su música.

Rodgers entró.

—A todos nos gustaba Mack —dijo cerrando la puerta—. En Vietnam lo llamábamos el Alma de Saigón.

Martha tenía puesta su expresión de profesional seria. Rodgers la conocía bien. Martha tenía el hábito de adoptar las actitudes de la gente que podían favorecerla en su carrera, y si la senadora Fox estaba furiosa con Rodgers, Martha también lo estaría. Incluso más de lo acostumbrado.

Rodgers se sentó en el borde del escritorio de Martha. Ya que la senadora Fox corría con ventaja, tendría que mirar hacia arriba para hablar con él.

—Desafortunadamente —dijo la senadora—, no vine aquí a hablar de música, general Rodgers. Vine a discutir su presupuesto. Me desalenté cuando el asistente del director Hood llamó ayer para decirme que el Sr. Hood tenía un compromiso más importante... gastando un dinero que no tendrá. Pero decidí venir de todos modos.

—Paul y yo trabajamos juntos para preparar ese presupuesto —dijo Rodgers—. Puedo responderle cualquier pregunta al respecto.

—Sólo tengo una pregunta —dijo la senadora—. ¿Cuándo empezó a publicar ficción la Oficina de Publicaciones del gobierno?

A Rodgers le empezó a arder el estómago. McCaskey tenía razón: Paul debería haberse encargado de esto.

La senadora Fox colocó el maletín sobre su regazo y abrió los cierres. —Pidieron un aumento del dieciocho por ciento en un momento en que todas las agencias gubernamentales están haciendo recortes imprevistos.

Le devolvió a Rodgers el documento de trescientas páginas. —Éste es el presupuesto que presentaré ante el Comité de Finanzas. En lápiz azul están mis reducciones al presupuesto, que

totalizan un treinta y dos por ciento.

Los ojos de Rodgers saltaron del presupuesto a la senadora.

—¿Reducciones?

—Podemos hablar acerca del posible destino del setenta por ciento restante —prosiguió Fox—, pero el recorte es un hecho.

Rodgers quería arrojarle el presupuesto en la cara. Esperó que pasara ese momento de tentación. Dio media vuelta y lo apoyó encima del escritorio de Martha.

—Usted es una mujer valiente, senadora.

—También usted, general —replicó Fox, imperturbable.

—Ya lo sé —dijo él—. Lo he probado contra los vietnamitas del Norte, los iraquíes y los coreanos del Norte.

—Todos nosotros hemos visto sus medallas, respondió ella cortésmente—. Ésta no es una cuestión de coraje.

—No, claro que no —acordó tranquilamente Rodgers—. Es una sentencia de muerte. Tenemos una organización aérea de primer nivel aunque hemos perdido a Bass Moore en Corea y a Charlie Squires en Rusia. Si usted nos recorta el presupuesto, no podré darle a mi gente el apoyo que necesita.

—¿Para qué? —dijo la senadora—. ¿Para más aventuras de ultramar?

—No —dijo él—. Todo el equipo de inteligencia de nuestro gobierno se ha concentrado en ELINT. Inteligencia electrónica. Satélites espía. Detectores espía. Reconocimiento fotográfico. Computadoras. Son herramientas, pero eso no basta. Hace treinta, cuarenta años teníamos presencia humana en todo el mundo. HUMINT... inteligencia humana. Gente que se infiltraba en los gobiernos extranjeros y en las organizaciones de espías y en los grupos terroristas y se valía de su buen juicio, iniciativa, creatividad y coraje para obtener información. La mejor cámara del mundo no puede captar las imágenes que están dentro de un cajón. Ni robarlas. Sólo un operador humano puede irrumpir en una computadora que no está conectada. Un satélite espía no puede mirar los ojos de un terrorista y decir si está realmente comprometido o si puede cambiar de opinión. Necesitamos recuperar esos logros.

—Muy bonito discurso —dijo la senadora—, pero no cuenta con mi respaldo. No necesitamos esa HUMINT para proteger los intereses norteamericanos. El Striker evitó que un loco coreano bombardeara Tokio. También salvaron la administración de un presidente ruso que todavía no ha probado ser nuestro aliado. ¿Por qué suscribirían los norteamericanos que pagan sus impuestos una fuerza policial internacional?

—Porque son los únicos que pueden hacerlo —dijo Rodgers—. Estamos luchando contra un cáncer, senadora. Hay que combatirlo allí donde se presente.

Martha dijo a sus espaldas:

—Estoy de acuerdo con la senadora Fax. Hay otros foros donde los Estados Unidos pueden ocuparse de problemas internacionales. Las Naciones Unidas y el Tribunal Mundial fueron creados con tal fin. Y también está la OTAN.

Rodgers dijo sin darse vuelta: ¿Y dónde estaban ellos, Martha?

—¿Cómo?

—¿Dónde estaban las Naciones Unidas cuando dispararon ese misil Nodong desde Corea del Norte? Nosotros fuimos los cirujanos que impedimos que los japoneses se pescaran una fiebre de dieciocho millones de grados en Fahrenheit.

—Otra vez —dijo la senadora Fox—, ése fue un muy buen trabajo. Pero no tenían por qué haberlo hecho. Los Estados Unidos sobrevivieron mientras la Unión Soviética y Afganistán peleaban encarnizadamente, mientras Irán e Irak estaban en guerra. Sobreviviremos sin duda a otros conflictos.

—Paralelo a las familias norteamericanas víctimas del terrorismo —dijo Rodgers—. Aquí no estamos pidiendo lujos ni juguetes, senadora, estamos pidiendo seguridad para los ciudadanos norteamericanos.

—En un mundo perfecto podríamos salvaguardar cada edificio, cada avión, cada vida —dijo la senadora. Cerró el maletín—. Pero éste no es un mundo perfecto y el presupuesto será recortado, tal como le he dicho. No habrá debate ni audiencias.

—Bien —dijo Rodgers—. Cuando Paul regrese, puede empezar por recortar mi salario.

La senadora Fox cerró los ojos.

—Por favor, general. Podemos pasarla muy bien sin gestos ampulosos.

—No intento ser dramático —dijo Rodgers. Se puso de pie y alisó la solapa de su uniforme—. Simplemente no creo en las cosas hechas a medias. Usted es una aislacionista, senadora. Lo ha sido desde la tragedia de Francia.

—Esto no tiene nada que ver con esa...

—Por supuesto que sí. Y puedo comprender cómo se siente. Los franceses no encontraron al asesino de su hija, no les importó demasiado, ¿entonces por qué ayudarlos? Pero usted ha permitido que sus problemas personales interfieran en nuestros intereses nacionales.

Martha dijo:

—General, yo no perdí a nadie en el extranjero y sin embargo estoy de acuerdo con la senadora. El Centro de Operaciones fue creado para colaborar con otras agencias norteamericanas, no para ayudar a otras naciones. Hemos perdido de vista eso.

Rodgers se dio vuelta y miró a Martha desde arriba.

—Su padre cantaba una canción llamada El chico que mató las luces, sobre un chico blanco que apagó las luces en un club para que un cantante negro pudiera cantar allí...

—Por favor, no me cite a mi padre —saltó Martha. —Y no me diga que soy afortunada por estar en este club, general. Nadie me ayudó a obtener este...

—Si me permite terminar —dijo Rodgers—, no apuntaba a eso precisamente.

Rodgers conservaba la calma. Jamás le levantaba la voz a una mujer. No era eso lo que la señora Rodgers le había enseñado a su hijo.

—Lo que estaba tratando de decir antes es que lo que Goschen llamó “espléndido aislamiento” simplemente ha dejado de existir. No existe en el mundo de la música. No existe en el mundo de la política. Si Rusia se quiebra, afectará a China, las repúblicas del Báltico y Europa. Si Japón sufre...

—Aprendí todo lo relativo a la teoría del dominó en la escuela secundaria —dijo Martha.

—Todos lo aprendimos, general Rodgers dijo la senadora Fox—. ¿Realmente cree que el general Michael Rodgers y el Centro de Operaciones son los bastiones que sostienen toda la infraestructura mundial?

—Hacemos nuestra parte —dijo Rodgers—. Necesitamos hacer más.

—¡Y yo digo que ya hemos hecho demasiado! —disparó la senadora Fox—. Cuando todavía era nueva en el Senado, los aviones de guerra norteamericanos no tenían permiso para sobrevolar Francia en ruta para bombardear Trípoli y Benghazi. ¡Se supone que los franceses son nuestros aliados! En ese momento, dije ante todo el Senado que habíamos bombardeado la capital equivocada. Y estaba convencida. Más recientemente, los terroristas rusos volaron un túnel en Nueva York. ¿Se preocupó el ministro de Seguridad de Rusia por atrapar a esos asesinos? ¿Acaso nos advirtieron sus nuevos amigos del Centro de Operaciones ruso? Hoy mismo, ¿se dedican a cazar gángsters rusos en nuestro territorio? No, general, ni se molestan.

—Paul fue a Rusia a establecer una relación con su Centro de Operaciones —dijo Rodgers—. Creemos que obtendremos su cooperación.

—Ya lo sé —dijo la senadora—. Leí el informe. ¿Y acaso sabe cuándo obtendremos su cooperación? Después de haber gastado cientos de millones de dólares en equipar un Centro de Operaciones ruso tan sofisticado como el nuestro. Pero en ese momento el general Orlov se habrá retirado, un militar hostil a los Estados Unidos ocupará su lugar, y nuevamente quedaremos con un enemigo al que hemos ayudado a fortalecerse.

—La historia de los Estados Unidos está llena de oportunidades concedidas y pérdidas irreparables —admitió Rodgers—. Pero también está colmada de relaciones satisfactorias que hemos creado y mantenido. No podemos dejar de lado el optimismo y la esperanza.

La senadora se puso de pie. Le entregó el maletín a uno de sus asistentes y se acomodó la falda negra.

—General —dijo—, su afición por los aforismos es muy conocida, y a mí no me agrada que me den conferencias. Soy optimista y tengo la esperanza de que podamos resolver los problemas de los Estados Unidos. Pero no respaldaré al Centro de Operaciones como base para la solución de problemas internacionales. Un tanque pensante, sí. Una fuente de inteligencia, sí. Un centro de manejo de crisis domésticas, sí. Un equipo de defensores de derechos internacionales, no. Y para lo que acabo de señalarle... el presupuesto que le he asignado será más que suficiente.

La senadora asintió en dirección a Rodgers, le ofreció la mano a Martha y se preparó para salir.

—¿Senadora? —la llamó Rodgers.

La senadora se detuvo. Dio media vuelta y Rodgers avanzó hacia ella. Era casi tan alta como Rodgers y le sostuvo la mirada con sus claros ojos de color azul grisáceo.

—Darrell McCaskey y Liz Gordon han recibido la orden de trabajar juntos en un proyecto. ¿Supongo que habrá oído algo acerca del grupo terrorista que atacó un set de filmación en Alemania?

—No —dijo Fox—. No había nada en el diario de esta mañana.

—Lo sé —dijo Rodgers. El Washington Post y la CNN eran el único medio de información de los funcionarios del gobierno. Contaba con el hecho de que la senadora no supiera nada.

—Sucedió hace unas cuatro horas. Mataron a varias personas.

Bob Herbert está aquí y ha pedido nuestra colaboración.

—¿Y usted cree que deberíamos ayudar a investigar a las autoridades alemanas? —preguntó la mujer—. ¿Cuáles son los intereses norteamericanos en juego? ¿Vale la pena el costo? ¿A qué ciudadanos que pagan impuestos podría interesarles ese tema?

Rodgers pesó sus palabras cuidadosamente. Había puesto el señuelo y Fox lo había mordido. Iba a ser un duro golpe para la senadora.

—Sólo a dos ciudadanos —respondió—. Los padres de una ciudadana norteamericana de veinte años que tal vez haya sido raptada por los terroristas.

Los fuertes ojos de la mujer se achicaron de golpe. La senadora tembló ligeramente y trató de permanecer erguida. Pasó un momento antes de que pudiera hablar.

—Usted no toma prisioneros, ¿o sí, general?

—Cuando el enemigo se rinde tomo prisioneros, sí, senadora.

Ella seguía mirándolo. Toda la tristeza del mundo parecía estar allí, en esos ojos, y Rodgers se sintió como el demonio.

—¿Qué espera que diga? —preguntó la senadora—. Por supuesto que debe ayudarlos a salvar a la joven. Es una norteamericana.

—Gracias —dijo Rodgers—, y lo lamento mucho. Algunas veces los intereses norteamericanos se ocultan en las cosas que hacemos.

La senadora miró a Rodgers un momento más, y luego miró a Martha. Luego de desearle que tuviera un buen día, la senadora Fox salió rápidamente de la oficina. Sus asistentes la siguieron de cerca.

Rodgers no recordaba haberse dado vuelta para recoger el presupuesto, pero estaba en sus manos cuando se encaminó hacia la puerta.

17

Jueves, 14.30 hs., Hamburgo, Alemania

Henri Toron e Yves Lambesc no estaban cansados. Ya no más. El regreso de Jean-Michel los había despertado, y la llamada telefónica de M. Dominique había aguzado al extremo la atención de los dos musculosos franceses.

Atención total, aunque tardía. La culpa era de Jean-Michel desde luego. Los habían enviado como sus guardaespaldas, pero él había preferido acudir solo al club de Sto Pauli. Los tres habían llegado a Alemania a la 1.00 de la madrugada, y Henri e Yves habían jugado al blackjack hasta las 2.30. Si Jean-Michel los hubiera despertado, ellos lo habrían acompañado... alertas y listos para protegerlo de los hunos. Pero no. Los había dejado dormir. ¿Qué tenía que temer, después de todo?

—¿Por qué crees que M. Dominique nos mandó contigo? —había rugido Henri al ver a Jean-Michel—. ¿Para dormir o para protegerte?

—Nunca creí estar en peligro —había respondido Jean-Michel.

—Cuando se trata con alemanes —había anunciado gravemente Henri—, uno siempre está en peligro.

M. Dominique había llamado cuando Yves estaba colocando cubos de hielo en una toalla de mano para el ojo de Jean-Michel. Henri tomó la llamada.

El empleador no levantó la voz. Jamás lo hacía. Simplemente les dio sus instrucciones y les indicó que siguieran su camino. Ambos sabían que serían disciplinados con un mes de servicio extra por haberse quedado dormidos. Ése era el castigo estándar para una primera infracción. Los que fallaban a la causa por segunda vez eran despedidos. La vergüenza de haberle fallado era más dolorosa que la falange que eran obligados a dejar en la canasta de una de las pequeñas guillotinas de M. Dominique.

Así que se habían dirigido a Sto Pauli y ahora estaban apoyados contra un automóvil aparcado bajando la calle desde el Auswechseln. Las calles estaban comenzando a plagarse de turistas, aunque la franja de veinte yardas entre los franceses y el club se mantenía relativamente despejada.

El corpulento Henri fumaba un cigarrillo y el alto y musculoso Yves masticaba goma de mascar hecha en casa. Yves cargaba una pistola Beretta 92F en el bolsillo de su chaqueta. Henri llevaba una pistola de doble acción belga GP. Los esperaba una tarea simple: entrar al club y hacer que Herr Richter hablara por teléfono a cualquier precio.

Desde hacía más de dos horas Henri vigilaba la puerta del club a través del zigzagueante humo de sus incesantes cigarrillos. Cuando por fin se abrió, golpeó a Yves en el brazo y ambos se acercaron rápidamente.

Un gigantón estaba saliendo cuando llegaron a la puerta. Henri e Yves actuaron como si fueran a pasar junto a él y luego se volvieron de golpe. Antes de que el hombre lograra llegar a la puerta, Henri le había clavado la pistola en el bajo vientre ordenándole volver a entrar.

—Nein —dijo el gigantón.

O el hombre era devoto a su jefe o llevaba puesto un chaleco antibalas. Henri no se molestó en repetir el pedido. Simplemente clavó el tobillo en la entrepierna del hombre y lo obligó a retroceder. El hombrón cayó gimiendo contra el bar y Henri le puso el arma en la frente. Yves también amartilló su pistola y desapareció en la oscuridad, hacia la derecha.

—Richter —le dijo Henri al hombre—. Di, est-il?

El guardia del Auswechseln le dijo que se fuera al infierno en alemán. Henri sabía muy bien lo que significaba Halle. El resto lo había imaginado por el tono del gigantón.

El francés deslizó la pistola hasta el ojo izquierdo del hombre. —*Le dernier temps* —dijo. —La última vez. ¡Richter! *Tout de suite*.

Una voz dijo en francés desde la oscuridad:

—Nadie entra a dar órdenes en mi club con una pistola en la mano. Deje en paz a Ewald.

Oyeron acercarse unos pasos desde el fondo del club. Henri mantenía el arma contra el ojo del gigante.

Una figura sombría apareció en un extremo del bar y se sentó en uno de los taburetes.

—Dije que lo dejara en paz —repitió Richter—. En seguida. Yves se le acercó por la izquierda. Richter no lo miró. Henri no se movió.

—Herr Richter —dijo Henri—, mi compañero marcará un número en el teléfono del bar y se lo entregará para que hable.

—No hablaré mientras usted siga amenazando con un arma a mi empleado —dijo Richter con firmeza.

Yves llegó a Richter y se paró tras él. El francés tenía dos opciones. Una era dejar ir a ese Ewald. Eso tranquilizaría a Richter y establecería un mal precedente para los negocios de la tarde. La otra era dispararle a Ewald. Eso podría enfurecer a Richter, pero también podría atraer a la policía. Y no era ninguna garantía de que Richter hiciera lo que le había ordenado hacer.

Realmente había una sola cosa que hacer. Las instrucciones de M. Dominique eran poner a Richter al teléfono y hacer la otra cosa que les había pedido. No estaban aquí para ganar una lucha de voluntades.

Henri retrocedió y liberó al gigantón. Ewald se levantó indignado, miró a Henri con ojos huidizos e iracundos, y luego caminó resueltamente hacia Richter para protegerlo.

—Todo está bien, Ewald —dijo Richter—. Estos hombres no van a lastimarme. Han venido para comunicarme con Dominique, según creo.

—Señor —dijo el hombrón—, no me iré mientras estén aquí.

—De verdad, Ewald, estoy completamente a salvo. Estos hombres podrán ser franceses, pero no son estúpidos. Ahora vete. Tu esposa está esperando y no quiero que se preocupe.

El grandote alemán miró a su patrón y después a Yves. Por un instante desafió al francés con la mirada.

—Sí, Herr Richter. Otra vez, buenas tardes.

—Buenas tardes —dijo Richter—. Te veré mañana por la mañana.

Con una mirada final dedicada a Yves, Ewald dio media vuelta y salió del club. Empujó bruscamente a Henri al salir.

La puerta se cerró con un dic. Henri podía oír el tictac de su reloj en el imponente silencio. Hizo

un gesto con la cabeza indicando el teléfono negro al otro extremo del bar.

—Ahora —le dijo a su socio—. Hazlo.

Yves levantó el receptor, marcó un número y le entregó el teléfono a Richter.

El alemán estaba sentado con las manos apoyadas en el regazo.

No se movió.

—Ponlo en "speaker'' —chilló Henri.

Yves apretó el botón del "speaker" y colgó. El teléfono sonó más de doce veces antes de que atendieran.

—¿Felix? —dijo una voz al otro extremo de la línea.

—Sí, Dominique —dijo Richter—. Aquí estoy.

—¿Cómo está?

—Bien —dijo y miró a Henri, quien estaba encendiendo un nuevo cigarrillo con el anterior—. Excepto por la presencia de sus dos matones. ¿Por qué me insulta, monsieur, con la amenaza de la fuerza? ¿Creía que no respondería su llamada?

—En absoluto —dijo benignamente Dominique—. No los envié por esa razón. Para decirle la verdad, Felix, han ido a cerrar su club.

Henri juró que oyó cómo se endurecía la espalda de Richter. —Cerrar el club —repitió Richter —. ¿Por haber esquilado a su corderito, el señor Horne?

—No —dijo Dominique—. Lo que ocurrió fue culpa suya por concurrir allí solo. Sólo intento mostrarle la futilidad de rehusar mi oferta de compra.

—Mandándome dos matones como un delincuente común —dijo Richter—. Esperaba más de usted.

—Ése es su problema, Herr Richter. A diferencia de usted, yo no tengo pretensiones. Creo en mantener mi poder a través de todos los medios a mi disposición. Hablando de eso, no se moleste en llamar a su servicio de acompañantes esta tarde para chequear los planes de la noche. Descubrirá que las chicas y los muchachos han elegido unirse a un servicio rival.

—Mi gente no tolerará esto —aseguró Richter—. No serán reducidos a la sumisión.

Henri percibió un cambio en la voz de Richter. Ya no sonaba presumido. Y pudo sentir los ojos de Richter clavados en él cuando apagó el cigarrillo viejo contra el mostrador del bar.

—No —aceptó Dominique—. No serán reducidos. Pero lo seguirán y usted hará lo que le ordene, o perderá mucho más que su vida.

En pocos segundos, el libro de registros empezó a arder. Richter se levantó y dio un paso hacia él. Henri alzó la pistola. Richter se quedó quieto.

—Esto es un desperdicio, monsieur, sin sentido común —dijo Richter—. ¿Quién se beneficiará si nos desangramos mutuamente? Sólo la oposición.

—Usted fue el primero en derramar sangre —dijo Dominique—. Esperemos que ésta sea la última.

Una llama saltó de la página del libro arrojando su luz dorada sobre el rostro de Richter. Estaba cejijunto y con la boca contraída.

Dominique prosiguió.

—Tiene un buen seguro que le permitirá empezar de nuevo. Mientras tanto, me ocuparé de que su

grupo tenga el dinero suficiente para continuar. La causa no sufrirá. Sólo su orgullo está herido. Y eso, Herr Richter, no me quitará el sueño.

Mientras las páginas del libro de registros se curvaban en ramos de cenizas negras, Henri lo llevó al bar. Arrojó servilletas de papel encima de la llama y luego hizo un sendero con ellas hasta el tanque de CO2 junto a la fuente de soda.

—Ahora le sugiero que abandone el lugar con mis socios —dijo Dominique—. Ésta no es la clase de Feuer con la que usted suele involucrarse. Buen día, Felix.

Colgó el teléfono y se escuchó inmediatamente el sonido del tono.

Henri se dirigió a la puerta. Les indicó a los otros que lo siguieran. —Tenemos apenas dos minutos —dijo—. Es mejor que salgamos. Yves pegó un salto y, al hacerlo, se sacó la goma de mascar de la boca y la pegó bajo el mostrador.

Richter no se movió.

—Herr Richter —dijo Henri—. Para evitarle la tentación de apagar el fuego, M. Dominique nos ha ordenado que lo obliguemos a marcharse... o que nos aseguremos de que no se marche jamás. ¿Qué prefiere?

El reflejo de las llamas ardía en los ojos de Richter cuando miró a los hombres. Luego clavó la vista en el infinito y caminó rápidamente hacia la puerta. Los hombres salieron corriendo tras él.

Richter no dijo una palabra mientras bajaban la calle y llamaban un taxi. Henri e Yves se fueron en la dirección contraria, como huyendo hacia el profundo azul del Elba.

No se dieron vuelta al oír la explosión y el estallido de los vidrios y los gritos de la gente lastimada o asustada o pidiendo socorro...

Cuando el chofer del taxi oyó la explosión, frenó de golpe. Miró hacia atrás, maldijo y saltó del taxi para ver si podía ayudar.

Felix Richter no se unió a él. Permaneció sentado, mirando al frente. Como desconocía el aspecto de Dominique no podía ver un rostro. Sólo veía odio, brillante y rojo. Y allí, en los estrechos confines del taxi, comenzó a aullar. Aulló desde el abdomen hasta quedar vacío, aulló desde el alma hasta dejarla seca, aulló hasta que le dolieron los oídos y la garganta. Casi sin aliento, llenó nuevamente sus pulmones y volvió a aullar, dejando salir el odio y la frustración con su voz.

Cuando ese aullido terminó, se quedó en silencio. Tenía la frente cubierta de sudor. El sudor se deslizaba pegajoso por los bordes de sus ojos. Respiraba pesadamente, pero se sentía tranquilo y concentrado. Miró al frente y vio una multitud que se reunía para contemplar el incendio. Algunos lo miraban a él y él les devolvía la mirada, sin temor y sin vergüenza.

Mirándolos pensaba: Las multitudes. Eran la gente del Führer.

Eran la sangre que su corazón bombeó en toda la Tierra. Las multitudes...

No había ninguna manera, absolutamente ninguna manera, de que se uniera a Dominique ahora. Se negaba a ser su peón o su esbirro. Y no había manera de permitir que Dominique saliera sano y salvo después de este ultraje.

Pero no puede ser destruido, pensó Richter. El francés debía ser humillado. Atrapado con la guardia baja.

Las multitudes. La gente. La vida y la sangre de una nación.

Deben responder a un corazón fuerte. Y el gobierno, el cuerpo, debe obedecer sus deseos. Y al

ver por el espejo retrovisor cómo las llamas consumían su club, Richter supo con claridad lo que iba a hacer.

Salió del taxi, caminó dos cuadras... alejándose con desprecio de la multitud cada vez más compacta. Tomó otro taxi y se dirigió a su departamento para hacer una llamada telefónica. Una llamada que seguramente iba a alterar el curso de la historia de Alemania... y del mundo.

18

Jueves, 8.34 hs., Nueva York

El edificio de piedra pardo rojiza sobre la calle Christopher en el West Village fue construido en 1844. La puerta, los antepechos de las ventanas y la escalinata de la entrada eran los originales. Aunque la mano de pintura marrón que databa de décadas atrás se estaba descascarando, los accesorios eran elegantes en su estilo anticuado. Como el edificio estaba tan cerca de las orillas del río Hudson, los pisos se habían levantado un poco y habían cambiado muchos de los ladrillos sin pintar. El cambio de los ladrillos creaba un delicado movimiento de oleaje, como líneas simétricas a lo largo de la fachada del edificio. Habían vuelto a colocar argamasa en los lugares donde se había resquebrajado y caído.

El edificio se erguía entre un puesto de flores en la esquina y una tienda de golosinas. Desde que habían llegado a los Estados Unidos a comienzos de la década del ochenta, los Dae-jung, la joven pareja coreana dueña del puesto de flores, no prestaban atención a los hombres y mujeres que entraban y salían del edificio de un siglo y medio de antigüedad. Lo mismo les ocurría a Daniel Tetter y Matty Stevens, los dos hombres de edad mediana dueños de la tienda de golosinas Voltaire. Muy pocas veces, en los veinte años que habían manejado la tienda, Tetter y Stevens habían visto al propietario residente en Pittsburgh.

Pero tres meses atrás el agente especial a cargo, Douglas Di Mondo, de treinta y dos años, perteneciente a la división neoyorquina del FBI, y el jefe de División del Departamento de Policía de Nueva York, Peter Arden, de cuarenta y tres años, habían visitado en sus hogares a los Dae-jung y a Tetter y Stevens. Los comerciantes se enteraron entonces de que cuatro meses antes se había creado un escuadrón especial formado por miembros del FBI y la policía de Nueva York y que estaban investigando a los ocupantes del edificio de piedra pardo rojiza. Sólo se informó a los floristas y vendedores de golosinas que el arrendatario, Earl Gurney, era un supremacista blanco de quien se sospechaba que era el ideólogo de violentas actividades antinegros y antihomosexuales en Detroit y Chicago.

Pero no les dijeron a los comerciantes que el FBI se había infiltrado un año antes en el grupo paramilitar al que Gurney pertenecía: Nación Pura. Escribiendo en código a su "madre" en Granada Oak Hills, California, "John Wooley" había reportado la existencia de un campo de entrenamiento de Nación Pura en las montañas Mohawk de Arizona y sus planes de alquilarse como brazo militar de otras milicias y organizaciones de supremacía blanca. El agente sabía que se estaba preparando una enorme operación en Nueva York, algo mucho más grande que las emboscadas que habían dejado como resultado tres negros muertos en Detroit y cinco lesbianas violadas en Chicago. Desafortunadamente, el agente no había sido enviado a Nueva York con una fuerza de ataque y no sabía lo que estaba planeando Nación Pura. El único que lo sabía era el comandante Gurney.

Después de meses de vigilancia desde la calle y desde automóviles estacionados estratégicamente, de tomar huellas digitales de botellas y latas arrojadas a los botes de basura y de

rastrear cuidadosamente todos los escondrijos posibles, Di Mondo y Arden estaban seguros de tener en la mira al equipo de miembros más peligrosos de Nación Pura. Seis de los siete hombres y una de las dos mujeres que vivían en el edificio tenían prontuario policial, en muchos casos por crímenes violentos. Sin embargo, el implacable escuadrón no sabía cuáles podían ser los planes de Gurney. Los teléfonos pinchados sólo transmitían conversaciones acerca del clima, los trabajos y las familias, y no había faxes. La orden judicial para examinar cartas y encomiendas tampoco resultó. Los habitantes del edificio sabían casi con certeza que los estaban vigilando y espiando, y eso era una indicación tácita de que algo estaba ocurriendo.

Pero en las dos semanas previas a la visita a los Dae-jung, y a Tetter y Stevens, el equipo de vigilancia había observado algo que hizo que fuera imperativo moverse con más celeridad y decisión. Advirtieron que las nueve personas que vivían en el edificio llevaban cada vez más cajas, talegos y valijas. Pero Di Mondo y Arden no tenían la menor intención de conformarse con atrapar un bolso lleno de armas. Si había un cargamento de armas en el edificio, las querían todas.

La idea de obtener una orden judicial para examinar los departamentos fue desechada. Cuando el equipo llegara al tercer piso —los cuarteles generales solían estar localizados en los pisos altos todos los documentos y diskettes de computación incriminadores habrían sino destruidos. Además, Di Mondo y Arden no querían jugar softball con estas criaturas. El jefe de la agencia, Moe Gera, estaba en un todo de acuerdo y les había dado el visto bueno para poner un equipo de choque en el lugar, con calma y sin impedimentos.

Los floristas y panaderos permitieron con agrado que sus negocios se utilizaran como zonas de preparativos. Estaban asustados, no sólo por el asalto sino por las posibles repercusiones. Pero todos habían marchado por el Village en protesta contra los ataques "skinhead" del verano de 1995, Y decían que no podrían vivir en paz con ellos mismos si otros morían por causa de su inacción. Di Mondo les prometió que la policía de Nueva York brindaría protección a todos en sus hogares y en sus trabajos.

El posicionamiento del equipo fue realizado contra reloj. El agente Park del FBI, un coreano-norteamericano, fue destinado al puesto de flores de los Dae-jung. Tetter y Stevens contrataron a Johns, un vendedor negro que en realidad era detective de la policía de Nueva York. Ambos empleados pasaban mucho tiempo fuera de las tiendas, fumando cigarrillos y dejándose ver por las personas que entraban al edificio. Después de dos semanas cada uno de ellos llevó tres asistentes más, así que hubo un total de ocho agentes adicionales en el sitio. Todos trabajaban durante el día, que era el momento más activo del edificio. A los empleados legítimos de ambas tiendas se les pagaba para que se quedaran en sus casas.

Cada nuevo empleado se aseguraba de que la gente que entraba y salía del edificio lo viera. Si los veían con frecuencia, se tornarían invisibles.

El policía de la esquina fue reasignado temporalmente, y el detective Arden lo reemplazó. Ocultando su cuerpo de fisicoculturista bajo ropas holgadas, Di Mondo recorría la calle fingiendo ser un vagabundo sin techo que ocasionalmente dormía en las escalinatas del edificio y al que había que pasarle por encima o echarlo a patadas. El propio Gurney se quejó a Arden, exigiéndole que "sacara esa bolsa de mierda inútil y maloliente" de su puerta. Arden respondió que haría todo lo posible.

El FBI obtuvo los planos del edificio con un ardid: convencieron al propietario de que eran posibles compradores. Escanearon los planos en una computadora de la agencia de Nueva York. Así construyeron una imagen tridimensional del interior y diseñaron un plan de asalto. Se eligió un día y una hora temprana de la mañana, para que la calle angosta y de una sola mano estuviera relativamente despejada. Los que iban a trabajar ya habrían salido, y los turistas aún no se habrían encaminado rumbo a Greenwich Village.

Temprano en la mañana del "Día M", cuando todavía estaba oscuro, un grupo de policías camuflados ingresó a las tiendas. Cinco en cada local, cuya función específica era arrestar a los gusanos no bien asomaran a la luz.

El escuadrón original de las dos tiendas recibió instrucciones de entrar en acción cuando Di Mondo gritara: "¡Eh!" Eso sucedería cuando alguien lo empujara o cuando Arden intentara sacarlo de la escalinata. Una vez que el escuadrón original entrara en acción, un equipo de refuerzo compuesto por doce personas saldría de una camioneta estacionada a la vuelta de la esquina sobre la calle Bleecker. Seis de ellos sólo ingresarían si escuchaban disparos. Cuando entraran en acción, la policía cerraría la calle y se aseguraría de que nadie saliera de su casa. Si los neonazis se las ingeniaban para abandonar el edificio, los otros seis agentes del equipo de refuerzo estarían posicionados en la calle, listos para atraparlos. También había una ambulancia esperando sobre la calle Bleecker, en caso de que fuera necesaria.

Todo empezó a las 8.34, con Di Mondo instalado en la escalinata del edificio con una taza de café y un pan. Durante las últimas semanas, los primeros en salir del edificio eran dos personas que lo hacían entre las 10.00 y las 10.30, tomaban el subterráneo PATH hasta la calle 32 y acudían a una oficina de la Avenida 6a. La oficina no disimulaba lo que era: una pequeña editorial y oficina de ventas de publicidad de la revista racista pührer. Los visitantes salían de allí con lo que fuera que tenían que llevar de vuelta a sus departamentos. El FBI había examinado encomiendas destinadas a la revista y no había encontrado armas de ninguna clase; sólo podían suponer que los miembros del grupo estaban comprando armas de fuego, municiones y cuchillos en la calle y almacenándolos allí para entregárselos a Nación Pura o a quien los necesitara.

La puerta del edificio se abrió a las 8.44. En ese instante, Di Mondo arrojó su taza de café a la derecha, frente a la tienda de golosinas, y cayó de espaldas en el vestíbulo. Arden, que había estado esperando en la tienda, salió en cuanto vio volar la taza.

Una mujer joven, teñida de rubio y de expresión dura, pasó por encima de Di Mondo.

—¡Oficial! —dijo—. ¡Saque esta basura de aquí!

Un hombre alto de bigotes levantó a Di Mondo del cuello de la camisa y se preparó para arrojarlo a la acera.

—¡Eh! —aulló Di Mondo.

Un agente salió del puesto de flores y se paró detrás de la mujer. Cuando ella fue a empujar a Di Mondo el agente se interpuso de un salto entre ambos y la hizo retroceder hacia el puesto de flores. La mujer lo estaba insultando cuando salió un segundo agente y le informó que estaba arrestada. Como se resistió, dos oficiales la esposaron y la encerraron en la trastienda.

Mientras tanto, Arden había entrado al vestíbulo del edificio. — ¿Qué demonios está haciendo? —le gritó el neonazi a Arden mientras su pelea con el pendenciero Di Mondo se trasladaba a la

calle. Allí, dos agentes lo estaban esperando para empujarlo a la tienda de golosinas.

—No se preocupe, señor —aulló Arden—. Me aseguraré de que esta basura no vuelva a molestarlo.

Eso iba por si alguien estaba escuchando escaleras arriba. Arden ya había desenfundado su Sig Sauer P226 de 9 mm y estaba apoyado contra la pared sobre el lado izquierdo de las escaleras.

Di Mondo se colocó sobre la derecha con su Colt 45 automática.

Los ocho agentes restantes entraron por parejas. Los primeros dos agentes cubrieron el cuarto del primer piso, justo al salir de la escalera. Uno se agachó junto a la puerta, el otro se quedó cerca de la escalera observando el primer rellano. El segundo par de agentes pasó entre Arden y Di Mondo y ocupó su lugar en el primer rellano.

Subieron cuidadosamente las escaleras, deteniéndose entre escalón y escalón con los torsos erguidos. Centrando el peso de sus cuerpos no sólo se movían con más eficacia sino que hacían crujir menos los viejos escalones.

Luego ingresaron otros dos agentes y se detuvieron a mitad de camino en el segundo tramo de escaleras. Subió el cuarto par de agentes y se estacionó en el segundo rellano. Un agente cubrió la puerta, el otro las escaleras. El último par de agentes se detuvo a mitad de camino en el piso siguiente. Entonces, Di Mondo y Arden subieron al último rellano. Di Mondo se paró frente a la puerta y Arden se posicionó a la derecha junto a los escalones. Apuntaba su revólver hacia arriba con la vista clavada en su compañero. Seguiría a Di Mondo. Si el hombre del FBI entraba, él también entraría. Si retrocedía, Arden cubriría su retirada y lo seguiría.

Di Mondo buscó en el bolsillo de su chaqueta harapienta y sacó un pequeño invento que parecía una jeringa hipodérmica con un receptáculo del tamaño de tres monedas pegadas debajo. Se agachó con el revólver en la mano derecha y cuidadosamente insertó el diminuto extremo del invento en el ojo de la cerradura. Luego puso el ojo en el otro extremo.

El invento, cuya sigla en inglés era FOALSAC —Fibra Óptica Disponible Campo de Luz y Cámara—, proporcionaba a quien lo utilizaba una vista ojo de pez de una habitación sin generar luz ni sonido. El minúsculo receptáculo de la parte inferior contenía una batería de cadmio y película para grabar todo lo que captara la cámara. Di Mondo deslizó cautelosamente el invento de izquierda a derecha, presionando la parte inferior del cartucho de película cada vez que deseaba tomar una foto. Cuando llegara el momento de juzgar a esos bastardos la evidencia fotográfica sería muy importante. Especialmente porque el FOALSAC revelaría montones de ametralladoras, un par de lanzadores de granadas M79 y una pequeña tienda india formada por fusiles FMK. Había tres personas en el cuarto. Un hombre y una mujer tomaban el desayuno en el rincón derecho, y la tercera persona —Gurney— estaba sentada frente a una mesa de computadora, de cara a la puerta, trabajando en una computadora laptop. Eso quería decir que los otros cuatro neonazis estaban en los dormitorios de los pisos inferiores.

Di Mondo levantó tres dedos y señaló la habitación. Arden miró la escalera. Levantó tres dedos y señaló la habitación. Luego esperó que los otros agentes terminaran de revisar los cuartos restantes.

Supieron que los otros criminales de Nación Pura habían sido atrapados, dos en cada cuarto. Di Mondo levantó el pulgar en dirección a los otros, indicando que iban a dar el siguiente paso.

Los hombres trabajaban rápidamente, por temor a que alguien decidiera salir a comprar el diario

o a dar un paseo.

Di Mondo dejó su FOALSAC a un lado. Era probable que las puertas estuvieran blindadas y por eso los agentes no intentarían derribarlas de una patada. Ataron explosivo plástico a la izquierda de los picaportes. Las descargas serían lo suficientemente poderosas para volar las cerraduras y los marcos de las puertas. Colocaron un pequeño escudo de metal sobre cada explosivo para dirigir el estallido, con un reloj magnético al costado. En la parte superior de cada reloj había un cordón de plástico: al tirar de él comenzaría una cuenta regresiva de diez segundos. Al terminar la cuenta regresiva, una descarga eléctrica viajaría desde el reloj a través del metal y dispararía el explosivo.

Di Mondo echó la cabeza hacia atrás. El hombre del rellano estaba mirándolo. Cuando Di Mondo asintió, el hombre hizo lo mismo y lo mismo hizo el hombre que estaba tras él en las escaleras.

A la cuenta de tres, marcada por la cabeza de Di Mondo, todos los agentes tiraron del cordón de plástico de sus relojes.

Mientras progresaba la silenciosa cuenta regresiva, los agentes de los rellanos se acercaron rápidamente a las puertas. Al planear este asalto habían considerado todas las distribuciones posibles de los miembros de Nación Pura. Para esta configuración los agentes Park y Johns debían subir al último piso. Park se paró detrás de Di Mondo y Johns se quedó en la escalera, al lado de Arden. Los dos agentes restantes tomaron posiciones junto a las habitaciones del primero y segundo piso.

Di Mondo se había movido hacia la izquierda para que el picaporte no lo golpeara cuando volara. Se señaló a sí mismo, y luego a Park y Johns. Una vez adentro, ése sería el orden en que cubrirían a los nacionalistas puros, de izquierda a derecha. El detective Arden sería la fuerza de retaguardia Y asistiría a quien lo necesitara.

El reloj terminó la cuenta regresiva y el explosivo plástico se encendió. Hubo un estallido, parecido al estallido de una bolsa de papel. El picaporte de bronce voló por el aire y la puerta se abrió.

Di Mondo entró primero, seguido por Park, Johns y Arden. La explosión había cubierto todo de un humo viscoso y los hombres corrieron a través de él, abriéndose paso en hilera y gritando: "¡Que nadie se mueva!". El grito nacía de las entrañas, fuerte y crudo, decidido a intimidar al máximo.

Dos de los supremacistas blancos, un hombre y una mujer, pegaron un salto al oír la explosión pero luego se quedaron quietos. Gurney no. Se levantó de golpe, arrojó la laptop contra Park y metió la mano derecha bajo la mesa.

Park bajó el arma y atrapó la computadora.

—¡Atrápalo! —le ordenó a Arden.

Arden estaba frente a él. Desenfundó su 9 mm al mismo tiempo que Gurney sacaba una Sokolovsky 45 automática de un cajón al costado de su mesa de computación. La 45 disparó primero y la primera bala rozó el borde del chaleco antibalas Kevlar que Arden llevaba puesto. El disparo le destrozó el hombro izquierdo, pero el impacto lo hizo caer lejos de las incesantes balas. Los proyectiles se incrustaban en la pared tras él y Arden se agazapó para devolver los disparos. Lo mismo hizo Park: agachado junto a la computadora, disparó.

Una de las balas de Arden se clavó en el muslo izquierdo del neonazi, la otra en su pie derecho. Park hizo un agujero en el antebrazo derecho de Gurney.

Quejándose perversamente por el dolor intenso, Gurney arrojó a un lado la 45 y cayó sobre su costado izquierdo. Park dio un salto y le puso la pistola en la sien. Durante el tiroteo de apenas cuatro segundos ni la mujer ni el otro hombre se movieron.

No hubo disparos en los pisos inferiores, aunque el breve tiroteo del tercer piso atrajo al equipo de refuerzo al interior del edificio. Corrían escaleras arriba mientras Park esposaba al delincuente sangrante. Di Mondo y Johns habían puesto a sus prisioneros de cara a la pared y con las manos tras la espalda. Mientras los esposaban, la mujer gritó que Di Mondo era un traidor a su raza y el hombre amenazó con tomar represalias contra su familia. Ambos ignoraron a Johns.

Llegaron tres miembros del equipo de refuerzo y entraron en formación dos-uno... dos agentes irrumpieron en la escena, moviéndose a izquierda y derecha, mientras la tercera los cubría desde el umbral, cuerpo a tierra. Cuando vieron a Arden y al supremacista blanco tendidos sobre el piso de madera y a los otros dos neonazis esposados, llamaron a la ambulancia.

Mientras el equipo de refuerzo se hacía cargo de los prisioneros, Di Mondo corrió junto a Arden.

—No puedo creerlo —musitó Arden.

—No hables —dijo Di Mondo. Se arrodilló junto a la cabeza del herido—. Si tienes algo roto, no querrás romperlo aún más.

—Claro que tengo algo roto —farfulló Arden—. El maldito hombro. Veinte años en la fuerza y ni una sola herida. Viejo, tenía el invicto hasta que ese cerdo me disparó. Y fue una estupidez. El viejo truco del revólver bajo la mesa.

A pesar de sus heridas, el neonazi murmuró: —Te vas a morir. Todos ustedes se van a morir.

Di Mondo lo miró de soslayo mientras lo cargaban en una camilla.

—Eventualmente, sí —dijo—. Hasta entonces vamos a seguir sacudiendo las malezas para que salgan las víboras de tu calaña.

Gurney lanzó una carcajada.

—No tendrás que molestarte en hacernos salir—. Tosió, y luego dijo entre dientes:

—Nosotros vamos a venir a morderte sin que nos llames.

19

Jueves, 14.45 hs., Hamburgo, Alemania

Hood y Martin Lang se sorprendieron cuando Hausen regresó y les anunció que debía marcharse.

—Lo veré más tarde en mi oficina —dijo, estrechando la mano de Hood. Luego hizo una pequeña inclinación hacia Stoll y Lang, y partió. Ni Hood ni Lang se molestaron en preguntarle qué era lo que andaba mal. Simplemente observaron en silencio la rápida marcha de Hausen rumbo al estacionamiento donde había aparcado su automóvil unas horas antes.

Cuando se hubo alejado, Stoll dijo:

—¿Es Superman o algo por el estilo? ¡Éste parece un trabajo para Übermensch!

—Jamás lo he visto así —explicó Lang—. Parecía muy perturbado. ¿Le vieron los ojos?

—¿A qué se refiere? —inquirió Hood.

—Estaban inyectados en sangre —dijo Lang—. Como si hubiera llorado.

—Tal vez haya muerto alguien —sugirió Hood.

—Tal vez. Pero nos lo hubiera dicho. Hubiera pospuesto nuestra cita de hoy. —Lang sacudió la cabeza con extrema lentitud—. Es muy extraño.

Hood estaba preocupado y no sabía por qué. Aunque apenas conocía a Hausen, tenía la impresión de que era un hombre de una fuerza y una compasión inusuales. Era un político que sostenía lo que creía porque sentía que era lo mejor para su país. Gracias al resumen que Liz Gordon había preparado, Hood sabía que Hausen había enfrentado a los neonazis en el primer encuentro de los Días de Caos, varios años atrás. También sabía que había escrito una serie de editoriales impopulares en los diarios exigiendo la publicación de los "Libros de muerte de Auschwitz", la lista de la Gestapo con los nombres de todos los que habían muerto en ese campo de concentración. Huir de algo parecía impropio de Hausen.

Pero los hombres tenían trabajo que hacer y Lang intentó poner un rostro adecuado a la situación mientras los llevaba a su oficina.

—¿Qué necesita para su presentación? —preguntó el industrial a Stoll.

—Sólo una superficie plana —respondió Stoll—. Un escritorio o el piso serán suficientes.

La oficina sin ventanas era asombrosamente pequeña. Estaba iluminada por luces fluorescentes y el único mobiliario consistía en dos sillones de cuero blanco enfrentados. El escritorio de Lang era una larga plancha de vidrio apoyada sobre un par de columnas de mármol blanco. Las paredes eran blancas y el piso era de mosaicos blancos.

—Es evidente que le gusta el color blanco —dijo Stoll.

—Se comenta que tiene valor terapéutico —dijo Lang.

Stoll levantó la mochila en un puño. — ¿Dónde puedo dejar esto?

—Sobre el escritorio —dijo Lang—. Es muy fuerte y a prueba de rayaduras.

Stoll apoyó la mochila al lado del teléfono blanco.

—Así que... valor terapéutico —comentó Stoll—. Quiere decir que no es deprimente como el

negro ni triste como el azul... ¿o algo así?

—Exactamente —dijo Lang.

—Ya me veo pidiéndole a la senadora Fox dinero para redecorar en blanco todo el Centro de Operaciones —comentó Hood.

—Ella vería todo rojo —dijo Stoll—, y tú jamás conseguirías los verdes.

Hood hizo una mueca de disgusto y Lang observó atentamente cómo Stoll desempacaba la mochila.

Lo primero que sacó fue una caja plateada del tamaño de una caja de zapatos. Tenía un obturador en forma de iris en el frente y un ocular en la parte trasera.

—Láser en estado sólido con visor —dijo para ayudar a los curiosos.

El segundo objeto parecía una maciza máquina de fax. —Sistema de imágenes con sondas ópticas y eléctricas —dijo. Luego sacó un tercer objeto, una caja de plástico blanco con cables. Era un poco más pequeña que la primera.

—Fuente de energía —explicó Stoll—. Nunca se sabe cuándo uno tendrá que arreglárselas en el descampado. —Sonrió burlonamente—: O sobre la mesa de un laboratorio.

—¿Arreglárselas... dónde? —preguntó Lang observando con atención.

—En una cáscara de nuez —dijo Stoll—, lo que denominamos nuestro T-Bird. Envía una rápida pulsación láser a un dispositivo sólido generando pulsaciones láser. Estas pulsaciones duran apenas... oh, cerca de un décimo de trillonésimo de segundo.

Tocó un botón rojo y cuadrado en la parte trasera de la fuente de energía.

—Se obtienen entonces oscilaciones terahertzianas que ondulan entre los infrarrojos y el área de onda radial del espectro. Eso nos da la capacidad de decir qué hay adentro o detrás de materiales de poco espesor... papel, madera, plástico, casi cualquier cosa. Todo lo que hay que hacer es interpretar el cambio en la forma de las ondas para saber qué hay del otro lado. Y acoplado con este bebé —palmeó el sistema de imágenes—, realmente se puede ver lo que hay del otro lado.

—Como sucede con los rayos X —dijo Lang.

—Sólo que sin usar rayos X —dijo Stoll—. También puede utilizarlo para determinar la composición química de los objetos... por ejemplo, la grasa en una feta de jamón. Y es mucho más portátil.

Stoll se acercó a Lang y extendió la mano. — ¿Puede prestarme su billetera? —preguntó.

Lang buscó en un bolsillo de su chaqueta y entregó su billetera al científico. Stoll la colocó en el extremo opuesto del escritorio. Luego prosiguió y tocó un botón verde junto al botón blanco.

La caja plateada zumbó un instante y luego el artefacto que parecía un fax comenzó a desenrollar una hoja de papel.

—Muy silencioso —dijo Stoll—. Pude hacer esto en su laboratorio sin que el técnico que estaba a mi lado oyera absolutamente nada.

Cuando el papel dejó de moverse, Stoll lo retiró y le echó un rápido vistazo. Luego se lo entregó a Lang.

—¿Son su esposa e hijos? —preguntó.

Lang miró asombrado la imagen apenas desdibujada y en blanco y negro de su familia.

—Notable —afirmó—. Absolutamente sorprendente.

—Imagine lo que obtendría si introdujera esta foto en una computadora —dijo Stoll—. Limpiando las impurezas y clarificando los detalles.

—Cuando nuestro laboratorio desarrolló esta tecnología por primera vez —dijo Hood—, estábamos tratando de descubrir cómo decir qué clases de gases y líquidos había dentro de las bombas. De esa manera podríamos neutralizarlos sin acercamos a ellos. El problema era que debíamos tener un receptor al otro lado del objeto para analizar los rayos T a medida que iban saliendo. Entonces nuestro equipo de investigación concibió un método para analizarlos directamente en la fuente. Y por eso el T-Bird opera como una herramienta de vigilancia.

—¿Cuál es el recorrido efectivo? —preguntó Lang.

—Hasta la Luna —dijo Hood—. Al menos, hasta allí lo hemos probado. Miramos dentro del módulo del Apolo 11. Armstrong y Aldrin eran hombres muy prolijos y aseados. En teoría debería funcionar eficazmente hasta donde pueda viajar el láser.

—Dios mío —dijo Lang—. Esto es sencillamente hermoso.

Hood se había quedado en un rincón. Había llegado el momento de acercarse más.

—El T-Bird será un componente vital del Centro de Operaciones Regional —dijo Hood—. Pero necesitamos hacerlo más compacto y también queremos refinarlo para que trabaje con mayor resolución, de modo que resulte imbatible en operativos en pleno campo de batalla. También necesitamos filtrar imágenes externas... por ejemplo, vigas en las paredes.

—Y allí entrarían en juego sus microchips —intervino Stoll—. Queremos lograr que un hombre esté parado frente a una embajada y pueda leer las cartas que recibirá el embajador.

—Se trataría de una permuta de tecnología —prosiguió Hood—. Ustedes se quedan con lo que tenemos en esa caja... y nosotros nos quedamos con sus microchips.

—Es asombroso —dijo Lang—. ¿Hay algo a través de lo cual el T-Bird no pueda ver?

—El metal es nuestro obstáculo —admitió Stoll—, pero estamos trabajando arduamente sobre ese problema.

—Asombroso —repitió Lang, sin dejar de mirar la fotografía.

—¿Y qué es lo más importante? —dijo Stoll—. Hasta que resolvamos nuestros problemas metálicos, piense en la cantidad de dinero que podríamos ganar vendiendo billeteras forradas en metal.

20

Jueves, 8.47 hs., Washington D.C.

—Usted es un engranaje seriamente dañado.

El mordaz pronunciamiento de Martha Mackall quedó suspendido en el aire durante varios segundos antes de que Mike Rodgers respondiera. Se detuvo a pocos pasos de la puerta. Cuando habló, lo hizo con extrema sobriedad. Por mucho que a él le molestara, una persona no podía responderle a otra simplemente como persona. Martha era mucho más que su igual en una confrontación cara a cara. Pero el hombre blanco que pretendiera un plano de igualdad con una mujer negra estaría buscando problemas legales. Ese movimiento pendular era el legado inevitable y hasta necesario, aunque no por eso menos irritante, de criaturas como los de la WHOA.

—Lamento mucho que piense eso —dijo Rodgers—. Y en lo que a mí respecta, también lamento haber molestado a la senadora.

—Francamente —dijo Martha—, en lo que a usted respecta no lamenta absolutamente nada. Usó la muerte de su hija para confundirla y luego la trató de enemiga. ¿Y ahora que ha sacado su tajada dice que está muy apenado?

—Está bien —dijo él—. Sólo que no se trata de tajadas, Martha, sino de pesar. Lamento que esto haya tenido que ocurrir.

—¿En serio? —preguntó ella.

Rodgers inició la retirada pero Martha se levantó de un salto.

Se interpuso entre el general y la puerta y, poniéndose en puntas de pie, logró que su cara estuviera casi a la misma altura que el impasible rostro de Mike.

—Dígame, Mike —dijo por fin—, ¿hubiera utilizado el mismo tipo de ardid con Jack Chan o Jed Lee o con cualquiera de los senadores varones que debemos enfrentar? ¿Hubiera sido igual de frío con uno de ellos?

El tono de la mujer hizo que Rodgers se sintiera juzgado por un tribunal. Quería mandarla al demonio, pero eligió decir: —Probablemente no.

—Claro que "probablemente no" —dijo Martha—. El viejo club de los muchachos protege a sus miembros.

—No se trata de eso —arguyó Rodgers—. Hubiera tratado a los senadores Chan y Lee de otra manera porque ellos no habrían intentado cortarme las piernas.

—Oh, ¿entonces usted cree que esto iba en su contra? ¿La senadora quiere recortar nuestro presupuesto porque se la tiene jurada a Mike Rodgers?

—En parte —dijo Rodgers—. No por mi género ni por mí mismo personalmente, sino porque creo que como la única superpotencia sobreviviente, los Estados Unidos tienen la responsabilidad de intervenir dónde y cuándo sea necesario. Y el Centro de Operaciones es parte crucial de esas intervenciones. Martha, ¿de verdad piensa que me planté allí sólo para defender mis propios intereses?

—Sí —dijo ella—, estoy convencida. Así sonaban las cosas.

—Pero no —dijo él—. Estaba defendiendo nuestros intereses. Los suyos, los míos, los de Paul, Ann, Liz, el espíritu de Charlie Squires. Estaba defendiendo el Centro de Operaciones y el comando Striker. ¿Cuánto dinero, cuántas vidas hubiera costado una nueva guerra en Corea? ¿O una carrera armamentista con una nueva Unión Soviética? Lo que hemos hecho aquí le ha ahorrado billones de dólares a la nación.

Mientras hablaba advirtió que Martha se aflojaba ligeramente. Sólo un poco.

—¿Entonces por qué no le habló a ella como me está hablando a mí? —preguntó.

—Porque me presentaron un *fait accompli* —respondió Rodgers—. Ella hubiera usado mis argumentos para deshacerme.

—Lo he visto en peores condiciones con Paul —dijo ella.

—Él es mi superior.

—¿Y el Centro de Operaciones no está acaso subordinado a los senadores Fox, Chan, Lee y a los otros miembros del Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso?

—Hasta cierto punto —admitió Rodgers—. Pero la palabra operativa en este caso es comité. Los senadores Chan y Lee no son aislacionistas descomprometidos. Hubieran hablado con Paul o conmigo acerca de los recortes, nos habrían dado la oportunidad de discutirlos.

Martha levantó el puño a la altura de la mejilla y lo sacudió. —Ahora abogamos por los salones llenos de humo de cigarrillo.

—Se hicieron muchas cosas en esos salones.

—Los hombres las hicieron —dijo Martha—. Dios no permita que una mujer tome una decisión y le pida a un hombre que la implemente. Si se atreve a hacerlo, ustedes se dan media vuelta y le dan un puñetazo.

—Un puñetazo tan fuerte como el que usted acaba de darme —dijo Rodgers—. ¿Cree que soy un engranaje? ¿Quién es el que está pidiendo igualdad una parte del tiempo?

Martha no dijo nada. Rodgers bajó la vista.

—Creo que esto se nos ha ido de las manos. Tenemos otros problemas. Unos degenerados están a punto de entrar en Internet con videojuegos donde los blancos linchan negros. Voy a reunirme con Liz y Darrell para ver si podemos disuadirlos. Me gustaría contar con usted.

Martha hizo un gesto afirmativo.

Rodgers la miró. Se sentía muy perturbado.

—Escúcheme —dijo—, no me gusta que nadie adquiera mentalidad de búnker. Y menos yo. Supongo que viene con el territorio. El ejército se ocupa del ejército, la marina de la marina...

—Las mujeres de las mujeres —dijo Martha con suavidad. Rodgers esbozó una sonrisa.

—*Touché*. Supongo que, de corazón, todos seguimos siendo carnívoros territorialistas.

—Ésa es una manera elegante de decirlo —respondió ella.

—Entonces... aquí va otra —dijo Rodgers—. "Seré una autócrata: ése es mi trabajo. Y el buen Dios me perdonará: ése es el suyo." Fue una mujer quien lo dijo. Catalina la Grande. Bueno, Martha, algunas veces puedo ser un autócrata. Y cuando lo soy, sólo puedo esperar que usted me perdone.

Martha entrecerró los ojos. Parecía querer seguir enojada, pero no podía.

—*Touché* —dijo sonriendo.

Rodgers volvió a sonreír y luego miró el reloj. —Debo hacer una llamada. ¿Por qué no se reúne con Liz y Darrell para ganar tiempo? Los veré luego.

Martha relajó los hombros y dio un paso atrás. — ¿Mike? —dijo ella cuando el general pasó a su lado. Él se detuvo.

—¿Sí?

—De todos modos, fue un golpe muy duro contra la senadora —dijo Martha—. Hágame el favor de llamarla más tarde, y asegúrese de que esté bien.

—Planeaba hacerlo —dijo Rodgers, abriendo la puerta—. También yo puedo perdonar.

21

Jueves, 14.55 hs., Hamburgo, Alemania

Bob Herbert pasó una frustrante hora en el teléfono.

Sentado en su silla de ruedas y utilizando su línea privada, Herbert pasó parte del tiempo hablando con Alberto Grimotes, su asistente en el Centro de Operaciones. Alberto acababa de salir de la Johns Hopkins, tenía un Ph.D. en Sicología, era inteligente y tenía buenas ideas. Todavía era muy joven y carecía de experiencia de vida, pero trabajaba arduamente y Herbert lo veía como un hermano menor.

La primera cuestión, dijo Herbert, era tratar de imaginar a qué aliados de Inteligencia podían consultar para obtener información fresca sobre terroristas alemanes. Los dos hombres suponían que los israelíes, los ingleses y los polacos eran los únicos que seguían de cerca a estos grupos. Ninguna otra nación tenía el mismo temor perdurable y visceral respecto de los alemanes.

Herbert se mantuvo en línea mientras Alberto chequeaba los archivos del HUMINT (Inteligencia Humana). Esta información sobre agentes de campo se guardaba en lo que Herbert denominaba el "pellejo" del Centro de Operaciones: el archivo FUR (Recursos Extranjeros Encubiertos).

A Herbert le avergonzaba tener que mendigar las sobras de Inteligencia, pero prácticamente carecía de recursos propios en Alemania. Antes de que se unieran Alemania occidental y Alemania oriental, los Estados Unidos estaban fuertemente comprometidos ayudando a Alemania occidental a expulsar grupos terroristas provenientes del Este. Desde la reunificación, los equipos de Inteligencia norteamericanos se habían retirado del país. Los grupos terroristas alemanes pasaron a ser un problema de los europeos, no de los norteamericanos. Con los terribles recortes de presupuesto, la CIA, la Oficina Nacional de Reconocimiento y otras agencias dedicadas a obtener información tenían las manos llenas tratando de mantener su presencia en China, Rusia y el hemisferio occidental.

Ya es suficiente para nuestras bolas de cristal averiguar cuál será el próximo núcleo de conflicto, pensó Herbert con amargura.

Por supuesto que, suponiendo que otros gobiernos tuvieran HUMINT alemana, eso no garantizaba que estuvieran dispuestos a compartir la información. Desde las muy publicitadas fugas de información en los equipos de Inteligencia norteamericanos durante la década del ochenta, las otras naciones eran renuentes a decir lo que sabían. No querían comprometer sus propios recursos y fuentes.

—Hub y Shlomo tienen cuatro y diez personas en el campo, respectivamente —dijo Alberto. Se refería al comandante Hubbard de Inteligencia británica y a Uri Shlomo Zohar del Mossad.

Como la suya no era una línea segura, Herbert no pidió especificaciones. Pero sabía que la mayoría de los agentes de Hubbard en Alemania estaban dedicados a detener el contrabando de armas rusas, mientras los israelíes vigilaban la venta de armas a los árabes.

—Parece que los chicos de Bog siguen limpiando el enchastre ruso —dijo Alberto. Se refería al general Bogdan Lothe de Inteligencia polaca y la casi guerra con Rusia.

—¿Quiere reírse un poco? —preguntó Alberto.

—Por qué no —dijo Herbert—. Me vendría bien.

—Observando esta lista, creo que sólo podremos obtener ayuda de Bernard.

Si la situación no hubiera sido tan seria, Herbert hubiera lanzado una carcajada.

—¿Ayuda de ellos? —preguntó—. Eso nunca. Nunca.

—Por qué no —dijo Alberto—. Permítame leer este informe de Darrell.

Herbert se dedicó a marcar el ritmo de Alabamy Bound mientras esperaba.

Bernard era el coronel Bernard Benjamin Ballon del Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale, de Francia. Históricamente, esa organización para el refuerzo de la ley hacía oídos sordos cuando se trataba de crímenes de odio, especialmente si eran crímenes cometidos contra judíos o inmigrantes. La Gendarmerie también se entendía con los alemanes. Si los agentes franceses se mantenían fuera de Alemania, ésta no revelaría los nombres de los miles de colaboracionistas franceses que habían ayudado a los nazis durante la guerra. Algunos de esos hombres y mujeres eran ahora líderes económicos y políticos, e instigaban a los servicios de inteligencia franceses a ocuparse de sus propios asuntos.

Ballon, ya en sus cuarenta, era uno de los más fervientes enemigos de la injusticia que Herbert hubiera conocido. Y estaba sacando a la Gendarmerie del estiércol de su propia apatía con gritos y corcoveos dignos de un macho cabrío.

Pero... Ballon debía responder al gobierno francés. Y el gobierno francés no hacía buenas migas con los Estados Unidos. Estaban en los umbrales de un nacionalismo intenso y renovado, al punto de retirar de su vocabulario todas las palabras inglesas, de sus menús todos los platos norteamericanos, y de sus cines todas las películas de Hollywood. Era impensable que los franceses estuvieran en posición de ayudar a los Estados Unidos. La idea de tener que acudir a esos enemigos de los norteamericanos era todavía más enervante. El pensamiento de que se dignarían ayudar a los Estados Unidos era positivamente absurdo.

Alberto dijo:

—Bernard tiene un problema doméstico y ha estado buscando posibles conexiones entre elementos hostiles de Francia y Alemania. Contactó al Big 1 el mes pasado, y ellos contactaron a Darrell. Darrell ayudó a Bernard a obtener la información que necesitaba.

"Big 1" era el argot para mencionar a la Interpol en línea abierta. Darrell no sólo era el nexo del Centro de Operaciones con el FBI sino que trabajaba también con la Interpol y otras organizaciones internacionales contra el crimen.

—¿Qué clase de información quería Bernard? —preguntó Herbert. Todavía seguía marcando el ritmo sobre el brazo de la silla de ruedas. De verdad no quería acudir a los franceses.

—Los datos no están en el archivo —dijo Alberto—. Sólo hay una mención del hecho. Tendré que preguntarle a Darrell.

—Hágalo —dijo Herbert—, y llámeme en cuanto sepa algo.

—De acuerdo —dijo Albert—. ¿Puede acceder a alguna línea segura?

—No tendré tiempo para eso —respondió Herbert—. Tendrá que llamarme a mi teléfono de la silla de ruedas. Por favor, informe al general Rodgers.

—Por supuesto. Y, dado que él va a preguntarlo, ¿dónde le digo que va a estar usted?

Herbert dijo:

—Dígale que estaré chequeando algunas teorías sobre el Caos.

—Ah —dijo Albert—, estamos en esa época del año, ¿verdad?

—Correcto —dijo Herbert—. La convención anual de esos maníacos depravados. Lo que nos lleva a la cuestión número dos. ¿Tiene algo allí acerca de la agenda de actividades habitual en estos Días de Caos?

—¿Por ejemplo un pedido de hospitalidad? —dijo Alberto...

—No es gracioso —dijo Herbert.

—Lo siento —se disculpó Alberto—. Buscando.

Herbert podía escuchar los golpes de las teclas de la computadora.

—Sí —dijo Alberto—. Los dos últimos años muchos convencionales han lanzado sus eventos con un brindis a las seis de la tarde en el Beer-Hall de Hannover.

—No me sorprende —dijo Herbert. El infame Putsch del Beer-Hall de Munich en 1923 fue el primer intento fallido de Hitler para tomar el poder en Alemania. Sólo que estos hombres obviamente intentaban triunfar allí donde Hitler había fracasado.

La segunda media hora telefónica de Herbert transcurrió rastreando un automóvil con pedales de freno y acelerador manuales. Varias compañías alquilaban automóviles con choferes para discapacitados, pero Herbert quería otra cosa. Tenía la intención de meterse en el corazón mismo de los Días de Caos y no quería arriesgar a ningún chofer.

Finalmente encontró una empresa de alquileres que tenía un automóvil, y aunque no tenía vidrios a prueba de balas y asiento eyectable —sólo estaba bromeando, le aseguró al malhumorado agente de la empresa— pidió que se lo llevaran al hotel.

Decidido a cambiarse de ropa, se quitó la camisa blanca y la corbata y se puso la remera Mi nombre es Herbert... Bob Herbert que su hermana le había regalado. Luego se echó el blazer encima de los hombros y bajó. Con la ayuda del portero colocó la silla de ruedas completamente desplegada en un espacio especialmente diseñado en la parte trasera del automóvil, de la que habían retirado el asiento. Luego, con un mapa abierto sobre al asiento del acompañante, el teléfono celular al lado del mapa, y el traductor electrónico de Matt Stoll al lado del teléfono, Herbert salió a la calle con su nuevo Mercedes Benz.

Era irónico, pensó —triste e irónico—, que un hombre de movilidad restringida representara la suma total de HUMINT norteamericana en Alemania. Por otra parte, era un hombre con experiencia, con deseo, y que contaba con el respaldo de una organización sólida. Muchos habían ido al campo de batalla con menos. Con muchísimo menos, y aunque no deseaba ser precisamente inconspicuo, suscribió al aforismo de inteligencia que decía: “Nunca subestimes lo que otro puede saber; y jamás subestimes lo que otro puede decir si es descuidado, estúpido, o está borracho.” En el Beer-Hall esperaba hallar una saludable dosis de todo eso.

Más que saborear la independencia, era volver a la acción lo que lo excitaba. Ahora sabía cómo se habría sentido Mike Rodgers al volver a la carga en Corea.

El trayecto desde el hotel llevó menos de dos horas. Era un trayecto directo por la Autobahn A1 en dirección norte-sur, donde se recomendaba un límite de velocidad entre l00 y 130 kilómetros por hora aunque todo el que iba a menos de 130 era considerado una Oriltn, una condesa... lenta, augusta,

majestuosa... toda una matrona.

Herbert mantuvo una velocidad de alrededor de noventa millas por hora. Abrió las ventanillas delanteras para sentir la furia refrescante del viento. Sin embargo, aun yendo a esa velocidad no perdía nada de la verde belleza de la campiña de la Baja Sajonia. Era deprimente pensar que los fabulosos bosques y villorrios de tantos siglos de antigüedad eran el hogar de uno de los más virulentos movimientos de odio en la historia de la civilización.

Pero eso es el Paraíso para ti, y lo sabía muy bien. Siempre hay una serpiente o dos en cada árbol.

Sin embargo, sus sentimientos acerca de la gente y la belleza habían sido muy diferentes cuando llegó al Líbano con su esposa por primera vez. Un maravilloso cielo azul, antiguos edificios que iban de lo humilde a lo magnífico, cristianos y musulmanes devotos. Los franceses se habían retirado en 1946 y los "hermanos" religiosos emprendían guerras perversas unos contra otros. Los marines norteamericanos habían ayudado al cese del fuego en 1958, pero todo había comenzado otra vez en 1970. Eventualmente, los Estados Unidos regresaron. El cielo seguía siendo intensamente azul y los edificios seguían inspirando asombro cuando un hombre-bomba suicida atacó en 1983 la embajada norteamericana en Beirut. Cincuenta personas murieron y muchas más resultaron heridas. Desde aquel momento la belleza ya no fue inocente, ni siquiera particularmente atractiva para Herbert. Hasta la vida misma, alguna vez tan rica y llena de promesas, comenzó a parecerle tan sólo el paso del tiempo hasta que él y su esposa volvieran a reunirse.

Hannover marcaba un notable contraste con la campiña... y con la ciudad misma. Igual que Hamburgo, había sido profundamente dañada por los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial. Entre los edificios modernos y las amplias autopistas se erguían bastiones de la arquitectura del siglo XVI, casas de madera a la vera de caminos angostos y antiguos jardines barrocos. No era sentimentalismo: Herbert prefería la pura campiña donde se había criado. Estanques, jejenes, ranas y tiendas en las esquinas. Pero a medida que atravesaba las calles más se sorprendía por los dos rostros asombrosamente distintos de Hannover.

Todo encaja, pensó Herbert dirigiéndose a Rathenauplatz. Esta ciudad también tiene dos rostros humanos muy diferentes.

Irónicamente, los cafés y restaurantes estaban localizados en el sector más bello y antiguo de la ciudad. El encanto ocultaba las víboras. Llegó allí luego de advertir la presencia de tres "skinheads" en motocicleta y seguidos. Ni por un momento imaginó que irían al Museo Sprengel de arte moderno.

El trayecto llevó diez minutos. Cuando llegó, allí estaba sin lugar a dudas el Beer-Hall, emplazado en el medio de una hilera de cafeterías y bares, la mayoría cerrados. La taberna tenía una fachada de ladrillo blanco y un cartel sencillo con su nombre. Las letras eran negras y el fondo rojo.

—Claro que lo son —musitó Herbert al pasar frente a la entrada. Ésos eran los colores de la Alemania nazi. Aunque el despliegue de esvásticas era ilegal en el territorio alemán, esta gente había invocado el parecido sin quebrantar la ley. Por cierto, tal como les había dicho Hausen durante el almuerzo, aunque el neonazismo era ilegal en sí mismo, estos grupos soslayaban la prohibición optando por denominaciones tan eufemísticas como "Los Hijos del Lobo" "Nacionalsocialistas del Siglo XXI".

Pero si el Beer-Hall no era una sorpresa, la gente reunida frente a sus puertas sí.

Las diez mesitas redondas de la calle apenas podían contener al grupo, cuyo número crecía cada vez más. Cerca de trescientos hombres, en su mayoría jóvenes, estaban parados allí o sentados en la acera, el bordillo o el asfalto; o bien apoyados contra automóviles cuyos propietarios habían olvidado rescatar a tiempo y que no podrían recuperar hasta que estos tres días hubieran pasado. Los pocos peatones que se veían atravesaban rápidamente la multitud. Más allá había cuatro policías dirigiendo el tránsito. Los automóviles maniobraban cuidadosamente entre las multitudes que bebían cerveza en las inmediaciones del Beer-Hall.

Herbert había esperado un ejército de "skinheads" o "camisas pardas"... cabezas rapadas y tatuajes o ajustados uniformes seudo nazis con brazaletes. Incluso había grupitos de punks en racimos de diez o doce. Pero la mayoría de los hombres y las pocas mujeres que vio vestían ropa informal y tenían cortes de cabello modernos aunque ligeramente conservadores. Se reían y parecían estar cómodos, y más bien parecían un grupo de jóvenes accionistas o abogados que hubieran concurrido a Hannover para una convención. La escena era aterradora por lo común. Éste podría haber sido el amado pueblo natal de Herbert.

Con ojos entrenados, Herbert dividió el tapiz en fragmentos manejables y devoró cada fragmento como una totalidad, sin examinar a los individuos. Más tarde, si era necesario, podría rescatar detalles importantes de su memoria.

Mientras avanzaba lentamente, escuchó todo lo que pudo a través de la ventanilla abierta. Su alemán no era fluido, pero le alcanzaba para entender. Esa gente hablaba de políticos, computadoras y cocina, por el amor de Dios. No era para nada lo que él había imaginado... jóvenes cantando viejas canciones alemanas de borrachos. Era comprensible que las autoridades se mantuvieran a distancia prudencial de los Días de Caos. Si caían sobre ellos, tal vez deberían encerrar a algunos de los más importantes médicos, abogados, accionistas, periodistas y diplomáticos de la nación. Y que Dios los ayude si alguna vez toda esta gente tiene motivos para marchar contra el gobierno. Todavía no eran lo suficientemente fuertes ni estaban unidos. Pero si llegaban a estarlo el gobierno alemán quedaría deshecho en un abrir y cerrar de ojos y sería reemplazado por un tapiz recién tejido que el mundo entero tendría todas las razones para temer.

Se le endurecieron los intestinos. Una parte de él aullaba: No tienen derecho, los jóvenes bastardos. Pero la otra parte sabía que tenían todo el derecho del mundo. Irónicamente, la derrota de Hitler les había otorgado el derecho de decir y hacer muchas cosas, siempre que no incitaran a la violencia racial o religiosa ni negaran públicamente el Holocausto.

Al final de la calle había una mesa de registro atendida por media docena de hombres y mujeres. La multitud que esperaba ser atendida mantenía la calma; nadie empujaba, nadie se quejaba, nada interrumpía el aire de camaradería reinante. Herbert aminoró la marcha y observó que los organizadores recibían dinero y entregaban itinerarios y vendían autoadhesivos y pinches para solapa de color rojo y negro.

Tienen una maldita industria doméstica, rumió Herbert, azorado. Todo era sutil, venenoso y legal. Ése era el problema, desde ya. A diferencia de los "skinheads", que eran considerados neonazis de baja ralea y a quienes la gente como ésta despreciaba, los hombres y las pocas mujeres aquí presentes tenían la astucia de mantenerse dentro de los límites de la ley. Y cuando muchos de ellos pudieran proponerse como candidatos y votar, Herbert estaba completamente seguro de que

cambiarían las leyes. Tal como lo habían hecho en marzo de 1933, cuando le otorgaron a Hitler autoridad dictatorial sobre la nación.

Uno de los organizadores, un joven alto de cabello color arena, estaba de pie muy tieso junto a la mesa. Estrechaba la mano de cada recién llegado. Parecía menos a gusto con los escasos "skinheads" que con los hombres de aspecto atildado.

Incluso entre los gusanos hay castas, advirtió Herbert. Se sintió intrigado cuando uno de los envarados recién llegados hizo el saludo tradicional nazi luego de estrechar la mano del joven. Fue un gesto aislado y nostálgico. Los otros se sintieron incómodos. Fue como si un borracho se hubiera presentado en la caja del bar durante una función social. Toleraron el saludo pero no lo retribuyeron. Obviamente, había cismas en el nuevo Reich tal como las había habido en el viejo. Grietas que podrían ser manipuladas por fuerzas externas.

Los automóviles se agolpaban detrás de Herbert. Soltó el freno de mano y apretó con fuerza el acelerador manual. Estaba furioso: furioso contra esos monstruos acicalados, herederos de la guerra y el genocidio, y furioso contra el sistema que les permitía existir.

Al dar la vuelta a la esquina, vio que estaba prohibido estacionar en las calles laterales. Le alegró ver que no había nadie dirigiendo el tránsito con un bastón de mando. Eso hubiera sido demasiado, como si se tratara de una feria rural.

Encontró un lugar para estacionar bajando por una de las calles. Luego apretó un botón junto a la radio. La puerta trasera izquierda se abrió y la plataforma de la silla de ruedas se deslizó hacia ese lado. Todo el aparataje emergió del automóvil y depositó la silla de ruedas sobre el suelo. Herbert se dio vuelta para acercarlo a él. También resolvió hacer un trato con esta gente para llevar este tipo de vehículos a los Estados Unidos. Realmente hacían la vida mucho más fácil.

Deslizándose en la silla de ruedas, se sujetó con fuerza. Luego apretó un botón en la puerta del automóvil para retirar la plataforma. Cuando estuvo dentro, Herbert cerró la puerta del auto y comenzó a bajar la calle en su silla de ruedas, rumbo al Beer-Hall.

22

Jueves, 15.28 hs., Toulouse, Francia

Dominique podía sentir la victoria. Tenía peso, tenía presencia, y estaba cerca. Muy cerca.

Ahora la sentía con más fuerza que cuando su abogado en Nueva York le había telefoneado para informarle que el FBI y la policía de Nueva York habían mordido el anzuelo. Habían arrestado al grupo Nación Pura que Dominique había suscripto durante tantos, tantos meses. Gurney y su gente soportarían el arresto y el juicio como verdaderos nazis: con orgullo y sin miedo. Al mismo tiempo, permitirían que el FBI incautara armas y literatura y por fin atrapara al hombre que había violado a las lesbianas en Chicago. Y el FBI cacarearía ante sus victorias.

Sus victorias, se burló Dominique. Su cacería de cucarachas. Una cacería que comería tiempo y personal y llevaría a los celosos guardianes de la ley en la dirección equivocada.

A Dominique le asombraba lo fácil que había sido engañar al FBI. Ellos habían mandado a un infiltrado. Siempre lo hacían. Le permitieron ingresar junto con otros miembros. Pero como el infiltrado de la agencia, John Wooley, tenía casi treinta años y anteriormente no había sido miembro de ninguna organización, dos miembros de Nación Pura habían ido a California a visitar a la "madre" a quien Wooley escribía cartas. Aunque el FBI le había alquilado un cuarto a la mujer y la había provisto de una buena suma, ella hacía dos o tres llamados por día desde el teléfono público de la verdulería. La cobertura con cámara oculta de los números telefónicos reveló que llamaba a la división Phoenix del FBI. Ric Myers, líder de Nación Pura, sospechó que la señora Wooley era probablemente una agente veterana. Los miembros de Nación Pura permitieron que Wooley permaneciera en el grupo para alimentar al FBI con información falsa.

Al mismo tiempo, Dominique se había dedicado a buscar neonazis norteamericanos para que le hicieran un trabajo. Jean-Michel había encontrado a los de Nación Pura y la presencia de Wooley encajaba perfectamente en los planes de Dominique.

Nos ocuparemos de la señora Wooley y de su "hijo" a su debido tiempo, reflexionó Dominique. En apenas pocas semanas, cuando los Estados Unidos fueran sumidos en el caos, los Wooley serían las primeras víctimas. La mujer entrada en años sería violada y cegada en su cuarto de alquiler, y el infiltrado sería castrado y dejado vivo para disuadir a otros posibles héroes.

Dominique estaba de pie, mirando a través de un espejo polarizado en un salón de conferencias aledaño a su oficina. El salón daba a su fábrica subterránea. Debajo de él, en un edificio que se había usado para fabricar armaduras y espadas durante la Cruzada Albigense del siglo XIII, sus obreros montaban cartuchos de videojuegos y prensaban juegos de CD-Rom. En un área separada, situada en el sector más aislado del sótano, sus técnicos descargaban ejemplos de estos juegos con destino al mundo entero. Los consumidores podrían ordenar los juegos en cualquier formato.

La mayoría de los juegos que se fabricaban en Demain eran simples entretenimientos. La gráfica y el sonido eran de tan alto calibre que desde 1980, cuando lanzó su primer juego, Un caballero para recordar, Demain se había transformado en una de las empresas de software más exitosas del mundo.

Sin embargo, los otros juegos estaban mucho, mucho más cerca del corazón de Dominique. Y en ellos estaba el futuro de su organización. Por cierto, eran una de las llaves al futuro del mundo.

Mi mundo, pensó Dominique. Un mundo que gobernaría desde las sombras.

La gitana nudista era el primero de estos nuevos juegos. Lo habían lanzado nueve meses atrás y era acerca de una gitana de escasa moral. El objetivo del juego era obtener información de los vecinos, encontrar a la perra y recuperar las ropas que ella había estado robando por los alrededores. Demain había vendido diez mil copias en todo el mundo. Todas eran ventas por correo a través de una dirección mexicana. Las autoridades habían sido sobornadas y no se meterían en las operaciones independientemente del tipo de juegos que se vendiera. Podía localizarse en la red y estaba anunciado en revistas de supremacía blanca.

La gitana nudista fue seguida por *Los destructores del gueto*, que transcurría en la Varsovia de la Segunda Guerra Mundial; El arroyo de los tullidos, un lugar donde se trasladaba a los discapacitados para ahogarlos; *Reorientación*, un juego de gráfica en el que los rostros asiáticos debían ser "occidentalizados"; y *Disparo frutal*, en el que los jugadores debían derribar homosexuales que marchaban en un desfile.

Pero sus favoritos eran los de última generación. *Campo de concentración* y *Cazando con la multitud* eran más sofisticados que los otros. *Campo de concentración* era perversamente didáctico, y *Cazando con la multitud* permitía que los jugadores ingresaran sus propios rostros entre los de los hombres y mujeres que cazaban negros. Ya había sido emitido en los Estados Unidos y había recibido una cantidad récord de órdenes para este juego. *Campo de concentración* estaba a punto de ser lanzado en Francia, Polonia y Alemania... en un lugar muy especial.

Estos juegos ayudarían a diseminar el mensaje de la intolerancia, pero eso era apenas el comienzo. Cuatro semanas después del lanzamiento de estos juegos, Dominique llevaría a cabo su proyecto más ambicioso. Sería la culminación del trabajo de toda su vida y comenzaría por un juego que sería enviado gratuitamente a los consumidores de Internet. Se llamaría RIOTS (sigla que en inglés significa: Venganza es Sólo el Comienzo) y ayudaría a precipitar la crisis que los norteamericanos sólo habrían concebido en sus peores pesadillas. Y mientras los Estados Unidos estuvieran distraídos y Alemania se ocupara del resurgimiento de sus neonazis autóctonos, Dominique y sus socios expandirían sus imperios comerciales.

¿Expandir?, pensó. No. Simplemente tomaremos lo que siempre ha sido nuestro.

En la década de 1980, cuando el presidente Mitterrand necesitó generar ingresos para el gobierno, muchos negocios franceses se socializaron. A comienzos de la década de 1990, esos negocios comenzaron a colapsar debido a las costosas cargas de los seguros de salud, las indemnizaciones, y el deber de complacer a ciudadanos franceses acostumbrados a que se ocupen de ellos desde la cuna a la tumba. Las empresas en decadencia arrastraron con ellas a numerosos bancos, y todo eso contribuyó a un aumento del 11,5 por ciento del desempleo en 1995 y del 15 por ciento en la actualidad... cifra que se duplica en el caso de los profesionales. Y mientras eso sucedía... la Asamblea Nacional no hizo nada. Nada excepto poner su sello de goma sobre todo lo que querían el presidente y su elite de consejeros.

Dominique empezaría a cambiar las cosas adquiriendo muchas de esas empresas y privatizándolas. Acabaría con los beneficios de algunos empleados, pero los desempleados tendrían

trabajo y los empleados tendrían seguridad. También planeaba llegar a controlar el interés en un banco francés. El dinero de Demain serviría para levantar el banco y las oficinas internacionales del mismo le permitirían invertir en incontables operaciones en el extranjero. Podría mover fondos a su antojo, evitar impuestos y manipular moneda corriente con facilidad. Ya tenía compromisos de adquisición pendientes con un estudio de filmación británico, una fábrica china de cigarrillos, una empresa farmacéutica canadiense y una compañía de seguros alemana. En los países extranjeros, el hecho de controlar negocios importantes equivalía a poner el pie en la garganta del gobierno.

Los individuos y las pequeñas corporaciones no podían maniobrar de ese modo, pero los conglomerados internacionales tenían las manos sueltas para hacerlo. Como su padre le había dicho en cierta oportunidad: "Convertir cien mil francos en un millón de francos no es fácil. Pero convertir cien millones de francos en doscientos millones de francos es inevitable."

Lo que Japón había intentado lograr en la década de 1980, dominar la economía mundial, Francia lo lograría en el siglo XXI. Y Dominique sería el regente detrás del trono.

—Alemania —murmuró con desprecio. Habían empezado en la historia como un pueblo conquistado, derrotados por Julio César en el año 55 antes de Cristo. Y los había rescatado un franco, Carlomagno.

Dominique ya había contratado a un cantante francés para que grabara algo que había escrito apenas unas semanas antes, el Hitla Rap. Con ritmo de tarantela, exponía al pueblo alemán a ser exactamente lo que era, una nación de aburridos sin humor. Cuando hubiera logrado sus metas para Francia, Dominique tenía toda la intención de poner a los hunos en su lugar... aunque no podía resistir la tentación de castigar a Hausen un poquito antes.

Henri había telefoneado para informar el éxito de su misión. El incendio irrumpía en todos los noticiarios. Se había quemado la mitad de una cuadra histórica antes de que los bomberos controlaran el fuego en Sto Pauli. Eran buenas noticias, aunque Dominique sentía cierta curiosidad por lo que el iracundo Herr Richter haría en respuesta. ¿Acaso asesinaría a Jean-Michel rumbo al encuentro de esta noche? ¿Atacaría a la distribuidora de productos Delain en Alemania? Lo dudaba. Eso subiría las apuestas a un nivel verdaderamente peligroso, aunque ninguno de esos actos lastimaría profundamente a Dominique. ¿Capitularía Richter? También lo dudaba. Era demasiado orgulloso para rendirse por completo. ¿Acaso informaría a la prensa sobre las actividades secretas de Dominique? Era improbable. Richter no sabía lo suficiente y, en cualquier caso, ¿quién le creería? Era un neonazi abastecedor de sexo. En cualquier caso, ninguna huella los llevaría a Dominique.

Pero Richter haría algo. Tenía que hacerlo. El honor lo exigía. Alejándose de la ventana, Dominique regresó a su oficina. La especulación siempre era divertida, pero últimamente no tenía objeto. Sólo había una cosa de la que Dominique estaba seguro: estaba contento de estar en su lugar y no en el de Richter.

23

Jueves, 15.23 hs. Río Leine, Alemania

Mientras abría una mata de arbustos y miraba hacia adelante, Karin Doring se permitió una muy rara sonrisa.

El campo era una de los sitios más hermosos que había visto en su vida. El terreno a orillas del río Leine había sido adquirido por la familia de Manfred hacía más de una década. Eran veinte acres de bosques aromosos, con el río al este y una alta colina al oeste, directamente tras ellos. Un profundo abismo los protegía al norte, y los árboles brindaban refugio de las indiscretas miradas desde el aire. El campamento que sus seguidores habían erigido consistía en una serie de carpas agrupadas en cuatro hileras de cinco. En cada carpa había dos personas. Los extremos superiores de las carpas estaban cubiertos de follaje para que las autoridades no pudieran verlos desde el aire cuando fueran en busca del remolque robado. Los automóviles y camionetas que los habían llevado allí estaban estacionados en fila en dirección al sur y también estaban camuflados.

El pueblo más cercano era Garbsen, a unas veinte millas al sur. La búsqueda terrestre de los terroristas que habían atacado el set de filmación comenzaría allí y luego se dirigiría a Hannover, el escenario de actividades de los Días de Caos. Eso estaba bastante al sudeste. Las autoridades jamás los buscarían aquí, en el medio de este país de cuento de hadas digno de los Hermanos Grimm. No podían desperdiciar efectivos. Al menos durante estos tres días, y al finalizar los Días de Caos, Karin y sus seguidores habrían desaparecido. Aunque la policía llegara a la conclusión de que el atentado era obra suya, y aunque se las ingeniaran para encontrar su campamento, nunca podrían atraparlos. Los centinelas darían la alarma y los perros de ataque demorarían a la policía entre sus fauces mientras ellos quemaban los recuerdos nazis o los arrojaban al lago. Una precaución triste pero necesaria, pues no debían quedar evidencias que los vincularan al ataque.

Dejémoslos que intenten atraparnos, pensó desafiante. Y si era necesario pelearían hasta perder el último soldado. El gobierno alemán podía aprobar leyes de disculpa, negar su pasado, postrarse ante los Estados Unidos y el resto de Europa. Ella y sus seguidores no se arrodillarían ante nadie. Y en su momento, el resto de Alemania abrazaría la herencia que ella había ayudado a preservar.

Los cuarenta miembros de Feuer que habían venido aquí estaban entre los más devotos seguidores de Karin. Las felicitaciones llovían desde las carpas más cercanas cuando la camioneta entró al campamento. Cuando Rolf estacionó junto a la hilera de automóviles en dirección sur, sus Feuermenschen, sus "hombres de fuego" como ella los llamaba, habían formado un semicírculo alrededor del vehículo. Todos levantaron el brazo derecho en diagonal, con los pulgares hacia arriba, y gritaron una y otra vez: ¡Sieger Feuer! ("¡Fuego conquistador!").

Karin no dijo nada al salir. Caminó hasta la parte trasera de la camioneta, abrió la puerta y sacó un yelmo de acero. Tenía huellas de óxido y la cinta de cuero del mentón estaba quebrada y gastada. Pero el escudo blanco, rojo y negro de la derecha y la Wehrmachtadler blanca y plateada, con un águila y una esvástica sobre un escudo negro a la derecha, estaban vívidos y limpios.

Karin sostuvo el yelmo entre sus manos abiertas y lo agitó ante sí con el rostro erguido, como si estuviera a punto de coronar a un rey.

—Guerreros de la causa —dijo—, hoy hemos disfrutado una gran victoria. Hemos arrebatado estos trofeos del Reich a profesores, buscadores de curiosidades y guerreros resignados. Nuevamente están en manos de luchadores. Nuevamente están en manos de patriotas.

Los Hombres de Fuego gritaron ¡Sieger Feuer! al unísono, y Karin entregó el yelmo al joven más próximo a ella. Él lo besó, temblando, y extendió la mano por más. Karin repartió las reliquias entre sus seguidores. Guardó para ella una daga de la SA.

—Guárdenlos en lugar seguro —dijo—. Esta noche los reactivaremos. Esta noche volverán a ser herramientas de guerra.

Mientras repartía los objetos secundada por Rolf, Manfred apareció por el otro lado del vehículo.

—Hay una llamada para ti —dijo.

Ella lo miró como preguntando: —"¿Quién?". —Felix Richter —respondió Manfred.

La expresión de Karin permaneció inalterable. Rara vez cambiaba. Pero estaba sorprendida. Ni siquiera esperaba hablar con él durante la reunión de esa noche en Hannover, mucho menos antes.

Le entregó un rifle a Manfred. Sin decir palabra, se abrió paso hasta el asiento del conductor en la camioneta, trepó adentro y cerró la puerta. Manfred había dejado el teléfono sobre el asiento. Ella lo levantó y vaciló.

A Karin le desagradaba Richter. No era sólo la vieja rivalidad lo que la llevaba a sentir eso... el movimiento político de Richter contra su propio movimiento militar. Los dos usaban métodos diferentes para alcanzar la misma meta: la realización del sueño que había comenzado cuando Hitler fue nombrado canciller de Alemania en 1933, el establecimiento de un mundo ario. Ambos sabían que esto sólo podía lograrse mediante un formidable nacionalismo seguido de un blitzkrieg económico contra las inversiones Y las culturas extranjeras. Ambos sabían que esas metas necesitarían más organización y diversidad que las que poseían actualmente.

Lo que le desagradaba de Richter era que nunca la había convencido su devoción al nazismo. Parecía estar más interesado en convertirse en dictador de cualquier cosa, no importaba qué. A diferencia de Karin, que amaba a Alemania más que a su propia vida, ella pensaba que Richter se sentiría feliz gobernando Senegal, Uganda o Irak.

Se decidió a hablar. —Buenas tardes, Felix.

—Karin, buenas tardes. ¿Te has enterado?

—¿De qué?

—Entonces no te has enterado, si no, no preguntarías. Fuimos atacados. Alemania fue atacada. El movimiento fue atacado.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién nos atacó?

—Los franceses —dijo Richter.

La sola mención de esa palabra bastaba para oscurecerle el día. Su abuelo había sido un Oberfeldarzt, un teniente coronel de las tropas médicas en la Francia ocupada. Un francés lo había asesinado mientras curaba soldados alemanes heridos durante la caída de Sto Sauveur. En la infancia, se quedaba en la cama y escuchaba a sus padres y amigos contar historias acerca de la

cobardía de los franceses, de su deslealtad y de su traición a Francia.

—Continúa —dijo Karin.

—Esta mañana —dijo Richter—, me encontré con el emisario de Dominique para los Días de Caos. Me exigió que subordinara mi organización a la suya. Me rehusé e incendiaron mi club. Las llamas lo destruyeron por completo.

A Karin no le importó. Ese club era para degenerados y le alegraba saber que había desaparecido.

—¿Dónde estabas tú? —preguntó.

—Me echaron de allí a punta de fusil.

Karin observó el desfile triunfal de sus Feuermenschen entre los árboles. Cada soldado llevaba un símbolo del Reich. Ninguno de ellos hubiera retrocedido ante un francés, con fusil o sin él. —¿Dónde estás ahora? —preguntó.

—Acabo de llegar a mi departamento. Karin, esta gente quiere construir una red de organizaciones para que los sirvan. Suponen que nosotros seremos sólo otra voz en su coro.

—Déjalos fantasear —dijo ella—. El Führer permitía que los otros gobiernos imaginaran lo que deseaban. Luego les imponía su voluntad.

—¿Cómo? —preguntó Richter.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella—. Les imponía su voluntad por su voluntad misma, o con ayuda de sus ejércitos.

—No —dijo Richter—. Lo hacía a través del pueblo. ¿No te das cuenta? Trató de derrocar al gobierno bávaro en el Putsch del Beer-Hall de 1923. No tuvo suficiente apoyo y fue arrestado. En la cárcel escribió Mein Kampf y estableció sus planes para la creación de una nueva Alemania. En menos de diez años estuvo al frente de la nación. Era el mismo hombre diciendo las mismas cosas, pero Mi Lucha lo ayudó a ganarse las masas. Una vez que las controló, controló a la patria. Y cuando llegó a eso, poca importancia tuvo lo que otras naciones pensaran o hicieran.

Karin estaba confundida. —Felix, no necesito lecciones de historia.

—Esto no es historia —dijo él—, esto es el futuro. Debemos controlar al pueblo y el pueblo está aquí, Karin, ahora. Tengo un plan para que esta noche quede grabada en la historia del mundo.

A la mujer no le importaba Richter. Era un presumido fatuo y autocomplaciente que tenía la arrogancia del Führer y algo de su visión, pero muy poco de su coraje. ¿O sí? se preguntó. ¿Acaso el incendio lo habría cambiado? —Está bien, Felix —dijo ella—, te escucho. ¿Qué propones? Él se lo dijo. Ella lo escuchó atentamente, muy interesada. Su respeto por él aumentó ligeramente.

La glorificación de Alemania y de Felix Richter atravesaba todos sus pensamientos, todas sus palabras. Pero lo que decía era acertado. Y aunque Karin había llevado a cabo cada una de sus treinta y nueve misiones con un plan y un resultado en mente, debía admitir que una parte de ella respondía a la impulsiva idea de Richter. Sería algo completamente inesperado. Temerario. Verdaderamente histórico.

Karin miró las carpas, observó a sus guerreros, sopesó los artefactos que llevaban. Esto era lo que amaba. Esto era todo lo que necesitaba. Pero lo que Richter acababa de proponerle le daría la oportunidad de tener todo esto y dar un golpe a los franceses. A los franceses... y al resto del mundo.

—Está bien, Felix —dijo Karin—. Creo que debemos hacerlo. Ven a mi campamento antes de la

reunión y lo arreglaremos. Esta noche los franceses aprenderán que no pueden combatir a Feuer con fuego.

—Eso me gusta —dijo Richter—. Me gusta mucho. Pero uno de ellos lo aprenderá antes de esta noche, Karin. Mucho antes.

Richter cortó la comunicación. Karin permaneció sentada escuchando el sonido de tono. Manfred se acercó lentamente.

—¿Todo esta bien? —le preguntó.

—¿Alguna vez lo está? —preguntó ella con amargura. Le entregó el teléfono y él lo colocó en su rompevientos. Luego Karin salió del vehículo y volvió al trabajo que realmente disfrutaba: poner armas en las manos de sus seguidores y fuego en sus corazones.

24

Jueves, 15.45 hs., Hamburgo, Alemania

Hood y Stoll habían pasado la primera parte de la tarde describiendo sus necesidades técnicas y parámetros financieros a Martin Lang. Después, Lang llamó a varios de sus mejores asesores técnicos para ver cuánto de lo que el Centro de Operaciones necesitaba era factible. Hood estaba encantado, aunque no sorprendido, de descubrir que gran parte de la tecnología que necesitaban ya estaba sobre el tablero de dibujo. Al no tener un programa espacial Apolo para justificar las investigaciones y el trabajo de desarrollo, la industria privada debía llevar toda la carga. Estos emprendimientos eran costosos, pero el éxito podía significar billones de dólares en ganancias. Las primeras empresas que sacaran patentes de tecnología importante y software serían las Apple Computers y Microsofts del futuro.

Las dos partes se estaban concentrando en los costos de tecnología para el Centro de Operaciones Regional cuando un fuerte gong resonó en el silencioso ámbito de la fábrica.

Hood y Stoll pegaron un salto.

Lang apoyó la mano sobre la muñeca de Hood.

—Lo lamento —dijo—, debería haberlos preparado. Es nuestro campanario digital. Toca a las diez en punto, a las doce en punto y a las quince en punto, y marca los descansos.

—Encantador —dijo Hood, con el corazón disparado.

—Creemos que brinda una agradable sensación de Viejo Mundo —dijo Lang—. Para crear una sensación de fraternidad la campana toca simultáneamente en todas nuestras fábricas satélites en el resto de Alemania. Están vinculadas por fibra óptica.

—Ya veo —dijo Stoll—. Ese es su pequeño Quasimodo, el campanero.

Hood frunció hondamente el entrecejo ante ese comentario. Después de la reunión y de media hora de trayecto hasta Hamburgo propiamente dicha, Hood, Lang y Stoll se dirigieron a la moderna región de City Nord, tres millas al nordeste. Dentro de la casi elíptica y circular autopista Übersee Ring había más de veinte edificios de la administración pública y privada. Esas pulidas estructuras alojaban de todo, desde la Compañía Eléctrica de Hamburgo a firmas de computación internacionales, además de tiendas diversas, restaurantes y hasta un hotel. Todos los días de la semana, más de veinte mil personas concurrían a City Nord para trabajar o divertirse.

Cuando llegaron, el joven asistente de Richard Hausen, el atildado Reiner, los condujo directamente al despacho del ministro del Exterior. Stoll se detuvo un instante a observar el estereograma enmarcado que colgaba en la pared del asistente.

—Directores de orquesta —dijo Stoll—. Inteligente. Nunca había visto éste.

—Es un diseño mío —dijo Reiner con orgullo.

El despacho de Hausen en Hamburgo se localizaba en la cima de un complejo edificio del sector sudeste, con vista a los 445 acres del Stadtpark. Cuando entraron, Hausen estaba hablando por teléfono. Mientras Stoll se sentaba para dar un vistazo a los programas de computación del ministro y

Lang observaba por encima de su hombro, Hood se acercó al inmenso ventanal. Bajo la profunda luz dorada del atardecer pudo ver un natatorio, áreas deportivas, un teatro al aire libre y la afamada afabilidad ornitológica.

Hasta donde Hood podía entrever con sólo mirado, Hausen había recuperado su estilo franco y decidido. Aquello que lo había perturbado antes había desaparecido o recibido una impecable solución.

Hood pensó con tristeza: Si solamente pudiera yo hacer lo mismo. Mientras estaba en funciones podía manejar el dolor. Evitaba recordar la muerte de Charlie porque tenía que mantenerse fuerte para su gente. Se había sentido mal cuando Rodgers le había contado acerca del juego de odio en la computadora de Billy, pero en Los Ángeles había conocido tan profundamente esa clase de odio que la existencia del juego prácticamente no lo sorprendió.

Podía manejar todo eso, pero el incidente en el vestíbulo del hotel no lo dejaba en paz. Todos esos elaborados pensamientos acerca de Sharon y Ann Farris y la fidelidad eran sólo eso: pensamientos. Mierda y palabras.

Después de unas pocas semanas había aceptado la muerte de Squires. Pero después de más de veinte años ella todavía estaba en él. Lo asombraban la desorientación, la urgencia y el pánico que había sentido al hablar con el portero del hotel.

Dios, pensó, cómo deseaba despreciarla. Pero no podía. Ahora, como siempre durante todos estos años, terminaría odiándose a sí mismo si intentaba hacerlo. Ahora como entonces sentía que era él quien había fallado.

Aunque nunca lo sabrás con seguridad, dijo para sí mismo. Y eso era casi tan malo como lo que había ocurrido. Y ni siquiera sabía por qué había ocurrido.

Con aire ausente, dejó que su mano izquierda recorriera el bolsillo del pecho de su chaqueta deportiva. El bolsillo con su billetera. La billetera con las entradas. Las entradas con los recuerdos.

Mientras miraba por la ventana que daba al parque, se preguntó: ¿Y qué hubieras hecho tú si hubiera sido ella? Le hubieras preguntado: “Entonces, ¿cómo te ha ido? ¿Estás contenta? Oh, ya que estabas, querida... ¿por qué no me disparaste una bala directo al corazón para terminar el trabajo?”.

—Es una vista maravillosa, ¿verdad? —preguntó Hausen. Hood tenía la guardia baja. Volvió de golpe a la realidad. —Es una vista magnífica. En mi oficina ni siquiera tengo una miserable ventana.

Hausen sonrió.

—Hacemos trabajos diferentes, Herr Hood —dijo—. Yo necesito ver a la gente que sirvo. Necesito ver a las parejas jóvenes empujando los cochecitos de sus bebés. Necesito ver a las parejas de ancianos caminando tomadas de la mano. Necesito ver jugar a los niños.

—Lo envidio —admitió Hood—. Paso mis días mirando mapas generados por computadoras y evaluando los méritos del amontonamiento de bomba versus los sistemas de contenedores de armas.

—Su tarea es destruir la corrupción y la tiranía. Mi campo es... —Hausen se interrumpió, estirándose como para alcanzar una manzana en la rama de un árbol, y arrancó una palabra del cielo —. Mi campo es la antítesis del suyo. Yo intento alimentar el crecimiento y la cooperación.

—Los dos juntos —dijo Hood—, componemos un maravilloso patriarca bíblico.

Hausen se iluminó. —Está hablando de un juez. Hood lo miró, extrañado. — ¿Cómo?

—Un juez —repitió Hausen—. Lo siento. No quise corregir. Pero la Biblia es una suerte de

hobby para mí. En realidad... una pasión, ya que fui educado pupilo en un colegio católico. Particularmente me agrada el Antiguo Testamento. ¿Ha leído los libros de los jueces?

Hood tuvo que admitir que no. Supuso que eran como los jueces contemporáneos, aunque no lo dijo. Cuando trabajaba en Los Ángeles tenía una lámina en la pared que decía: "Cuando estés en duda, no hables". Esa política le había sido muy útil durante toda su carrera.

—Los jueces —prosiguió Hausen— eran hombres que salieron de las tribus hebreas para convertirse en héroes. Eran lo que podríamos llamar regentes espontáneos porque no tenían vínculos con líderes anteriores. Pero cuando llegaban al poder tenían autoridad moral para dirimir todas y cualquier tipo de disputas.

Hausen volvió a mirar por la ventana. Se le oscureció ligeramente el semblante. Hood se descubrió profundamente intrigado por este hombre que odiaba a los neonazis, conocía la historia hebrea y parecía —como hubiera dicho el viejo animador Garry Moore— "tener un secreto".

—En cierta etapa de mi juventud, Herr Hood, creía que el juez era la forma correcta y última del líder. Incluso llegué a pensar: "Hitler entendió eso a la perfección. Él mismo era un juez. Tal vez tenía un mandato de Dios."

Hood lo miró azorado.

—¿Usted creyó que Hitler estaba realizando el mandato divino, matando gente y arrastrándonos a la guerra?

—Los jueces mataron mucha gente y declararon muchas guerras. Usted debe comprender, Herr Hood, que Hitler nos levantó de la derrota en una guerra mundial, puso fin a la depresión económica, recuperó territorios que mucha gente consideraba propios, y atacó pueblos que la mayoría de los alemanes detestaban. ¿Por qué cree que es tan poderoso el movimiento neonazi en la actualidad? Porque muchos alemanes todavía creen que Hitler tenía razón.

—Pero usted combate a esa gente ahora —dijo Hood—. ¿Qué le hizo comprender que Hitler estaba equivocado?

Hausen habló en un semitono duro y desdichado.

—No quiero parecer brusco, Herr Hood, pero jamás he discutido ese tema con nadie. Ni estoy dispuesto a cargar a un nuevo amigo con semejante peso.

—¿Por qué no? —preguntó Hood—. Los nuevos amigos suelen traer nuevas perspectivas.

—No en este caso —dijo enfáticamente Hausen.

Hausen bajó suavemente los párpados y Hood advirtió que ya no estaba viendo el parque ni la gente. Hood sabía que él estaba equivocado. Juntos no hacían ni un patriarca ni un juez. Juntos eran un par de tipos atormentados por las cosas que les habían sucedido en el pasado.

—Pero usted es un hombre compasivo —dijo Hausen—, y deseo compartir un pensamiento con usted.

Stoll dijo a sus espaldas:

—Un momento, fanáticos del deporte. ¿Qué tenemos aquí? Hood miró hacia atrás. Hausen le puso una mano sobre el hombro para evitar que se acercara a Stoll.

—En Jaime, 2:10 dice: "Porque cualquiera que respete toda la ley pero falle en un punto será culpable de todo."

Hausen retiró la mano. —Creo en la Biblia, pero creo en esas palabras por encima de todo.

—Caballeros... *meine Herren* —dijo Stoll—. Acérquense, por favor.

Hood sentía más curiosidad que nunca respecto a Hausen, pero había reconocido la urgencia familiar de un "algo anda mal" en la voz de Matt Stoll, y vio que Lang se tapaba la boca con la mano, como si acabara de presenciar un accidente automovilístico.

Hood le dio al estoico Hausen una palmada amistosa en el hombro y corrió a la computadora.

25

Jueves, 9.50 hs., Washington D.C.

—Gracias, general. Te agradezco de todo corazón. Pero la respuesta es no.

Sentado en su oficina, cómodamente reclinado en su sillón, Mike Rodgers sabía muy bien que la voz al otro extremo de la línea segura era sincera. También sabía que cuando el dueño de esa voz poderosa decía algo, rara vez se retractaba. Brett August era así desde los seis años.

Pero Rodgers también era sincero... sincero en su deseo de tenerlo en el Striker y Rodgers no era un hombre que se caracteriza por abandonar las cosas, especialmente cuando conocía las debilidades del sujeto tanto como sus puntos fuertes.

Veterano hacía diez años del Comando de Operativos Especiales de la Fuerza Aérea, August era un amigo de la infancia de Rodgers que amaba los aviones aún más de lo que Rodgers amaba las películas de acción. Los fines de semana, ambos niños salían en bicicleta y hacían cinco millas por la ruta 22 hasta llegar a Bradley Field en Hartford, Connecticut. Allí se sentaban en un campo vacío y miraban despegar y aterrizar a los aviones. Eran lo bastante viejos como para recordar cuando los aviones con hélice dieron paso a los jets, y Rodgers recordaba vívidamente cómo se excitaba cada vez que escuchaba el rugido de un nuevo 707. August solía ponerse frenético.

Todos los días, a la salida de la escuela, los niños hacían juntos la tarea. Cada uno se ocupaba de algo —un problema matemático o una pregunta de ciencia— para poder terminar más rápido. Luego se dedicaban a construir piezas de aeromodelismo, asegurándose de que la pintura fuera la correcta y de que las alas estuvieran en el lugar exacto. De hecho, la única pelea de puño que tuvieron fue debido a una tensa discusión sobre la ubicación de la estrella blanca en un Phantom Fh-1. La caja decía que había que pegarla bajo el montaje de la cola, pero Rodgers creía que era un error. Después de la pelea, corrieron a la biblioteca para averiguar quién tenía razón. Rodgers tenía razón. Había que colocarla a mitad de camino entre las aletas y el ala. August se había disculpado caballerescamente.

August también idolatraba a los astronautas y seguía cada escaramuza y cada triunfo del programa espacial de los Estados Unidos. Rodgers estaba convencido de que el día más feliz de August había sido cuando Ham, el primer mono norteamericano en viajar al espacio, había ido a Hartford en visita de relaciones públicas. August estaba eufórico en presencia de un verdadero viajero del espacio. Rodgers no lo había visto tan contento ni siquiera cuando le había contado que por fin se había llevado a Barb Mathias a la cama.

Cuando llegó el momento de prestar servicio, Rodgers entró al Ejército y August a la Fuerza Aérea. Ambos terminaron en Vietnam. Mientras Rodgers cumplía su deber en tierra, August realizaba vuelos de reconocimiento en la zona norte. En uno de esos vuelos, al noroeste de Hue, el avión de August fue derribado y su piloto fue tomado prisionero. Pasó más de un año en un campo de prisioneros POW hasta que finalmente escapó con otro nombre en 1970. Pasó tres meses tratando de llegar al sur, hasta que por fin fue hallado por una patrulla de la Marina.

August no se sentía amargado por esas experiencias. Al contrario, el coraje de los prisioneros norteamericanos todavía lo seguía conmoviendo. Regresó a los Estados Unidos, recuperó sus fuerzas y volvió a Vietnam, donde organizó una red de espías para buscar a otros prisioneros norteamericanos. Permaneció oculto durante un año después de la retirada de los Estados Unidos, y luego pasó tres años en Filipinas ayudando al presidente Ferdinand Marcos en su lucha contra los secesionistas de Moro. Trabajó como nexo entre la Fuerza Aérea y la NASA en los años siguientes, organizando sistemas de seguridad para misiones de satélites espías, y después se unió al SOC como especialista en actividades antiterroristas.

Aunque Rodgers y August se habían visto intermitentemente en los años posteriores a Vietnam, cada vez que hablaban o se encontraban parecía que el tiempo no había pasado. Uno recordaba los juegos de aeromodelismo... el otro recordaba la pintura y la goma de pegar... y juntos pasaban uno de los momentos más divertidos de sus vidas.

Por eso, cuando el coronel August dijo que agradecía de todo corazón a su viejo amigo, Rodgers le creyó. Lo que no podía aceptar era la negativa.

—Brett —dijo Rodgers—, considéralo de este modo. Durante el último cuarto de siglo has pasado más tiempo fuera del país que dentro. Vietnam, Filipinas, Cabo Cañaveral...

—Muy gracioso, general.

—y ahora Italia. En una base de la OTAN situada quién sabe dónde.

—Justamente, me dirigía al lujoso Eisenhower a parlamentar con unos colegas italianos y franceses. Tienes suerte de haberme atrapado.

—¿Acaso te he atrapado? —preguntó Rodgers.

—Sabes lo que quiero decir —respondió August—. General...

—Mike, Brett.

—Mike —dijo August—, me gusta estar aquí. Los italianos son buena gente.

—Pero piensa lo bien que lo pasaríamos si volvieras a casa —lo presionó Rodgers—. Mierda, casi te digo la sorpresa que te tengo reservada

—A menos que sea ese modelo de Revell Messerschmitt Bf 109 que nunca pudimos encontrar, no existe nada que puedas ofrecerme que...

—Qué te parece Barb Mathias.

Un océano de profundo silencio cubrió el otro extremo de la línea.

—Le he seguido el rastro —dijo Rodgers—. Está divorciada, sin hijos, y vive en Ennfield, Connecticut. Vende espacios de publicidad para un diario y dice que le encantaría volver a verte.

—Todavía sabes hacer trampa, general.

—Demonios, Brett, por lo menos vuelve y tengamos un encuentro cara a cara para discutir esto. ¿O debo conseguir que alguien allí te ordene que vuelvas?

—General —dijo Brett—, sería un honor comandar un equipo como el Striker. Pero estaría anclado en Quántico la mayor parte del tiempo y eso me volvería loco. Al menos, ahora puedo viajar por Europa y poner mis dos centavos en varios proyectos.

—¿Dos centavos? —dijo Rodgers—. Brett, tienes un millón de malditos dólares en esa cabeza y los quiero trabajando para mí. ¿Con cuánta frecuencia escuchan allí lo que tienes para decirles?

—Raramente —admitió August.

—Lo sabía. Tienes mejor cabeza para tácticas y estrategias que el noventa por ciento de los uniformados. Deberían prestarte atención.

—Tal vez —admitió August— pero así es la Fuerza Aérea. Además, ya tengo cuarenta años. No sé si soy capaz de rodear las montañas Diamante en Corea del Norte para derribar misiles Nodong; tampoco sé si puedo cazar un tren por Siberia.

—Eso es una estupidez —repitió Rodgers—. Apuesto a que todavía puedes pararte en un brazo como solías hacerla mientras esperábamos la salida de los aviones en Bradley. Tu propio programita de entrenamiento espacial.

—Todavía puedo hacerlo —dijo August—, aunque no tantas veces como antes.

—Tal vez no, pero te garantizo que yo puedo hacer muchísimo menos que eso —dijo Rodgers—. Y probablemente lo hagas más veces que los muchachos del Striker.

Rodgers se inclinó sobre su escritorio.

—Brett, vuelve y hablemos. Te necesito aquí. Por Dios, no hemos trabajado juntos desde el día que nos alistamos.

—Hace dos años construimos ese modelo del Tomcat F-14A.

—Sabes a qué me refiero. No te lo pediría si no estuviera convencido de que haremos buena pareja. Mira, siempre has querido tiempo para escribir un libro sobre Vietnam. Te daré ese tiempo. Querías aprender a tocar el piano. ¿Cuándo piensas hacerlo?

—En algún momento. Recién cumplí los cuarenta. Rodgers frunció el ceño.

—Es gracioso ver cómo te vales de la edad para cualquier cosa.

—¿Está mal?

Rodgers tamborileó los dedos sobre su escritorio. Le quedaba sólo una carta, y quería ganar la partida.

—También extrañas la patria —dijo—. Me lo dijiste la última vez que estuviste aquí. Qué pasa si te prometo que no quedarás anclado en Quántico. Hace tiempo que deseo mandar al Striker en maniobras con otros cuerpos especiales por el mundo. Puedes pasar un mes en Italia con tus amigotes italianos, luego un mes en Alemania, otro en Noruega...

—Eso es lo que hago ahora.

—Pero trabajas para la gente equivocada —dijo Rodgers—. Sólo te pido que vuelvas por unos días. Habla conmigo. Observa al grupo. Tú traes la goma de pegar y yo traigo el avión.

August guardaba silencio.

—De acuerdo —dijo luego de una larga pausa—, hablaré con el general DiFate para anunciarle mi partida. Pero sólo vuelvo para hablar y armar un avioncito. Nada de promesas.

—Nada de promesas —aceptó Rodgers.

—Y organiza una cena con Barb. Ingéniatelas para llevarla a Washington.

—Hecho —dijo Rodgers. August le agradeció y colgó.

Rodgers se echó hacia atrás en su sillón. Esbozó una enorme sonrisa de satisfacción. Después del entredicho con la senadora Fox y Martha, el general se sentía capaz de comandar él mismo el Striker. Cualquier cosa que lo sacara de este edificio, de la mierda política, algo que lo obligara a mover el trasero. La posibilidad de trabajar con August lo excitaba. Rodgers no sabía si debía alegrarse o avergonzarse por lo fácil que era acercarse al niño pequeño que había en él.

Sonó el teléfono.

Decidió que mientras estuviera contento y haciendo su trabajo, poco le importaba sentir que tenía cinco o cuarenta y cinco años. Pero en cuanto levantó el teléfono, Rodgers supo con certeza que la felicidad no duraría.

26

Jueves, 15.51 hs., Hannover, Alemania

Bob Herbert resopló un poco mientras se alejaba del automóvil en su silla de ruedas.

La silla de Herbert no tenía motor, y nunca lo tendría. Si llegaba a cumplir noventa años y su fragilidad le impedía autopropulsarse muy lejos, simplemente no iría muy lejos. Sentía que no poder caminar no equivalía a ser discapacitado. Y aunque era demasiado viejo para practicar deportes y juegos como algunos de los chicos del centro de rehabilitación años atrás, le disgustaba la idea de andar a la deriva con una silla motorizada cuando podía autopropulsarse. Liz Gordon le había dicho una vez que se valía de eso para auto flagelarse porque él estaba vivo y su esposa muerta. Pero Herbert no compraba esa idea. Le gustaba moverse a su propio ritmo y adoraba el flujo de endorfina que obtenía haciendo girar las pesadas ruedas. Siempre había sido muy activo antes de la explosión de 1983, y eso seguramente había incidido sobre el efecto de las anfetaminas que solían tomar en el Líbano para mantenerse despiertos en épocas de crisis. Y en Beirut la crisis era permanente.

Mientras ascendía trabajosamente la calle en ligera pendiente, Herbert desechó la idea de presentarse en la mesa de registros y tratar de firmar. No conocía al dedillo las leyes alemanas, pero suponía que no tenía el derecho de acosar a esa gente. Sin embargo, sí tenía todo el derecho de ir a un bar y pedir un trago, y eso era lo que pensaba hacer. Eso, además de investigar todo lo posible acerca de Karin Doring. No esperaba obtener información de nadie, pero las lenguas largas solían hundir barcos. Los individuos ajenos a estas cosas se sorprendían ante la cantidad de información que uno obtenía simplemente escuchando caer la lluvia.

Por supuesto que, pensó, primero hay que meterse bajo el alero para escuchar caer las gotas. La multitud podría impedirle el paso. No porque estuviera en silla de ruedas: no había nacido así, se había ganado esa discapacidad sirviendo a su país. Tratarían de detenerlo porque no era alemán y no era neonazi. Pero por mucho que a esos señoritos les molestara, Alemania era todavía una nación libre. Deberían dejarlo entrar al Beer-Hall o tendrían un incidente internacional.

El jefe de Inteligencia se dirigió a la calle detrás del Beer-Hall para ingresar por el otro lado. De esa manera evitaría pasar por la zona de registro y ver más saludos con el brazo extendido.

Herbert dio la vuelta a la esquina y se dirigió al Beer-Hall, y hacia esos doscientos hombres que bebían y cantaban frente a sus puertas. Los hombres más próximos a él se dieron vuelta para mirarlo. Los repetidos codazos hicieron girar otras cabezas curiosas, un mar de diablos jóvenes de mirada despectiva y risa dura.

—¡Muchachos, miren quién está aquí! ¡Es Franklin Roosevelt buscando la reunión cumbre de Yalta!

Era inevitable que alguien hiciera comentarios acerca de mi discapacidad, pensó Herbert. Siempre había un payaso en cada grupo. Pero lo sorprendió que el joven hablara en inglés. Entonces Herbert recordó lo que llevaba impreso en la remera.

Otro hombre levantó su vaso de cerveza.

—¡Herr Roosevelt, ha llegado justo a tiempo! ¡Acaba de comenzar la nueva guerra!

—Ja —dijo el que había hablado primero—. Aunque ésta terminará de otro modo.

Herbert siguió avanzando en dirección a ellos. Para llegar al Beer-Hall debería pasar entre esa odiosa juventud hitleriana. Menos de veinte yardas lo separaban del hombre más próximo.

Herbert miró a su izquierda. El oficial de policía estaba en el medio de la calle, a unas doscientas yardas de ellos. Miraba hacia otro lado, ocupado en impedir que el tránsito se detuviera.

¿Habrá escuchado lo que dijeron estos cretinos, se preguntó Herbert, o también estaba muy ocupado tratando de mantenerse alejado de todo lo que estaba ocurriendo?

Los hombres frente a él miraban en distintas direcciones. Cuando Herbert estuvo a sólo dos yardas, se dieron vuelta al mismo tiempo y lo miraron desafiantes. Ahora estaba a dos yardas. A una yarda. Algunos de ellos ya estaban borrachos y sus lenguajes corporales sugerían que disfrutaban teniendo la mente embotada. Herbert decidió que apenas un cuarto de los rostros que observaba tenían la intensidad de la gente con convicciones, por perversas que éstas fueran. El resto eran rostros de seguidores. Eso era algo que un satélite espía jamás podría informarle.

Los neonazis no se movieron. Herbert se acercó a escasas pulgadas de sus borceguíes holgazanes y costosos, y luego se detuvo. Durante los disturbios del Líbano y otros lugares conflictivos Herbert siempre había tomado una posición de perfil bajo. Había un elemento de destrucción mutuamente asegurada cuando los disturbios terminaban prematuramente: ataca a un avión y atraparás a los secuestradores, pero corres el riesgo de perder algunos rehenes. Pero nadie puede retener a un rehén o interponerse en tu camino para siempre. Si esperas lo suficiente, usualmente puedes llegar a un acuerdo.

—Con permiso —dijo Herbert.

Uno de los hombres lo miró desde arriba.

—No. Esta calle está cerrada. Es una fiesta privada.

Herbert olió el alcohol en el aliento del joven. Sería imposible razonar con él. Miró a otro.

—He visto que otras personas pasaban caminando por allí. ¿Me dan permiso?

El primer hombre le espetó:

—Tiene razón. Ha visto que otros pasaban caminando. Pero usted no está caminando y por lo tanto no puede pasar.

Herbert luchó contra la tentación de pasarle por encima con su silla. Sólo hubiera provocado una lluvia de puños y vasos en su contra.

—No quiero problemas —dijo Herbert—. Simplemente tengo sed y quiero tomar un trago.

Varios hombres lanzaron la carcajada. Herbert se sintió como el diputado Chester Goode tratando de imponer la ley mientras el Marshall Dillon estaba fuera del pueblo.

Un hombre con un jarro de cerveza se abrió paso entre la multitud arracimada en torno de Herbert. Se detuvo frente a ellos, sosteniendo el jarro por encima de la cabeza de Herbert.

—¿Así que tiene sed? —dijo—. ¿Le gustaría beber un trago de mi cerveza?

—Gracias —dijo Herbert—, pero no consumo bebidas alcohólicas.

—¡Entonces usted no es un hombre!

—Muy bien dicho —dijo Herbert. Al escuchar su propia voz, se asombró por el tono calmo y reposado. Ese tipo era mierda de pollo con un ejército de doscientos forzudos atrás. Lo que Herbert

realmente deseaba hacer era retarlo a duelo, como había hecho su padre con alguien que lo había insultado allá en Misisipí.

Los alemanes seguían mirándolo desde arriba. El hombre del jarro sonreía pero no era feliz, Herbert podía verlo en sus ojos.

Eso es porque acabas de darte cuenta de que no ganarás mucho derramando el contenido de ese jarro sobre mi cabeza, pensó. Acabas de decir que no soy un hombre. Atacarme sería indigno de ti.

Por otra parte, el hombre tenía un halo de bravuconada ebria.

Bien hubiera podido partirle el cráneo con el pesado jarro de vidrio grueso. La Gestapo creía que los judíos eran infrahumanos. Pero solían parar a los judíos en la calle y arrancarles la barba con tenazas.

Después de un momento, el hombre se llevó el jarro a los labios. Bebió un sorbo y apoyó el vidrio helado contra sus mejillas por un instante, como evaluando la posibilidad de escupir o no. Luego tragó la cerveza.

El hombre avanzó hacia la silla de ruedas por la derecha. Se inclinó desafiante, apoyando una mano sobre el apoyabrazos donde estaba el teléfono.

—Se le ha dicho que ésta es una fiesta muy privada —le espetó—. Y usted no está invitado.

Herbert lo había previsto. Había venido aquí a reconocer el campo, a reunir inteligencia, a hacer su trabajo. Pero estos jóvenes lo habían enfrentado a "lo inesperado", que también formaba parte de los operativos de HUMINT. Ahora tenía que elegir. Podía irse, en cuyo caso no podría hacer su trabajo y perdería la autoestima. O podía quedarse, en cuyo caso recibiría probablemente una tremenda paliza. Pero también podía —podía— convencer a alguno de estos punks de que las fuerzas que alguna vez los habían desafiado estaban vivas y en óptimas condiciones.

Eligió quedarse.

Herbert miró al hombre a los ojos.

—Sabe, si me hubieran invitado a su fiesta —dijo—, no hubiera asistido. Disfruto hablando con los líderes, no con los seguidores.

El alemán seguía apoyado sobre el apoyabrazos con una mano, y en la otra sostenía el jarro de cerveza. Pero al mirar sus ojos de un azul grisáceo, Herbert vio que se desinflaba por dentro, que su violencia se escapaba como el aire de una pelota pinchada.

Herbert sabía lo que vendría después. Deslizó la mano derecha bajo el apoyabrazos.

La única arma del alemán era su jarro de cerveza. Con mirada despectiva, el joven inclinó el jarro y derramó lentamente su contenido encima de Herbert.

Herbert acusó la ofensa. Era importante demostrar que podía.

Cuando el neonazi terminó su tarea y se plantó a recibir los aplausos, Herbert sacó su palo de escoba de punta afilada y con un rápido giro de la muñeca lo clavó en la ingle del azorado alemán. El neonazi gritó, se dobló en dos y cayó tambaleando contra sus colegas. Todavía sostenía el jarro de cerveza vacío, empuñándolo reflexivamente como si fuera una pata de conejo.

La multitud aulló y avanzó desafiante, amenazando con transformarse en turba. Herbert había visto esto antes, en las puertas de embajadas norteamericanas en el extranjero, y sabía que era algo aterrador y casi imposible de soportar. Era un microcosmos de civilización desenredándose, de humanos que regresaban al carnívoro territorialista. Intentó retroceder con su silla. Quería llegar a

una pared, proteger la retaguardia y poder batirse con estos filisteos como Sansón con una mandíbula de asno.

Pero mientras daba marcha atrás sintió un tirón en el respaldo de la silla de ruedas. El tirón lo hizo retroceder de golpe. —Aufenthalt! —gritó una voz ronca desde atrás.

Herbert miró a sus espaldas. Un huesudo oficial de policía, de unos cincuenta años, había dejado de dirigir el tránsito y corrido hacia él. Estaba de pie tras él, sosteniendo las asideras de su silla, respirando agitado. Sus ojos pardos eran fuertes, aunque el resto de su persona tenía un aspecto endeble.

La multitud empezó a gritarle cosas. El oficial de policía les respondió. Por el tono de las voces y las pocas palabras que Herbert pudo comprender, le estaban diciendo al oficial lo que Herbert había hecho y sugiriéndole que se ocupara de sus propios asuntos. Y él les estaba respondiendo que éstos eran sus propios asuntos: mantener el tránsito, y las calles, en orden.

La multitud gritaba y lo amenazaba.

Después de ese breve intercambio de palabras, el oficial le dijo en inglés a Herbert:

—¿Tiene auto?

Herbert respondió afirmativamente.

El oficial hizo retroceder la silla de ruedas. Herbert puso ambas manos sobre las ruedas para evitar que siguieran moviéndose. — ¿Por qué tendría que irme? —le preguntó—. ¡Soy la parte agraviada!

—Porque mi trabajo es mantener la paz —dijo el oficial—, y ésta es la única manera de lograrlo. Tenemos pocos efectivos, repartidos en los mítines de Bonn, Berlín y Hamburgo. Lo lamento, *me in Herr*, pero no tengo tiempo para atender el caso de un solo hombre. Voy a llevarlo a su automóvil para que pueda abandonar este sector de la ciudad.

—Pero esos bastardos me atacaron —dijo Herbert. Se dio cuenta de que aún tenía el palo de escoba en la mano y lo puso en su lugar antes de que el policía pensara en quitárselo—. ¿Qué pasaría si los denuncio a la Justicia, si los expongo a la opinión pública internacional?

—Perdería usted —dijo el oficial. Hizo girar la silla de Herbert para alejarlo de la multitud—. Ellos dicen que ese hombre le estaba ofreciendo ayuda para entrar al Beer-Hall y que usted lo golpeó...

—Sí, claro.

—Dicen que usted le hizo volcar la cerveza. Hasta querían que le pagara otro jarro.

—¿Y usted les cree?

—No importa si yo les creo o no —dijo el oficial de policía—. Cuando me acerqué, el hombre estaba lastimado y usted tenía un palo en la mano. Eso es lo que vi, y eso es lo que afirmaría en mi informe.

—Ya veo —dijo Herbert—. Usted vio a un hombre de mediana edad y en silla de ruedas enfrentando a doscientos jóvenes nazis llenos de salud, y llegó a la conclusión de que el malo era yo.

—En lo que concierne a la ley, lo que acaba de decir es correcto —dijo el oficial de policía.

Herbert escuchó esas palabras y comprendió el contexto en que eran pronunciadas. También las había oído en los Estados Unidos respecto de otros criminales, otros punks, pero igualmente no dejaban de sorprenderlo. Ambos sabían que esos bastardos estaban mintiendo, pero el grupo neonazi

siempre se saldría con la suya. Y mientras ningún funcionario del gobierno o de la policía quisiera arriesgar su propia seguridad, seguirían saliéndose con la suya.

Herbert halló cierto consuelo pensando que él también se saldría con la suya. El golpe que le había propinado a ese cerdo bien valía el baño de cerveza que acababa de tomar.

Mientras se alejaba en su silla de ruedas, Herbert oyó el caos de tránsito ocasionado por la ausencia del policía. Las bocinas hacían eco con el ruido de su alma, un ruido de rabia y determinación que lo colmaba. Se iba, pero estaba decidido a atrapar a esos terroristas. No lo haría aquí y ahora, sino en otro lugar y muy pronto.

Uno de los hombres se había separado de la multitud. Entró al Beer-Hall, recorrió la cocina, salió por la puerta trasera y subió a un bote de basura para trepar la cerca de estacas puntiagudas. Atravesó un callejón y salió a la calle donde estaban Herbert y el oficial de policía.

Ellos acababan de pasar rumbo a la calle lateral donde Herbert había estacionado su auto.

El joven los siguió. Como lugarteniente personal de Karin Doring había recibido instrucciones de vigilar a cualquiera que pareciera estar vigilándolos. Eso era algo que jamás pensarían hacer los que no estaban alineados en ninguna facción específica.

Se mantuvo a distancia prudencial y observó cómo el policía ayudaba a Herbert a entrar en su auto, cómo colocaba la silla de ruedas en la parte trasera y esperaba que Herbert se fuera.

El joven sacó una lapicera y un teléfono del bolsillo de su blazer.

Describió el número de patente y el modelo del auto de Herbert. Cuando el oficial de policía dio media vuelta para volver corriendo a su puesto, el joven también dio media vuelta y regresó al Beer — Hall.

Un momento después, una camioneta salió de un estacionamiento localizado a tres cuadras de Bob Herbert.

27

Jueves, 16.00 hs., Hamburgo, Alemania

—¿Cuál es el problema? —preguntó Hood acercándose a Stoll. Lang había palidecido y parecía incómodo mientras Stoll golpeaba locamente las teclas.

—Algo verdaderamente malo —dijo Stoll—. Te lo mostraré en un segundo... estaba manejando un programa de diagnóstico y trataba de imaginarme cómo había llegado aquí.

Hausen se detuvo cerca de Hood y preguntó: — ¿Cómo llegó qué cosa?

Stoll dijo:

—Ya lo verá. No estoy seguro de querer describirlo.

Hood comenzaba a sentirse como Alicia después de atravesar el espejo. Cada vez que se daba vuelta, las personas y los acontecimientos eran más y más curiosos.

—Estaba chequeando su depósito de memoria y encontré un archivo ingresado a las trece y doce de hoy —dijo Stoll.

—¿A las trece y doce? —dijo Hood—. A esa hora estábamos almorzando.

—Correcto.

—Pero no había nadie aquí, Herr Stoll —dijo Hausen—, excepto Reiner.

—Lo sé —dijo Stoll—. Y aprovecho para informarle que... ya se ha ido.

Hausen miró a Stoll, extrañado. — ¿Se ha ido?

—Se evaporó —dijo Stoll. Señaló el área de recepción—. En cuanto me senté aquí, él tomó su portafolios y su chaqueta de impecable corte italiano y se marchó presuroso. Desde entonces, su computadora ha estado respondiendo las llamadas telefónicas.

Los ojos de Hausen fueron de Stoll a la computadora. Su voz era llana cuando preguntó:

—¿Qué encontró usted?

—En primer lugar —dijo Stoll—, Reiner le dejó una cartita de amor que le mostraré en un minuto. Pero antes quiero que vea esto.

Los dedos de Stoll teclearon los comandos respectivos y la pantalla de diecisiete pulgadas viró del azul al negro. Unas extrañas franjas de color blanco la atravesaban horizontalmente. Tomaban la forma de alambre de púas y luego formaban las palabras “Campo de concentración”. Por último, las letras viraban al rojo y se transformaban en arroyos de sangre que cubrían por completo la pantalla.

Seguían imágenes introductorias. Primero aparecía la puerta principal de Auschwitz con la inscripción *Arbeit macht frei*.

—El trabajo libera —dijo Lang, que seguía tapándose la boca. Luego venía una sucesión de figuras claras y definidas, animadas por computación. Multitudes de hombres, mujeres y niños cruzaban el portón. Hombres con los uniformes a rayas del campo de concentración de cara a una pared mientras los guardias los azotaban con látigos. Hombres arrastrados del cabello. Un anillo de bodas entregado a un miembro de la Unidad de Muerte de la SS a cambio de zapatos. Reflectores que surcaban la oscuridad del amanecer desde las torres mientras un SS rugía: “Arbeits kommandos

austreten."

—Las fuerzas de trabajo han escapado —tradujo Lang. Ahora le temblaba la mano.

Prisioneros con picos y palas que pasaban a través del portón principal y se quitaban las gorras para honrar el lema. Guardias que los pateaban y empujaban, obligándolos a trabajar en un sector del camino.

Un grupo numeroso arrojaba las palas y corría en la oscuridad, y entonces comenzaba el juego. Un menú ofrecía al jugador una selección de idiomas. Stoll seleccionó el inglés.

Un guardia de la SS aparecía en primer plano y se dirigía al jugador. Su rostro era una fotografía animada de Hausen. Detrás de él había una bucólica escenografía de árboles, ríos y una ciudadela de ladrillos rojos.

—Veinticinco prisioneros han huido al bosque. Su trabajo es dividir sus fuerzas para poder encontrarlos y al mismo tiempo mantener la productividad del campo y continuar el procesamiento de los cuerpos de los infrahumanos.

Luego el juego saltaba entre vívidas escenas de guardias y perros controlados por el jugador que cazaba a los hombres en el bosque, y cadáveres apilados en el crematorio. Stoll le ordenó a la computadora que jugara sola, porque no podía tolerar la idea de colocar los cadáveres sobre las camillas de incineración.

—La carta —dijo Hausen mientras miraban el programa—. ¿Qué dice la carta de Reiner?

Stoll tecleó Ctrl, Alt y Delete y mató el juego. Luego volvió al menú principal para recuperar la carta de Reiner.

—El muchacho no es de hablar mucho, ¿no? —preguntó Stoll.

—No —respondió Hausen—. ¿Por qué lo pregunta?

Stoll dijo:

—Porque no tengo idea de lo que escribió, pero no era muy largo.

Apareció la carta y Lang se acercó a leerla. Tradujo para los norteamericanos.

—Herr Salvador —dijo—, espero que disfrute de este juego, mientras siga siendo un juego. Firmado: Reiner.

Hood observaba atentamente a Hausen. Se le endureció la espalda y se le torció la boca. Parecía estar a punto de llorar. —Cuatro años —dijo por fin Hausen—. Estuvimos juntos cuatro años. Peleamos por los derechos humanos en los diarios, la televisión, detrás de los micrófonos...

—Parece que hubiera estado a su lado sólo para espiarlo —dijo Hood.

Hausen se apartó de la computadora.

—No puedo creerlo —dijo con obstinación—. Comí con sus padres, en su casa. Me preguntó qué pensaba de su novia. No puede ser.

—Ésa es exactamente la clase de cosas que usan esas ratas para entrar en confianza —acotó Hood.

Hausen lo miró.

—¡Pero cuatro años! —exclamó—. ¿Por qué esperar hasta ahora?

—Los Días de Caos —intervino Lang. Su mano cayó abatida al costado de su cuerpo—. Fue su declaración perversa.

—Me sorprendería mucho que ése fuera el caso —dijo Hood. Lang le clavó la vista.

—¿Qué quiere decir?

—¿Acaso no es obvio?

—No —dijo Hood—. Este es un juego de calidad profesional.

Supongo que no es obra de Reiner. Lo puso aquí en nombre de alguien, alguien que ya no lo necesitaba al lado del señor Hausen.

Los tres hombres quedaron estupefactos cuando Hausen se tapó la cara con las manos y gimió.

—Dios, Dios —sollozó. Sus manos bajaron, se volvieron puños, puños que se agitaron furiosos a la altura de la cintura—. Reiner era parte del imperio, de ese imperio de electores del que hablaba.

Hood lo encaró decidido. — ¿Del que hablaba quién?

—Dominique —dijo Hausen—. Gerard Dominique.

—¿Quién es Dominique? —preguntó Lang—. No conozco ese nombre.

—No te hace falta —dijo Hausen. Sacudió la cabeza—. Dominique llamó para anunciar su regreso. Ahora me pregunto si alguna vez se fue en realidad. Me pregunto si no estuvo siempre allí, en la oscuridad, pudriéndose el alma mientras esperaba.

—Richard, por favor dímelo —imploró Lang—. ¿Quién es ese hombre?

—No es un hombre —replicó Hausen—, es Lucifer. El diablo. Sacudió la cabeza para clarificar sus pensamientos. —Caballero, lo lamento... no puedo hablar de esto ahora.

—Entonces no hable —dijo Hood, palmeándole el hombro. Miró a Stoll—. Matt, ¿puedes mandar ese juego al Centro de Operaciones?

Stoll asintió.

—Bien. Herr Hausen, ¿puede reconocer esa fotografía suya?

—No. Lo siento.

—Está bien —dijo Hood—. Matt, ¿tienes algo en tu arsenal para lidiar con esto?

Stoll sacudió la cabeza.

—Necesitamos un programa mucho más musculoso que mi MatchBook. Este diskette sólo sirve para encontrar imágenes específicas. Es como un buscador de palabras.

—Ya veo —dijo Hood.

—Tendré que ingresarla en nuestro archivo fotográfico y ver si podemos descubrir su proveniencia —le informó Stoll.

—Lo que se ve detrás de Herr Hausen también es una fotografía —dijo Hood.

—Muy clara —dijo Stoll—. Probablemente no es de una revista.

Puedo pedir que chequeen el Geologue en mi oficina a ver qué nos dice.

El Geologue era un estudio de relevo satelital detallado del mundo entero. A partir de él, las computadoras podían generar imágenes acre por acre de cualquier lugar del planeta y en cualquier ángulo. Les llevaría unos días, pero si la fotografía no había sido trucada, el Geologue les informaría dónde había sido tomada.

Hood le dijo a Stoll que procediera. Stoll llamó a su asistente Eddie Medina y le informó que iba a enviarle esas imágenes.

Hood apretó el hombro de Hausen.

—Vayamos a caminar un poco.

—No, gracias —dijo Hausen.

—Yo necesito tomar un poco de aire —dijo Hood—. Ha sido una mañana difícil... también para mí.

Hausen esbozó una débil sonrisa.

—Está bien —aceptó.

—Bueno. Matt... llámame al celular en cuanto tengas algo.

—Será lo que deba ser —dijo el imbatible tecnócrata.

—Herr Lang —dijo Hood—, Matt tal vez necesite un poco de ayuda con el idioma.

—Entiendo —dijo Lang—. Me quedaré con él. Hood sonrió complacido.

—Gracias. No tardaremos mucho.

Con la mano todavía apoyada sobre el hombro de Hausen, Hood atravesó con el alemán la zona de recepción rumbo al ascensor.

Hausen mentía, por supuesto. Hood ya tenía experiencia con tipos de su clase. Quería desesperadamente hablar de lo que lo perturbaba, pero su orgullo y su dignidad no se lo permitían.

Hood iba a agotar su resistencia. Era mucho más que una coincidencia que lo que acababa de suceder en ese despacho fuera similar a lo que había ocurrido esa mañana en la computadora de Billy Squires. Y si eso estaba sucediendo simultáneamente en dos continentes; el Centro de Operaciones tenía que saber por qué.

Y pronto.

28

Jueves, 10.02 hs., Washington D.C.

Después de su estimulante conversación con Brett August, la mañana pasó volando para Mike Rodgers. Eddie, el asistente de Matt Stoll, le informó sucintamente lo que estaba ocurriendo en Alemania y le dijo que había pedido ayuda a Bernard Ballon de Gendarmerie Nationale. Ballon estaba en misión contra los terroristas, los Nuevos Jacobinos, y aún no había devuelto la llamada.

A Rodgers lo preocupaba más que Herbert hubiera ido a investigar personalmente las actividades de los Días de Caos. No le preocupaba que fuera en silla de ruedas. Herbert no era un hombre indefenso. Rodgers estaba preocupado porque Herbert podía ser como un perro con un hueso. No le gustaba abandonar las cosas, particularmente los casos sin resolver. Y el Centro de Operaciones poco podía hacer para ayudarlo. A diferencia de lo que ocurría en los Estados Unidos —donde podían intervenir las comunicaciones a través del FBI, la CIA o las estaciones de policía—, era muy difícil mantener un importante sistema de vigilancia allende el mar. Los satélites podían concentrarse en teléfonos celulares individuales o incluso en pequeñas regiones, pero también recogían montones de basura. Eso era lo que había intentado explicarle antes a la senadora Fax. Sin gente en la escena, las operaciones quirúrgicas eran casi imposibles.

Herbert era una buena persona para entrar en escena. Una parte de Rodgers se preocupaba por lo que Herbert sería capaz de hacer sin la fuerza moderadora de Paul Hood... pero otra parte de él se excitaba ante la perspectiva de un Bob Herbert desatado. Si alguien podía triunfar poniendo su dinero en una HUMINT tullida, ése era Bob Herbert.

Liz Gordon llegó poco después de la llamada de Eddie. Informó al general sobre el estado mental del comando Striker. El mayor Shooter había llevado su encanto —"para ser más precisos", había dicho ella, "su falta de" —a Quántico y estaba manejando al escuadrón según los libros.

—Pero eso es bueno —dijo Liz—. El teniente coronel Squires tendía a mezclar las cosas. El reglamento de Shooter los ayudará a aceptar que ahora las cosas son diferentes. Están muy lastimados y muchos de ellos se auto castigan trabajando arduamente.

—¿Se auto castigan porque piensan que le fallaron a Charlie? —preguntó Rodgers.

—Eso, más la culpa. El síndrome del sobreviviente. Ellos están vivos y él no.

—¿Cómo los convence de que hicieron todo lo posible? —preguntó Rodgers.

—De ninguna manera. Necesitan tiempo y perspectiva. Es algo muy común en situaciones como ésta.

—Común —dijo Rodgers con tristeza—, pero totalmente nuevo para los que deben experimentarlo ahora.

—Así es —acordó Liz.

—Una pregunta práctica —dijo Rodgers—. ¿Están en condiciones de prestar servicio si los necesitamos?

Liz lo pensó un instante.

—Los observé trabajar un poco esta mañana. Ninguno de ellos estaba desconcentrado, y excepto por un exceso de energía rabiosa parecían estar bien. Pero debo investigar más. Lo que estaban haciendo esta mañana eran ejercicios habituales y repetitivos. No puedo garantizar cómo reaccionarían en la batalla.

—Liz —dijo Rodgers, ligeramente molesto—, ésa es exactamente la garantía que necesito.

—Lo siento —dijo ella—. La ironía es que... no temo que los Striker tengan miedo de actuar. Al contrario. Me preocupa que actúen de más, un clásico síndrome de contra reacción a la culpa. Serían capaces de arriesgarse para evitar que lastimen a otros, para asegurarse de que lo que ocurrió en Rusia no vuelva a ocurrir.

—Dios —dijo Rodgers—, ¿qué se supone que estoy dirigiendo, un jardín de infantes?

—En cierto sentido, eso es exactamente lo que está haciendo —dijo Liz, malhumorada—. No quiero ponerme pesada, pero en la vida adulta solemos reaccionar a las pérdidas o sufrimientos que padecimos en la infancia. Y eso es lo que sale a la superficie en momentos de estrés o sufrimiento, el niño solitario que hay en nosotros. ¿Mandaría a un niño de cinco años a Rusia, Mike? ¿O a Corea?

Rodgers se restregó los ojos con el dorso de las manos. Primero fueron las atenciones excesivas, y ahora estaba mintiendo y jugando jueguitos con su propia gente. Pero ella era la psicóloga del grupo, no él. Y Rodgers quería hacer lo mejor para su equipo, no lo mejor para Mike Rodgers. Pero francamente, si estuviera en sus manos le daría una paliza al niño de cinco años que no hiciera lo que se le mandaba, y el niño mejoraría. Pero esa clase de paternidad también había terminado con los años sesenta.

—Como diga, Liz —dijo Rodgers. Miró a McCaskey—. Dime algo reparador, Darrell.

McCaskey dijo:

—Bueno, los del FBI están muy contentos.

—¿Baltic Avenue? —preguntó Rodgers.

McCaskey asintió.

—Funcionó a la perfección. Atraparon al grupo Nación Pura y a su computadora. Tiene nombres, direcciones, un par de cuentas bancarias, listas de suscripción de extrema derecha, escondites de armas, y mucho más.

—¿Como qué? —preguntó Rodgers.

—La gran presa fueron sus planes de atacar un mitin de la Sociedad Chaka Zulú a celebrarse en Harlem la semana próxima. Diez hombres iban a tomar rehenes y exigir un Estado separado para los norteamericanos negros.

Liz resopló.

—¿Qué es lo que anda mal? —preguntó Rodgers.

—No les creo. Los grupos como Nación Pura no son activistas políticos. Son racistas rabiosos. No exigen Estados para las minorías. Las borran.

McCaskey dijo:

—El FBI es consciente de eso, y ellos piensan que Nación Pura esta intentando moderar su imagen para ganar aceptación entre los blancos.

—¿Tomando rehenes?

—Había un esquema de un comunicado de prensa en la computadora —prosiguió McCaskey.

Accedió a un archivo y leyó de la pantalla—. En una parte decía: “El setenta y ocho por ciento de la América blanca no quiere convivir con los negros. En vez de perturbar el mundo blanco con muertos de ambos sectores, apelamos a esa gran mayoría para peticionar a Washington que se haga eco de nuestra demanda de una nueva África. Un lugar donde los ciudadanos blancos no estén sujetos al ruido del rap, ni a un idioma ininteligible, ni a ropas de payaso, ni a retratos sacrílegos de un Jesús negro”.

McCaskey miró a Liz.

—Esto me parece bastante rabioso.

Liz se cruzó de piernas y sacudió el pie.

—No sé —dijo—. Hay algo que no cierra en todo esto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Rodgers.

Liz dijo:

—El odio es extremo por naturaleza. Es la intolerancia llevada al máximo. No busca un acuerdo con el objeto de su desprecio. El odio busca la destrucción de ese objeto. Ese comunicado de prensa es demasiado... justo, diría yo.

—¿Te parece justo exiliar a toda una raza? —preguntó McCaskey.

—No, claro que no —dijo ella—. Pero para los parámetros de Nación Pura eso es sumamente decente. Por eso no lo compro.

—Pero Liz —dijo McCaskey—, los grupos pueden cambiar, y de hecho cambian. Cambian los líderes, cambian las metas...

Ella sacudió la cabeza, obstinada.

—Solamente cambia el rostro público, y ésa es una alteración cosmética. Dales una soga para que cuelguen al objeto de su odio y verás lo que ocurre.

—Liz, estoy de acuerdo contigo. Pero algunos miembros de Nación Pura quieren ver muertos a los negros, y otros simplemente no quieren verlos cerca.

—Se cree que este grupo en particular es responsable de haber violado y linchado a una niña negra en 1994. Diría que quieren algo más que alejar a los negros de su vista.

McCaskey dijo:

—Pero hasta en los grupos de odio evolucionan las políticas.

Tal vez haya habido un cisma. Los grupos como ése siempre sufren resquebrajamientos y se dividen en facciones. No estamos tratando precisamente con la gente más estable del planeta.

—En eso te equivocas —dijo Liz—. Algunos de ellos son tan estables que aterran.

Rodgers dijo:

—Explíquese, por favor.

—Son capaces de acechar a una persona o a un grupo durante meses con una concentración de propósito que nos dejaría pasmados. Cuando estaba estudiando, tuvimos el caso de un custodia neonazi en una escuela pública de Connecticut. Había alambrado todos los pasillos, de ambos lados. Había colocado el alambre detrás de las molduras mientras fingía despegar chicles del suelo. Fue descubierto dos días antes de volar la escuela, y luego confesó que había colocado el alambre a razón de un metro por día.

—¿Cuantos metros tenían las paredes en total? —preguntó Rodgers.

—Ochocientos setenta y dos —respondió Liz.

Rodgers no había tomado partido durante el debate, pero siempre había creído en sobrestimar las fuerzas del enemigo. Y, tuviera razón o no, le gustaba la línea dura de Liz Gordon contra esos monstruos.

—Suponiendo que usted tenga razón, Liz —dijo Rodgers—. ¿Qué habría detrás de esto? ¿Por qué motivo escribiría Nación Pura un comunicado de prensa como ése?

—Para confundimos y burlarse de nosotros —dijo ella—. Al menos, eso me dice mi intuición.

—Sigámosle el rastro —ordenó Rodgers.

—De acuerdo. Establecieron una tienda en Christopher Street, una calle rotundamente poblada de negocios para homosexuales. Tomaron como blanco posible un grupo negro. Allí pensaban obtener rehenes. El FBI los descubre, hay un juicio público, y negros y homosexuales son ultrajados abiertamente.

—Y la atención se concentra en los grupos de odio —dijo McCaskey—. ¿Por qué demonios querrían eso?

Liz dijo:

—La atención se concentra en ese grupo de odio. McCaskey sacudió la cabeza.

—Conoces a los medios. Descubres una víbora y ellos van en busca del nido. Descubres un nido y ellos van en busca de más nidos.

—Está bien —dijo Liz—, tienes razón en eso. Entonces los medios nos muestran otros nidos. Nación Pura, la WHOA, la Fraternidad Aria Norteamericana. Vemos un desfile de psicópatas. ¿Qué pasa entonces?

—Entonces —dijo McCaskey—, el norteamericano medio se siente afrentado y el gobierno cae sobre los grupos de odio. Fin de la historia.

Liz sacudió la cabeza.

—No, no termina ahí. Mira, un ataque no acaba con estos grupos. Sobreviven, vuelven a los bajos fondos. Lo que es más, se realimentan. Históricamente, la opresión nutre a las fuerzas de la resistencia. Las consecuencias de este abortado ataque de Nación Pura —si ése fuera el caso, cosa que dudo— serían un aumento de la militancia negra, la militancia homosexual y la militancia judía. ¿Recuerdan la Liga de Defensa Judía "Nunca Más" y su eslogan de los años sesenta? Cada grupo adoptaría una forma parecida. Y cuando esta polarización expandida amenace la infraestructura, amenace a la comunidad, el norteamericano medio de raza blanca tendrá miedo. E irónicamente el gobierno no podrá ayudarlo porque no puede caer sobre las minorías. Si cae sobre los negros, los negros ponen el grito en el cielo. Lo mismo si cae sobre los homosexuales y los judíos. Si cae sobre todos ellos, habrá guerra.

Rodgers dijo:

—Entonces el norteamericano medio, normalmente una persona buena y justa, se siente atraído por los radicales. Nación Pura y WHOA y el resto de ellos empiezan a parecerle los salvadores de la nación.

—Exactamente —dijo Liz—. ¿Qué fue lo que dijo hace unos años el líder de la Milicia de Michigan? Algo así: "La dinámica natural de la venganza y la retribución tomará curso". Cuando se sepa lo que estaba planeando Nación Pura, eso es lo que sucederá aquí.

—Entonces Nación Pura tomará la posta —dijo Rodgers—. Serán perseguidos, arrestados, desbaratados, quedarán fuera de la ley. Serán los mártires de la causa blanca.

—Y les encantará —concluyó Liz.

McCaskey hizo una mueca.

—Esto es como una irreal "Casa que Jack construyó". Dijo casi cantando:

—Éstos son los supremacistas blancos que enviaron unos de sus grupos para ser atrapado y sacrificado, para alimentar la reacción de las minorías que aterran a los blancos, para crear un poderoso respaldo a otros grupos supremacistas blancos.

—Sacudió la cabeza vigorosamente—. Creo que ambos están atribuyendo demasiada premeditación a estos degenerados. Tenían un plan y se les vino abajo. Fin de la historia.

Sonó el teléfono de Rodgers.

—Tampoco estoy convencido de todo lo que Liz sugiere —le dijo a McCaskey—, pero vale la pena considerarlo.

—Piensen en todo el daño que podría hacer Nación Pura como señuelo —dijo Liz.

Rodgers sintió un escalofrío. De hecho, podían guiar al orgulloso y victorioso FBI en cualquier dirección... menos la correcta. Con los medios siguiéndoles cada paso, los del FBI ni siquiera podrían admitir que los habían engañado.

Atendió el teléfono.

—¿Sí?

Bob Herbert estaba al otro extremo de la línea.

—Bob —dijo Rodgers—. Alberto me informó de todo hace unos minutos. ¿Dónde estás?

Desde el otro extremo, Herbert dijo con calma:

—Estoy en un camino en medio de los valles alemanes y necesito algo.

—¿Qué?

Herbert replicó:

—Mucha ayuda, y ya mismo, o una brevísima plegaria.

29

Jueves, 16.11 hs., Hamburgo, Alemania

Hamburgo posee una luminosidad distintiva y muy seductora al atardecer.

El sol poniente despliega su luz sobre la superficie de los dos lagos, creando una incandescencia como la de mil fantasmas. A Paul Hood le parecía que alguien había encendido una brillante luz debajo de la ciudad. Más allá, los árboles del parque y los edificios laterales eran absolutamente iridiscentes contra el profundo azul del cielo.

El aire de Hamburgo también difiere del aire de otras ciudades.

Es una curiosa mezcla de naturaleza e industria. Tiene gusto a sal, traído del Mar del Norte por el río Elba; a combustible y a humo de 108 incontables barcos que cruzan el río; a las incontables plantas y árboles que proliferan en la ciudad. No es nocivo, pensó Hood, como en otras ciudades. Pero es distintivo.

La reflexión de Paul Hood acerca del medio ambiente de Hamburgo fue breve. Apenas salieron del edificio y se encaminaron al parque Hausen comenzó a hablar.

—¿Qué hizo que este día fuera tan extraño para usted? —preguntó Hausen.

Hood verdaderamente no quería hablar de sí mismo. Pero esperaba que, si lo hacía, la lengua de Hausen se aflojaría un poco. Dar y recibir, recibir y dar. Era un vals familiar para cualquiera que hubiera vivido y trabajado en Washington. Sólo que ésta era un poco más personal e importante que la mayoría de las otras danzas.

Hood dijo:

—Mientras Matt, Bob y yo estábamos esperándolo en el vestíbulo del hotel, creí ver... no, hubiera jurado que vi a una vieja conocida. Corrí tras ella como un poseído.

—¿Y era ella? —preguntó Hausen.

—No lo sé —dijo Hood. De sólo pensar en lo ocurrido volvía a exasperarse. Lo exasperaba pensar que jamás sabría si de verdad era Nancy, y lo exasperaba que esa mujer todavía lo tuviera atrapado. —Subió a un taxi antes de que pudiera alcanzarla. Pero por la manera de erguir la cabeza, por el aspecto y el movimiento del cabello... si no era Nancy, era su hija.

—¿Tiene una hija?

Hood se encogió de hombros pero no dijo nada. Cada vez que pensaba en Nancy Jo se enfurecía imaginando que bien podría tener un marido e hijos, que bien podría tener una vida lejos de él. ¿Entonces por qué demonios vuelves a rumiar ese asunto?, se preguntó. Porque quieres que Hausen hable, se respondió.

Hood inspiró profundamente y exhaló aliviado. Tenía las manos hundidas en los bolsillos y los ojos clavados en el pasto. Con desgano, su mente volvió a la ciudad de Los Ángeles casi veinte años atrás.

—Estaba enamorado de esa chica. Su nombre era Nancy Jo Bosworth. Nos habíamos conocido en la clase de computación, el último año de la secundaria. Era un ángel delicado y vivaz, con un

cabello como capas de alas doradas. —Sonrió ruborizado—. Es cursi, lo sé, pero no sabría describirlo de otra manera. Su cabello era suave y tupido y etéreo y sus ojos eran la vida misma. Yo le decía que era mi dama dorada y ella me decía que yo era su gran caballero plateado. Hombre, estaba loco por ella.

—Obviamente —dijo Hausen.

El alemán sonrió por primera vez. Hood se alegró de poder hablar; esto estaba matándolo.

—Nos comprometimos después de terminar la escuela —prosiguió Hood—. Le regalé un anillo de esmeraldas que elegimos juntos. Obtuve un puesto como asistente del alcalde de Los Ángeles y Nancy fue a trabajar para una empresa de videojuegos como diseñadora de software. En realidad volaba al norte, a Sunnyvale, dos veces por semana para que no estuviéramos separados tanto tiempo. Y entonces una noche, en abril de 1979 —para ser exacto el 21 de abril, una fecha que arranqué de todas mis agendas en los años siguientes—, estaba esperándola en la puerta de un cine y no apareció. La llamé a su departamento y no respondió nadie, entonces fui corriendo a ver qué pasaba. De hecho, conduje como un loco hasta llegar allí. Entonces usé mi llave, entré y encontré una nota.

Hood aminoró la marcha. Todavía podía oler el departamento.

Todavía podía sentir las lágrimas y la sensación de atragantamiento. Aún recordaba la canción que tocaban en el departamento vecino: Lo peor que podía suceder, por Brooklyn Bridge.

—La nota estaba escrita a mano, rápido. No con la lapicera de Nancy. Decía que debía irse lejos, que no volvería, y que yo no debía buscarla. Se había llevado un poco de ropa, pero todo lo demás seguía en su lugar de siempre: sus discos, sus libros, sus plantas, su álbum de fotos, su diploma. Todo. Oh, también se había llevado el anillo de compromiso. O tal vez lo había tirado a la basura.

—¿Nadie tenía idea de dónde podía haber ido? —preguntó Hausen, sorprendido.

—Nadie. Ni siquiera el FBI, que vino a preguntarme por ella a la mañana siguiente sin decirme lo que había hecho. No pude decirles mucho, pero esperaba que la encontraran. No me importaba lo que Nancy hubiera hecho, yo quería ayudarla. Pasé días y noches buscándola. Visité a nuestros viejos profesores, a sus amigos, hablé con sus compañeros de trabajo, todos estaban muy preocupados. Hasta llamé a su padre. Ellos casi no se veían, así que no me sorprendió que no supiera nada de ella. Finalmente, decidí que yo debía haber hecho algo mal. O eso, o ella había estado viendo a otro y se había fugado con él.

—Gott —dijo Hausen—. ¿Y nunca más supo de ella? Hood sacudió lentamente la cabeza.

—Nunca más supe de ella, ni ella me hizo saber —dijo él—. Hubiera querido, por curiosidad. Pero dejé de intentado porque era demasiado doloroso. Sin embargo, debo agradecerle una cosa. Me sumergí en el trabajo, hice muchos contactos importantes... en aquel momento no lo llamábamos red de relaciones. —Sonrió—. Y eventualmente competí y gané el cargo de alcalde. Fui el más joven en la historia de Los Ángeles.

Hausen miró el anillo de bodas de Hood.

—También se casó.

—Sí —respondió Hood. Miró el anillo de oro—. Me casé. Tengo una familia maravillosa, una buena vida.

Bajó la mano y rozó el bolsillo de la billetera. Pensó en las entradas cuya existencia ni siquiera

su esposa conocía.

—Pero todavía pienso en Nancy de vez en cuando, y probablemente sea mejor que no haya sido ella la del hotel.

—Pero no sabe si era ella —señaló Hausen.

—No, claro que no —admitió Hood.

—Y aunque lo fuera —dijo Hausen—, su Nancy pertenece a otra época. A un Paul Hood diferente. Si volviera a verla, creo que podría enfrentar convenientemente la situación.

—Tal vez —dijo Hood—, aunque no estoy tan seguro de que este Paul Hood sea diferente de aquél. Nancy estaba enamorada del niño que hay en mí, el niño aventurero en la vida y en el amor. El hecho de ser padre, alcalde y washingtoniano no cambia las cosas. Por dentro sigo siendo el niño que adora jugar al Risk y al que echan de una patada de las películas de Godzilla, el niño que todavía cree que Adam West es el único Batman y George Reeves el único Superman. En algún lugar dentro de mí sigo siendo el joven que se veía a sí mismo como un caballero y a Nancy como su dama. Honestamente, no sé cómo reaccionaría de estar frente a ella.

Hood volvió a poner las manos en los bolsillos. Volvió a sentir la billetera. Y se preguntó: ¿A quién crees que estás engañando? Sabía qua si volvía a ver a Nancy cara a cara... nuevamente caería a sus pies.

—De modo que... ésa es mi historia —dijo Hood. Su rostro abarcaba el horizonte, pero sus ojos miraban a la izquierda, a Hausen.

—Ahora es su turno —lo urgió—. ¿Esa llamada telefónica a su oficina tiene algo que ver con un amor perdido o con desapariciones misteriosas?

Hausen caminó dignamente en silencio durante unos minutos y luego dijo con solemnidad:

—Con desapariciones misteriosas... sí. Con un amor... no. Para nada.

Se detuvo y encaró a Hood. Soplaba una brisa suave que movía los cabellos del alemán y levantaba el cuello de su chaqueta.

—Herr Hood, confío en usted. La honestidad de su dolor, de sus sufrimientos... usted es un hombre compasivo y sincero. Así que... seré honesto con usted.

Hausen miró a derecha e izquierda, y luego bajó la vista.

—Probablemente sea una locura que le diga esto. Jamás se lo he confiado a nadie. Ni siquiera a mi hermana, ni a mis amigos.

—¿Los políticos tienen amigos? —preguntó Hood.

Hausen sonrió.

—Algunos sí. Yo sí. Pero no los cargaría con este asunto. Sin embargo, alguien debe saber que él ha regresado. Por si acaso me sucede algo.

Hausen miró a Hood. La agonía que invadía su mirada no se parecía a nada que Hood hubiera visto antes. Lo impactó profundamente y su propio dolor se evaporó a medida que su curiosidad se intensificaba.

—Hace veinticinco años —dijo Hausen—, yo estudiaba Ciencias Políticas en La Sorbona, en París. Mi mejor amigo era un compañero llamado Gerard Dupre. El padre de Gerard era un poderoso industrial, y Gerard era radical en sus opiniones políticas. Yo no sé si eran los inmigrantes que les quitaban trabajos a los obreros franceses o simplemente su propia naturaleza negra. Pero Dupre

odiaba a los norteamericanos y a los asiáticos, y aún más odiaba a los judíos, a los negros y a los católicos. Dios mío, el odio lo consumía.

Hausen se mordió los labios. Volvió a bajar la vista.

Para Hood era claro que este hombre taciturno estaba luchando tanto con el proceso de confesión como con el recuerdo de lo que había hecho, fuera lo que fuese.

Hausen tragó con dificultad y prosiguió.

—Una noche estábamos cenando en un café... en L'Exchange de la Rue Mouffetard sobre la orilla izquierda, muy cerca de la universidad. El café era barato, popular entre los estudiantes, y el aire siempre estaba denso por el olor del café fuerte y los ruidosos desacuerdos. Fue poco después de que empezara el año lectivo, esa noche a Gerard le molestaba todo. El mozo era lento, la bebida estaba caliente, la noche estaba helada, y los discursos selectos de Trotsky eran sólo los que daba en Rusia. Ni hablar de México, que para Gerard era una abominable omisión. Después de pagar la cuenta —siempre pagaba él porque era el único que tenía dinero— salimos a caminar a orillas del Sena.

—Estaba oscuro y encontramos a un par de estudiantes norteamericanas que acababan de llegar a París —prosiguió Hausen con dificultad—. Habían ido a tomar fotos en un sector remoto de la orilla, bajo un puente. El sol se había puesto y no sabían volver a su dormitorio, de modo que empecé a darles indicaciones. Pero Gerard nos interrumpió diciendo que creía que los norteamericanos lo sabían todo. Gritaba desaforadamente, estaba furioso con las dos chicas. Decía que los norteamericanos habían invadido países y que cómo era posible que estas dos no supieran dónde ir.

Hood sintió que se le endurecían las entrañas. Sabía cómo terminaría esta historia.

—Las chicas pensaron que bromeaba —prosiguió Hausen—, y una de ellas apoyó la mano sobre el brazo de Gerard para decide algo... no recuerdo qué. Pero Gerard le dijo que cómo se atrevía a hablarle y la empujó. Ella tropezó y cayó al agua. El río no era profundo en ese sector, pero por supuesto que la pobre chica no lo sabía. Gritó. Dios mío, cómo gritaba. Su amiga soltó la cámara y corrió a ayudarla, pero Gerard la retuvo. Le puso el codo alrededor del cuello y apretó. Ella jadeaba, la chica en el agua gritaba, y yo estaba paralizado. Nunca me había pasado algo así. Finalmente, corrí a ayudar a la chica del río. Había tragado agua y tosía. Luché para que se quedara quieta y comencé a llevarla hacia la orilla. A Gerard lo enfureció que yo tratara de ayudarlas y mientras gritaba apretaba con mucha fuerza a la chica...

Hausen dejó de hablar. La angustia de su mirada lo había invadido todo. Ahora tenía las mejillas pálidas y la boca apretada. Le temblaban las manos. Cerró los puños para detener el temblor.

Hood dio un paso hacia él.

—No tiene que seguir...

—Sí —insistió Hausen—. Ahora que Gerard ha regresado, la historia debe ser contada. Tal vez me toque caer, pero el debe caer conmigo.

Hausen se mordió los labios y se dio un minuto para recomponerse.

—Gerard arroja a la chica al suelo —prosiguió—. Estaba inconsciente. Luego corrió al río, se arrojó al agua y empujó a la otra chica hacia abajo. Traté de impedírselo, pero perdí pie y caí bajo el agua. Gerard la sostenía allí abajo —Hausen empujaba con las manos—, gritando que todas las norteamericanas eran unas putas. Cuando me levanté era demasiado tarde. La chica flotaba en el río,

y su cabello cobrizo flotaba tras ella como un manto. Gerard la dejó ir, salió del agua y arrastró a la otra chica hasta la orilla. Después de arrojarla al río, me ordenó que fuera con él. Yo estaba aturdido.

Titubeé en la oscuridad, recogí mis cosas y fui con él, Dios me perdone, sin siquiera saber si la chica que había ahorcado estaba muerta de verdad... me fui con él.

—¿Y nadie los vio? —preguntó Hood—. ¿Nadie escuchó y fue a ver qué estaba pasando?

—Tal vez oyeron algo, pero a nadie le importó. Los estudiantes vivían gritando cosas, o se asustaban de las ratas del río. Tal vez pensaron que las chicas estaban haciendo el amor a la orilla del Sena. Los gemidos... podría haberse tratado de algo así.

—¿Qué hizo usted cuando se fueron? —preguntó Hood.

—Fuimos a la finca del padre de Gerard al sur de Francia y nos quedamos allí varias semanas. Gerard me pidió que me quedara, que iniciara negocios con él. Yo le gustaba de verdad. Proveníamos de diferente extracción social, pero él respetaba mis puntos de vista. Fui el único que le dijo que era un hipócrita que vivía en el lujo y disfrutaba del dinero de su familia aunque decía admirar a Trotsky y Marx. Le gustó que lo desafiara. Pero yo no podía hacerlo. No podía quedarme con él. Así que... regresé a Alemania. Pero no pude encontrar la paz allí tampoco, así que...

Se detuvo y miró sus puños apretados que se sacudían violentamente. Hizo un esfuerzo por relajarlos.

—Así que fui a la Embajada francesa en Alemania —dijo Hausen—, y les conté lo que había ocurrido. Les dije todo. Dijeron que interrogarían a Gerard y les dije dónde podrían encontrarme. Estaba dispuesto a ir a la cárcel con tal de apaciguar mi conciencia.

—¿Y qué pasó entonces?

—La policía francesa —dijo Hausen amargamente— es diferente de otras fuerzas policiales. Les gusta considerar los casos, no resolverlos, particularmente cuando involucran a extranjeros. Para ellos, ésos eran asesinatos sin resolver y continuarían siéndolo.

—¿Alguna vez interrogaron a Gerard?

—No sé —dijo Hausen—. Pero aunque lo hubieran hecho... piénselo. La palabra del hijo de un billonario francés contra la de un pobre muchacho alemán.

—Pero Gerard tendría que haber explicado por qué abandonó las clases repentinamente...

Hausen dijo:

—Herr Hood, Gerard era la clase de hombre capaz de convencer a cualquiera, y que verdaderamente hubiera convencido a cualquiera, de que había abandonado las clases porque se habían omitido los discursos mexicanos de Trotsky en un texto.

—¿Y qué pasó con los padres de las chicas? No puedo creer que no hayan tomado cartas en el asunto.

—¿Y qué podían hacer? —preguntó Hausen—. Fueron a Francia y exigieron justicia. Peticionaron ante la Embajada francesa en Washington y la Embajada de los Estados Unidos en París. Ofrecieron recompensas. Pero los cadáveres de las chicas fueron regresados a Norteamérica, los franceses dieron la espalda a sus familias, y eso fue todo, más o menos.

—¿Más o menos?

Había lágrimas en los ojos de Hausen.

—Gerard me escribió varias semanas después. Dijo que volvería algún día a darme una lección sobre cobardía y traición.

—Aparte de eso, ¿jamás supo nada de él?

—Nada... hasta hoy cuando me llamó por teléfono. Volví a la escuela, aquí en Alemania, avergonzado y consumido por la culpa.

—Pero usted no había hecho nada —dijo Hood—. Usted intentó detener a Gerard.

—Mi crimen fue silenciado a partir de ese momento —dijo Hausen—. Como tantos que olieron a quemado en Auschwitz... no dije nada.

—Hay una diferencia de grado, ¿no le parece?

Hausen hizo un gesto negativo.

—Silencio es silencio —dijo—. Un asesino anda suelto por mi silencio. Ahora se hace llamar Gerard Dominique, y me ha amenazado, a mí y a mi hija de trece años.

—No sabía que tuviera hijos —dijo Hood—. ¿Dónde está ella?

—Vive con su madre en Berlín —respondió Hausen—. Haré que la vigilen, pero Gerard es tan elusivo como poderoso. Puede contactarse con gente que desaprueba mi trabajo. —Sacudió la cabeza —. Si esa noche hubiera gritado para llamar a la policía, si hubiera controlado a Gerard, no sé, si hubiera hecho algo, cualquier cosa, hubiera vivido en paz todos estos años. Pero no hice nada. Y no tuve otra manera de compensar mi silencio que combatir el odio que llevó a Gerard a asesinar a esas chicas.

Hood dijo:

—No se comunicó con Gerard, ¿pero escuchó hablar de él durante todos estos años?

—No —dijo Hausen—. Desapareció, igual que su Nancy. Había rumores de que trabajaba en los negocios de su padre, pero cuando el anciano murió Gerard cerró la fábrica de transportes aéreos que tantas ganancias había producido durante tantos años. Se rumoreaba que Gerard era el poder detrás de muchos equipos ejecutivos sin aparecer jamás en ninguno, pero no lo sé con seguridad.

Hood tenía otras preguntas para hacerle a ese hombre, preguntas sobre los negocios del viejo Dupre, sobre las identidades de las chicas, y sobre lo que podía hacer el Centro de Operaciones para ayudar a Hausen en lo que comenzaba a tomar la forma de un serio caso de chantaje. Pero una voz suave lo distrajo, llamándolo desde atrás.

—¡Paul!

Hood se dio vuelta y el brillo de Hamburgo pareció desvanecerse. Hausen y los árboles y la ciudad y los años desaparecieron de golpe cuando el ángel encantador, esbelto y alto caminó hacia él. Cuando volvió a encontrarse de pie frente a la puerta de un cine, esperando a Nancy.

Esperando a la chica que finalmente había llegado.

30

Jueves, 16.22 hs., Hannover, Alemania

Bob Herbert no había llamado a Mike Rodgers la primera vez que vio la camioneta blanca.

Había aparecido en su espejo retrovisor mientras atravesaba la ciudad tratando de idear un plan. Había prestado poca atención al vehículo mientras trataba de encontrar una manera de conseguir información sobre la chica raptada. Aunque el método de acercamiento directo había fracasado, seguía pensando que el soborno podía funcionar.

Cuando Herbert salió de la Herrenhaüser Strasse rumbo a una calle lateral y la camioneta hizo lo mismo, decidió echarle un vistazo. En la camioneta había rostros cubiertos con máscaras de esquí. Mirando el mapa y aumentando la velocidad, Herbert hizo unos cuantos giros rápidos para asegurarse de que lo seguían. Lo seguían. Alguien debía haberlo visto cuando se iba y enviado a los perros de caza tras él. Mientras la noche caía rápidamente sobre la ciudad de Hannover, Herbert telefoneó al Centro de Operaciones. Alberto lo comunicó de inmediato con Mike Rodgers.

Ahí fue cuando Herbert pidió ayuda rápida o una corta plegaria.

—¿Qué pasa? —preguntó Rodgers.

—Tuve un desencuentro con algunos neonazis en una cervecería —dijo Herbert—. Ahora me están siguiendo.

—¿Dónde estás?

—No estoy seguro —dijo Herbert. Miró en derredor—. Veo tilos, muchos jardines, un lago. —Pasó junto a un gran cartel luminoso—. Gracias, Dios mío. Estoy en un lugar llamado Welfengarten.

—Bob —dijo Rodgers—, Darrell está aquí. Tiene el número de la policía local. ¿Puedes tomar nota y llamarlos?

Herbert buscó una lapicera en el bolsillo de su chaqueta. La golpeó contra el tablero para que bajara la tinta.

—Adelante —dijo.

Pero antes de que pudiera escribirlo, la camioneta le rozó el guardabarros. El automóvil de Herbert se disparó violentamente hacia adelante y la tira del cinturón de seguridad se le clavó en el pecho. Herbert se desvió para evitar un auto que venía de frente.

—¡Mierda! —aulló. Enderezó el automóvil y apretó el acelerador—. Escucha, general, tengo problemas.

—¿Qué?

—Estos muchachos me están tirando la camioneta encima. Voy a detenerme antes de hacer crema a un peatón. Dile a la Landespolizei que estoy en un Mercedes blanco.

—¡No, Bob, no te detengas! —gritó Rodgers—. ¡Si te meten en la camioneta estamos perdidos!

—¡No quieren secuestrarme! —gritó Herbert a su vez—. ¡Quieren matarme!

La camioneta volvió a golpearlo en la parte trasera, a la izquierda. El lado derecho del Mercedes bajó a la banquina y Herbert estuvo a punto de atropellar a un hombre que paseaba su perro Terrier.

Herbert se las ingenió para volver a la ruta, aunque atropelló con el guardabarros un auto estacionado. La colisión desprendió el guardabarros, que comenzó a golpear ruidosamente contra el asfalto.

Herbert frenó. Temiendo que el cromo le pinchara las ruedas, Herbert dio marcha atrás para que el guardabarros terminara de desprenderse. Se aflojó con un lento gruñido y un fuerte chirrido, y luego cayó a la calle estruendosamente.

Herbert miró por el espejo retrovisor para volver a la ruta. La escena era irreal. Los peatones corrían y los automóviles pasaban a toda velocidad. Y antes de que pudiera regresar al ahora desordenado flujo del tránsito, la camioneta apareció a su lado, por la izquierda. La figura sentada en el lugar del conductor lo encaró. Sacó una ametralladora liviana por la ventanilla abierta y apuntó al Mercedes.

Luego disparó.

31

Jueves, 16.33 hs., Hamburgo, Alemania

Vestida con una falda negra corta y una chaqueta, con una blusa blanca y perlas, Nancy parecía haber salido de un espejismo. Brumosa, lenta, ondulante.

O tal vez Hood la viera así porque tenía los ojos llenos de lágrimas.

Parpadeó, sacudió la cabeza, cerró los puños, sintió un millar de emociones diferentes a cada paso de ella.

Eres tú. Ésa fue la primera.

Seguida por: ¿Por qué lo hiciste, maldita seas?

Y luego: Eres más espléndida de lo que recordaba...

Y: ¿Y qué haré con Sharon? Debería dejarla, pero no puedo. Por último: Vete. No necesito esto...

Pero sí lo necesitaba. Y a medida que se acercaba a él, la imagen de Nancy llenó sus ojos. Permitió que su corazón se colmara del viejo amor, que sus piernas ardieran con la antigua lujuria, que su mente se abriera a los preciosos recuerdos.

Hausen dijo:

—¿Herr Hood?

La voz de Hausen sonaba hueca y suave, como si proviniera de un agujero situado muy, muy lejos debajo de él.

—¿Se encuentra bien?

—No estoy seguro —respondió Hood. Su propia voz parecía salir de ese mismo agujero.

Hood no podía apartar los ojos de Nancy. No le hacía señas, no hablaba. No apartaba la vista y no detenía su andar reposado y sensual.

—Es Nancy —pudo decirle por fin a su compañero.

—¿Cómo lo encontró aquí? —se preguntó Hausen en voz alta.

La mujer llegó junto a ellos. Hood no podía imaginar cómo lo vería ella. Estaba impactado, boquiabierto, lloroso, y movía la cabeza de un lado a otro con extrema lentitud. Hood ya no era un caballero plateado para ella, de eso estaba seguro.

Había un vago aire de diversión en el rostro de Nancy —al lado derecho de su boca estaba ligeramente levantado—, pero rápidamente se transformó en esa amplia y devastadora sonrisa que él conocía tan bien.

—Hola —dijo ella suavemente.

La voz había madurado junto con el rostro. Había arrugas a los costados de los ojos azules, sobre su frente tan lisa en otros tiempos, sobre el labio superior... ese labio superior bellamente combado que descansaba sobre un labio inferior ligeramente carnoso. Pero esas arrugas no eran denigrantes. Al contrario. Hood las encontraba insoportablemente sexies. Decían que ella había vivido, amado, peleado, sobrevivido, y que todavía se mantenía vital e indomable y viva.

También parecía más ejercitada que nunca. Su cuerpo espigado parecía esculpido y Hood podía

imaginarla haciendo aerobics o natación. Logrando que el ejercicio transformara a su cuerpo exactamente en lo que ella quería. Nancy poseía esa clase de disciplina, esa clase de voluntad.

Obviamente, pensó como un ramalazo de amargura. Pudo arreglárselas sin mí.

Nancy ya no usaba el lápiz labial rojo cereza que él recordaba tan bien. Ahora llevaba un color melón más reposado. También usaba un poco de sombra para ojos color azul cielo —eso era completamente nuevo— y pequeños pendientes de diamante. Luchó para no estrecharla entre sus brazos, para no abrazarla desde las mejillas a los muslos.

Eligió decir: "Hola, Nancy". Resultaba un poco inadecuado después de tantos años, aunque era mejor que los epítetos y acusaciones que le venían a la mente. Y como todo mártir del amor, saboreó el minimalismo santo de ese martirio.

Nancy miró a Hausen y le ofreció su mano.

—Nancy Jo Bosworth —se presentó.

—Richard Hausen —dijo él.

—Lo sé —respondió ella—. Lo reconocí.

Hood no escuchó el resto de la conversación. Nancy Jo Bosworth, repitió. Nancy era la clase de mujer que hubiera usado el apellido del marido. Entonces no está casada. Hood sintió que su alma empezaba a brillar de alegría, y a arder de culpa. Se dijo:

Pero tú si.

Hood giró la cabeza en dirección a Hausen. Era consciente de la violencia del movimiento. De otro modo, hubiera sido imposible dejar de mirar a Nancy Jo. Hood pudo ver una mirada de compasión bordeando la tristeza en los ojos de Hausen. No por él sino por Hood, y apreció la empatía. Si Hood no era cuidadoso aquí, arruinaría muchas vidas.

—Me pregunto si será posible que me espere tan sólo un minuto —le dijo a Hausen.

—Por cierto —dijo Hausen—. Lo veré luego en mi despacho. Hood asintió.

—Sobre lo que me decía hace un momento —dijo—, ya hablaremos más. Puedo ayudar al respecto.

—Gracias —dijo el alemán. Luego de hacer una cortés inclinación de cabeza a la dama, se alejó caminando tranquilamente.

Hood clavó los ojos en Nancy. No sabía qué vería ella en sus ojos, pero lo que él vio en los de ella fue mortal. La suavidad y el deseo seguían allí, y todavía eran una combinación electrizante y casi irresistible.

—Lo siento —dijo ella.

—Está bien —dijo Hood—. Prácticamente habíamos terminado nuestra conversación.

La mujer sonrió.

—No es eso lo que lamento —dijo.

Hood se ruborizó desde el cuello a las mejillas. Se sentía un imbécil.

Nancy le tocó la mejilla.

—Hubo una razón para que me fuera como me fui —dijo.

—Estoy seguro de que la hubo —dijo Hood, recuperándose a medias—. Siempre tenías razones para todo lo que hacías.

Colocó su mano sobre la de Nancy y la apartó de su cara.

—¿Cómo me encontraste? —le preguntó.

—Tuve que llevar unos papeles de vuelta al hotel —dijo ella—. El portero me dijo que un tal "Paul" había estado buscándome, Y que estaba con el ministro del Exterior Hausen. Llamé al despacho de Hausen y vine inmediatamente.

—¿Por qué? —preguntó Hood.

Ella rió.

—Dios mío, Paul, hay una docena de buenas razones. Para verte, disculparme, explicar... pero más que nada para verte. Te extrañé terriblemente. Seguí tu carrera en Los Ángeles lo mejor que pude. Estaba muy orgullosa de lo que habías hecho.

—Me sentía estimulado —dijo Hood.

—Pude notarlo y me resultó gracioso. Nunca pensé que fueras ambicioso de esa manera.

—No me estimulaba la ambición —dijo él—, sino la desesperación. Me mantuve ocupado para no transformarme en Heathcliff, sentado en las Cumbres Borrascosas Y esperando la muerte. Eso es lo que hiciste conmigo, Nancy. Me dejaste tan enfermo y confundido que todo lo que quería era encontrarte y hacer que las cosas volvieran a funcionar bien. Te quería tanto que si te hubieras fugado con otro hombre... lo habría envidiado, no odiado.

—No fue otro hombre —dijo ella.

—No importa. ¿Puedes comenzar a entender ese nivel de frustración?

Ahora fue Nancy quien se ruborizó ligeramente.

—Sí —dijo por fin—, porque yo también lo sentí. Pero estaba en un problema terrible. Si me hubiera quedado, o si te hubiera dicho adónde iba...

—¿Qué? —exigió Hood—. ¿Qué hubiera ocurrido? ¿Qué podía ser peor que lo que de verdad ocurrió?

Se le quebró la voz y tuvo que luchar para contener los sollozos.

Intentó apartarse para que ella no lo viera.

—Lo siento —dijo Nancy, conmovida.

Se acercó a él y volvió a acariciarle la mejilla. Esta vez él no le quitó la mano.

—Paul, robé los originales de un nuevo chip que mi empresa iba a fabricar y los vendí a una empresa de ultramar. A cambio de los originales recibí una tonelada de dinero. Nos hubiéramos casado, hubiéramos sido ricos y tú hubieras llegado a ser un gran político.

—¿Acaso crees que era eso lo que yo deseaba? —preguntó Hood—. ¿Triunfar a costa del esfuerzo ajeno?

Nancy hizo un gesto negativo.

—Tú nunca te hubieras enterado. Quería que pudieras hacer tu carrera sin preocuparte por el dinero. Sentía que tú eras capaz de hacer grandes cosas, Paul, si no tenías que preocuparte por grupos de interés especiales y respaldos de campaña. Quiero decir que hubieras podido evitarte esas molestias, Paul.

—No puedo creer que hicieras eso.

—Lo sé. Y por eso no te lo dije. Y después todo anduvo mal, y por razones que no podía confesarte. Además de perderte, no quería tu desprecio.

Nancy prosiguió con dificultad:

—En aquella época podías ser muy intolerante en tus juicios cuando se trataba de asuntos ilegales. Aunque fueran pequeñeces. ¿Recuerdas cómo te enojaste cuando conseguí ese permiso para estacionar fuera del Cinerama Dome cuando vimos Rollerball? ¿El permiso que me advertiste que no consiguiera?

—Lo recuerdo —dijo Hood.

Por supuesto que lo recuerdo, Nancy. Recuerdo absolutamente todo lo que hicimos juntos...

Ella bajó la mano y apartó la vista.

—De todos modos, pude enterarme a tiempo. Una amiga... te acuerdas de Jess.

Hood asintió. Todavía podía ver las perlas que ella siempre usaba, oler su Chanel, como si estuviera muy junto a él.

—Jess estaba haciendo horas extras —dijo Nancy—, y cuando me estaba alistando para encontrarme contigo en el cine me llamó para decirme que dos agentes del FBI habían estado en la empresa. Dijo que los hombres vendrían a interrogarme esa misma noche. Sólo tuve tiempo de tomar mi pasaporte algo de ropa y mi Bank-Americard, escribirte esa nota breve y salir como loca de mi departamento. —Bajó la vista—. Del país.

—Y de mi vida —dijo Hood. Apretó los labios con fuerza. No estaba seguro de querer saber más. Cada palabra lo hacía sufrir, torturándolo con las esperanzas perdidas de un joven enamorado de veinte años.

—Dije que hubo otra razón para que no me comunicara contigo —dijo Nancy, levantando la vista —. Supuse que te interrogarían y vigilarían, o que intervendrían tu línea telefónica. Si te hubiera llamado o escrito, el FBI me hubiera encontrado.

—Es cierto —dijo Hood—. El FBI vino a mi departamento. Me interrogaron, sin decirme lo que habías hecho, y yo acepté avisarles si llegaba a saber algo de ti.

—¿Eso hiciste? —Nancy parecía sorprendida—. ¿Me hubieras entregado?

—Sí —respondió Hood—. Pero jamás te hubiera abandonado.

—No hubieras tenido opción —dijo ella—. Hubiera habido un juicio, me hubieran mandado a la cárcel...

—Es verdad. Pero yo te habría esperado.

—¿Veinte años?

—El tiempo que hubiera sido necesario —dijo Hood—. Pero supongo que no tantos años. Un caso de espionaje industrial cometido por una joven enamorada... hubieras apelado y salido libre en apenas cinco años.

—Cinco años —dijo ella—. ¿Y tú te habrías casado con una criminal?

—No. Contigo.

—De acuerdo, con una ex convicta. Nadie hubiera confiado en mí —ni en ti— para nada. Nadie nos hubiera confiado jamás un secreto. Tus sueños de una vida en la política habrían terminado.

—¿Y qué? —estalló Hood—. En cambio, sentí que mi vida entera había terminado.

Nancy dejó de hablar. Volvió a sonreír.

—Pobre Paul —dijo—. Todo eso es muy romántico y un poquito teatral, una de las cosas que más amaba en ti. Pero la verdad es que tu vida no terminó cuando me fui. Encontraste otra persona, una mujer encantadora. Te casaste. Tuviste hijos, tal como deseabas. Te estableciste. Te asentaste.

Me liquidé, pensó él sin poder detenerse. Se odió por haber sentido eso y en silencio pidió disculpas a Sharon.

—¿Qué hiciste tú después de irte? —preguntó Hood, ansioso por hablar en vez de pensar.

—Me trasladé a París —dijo Nancy—, y traté de conseguir trabajo diseñando software para computación. Pero no tenía mucho que hacer allá. Todavía no había suficiente mercado y tenían en marcha un sistema realmente proteccionista que impedía que los norteamericanos ocuparan puestos en Francia. Así que después de gastar todo lo que me habían pagado —vivir en París es costoso, especialmente si tienes que sobornar funcionarios porque no puedes obtener una visa y exponer tu nombre ante la Embajada de los Estados Unidos—, me mudé a Toulouse y comencé a trabajar para la empresa.

—¿La empresa?

—La empresa a la que le había vendido los secretos —dijo ella—. No quiero decirte el nombre porque no quiero ninguno de tus embates de caballero blanco. Y sabes que lo harías.

Nancy tenía razón. Hubiera regresado a Washington y encontrado doce maneras diferentes de que el gobierno norteamericano cayera sobre ellos.

—Lo menos gracioso —prosiguió Nancy— fue que siempre sospeché que el tipo al que le había vendido esos originales me había delatado al FBI para obligarme a huir y trabajar para él. No porque yo fuera muy brillante, imagínate —robé mi mejor idea, ¿no?—, sino porque sentía que si yo dependía de él jamás lo traicionaría. Yo no quería trabajar para él porque me avergonzaba de lo que había hecho, pero a la vez necesitaba trabajar.

Sonrió con expresión desdichada.

—Para colmo, siempre fracasé en el amor porque comparaba a todos los hombres contigo.

—Ja —dijo él—, no sabes lo bien que me hace sentir eso.

—No —dijo Nancy—, no seas así. Todavía te amaba. Compraba Los Ángeles Times en un puesto de diarios internacional sólo para mantenerme al tanto de tus actividades. Y muchas, muchísimas veces quise llamarte o escribirte. Pero pensé que era mejor no hacerlo.

—¿Entonces por qué decidiste verme ahora? —preguntó Hood.

Estaba sufriendo otra vez, oscilaba entre el extremo dolor y la tristeza—. ¿Acaso pensaste que hoy dolería un poco menos?

—No pude contenerme —admitió ella—. Cuando supe que estabas en Hamburgo, tuve que verte. Y supongo que tú también querías verme.

—Sí —dijo él—, corrí tras tus pasos en el vestíbulo del hotel.

Quería verte. Necesitaba verte. —Sacudió la cabeza. Dios santo, Nancy. Todavía no puedo creer que eres tú.

—Soy yo —dijo ella.

Hood miró esos ojos con los que había compartido tantos días y noches. El impulso era extraordinario y terrible a la vez, un sueño y una pesadilla. Pero apenas tenía fuerzas para resistirlo.

La fresca brisa del crepúsculo heló la transpiración que cubría la espalda y las piernas de Hood. Quería odiarla. Quería apartarse de ella. Pero más que nada quería volver el tiempo atrás e impedirle que se fuera.

Hood retrocedió un paso. La electricidad se quebró.

—No puedo hacer esto —dijo.

Nancy dijo:

—¿No puedes hacer qué? ¿Ser sincero? —Lo aguijoneó ligeramente, como bien sabía hacerlo—. ¿Qué te hizo la política?

—Sabes a qué me refiero, Nancy. No puedo quedarme aquí contigo.

—¿Ni siquiera una hora? ¿Para tomar café y charlar un poco?

—No —respondió Hood firmemente—. Éste es mi punto final.

Ella sonrió burlona.

—Esto no es un punto final; Paul. Es cualquier cosa menos eso. Tenía razón. Sus ojos, su ingenio, su andar, su presencia, su... todo había infundido nueva vida en algo que jamás había muerto. Hood quería aullar.

Se acercó a ella. Él miraba hacia el norte y ella hacia el sur.

—Dios santo, Nancy, no voy a sentirme culpable por esto. Tú escapaste de mí. Te fuiste sin dar explicaciones y yo conocí a otra mujer. Una mujer que se entregó a mí por completo, que me confió su vida y su corazón. No voy a hacer nada que ensucie eso.

—No te pedí que lo hicieras —dijo Nancy—. Un café no es una traición.

—No es el café, es la manera en que acostumbrábamos beberlo —dijo Hood.

Nancy sonrió. Bajó los ojos.

—Comprendo. Lo lamento, lamento todo, lo lamento más de lo que puedo decir, y estoy triste. Pero comprendo. —Miró a Hood—. Me hospedo en el Ambassador y estaré aquí hasta esta noche. Si cambias de opinión, déjame un mensaje.

—No cambiaré de opinión —dijo Hood. La miró—. Por mucho que lo desee.

Nancy le acarició la mano. Volvió a sentir la descarga.

—Así que la política no te ha corrompido —dijo ella—. No me sorprende. Sólo me desilusiona un poco.

—Pronto lo superarás —dijo Hood—. Después de todo, pudiste olvidarme.

La expresión de Nancy cambió. Por primera vez Hood vio la tristeza que su sonrisa ocultaba y la nostalgia y el anhelo en sus ojos.

—¿Eso piensas? —le preguntó.

—Sí. De otro modo no hubieras podido estar lejos de mí.

Ella dijo:

—Los hombres realmente no saben nada de amor, ¿no? Ni siquiera en mi mejor día, con el pretendiente más cercano al trono de Paul Hood, pude encontrar a alguien tan brillante ni tan compasivo ni tan dulce como tú.

Se acercó más y lo besó en el hombro.

—Lamento haberte perturbado volviendo a tu vida, pero quería que supieras que nunca te olvidé, Paul, y que jamás te olvidaré.

Nancy no se dio vuelta para mirarlo cuando se alejaba caminando por el parque. Pero él la miró incansablemente. Y una vez más Paul Hood se quedaba solo con dos entradas de cine en la billetera, sufriendo la ausencia de la mujer que amaba.

32

Jueves, 16.35 hs., Hannover, Alemania

Apenas vio el arma, Bob Herbert dio marcha atrás a toda velocidad. La brusquedad de la maniobra lo arrojó violentamente contra el cinturón de seguridad y gritó cuando la tira de cuero se le clavó en el pecho. Pero las balas le erraron al asiento del conductor, agujereando la tapa del motor y el guardabarros mientras el Mercedes escapaba velozmente. Herbert prosiguió la marcha, aun después de chocar contra un semáforo y hacer un trompo que casi lo obligó a salirse del camino. Los automóviles debían frenar bruscamente o desviarse para evitar un nuevo choque. Los conductores gritaban y tocaban bocina incansablemente.

Herbert los ignoraba. En cuanto se recompuso miró al frente y vio que el hombre que viajaba en el asiento delantero de la camioneta se asomaba por la ventanilla, apuntándole.

—¡Los hijos de puta no se rinden! —aulló Herbert. Lentamente, porque tenía que hacer todo a mano, Herbert aceleró y giró a la izquierda. Luego se aferró fuertemente al volante con la mano izquierda. A toda velocidad cubrió la corta distancia que lo separaba de la camioneta. Arremetió contra el guardabarros de la camioneta. El metal se retorció y chirrió con el choque, la camioneta fue arrojada hacia adelante y Herbert lanzó su Mercedes a la calle. Manteniendo la alta velocidad, pasó raudamente al lado del conductor de la camioneta y siguió su rumbo.

Ahora el tránsito se había detenido tras ellos y los peatones corrían en todas direcciones.

Herbert se acordó del teléfono celular. Lo levantó.

—¿Mike, todavía estás ahí?

—Dios santo, ¿no me oías gritar?

—No. Dios mío, ¡ahora me persiguen dos continentes!

—Bob, qué demonios...

Herbert no pudo escuchar el resto. Arrojó el teléfono a un lado y maldijo al ver que un ómnibus daba vuelta a la esquina justo frente a él. Aceleró y logró pasar al ómnibus, que quedó entre la camioneta y su Mercedes. Sólo esperaba que el francotirador no le disparara al ómnibus por frustración y malicia consumada.

Herbert recuperó el teléfono.

—Lo siento, general, no pude escuchar la última frase.

—Dije que qué demonios está pasando.

—Mike, ¡hay unos locos armados hasta los dientes que decidieron que debemos correr nuestro Grand Prix privado en Hannover!

—¿Sabes dónde estás? —preguntó Rodgers.

Herbert vio por el espejo retrovisor que la camioneta se adelantaba al ómnibus.

—Un momento —le dijo a Rodgers.

Apoyó el teléfono en el asiento del pasajero y puso ambas manos sobre el volante. La camioneta lo seguía a toda velocidad. Herbert tenía la vista clavada en el camino. Hannover se volvió borrosa a

medida que la atravesaba velozmente rumbo a Lange Lube, daba unas pocas vueltas rápidas y llegaba a Goethe Strasse. Afortunadamente el tránsito era más liviano que lo habitual a esa hora porque la gente se había ido de la ciudad durante los Días de Caos.

Herbert oyó la lejana voz de Mike Rodgers.

—¡Mierda! —dijo, levantando nuevamente el teléfono y acelerando—. Lo siento, Mike, aquí estoy.

—¿Dónde estás exactamente? —preguntó Rodgers.

—No tengo la menor idea.

—¿Ves algún letrero? interrumpió Rodgers.

—No —dijo Herbert—. Espera, sí. —Clavó los ojos en el nombre de una calle sin disminuir la velocidad—. Georg Strasse. Estoy en Georg Strasse.

—Un momento —dijo Rodgers—. Estudiaremos el mapa de la computadora.

—Esperaré —dijo Herbert—. Amigo, no tengo adónde ir.

La camioneta irrumpió en Georg Strasse, chocó contra un auto al hacerlo, y luego aceleró. Herbert no sabía si esos delincuentes tenían alguna clase de inmunidad legal, si carecían de cerebro, o si eran sólo un montón de locos sueltos... porque obviamente no estaban dispuestos a abandonar la cacería. Supuso que estaban molestos porque él era un norteamericano y, por si eso fuera poco, un hombre discapacitado... que les había hecho frente. Ese tipo de comportamiento era sencillamente intolerable.

Y desde luego, pensó, no hay un solo policía a la vista.

Pero tal como le había dicho el oficial en el Beer-Hall, la mayoría de la Landespolizei estaba ocupada vigilando otros lugares de reunión y otros acontecimientos. Además, nadie hubiera esperado una cacería automovilística en el medio mismo de la ciudad.

Rodgers volvió a hablar.

—Bob... allí estás bien ubicado. Sigue por Georg Strasse y continúa al este si puedes. Es el camino directo a Rathenau Strasse que corre al sur. Trataremos de conseguir ayuda allí...

—¡Mierda! —volvió a gritar Herbert, y largó el teléfono.

La camioneta se acercó y el tirador sacó el cuerpo por la ventanilla y abrió fuego hacia abajo, apuntando a las ruedas. Herbert no tenía otra opción que dirigirse a la ruta más próxima y menos obstruida, la ruta que llevaba al centro de la ciudad. Rápidamente se puso fuera del alcance de las balas.

El automóvil se salió del carril al acelerar bruscamente. De pronto, su vuelo se detuvo y su orientación tambaleó al caer estrepitosamente en un pozo. Hizo medio giro hacia la camioneta que se acercaba, clavó los frenos y giró por completo. La camioneta pasó rauda a su lado mientras Herbert estaba detenido cara al oeste, en sentido inverso al que había venido.

La camioneta se detuvo con un chirrido de frenos a unos cincuenta metros de él.

Herbert volvió a la ruta. Tomó el teléfono y apretó el acelerador manual.

—Mike —dijo por fin—, ahora vamos en la dirección contraria.

De vuelta por Georg rumbo a Lange Laube.

—Entendido —dijo Rodgers—. Darrell también está en el teléfono. Trata de mantener la calma y nosotros trataremos de conseguir ayuda.

—Estoy tranquilo —dijo Herbert, mirando por el espejo retrovisor la camioneta rugiente y decidida a atraparlo—. Sólo asegúrate de que no termine muerto —agregó.

Con la vista clavada en el retrovisor, observó que el hombre recargaba el arma. No iban a rendirse, y tarde o temprano a él se le acabaría la suerte. Mirando por el espejo vio la silla de ruedas y decidió colocarse justo frente a la camioneta, apretar el botón que activaba la plataforma y arrojar su silla de ruedas bajo las ruedas de la camioneta. Tal vez no lograría detenerlos, pero con seguridad les causaría algunos inconvenientes. Y, si sobrevivía, le divertiría llenar el pedido para una nueva silla.

Razón de la pérdida, pensó en el formulario L-5. Arrojada de un automóvil en marcha para detener neonazis asesinos.

Herbert aminoró la marcha, dejó que la camioneta se acercara y apretó con decisión el botón del tablero.

La puerta trasera permaneció incontestablemente cerrada mientras una cantarina voz femenina le informaba: Lo siento. La plataforma no funciona con el vehículo en movimiento.

Herbert estrelló la mano contra el acelerador. Observaba la camioneta por el espejo retrovisor y trataba de mantenerse en el centro exacto y frente a ellos para que el tirador no tuviera muchas opciones desde la ventanilla lateral.

Entonces vio que el tirador apoyaba el pie contra el parabrisas y lo empujaba hacia afuera. El vidrio se desprendió como una placa fluida y luego estalló en fragmentos incontables y dispersos al golpear contra el asfalto.

El hombre sacó la ametralladora por el hueco y apuntó al auto.

Luchaba para mantener el arma firme ante los embates del viento.

Era una visión pesadillesca, un malhechor apuntando su arma desde una camioneta.

Herbert sólo tenía un instante para actuar. Estrelló la mano contra el freno, el auto se detuvo bruscamente y la camioneta lo chocó con fuerza. Su tronco onduló como una cinta pero, a pesar del impacto, vio cómo el tirador era arrojado hacia adelante. El hombre quedó con la cintura afuera de la ventanilla. El arma voló de sus manos hacia la tapa del motor y cayó a un costado. El conductor también fue arrojado hacia adelante y su pecho golpeó violentamente contra el volante. Perdió el control de la camioneta, aunque el vehículo se detuvo cuando su pie se deslizó del acelerador.

La única herida de Herbert era otro arañazo desagradable en el pecho, infligido por el cinturón de seguridad.

Hubo un momento de silencio total, quebrado por las bocinas lejanas de los automóviles y por la gente que se acercaba cautelosamente, gritando a otros que buscaran ayuda.

Como no estaba seguro de haber dejado fuera de combate a los ocupantes de la camioneta, Herbert apretó el acelerador manual para huir. El automóvil no se movió. Sintió el esfuerzo de las ruedas, pero también sintió el tirón de los dos paragolpes enganchados.

Se quedó quieto un instante, y por primera vez percibió la loca carrera de su corazón. Se preguntó si lograría salir de allí con su silla de ruedas.

Súbitamente, la camioneta volvió a la vida. Herbert sintió un violento tirón y miró por el espejo retrovisor. Un nuevo conductor había tomado el lugar del anterior, poniendo marcha atrás. Avanzaba, retrocedía y volvía a avanzar.

Intenta desprenderse de mí, pensó Herbert, hasta que los vehículos se desengancharon.

Sin detenerse, la camioneta siguió dando marcha atrás. Aceleró, dio la vuelta a una esquina y desapareció.

Herbert permaneció sentado, aferrando el volante con ambas manos y tratando de tomar una decisión. En la distancia, oyó la sirena que había ahuyentado a los neonazis. Era una de esas sirenas estridentes que hacían que los Opel de la policía sonaran como los Buick. La gente comenzó a acercarse a la ventanilla del Mercedes. Le hablaban a Herbert en alemán, suavemente.

—Danke —dijo él—. Gracias. Estoy bien. Gesund. Sano y salvo.

¿Sano y salvo?, pensó. Supuso que la policía vendría a interrogarlo. La policía alemana no era célebre por su cordialidad. En el mejor de los casos, lo tratarían con objetividad. En el peor...

En el peor de los casos, pensó Herbert, en la estaci6n de policía habrá un par de simpatizantes neonazis. Peor aún: me encerrarán en un calabozo. Peor aún: alguien se acercará a mí en mitad de la noche con un cuchillo o un pedazo de alambre de acero.

—Trágate esa —dijo. Volvió a agradecer a los curiosos y cortésmente los instó a salirse del camino. Rápidamente cambió la velocidad, levantó el teléfono y salió a toda marcha detrás de la camioneta.

33

Jueves, 11.00 hs., Washington D.C.

Lo habían apodado Kraken por el fabuloso monstruo marino de innumerables tentáculos. Y lo había instalado Matt Dillon cuando fue contratado como uno de los primeros empleados del Centro de Operaciones.

El Kraken era un poderoso sistema de computación vinculado con bases de datos de todo el mundo. Los recursos y la información iban desde bibliotecas fotográficas hasta los archivos de huellas digitales del FBI, desde libros de la Biblioteca del Congreso hasta periódicos de las morgues de todas las ciudades importantes de Estados Unidos, desde precios mayoristas a horarios de trenes y aviones, desde guías telefónicas de todo el mundo hasta número y despliegue de tropas y efectivos policiales en la mayoría de las ciudades norteamericanas y extranjeras.

Pero Stoll y su pequeño equipo habían diseñado un sistema que no sólo accedía a la información sino que la analizaba. Un programa de identificación escrito por Stoll permitía que los investigadores aislaran la nariz o la boca en el rostro de un terrorista y las encontraran si llegaban a aparecer en archivos de diarios o de la policía internacional. También podían compararse paisajes destacando el contorno de una montaña, horizonte u orilla. Había dos operadores de tiempo completo día y noche en el Archivo, y éste podía manejar más de treinta operaciones simultáneas.

Al Kraken le llevó menos de quince minutos encontrar la fotografía del ministro del Exterior Hausen. Había sido tomada por un fotógrafo de Reuters y publicada en un diario de Berlín cinco meses atrás, cuando Hausen había dado un discurso en una cena de sobrevivientes al Holocausto. Al recibir la información, Eddie no pudo evitar la repugnancia que le produjo la yuxtaposición de esta imagen particular en el juego.

Les llevó más tiempo identificar el paisaje detrás de Hausen, aunque en este caso los acompañó la suerte. En vez de pedir un relevamiento a nivel mundial, Deirdre Donahue y Natt Mendelsohn empezaron por Alemania, y luego pasaron a Austria, Polonia y Francia. La computadora encontró el lugar después de cuarenta y siete minutos. Estaba localizado al sur de Francia. Deirdre localizó una historia del sitio, escribió un informe completo y lo agregó al archivo.

Eddie envió la información por fax a Matt. Luego los largos y poderosos tentáculos del Kraken descansaron y el monstruo volvió a vigilar en silencio desde su guarida secreta.

34

Jueves, 17.02 hs., Hamburgo, Alemania

Mientras regresaba al edificio oficial, Paul Hood sentía que los recuerdos lo inundaban. Recuerdos frágiles y detallados de cosas enterradas pero nunca olvidadas que Nancy Jo y él habían hecho y se habían dicho hacía casi veinte años.

Recordaba que habían estado en un restaurante mexicano en Studio City discutiendo la posibilidad de tener hijos en el futuro. Él quería tener hijos; ella decididamente no. Comieron tacos y bebieron café amargo y debatieron sobre los pros y los contras de la paternidad y la maternidad en las primeras horas de la mañana.

Recordó que habían esperado el comienzo de una película con Paul Newman en un cine de Westwood discutiendo el debate del Comité Judicial acerca del juicio al presidente Nixon. Todavía podía oler el aroma del Popcorn de ella y saborear el Milk Duds que había comido entonces.

Recordó haber hablado toda una noche acerca del futuro de la tecnología después de jugar por primera vez al videojuego Pong en blanco y negro. Él debería haber sabido, por la manera en que ella le golpeó el trasero, que ése era el campo que Nancy Jo estaba destinada a conquistar.

No había pensado en esas cosas durante años, pero aún podía recordar las palabras exactas, los olores, las vistas, las expresiones de Nancy Jo y lo que ella llevaba puesto. Todo era tan vívido. Como la energía de ella. Eso lo había enamorado, y hasta intimidado un poco. Era la clase de mujer que miraba debajo de cada roca, exploraba cada mundo huevo, observaba cada campo fresco; Y cuando esa encantadora derviche no trabajaba, se dedicaba a jugar con Hood en las discos y en la cama, aullando hasta quedar ronca en los partidos de los Lakers, los Raros o los Kings; gritando de frustración o de deleite detrás de un tablero de Scrabble o una palanca de video juegos; atravesando el Griffith Park en bicicleta o trepando a las Bronson Caverns para encontrar el lugar donde habían filmado Robot Monster. Nancy no podía sentarse a ver una película sin sacar un cuaderno y hacer anotaciones. Anotaciones que después eran imposibles de leer porque las había garrapateado en la oscuridad, pero eso no importaba. Era el proceso de pensar, de crear, de hacer lo que siempre había fascinado a Nancy. Y era su entusiasmo y su energía y su creatividad y su magnetismo lo que siempre lo había fascinado a él. Ella era como una musa griega, como Terpsícore: su mente y su cuerpo danzaban en todas partes y Hood los seguía, en trance.

Y maldito seas, pensó, todavía sigues en trance.

Hood no quería sentir lo que estaba volviendo a sentir. El anhelo.

El deseo de envolver ese remolino entre sus brazos y correr locamente hacia el futuro con ella. Locamente, desesperado por recuperar el tiempo perdido. No quería sentir eso, pero una gran parte de él no podía evitar sentirlo.

Dios, se gritó enfurecido, ¡debes crecer!

Pero no era tan simple, ¿verdad? Ser un adulto, ser sensato, sólo le servía para saber cómo habían ocurrido las cosas... no qué hacer con ellas.

¿Y cómo habían ocurrido las cosas? ¿Y cómo se las había arreglado Nancy para sobreponerse a las dos décadas de ira que él sentía y a la nueva vida que él se había construido?

Podía seguir, como si se tratara de una escalera, cada paso que lo había llevado adonde estaba ahora. Nancy desapareció. El se hundió en la desesperación. Conoció a Sharon en una tienda de marcos. Sharon había ido allí a retirar su diploma de la escuela de cocina enmarcado y él estaba eligiendo un marco para una foto autografiada del gobernador. Hablaron. Intercambiaron números telefónicos. Él la llamó. Ella era atractiva, inteligente, estable. No era creativa fuera de la cocina que amaba, y no brillaba de una manera casi sobrenatural como Nancy. Si existieran las vidas pasadas, Hood apostaría que más de una docena de almas vagaban en la sangre de Nancy. En Sharon sólo era posible ver a Sharon.

Pero eso era bueno, dijo para sí mismo. Quieres asentarte y tener hijos con alguien que pueda establecerse también. Y no era el caso de Nancy. La vida no era perfecta ahora, pero si no estaba en el paraíso con Sharon todo el tiempo, era feliz viviendo en Washington con una esposa y una familia que lo amaba y lo respetaba y no iba a abandonarlo. ¿Acaso Nancy lo había respetado alguna vez? Durante los meses posteriores a su partida, después de haber hecho la autopsia de la relación y de que su amor se redujo a cenizas, jamás logró comprender qué había hecho para merecer eso.

Hood llegó al vestíbulo del edificio. Entró al ascensor y cuando la aguja marcó el piso de Hausen, Hood empezó a sentirse manipulado. Nancy lo había abandonado, había reaparecido muchos años después y se le había ofrecido. Se le había ofrecido. ¿Por qué? ¿Por culpa? No, eso era imposible tratándose de Nancy. Tenía la misma conciencia que un payaso de circo. Un pastel en la cara, agua en el cinturón ¡caramba! Una gran risotada y se olvidaba todo, o al menos ella lo olvidaba. Y la gente lo aceptaba porque ella era egoísta pero cariñosa, sin malicia. ¿Soledad? Ella jamás se sentía sola. Aun cuando estaba sola estaba con alguien capaz de entretenerla. ¿Desafío?

Tal vez. Podía imaginarla preguntándose: ¿Todavía lo tienes, vieja Nancy?

En realidad, nada de eso le importaba. Había vuelto al presente, al mundo real donde tenía cuarenta años y no veinte, donde vivía con sus planetas pequeños y preciosos y no con un cometa rugiente y salvaje. Nancy había venido y se había ido, y por lo menos ahora sabía qué le había pasado.

Y tal vez, pensó de pronto y con sorpresa, puedas dejar de culpar a Sharon por no ser Nancy.

¿Acaso una parte de él, arrepentida y profunda, sentía eso?

Dios, lo aterraban los oscuros pasadizos a los que lo había llevado esa condenada escalera.

Para completar el panorama emocional, Hood se sentía culpable por haber dejado solo al pobre Hausen, con el alma a la intemperie y una parte negra de su pasado en los labios. Lo había dejado sin un hombro amigo y sin la ayuda del hombre ante quien acababa de confesarse.

Hood se disculparía y Hausen, que era un caballero, aceptaría probablemente sus disculpas. Además, Hood había desnudado su propia alma y los hombres sabían entenderse en ese tipo de situaciones. En lo relativo a tragedias del corazón o errores de juventud los hombres se absolvían mutuamente y con absoluta libertad.

Hausen estaba de pie junto a Stoll en el despacho principal.

Lang aún estaba a la derecha de Matt.

Hausen miró a Hood con preocupación en los ojos.

—¿Obtuvo lo que necesitaba? —le preguntó.

—Casi —dijo Hood. Sonrió para tranquilizarlo—. Sí, gracias.

¿Por aquí todo bien?

Hausen dijo:

—Me alegra haber hablado con usted. —y se las ingenió para sonreír también.

Stoll estaba ocupado tipiando órdenes.

—Jefe, Herr Hausen no fue muy claro acerca de tu paradero —dijo sin levantar la vista—, pero me resulta extraño que Paul Hood y Superman nunca estén juntos al mismo tiempo.

—No estoy de humor —advirtió Hood.

—Claro, jefe —replicó Stoll—. Lo siento.

Hood se sentía culpable por haber saltado ante la broma de Matt.

—No tiene importancia —dijo con un tono más amable—. Ha sido una tarde complicada. ¿Qué has descubierto?

Stoll hizo volver al monitor el título del juego.

—Bueno —dijo—, como les estaba diciendo a Herr Hausen y Herr Lang, este juego fue instalado con un comando de tiempo determinado por el asistente del ministro, Hans...

—Quien parece haber desaparecido —agregó Lang—. Lo buscamos en su casa y en el club y no hay respuesta.

—Y su dirección hogareña de correo electrónico no recibe mensajes —dijo Stoll—. De modo que se nos ha escapado. En todo caso, la foto de Herr Hausen proviene de la cobertura de un discurso que dio ante los sobrevivientes al Holocausto, mientras el paisaje es de aquí.

Stoll apretó el comando de reciclaje, sacó el título del juego de la pantalla y llamó la foto enviada por el Kraken del Centro de Operaciones.

Hood se inclinó sobre el escritorio y leyó el encabezamiento. —El Tarne en Montauban, el Vieux Ponto —Se irguió—. ¿Francia o Canadá? —preguntó.

—El sur de Francia —dijo Stoll—. Cuando llegaste, estaba a punto de consultar el informe de Deirdre sobre ese lugar.

Utilizó el teclado para llamar el archivo correspondiente. Entonces leyó:

—Dice: “La route nationale, bla, bla, bla... en dirección norte y noroeste con el río Garonne que se encuentra con el Tarne en Montauban, pblación 51.000. La ciudad consiste en tal y tal” —salteó los datos demográficos con un golpe al teclado— y... ah, aquí sí. “El edificio es una fortaleza construida en 1144 y que ha sido asociada históricamente con el regionalismo del sur. Como fortaleza sirvió para repeler los ataques de los católicos durante las guerras religiosas, y ha permanecido como símbolo de desafío para los nativos”.

—Stoll hizo avanzar el informe.

Hood dijo:

—¿Dice algo acerca del propietario del lugar?

—Estoy investigando —dijo Stoll. Tipió la palabra “propietario” y ordenó una búsqueda de palabra. La pantalla saltó varios párrafos y señaló un nombre. Stoll leyó:

—“Fue vendida el año pasado para fabricación de software, con prohibición de que el nuevo propietario hiciera modificaciones en... etcétera, etcétera.” Aquí —prosiguió—, propietario. Una

empresa de capitales privados llamada Demain, incorporada a la ciudad de Toulouse en mayo de 1979.

Hood miró rápidamente a Stoll y se inclinó ante la pantalla. —Un momento —dijo. Leyó la fecha —. Diles a Deirdre y Nat que me consigan más información sobre esa empresa. Rápido.

Stoll asintió, vació la pantalla y llamó a "los Guardianes del Kraken", como los había bautizado. Pidió por correo electrónico más información sobre Demain. Luego se echó hacia atrás en la silla, cruzó los brazos y esperó.

La espera no fue larga. Deirdre envió casi de inmediato un artículo de una revista llamada El video juego ilustrado, fechada en junio de 1980. El artículo decía:

JUEGOS DEL MAÑANA

¿Eres un asteroideano desterrado?

¿Has sido un mortal Invasor del espacio?

Aunque sigas amando los éxitos de ayer, la nueva estrella del firmamento de los videojuegos, la empresa francesa Demain —que quiere decir "mañana" — ha desarrollado una clase diferente de casete para que juegues en tu sistema doméstico Atari, Intellivision y Odyssey. El primer casete, el juego de pesquisa *Un caballero para recordar*, estará en los negocios este mes. Es el primer juego adaptable a los tres sistemas líderes de videojuegos.

En una publicidad, el jefe de investigación y desarrollo de la empresa, Jean-Michel Horne, decía: "Gracias a un revolucionario y poderoso nuevo chip que hemos desarrollado, la gráfica y el juego serán más específicos y excitantes que nunca".

Un caballero para recordar se venderá a 34 dólares y será enviado con un cupón de descuento para el próximo lanzamiento de la empresa, el juego del superhéroe Osberman.

Hood se dio un momento para observar el artículo y sopesar las implicaciones. Eso le sirvió para acomodar algunas piezas.

Nancy robó los originales de un nuevo chip y los vendió a una empresa, posiblemente —no, probablemente— a esta Demain. Gerard, un racista, gana fortunas fabricando videojuegos. Solapadamente pone dinero en juegos de odio.

¿Pero por qué? ¿Por hobby? Por cierto que no. Pequeñas dosis de odio como ésas resultarían demasiado efímeras e insatisfactorias para un hombre como el que había descrito Richard Hausen.

Supongamos que fabrica juegos de odio, pensó Hood. El hijo de Charlie Squires había descubierto uno. ¿Y si pertenecía a Dominique? ¿Acaso Gerard estaría utilizando la Internet para enviarlos a todo el mundo?

Nuevamente, pensó Hood, supongamos que sí. ¿Para qué lo haría?

No sólo para ganar dinero. Por lo que Hausen había dicho, Gerard tenía más que suficiente.

Debería tener algo más grande en mente, pensó Hood. Juegos de odio en Internet. Amenazas a Hausen. ¿Todo estaba planeado para coincidir con los Días de Caos?

Sus especulaciones no lo llevaban a ninguna parte. Faltaban demasiadas piezas, y había una persona que tal vez podría — ¿pero estaría dispuesta?— darle la información que necesitaba.

—Herr Hausen —dijo Hood—, ¿le molestaría si tomo prestado a su chofer por un rato?

—En absoluto —respondió Hausen—. ¿Necesita algo más?

—Por el momento no, gracias —dijo Hood—. Matt, por favor envíale ese artículo al general Rodgers. Dile que este Dominique puede ser nuestro fabricante de juegos de odio. Si hay algo más...

—Lo conseguiremos —dijo Stoll—. Sus deseos son órdenes para mí.

—Aprecio tu gentileza —dijo Hood, palmeando a Stoll en la espalda y dirigiéndose a la puerta.

Al ver a Hood atravesando el área de recepción, Matt Stoll volvió a cruzarse de brazos y dijo:

—No tengo la menor duda. Mi jefe es Superman.

35

Jueves, 17.17 hs., Hannover, Alemania

—Bob —dijo una voz en el teléfono—, tengo buenas noticias.

Herbert se alegró al escuchar que su asistente Alberto tenía buenas noticias. No sólo le dolía donde lo había lastimado el cinturón de seguridad... también le dolía pensar que sus atacantes escaparían dejándolo en estado de ebullición. Herbert no había podido rastrear la camioneta y por eso había estacionado en una calle lateral y usado el teléfono celular para llamar al Centro de Operaciones. Después de informarle a Alberto lo que había ocurrido, le había pedido que la Oficina Nacional de Reconocimiento intentara localizar la camioneta por él. Cuando la ubicaran, Herbert intentaría ir a donde estuviera, se aseguraría de que ésa era la camioneta y ésas eran las personas que lo habían atacado, y llamaría a la policía. Si se negaban a venir, llamaría a Hausen. De una manera u otra, esos delincuentes sentirían el peso de la justicia.

Herbert se asombró al oír sonar el teléfono apenas siete minutos después de su llamada. Mover el ojo de un satélite de un lugar a otro llevaba por lo menos cinco veces siete minutos.

Alberto dijo:

—Tiene suerte. La Oficina Nacional de Reconocimiento ya estaba vigilando el área para Larry, que investiga el secuestro de la meritoria de la película. Quiere ganarle a Griff en ésta.

Larry era el director de la CIA Larry Rachlill. Griff era Griff Egenes, director del FBI. La rivalidad entre ambos era antigua e incesante. Igual que el Centro de Operaciones, ambas organizaciones tenían acceso a la información de la ONR. Sin embargo, Egenes acumulaba información como las ardillas acumulan nueces.

—¿Qué descubrió la ONR? —preguntó Herbert. Se sentía incómodo hablando con Alberto por una línea insegura, pero no tenía opción. Sólo esperaba que nadie estuviera escuchando.

—Para Larry, nada. No hay señales del remolque ni de la chica. Pero Darrell dice que Griff tampoco tiene nada. Ninguno de sus informantes policiales anda por allí.

—No me sorprende —dijo Herbert—. Están todos en el campo azuzando manadas neonazis.

—Es mejor que las azucen a que caminen a la par —observó Alberto.

—Es cierto —dijo Herbert—. ¿Y qué saben de mi camioneta, Alberto? ¿Estás dando un rodeo o algo por el estilo?

—En verdad, sí —admitió Alberto—. Jefe, usted es un hombre solo con cero respaldo. No debería ir...

—¿Dónde está? —exigió Herbert. Alberto suspiró.

—Stephen la encontró, y es un triunfo absoluto. Está exactamente donde usted dijo que estaría. Va en dirección oeste por una de las Autobahn... aunque por la foto no podría decirle por cuál.

—Está bien —dijo Herbert—. La encontraré en el mapa.

—Sé que es una pérdida de tiempo tratar de hablar con usted y convencerlo de que no vaya a...

—Tienes toda la razón, hijo.

—... así que le diré al general Rodgers lo que piensa hacer.

¿Necesita algo más?

—Sí, —dijo Herbert—. Si la camioneta sale de la Autobahn, avísame.

—Por supuesto —dijo Alberto—. Stephen lo conoce bien, Bob.

Dijo que su gente vigilará constantemente la camioneta.

—Agradécele por mí —dijo Herbert— y dile que tiene mi voto para el Conrad de este año. Mejor no lo hagas. Alimentarías sus esperanzas.

—¿Acaso no vive alimentando esperanzas? —preguntó Alberto y colgó.

Herbert sonrió y también colgó; después de lo que había pasado le hacía bien sonreír un poco. Mientras estudiaba el mapa para encontrar Autobahn con dirección este-oeste, pensó en los Conrad y su sonrisa se ensanchó. El Conrad era un premio extraoficial y divertido que cada año otorgaban las figuras más prominentes de la Inteligencia norteamericana en una cena privada. El trofeo en forma de daga honraba a la figura top de la Inteligencia gubernamental y llevaba ese nombre en homenaje a Joseph Conrad. Una novela de 1907 de ese autor, *El agente secreto*, era una de las primeras novelas de espionaje acerca de un agente-provocador que trabajaba en los callejones de Londres. Faltaban sólo cinco semanas para la cena, que siempre era explosiva... en gran parte gracias al pobre Stephen Viens.

Herbert tomó nota de la ruta que debía seguir y obligó a tomar velocidad a su vehículo herido. El Mercedes respondió fielmente, aunque dejaba oír unos golpes y chirridos que no estaban allí antes.

Viens había sido el mejor amigo de Matt Stoll en el colegio, y su seriedad igualaba al humor de su compañero. Desde su designación como subdirector, y luego como director de la ONR, sus asombrosos talentos técnicos fueron responsables del crecimiento de la eficacia e importancia de la Oficina. Durante los últimos cuatro años, los cien satélites que comandaba habían provisto fotografías detalladas en blanco y negro de la Tierra a cualquier magnitud. A Viens le gustaba decir: "Puedo hacerte una foto que cubra varias calles de una ciudad y también una foto de las letras escritas en el cuaderno de un niño sentado en esa calle."

Y como era tan serio... Viens se tomaba muy en serio los premios Conrad. Realmente quería uno y todos lo sabían, y por esa misma razón el comité de votantes evitaba dárselo sólo por un voto, año tras año. Herbert siempre se sentía mal ante el engaño, pero (como decía el jefe de la CIA y director del Conrad, Rachlin: "Demonios, después de todo somos agentes secretos."

En la próxima oportunidad, Herbert pensaba mentirle a Larry y votar por Viens. No por su impecable trabajo sino por su integridad. Desde el aumento de la actividad terrorista en los Estados Unidos, el Pentágono había lanzado cuatro satélites de cien millones de dólares cada uno, cuyo nombre codificado era Richochet. Estaban posicionados para cubrir 22.000 millas sobre América del Norte y destinados a espiar su propio país. Si eso llegaba a saberse, todos —desde la extrema izquierda a la extrema derecha— tendrían problemas con los ojos del Hermano Mayor observándolos desde el cielo. Pero como esos ojos estaban bajo las órdenes de Viens, los pocos que lo sabían no temían que fueran usados para sacar ventajas políticas o personales.

Herbert volvió a la Autobahn, aunque el Mercedes no avanzaba tan suavemente como antes. Sólo podía alcanzar las cincuenta millas por hora... "más lento que el lodo", como solía decir su abuela Shel allá en Misisipí.

Y entonces sonó el teléfono. Como eso ocurrió poco después de la llamada de Alberto, Herbert supuso que sería Paul Hood para ordenarle regresar. Pero Herbert ya había decidido no regresar. No sin llevarse el pellejo de alguien en la canoa.

Contestó el teléfono.

—¿Sí?

—Bob, soy Alberto. Acabo de recibir otra fotografía, una 2MD de toda la región.

Una 2MD era una vista de dos millas de diámetro con la camioneta en el centro. Los satélites estaban preprogramados para entrar o salir a intervalos de cuarto de milla con órdenes simples. Otro tipo de movimientos exigían órdenes más complejas.

Alberto prosiguió:

—Han salido de la Autobahn.

—¿Dónde? —dijo Herbert—. Dame un hito.

—Hay un solo hito, Bob. Una pequeña zona boscosa con un camino de doble mano en dirección noroeste.

Herbert contempló el horizonte.

—Hay montones de árboles y bosquecitos por aquí, Alberto.

¿Tiene algo más?

—Una cosa —dijo Alberto—. La policía. Una docena de policías rodeando lo que queda de un vehículo que explotó.

Herbert tenía la vista clavada en un punto, al frente, pero no veía nada. Sólo pensaba en una cosa.

—¿El remolque de la película? —preguntó.

—Un momento —dijo Alberto—. Stephen está enviando otra foto.

Herbert apretó los labios con fuerza. El vínculo del Centro de Operaciones con la ONR permitía que Alberto viera la fotografía al mismo tiempo que la gente de Viens. La CIA tenía la misma posibilidad, aunque sin operativos en el campo de acción les sería imposible enviar a alguien, oficialmente o encubierto.

—Tengo una vista de un cuarto de milla —dijo Alberto. Atrás se oían voces—. También tengo a Levy y a Warren espiando por encima de mi hombro.

—Los escucho.

Marsha Levy y Jim Warren eran los analistas de reconocimiento fotográfico del Centro de Operaciones. Formaban un equipo perfecto. Levy tenía un ojo de microscopio y el talento de Warren era su capacidad de ver cómo encajaban los detalles en la totalidad de la foto. Juntos podían observar una fotografía y decir no sólo lo que había en ella sino lo que podía haber debajo o fuera del alcance de la vista, y también cómo había llegado allí cada cosa.

Alberto dijo:

—Me dicen que hay remanentes de mobiliario de madera, que el remolque tenía. Por la magnificación computarizada de la madera, Martha dice que las vetas parecen de alerce.

—Tiene sentido —dijo Herbert—. Barato y durable para recorrer largas distancias.

—Correcto —dijo Alberto— Jimmy piensa que el fuego se inició en el lado derecho, en lo que parece ser el tanque de combustible.

—Un fusible —dijo Herbert—. Dales tiempo para moverse.

—Eso dice Jimmy —dijo Alberto—. Un momento... está llegando otra.

Herbert miraba al frente en busca de una salida. Pronto lograría descubrir algo. Se preguntó si era una mera coincidencia o estaba planeado que la camioneta tomara ese camino.

—Bob —dijo Alberto eufórico— tenemos una vista un cuarto de milla al este del siniestro. Marsha dice que ve parte de un camino de tierra y algo que podría ser una persona en uno de los árboles.

—¿Podría ser?

Marsha entró en línea. Herbert podía ver a la cobriza decidida y pequeña arrebatándole el teléfono a Alberto.

—Sí, Bob, podría ser. Hay una forma oscura bajo las hojas.

No es una rama y es demasiado grande para ser un nido o una colmena.

—Una chica aterrada podría esconderse en un árbol —dijo Herbert

—O una chica precavida —acotó Marsha.

—Buena observación, Marsha. ¿Dónde está ahora la camioneta blanca? —preguntó Herbert.

—Estaba en la foto con el remolque —dijo Marsha. —Ningún policía la miraba.

Eso sería una patada en la cabeza, pensó Herbert. La policía local confabulada con la milicia neonazi local.

Había una salida a la derecha. Más allá, Herbert pudo ver una zona boscosa, el principio de un magnífico despliegue de campo.

—Creo que estoy donde necesito estar —dijo Herbert—. ¿Hay alguna manera de llegar a ese árbol sin ser visto por la policía?

Hubo una conferencia sorda al otro lado de la línea. Alberto habló.

—Sí, Bob. Puede salir, doblar a la derecha del camino y tomar el camino de tierra.

—No puedo —dijo Herbert—. Si los secuestradores entraron al bosque en vez de salir... no quiero toparme con ellos. Ni que ellos se topen conmigo.

—Está bien —dijo Alberto—. Entonces puede evitados dirigiéndose... veamos, al sudeste... oh, a casi un tercio de milla hay un arroyo. Cruce al este, a un cuarto de milla hasta... mierda, no hay ningún hito allí.

—Lo encontraré.

—Jefe...

—Dije que lo encontraré. ¿Qué hay después?

Alberto dijo:

—Después debe dirigirse unas setenta y cinco yardas al nordeste hacia un nudoso y viejo... lo que sea. Marsha dice que es un roble. Pero el terreno es difícil y escarpado.

—Alguna vez trepé los escalones del monumento a Washington.

Subí de espaldas, sobre mi trasero, y bajé de frente.

—Lo sé. Pero eso fue hace once años y aquí, en casa.

—Estaré bien —le aseguró Herbert—. Te pagan para hacer toda clase de trabajos, los fáciles y los difíciles.

—Éste no es un trabajo difícil, jefe. Es un hombre en una silla de ruedas tratando de subir laderas y cruzar arroyos.

Herbert sintió un ramalazo de duda, pero lo hizo a un lado.

Quería hacerlo. No, necesitaba hacerlo. Y sabía de corazón que podía hacerlo.

—Escucha —dijo Herbert—. No podemos llamar a la policía porque no sabemos si algunos de ellos están confabulados con estos gorilas. ¿Y cuánto tiempo pasará hasta que la chica salga de su escondite porque está hambrienta o cansada? No tenemos opción.

—Tenemos una opción —dijo Alberto—. Probablemente, la gente de Larry estará sacando las mismas conclusiones que nosotros a partir de estas fotografías. Los llamaré y veré qué piensan hacer.

—No —dijo Herbert—. No pienso calentar la silla mientras esté en peligro la vida de esa chica.

—Pero entonces ambos estarán en peligro...

—Niño, he estado en peligro desde que me senté en este condenado automóvil hoy temprano —dijo Herbert saliendo de la Autobahn—. Tendré cuidado y llegaré a ella, te lo prometo. También atenderé el teléfono. Sabré cuándo suena, pero no responderé si temo que alguien pueda escucharme.

—Desde luego —dijo Alberto—. Todavía estoy contra esto —agregó— pero... buena suerte, jefe.

—Gracias —dijo Herbert, ingresando al camino de doble mano.

Había una posada donde uno podía abastecerse de combustible, comer o alquilar un cuarto. El cartel decía: “No hay lugar”, y Herbert pensó que el lugar estaría atestado de neonazis o que los propietarios no los querían cerca. Giró y estacionó detrás del moderno edificio de un piso y cruzó los dedos al apretar el botón para habilitar su silla de ruedas. Temía que la ajetreada cacería automovilística hubiera afectado los delicados mecanismos del Mercedes. Pero afortunadamente eso no había ocurrido, y cinco minutos después estaba subiendo una suave colina bajo la luz azul anaranjada del cercano atardecer.

36

Jueves, 17.30 hs., Hamburgo, Alemania

La enorme limusina llegó en media hora al hotel de Jean-Michel.

Las noticias de la tarde habían sido dedicadas casi en exclusividad al incendio de Sto Pauli y a los juicios condenatorios hacia el propietario del club nocturno. Las feministas estaban contentas y los comunistas estaban contentos y la prensa se comportaba como si todos hubieran sido vengados por fin. Jean-Michel tenía la sensación de que Richter era ampliamente castigado por su carrera como proveedor de acompañantes... pero también por sus opiniones políticas. Pasaron una vieja grabación de Richter defendiéndose y afirmando que su negocio era "la paz mental". La compañía de las mujeres relajaba a los hombres y les permitía enfrentar grandes desafíos. Y era él quien lo hacía posible.

Y Richter no es ningún idiota, había pensado Jean-Michel al ver los noticiarios. La condena de las feministas, los comunistas y la prensa —ninguno de los cuales gozaba de la predilección del alemán medio— sólo servía para acercar aún más a esos hombres al Partido Nacionalsocialista Siglo XXI de Richter.

Jean-Michel había salido del hotel a las 17.25. Mientras esperaba bajo la marquesina, comenzó a dudar de que Richter acudiera a la cita. También era posible que, en el caso de acudir, llegara con un camión atestado de milicianos ansiosos de vengar el incendio.

Pero ése no era el estilo de Richter. Por lo que habían oído, ésa era la marca de Karin Doring. Richter era orgulloso y cuando la limusina se detuvo y el portero abrió la puerta, Jean-Michel miró a su izquierda y asintió. M. Dominique había insistido en que Henri e Yves fueran con él, y juntos entraron a la limusina con Jean-Michel en el medio. Se sentaron de espaldas al panel que los separaba del conductor. Yves cerró la puerta. Cada hombre era una mancha gris bajo la débil luz que atravesaba los vidrios polarizados.

A Jean-Michel no le sorprendió que Richter se mostrara más sumiso que antes. El alemán estaba sentado solo en el asiento trasero, de frente a ellos. Estaba muy quieto y los miraba sin hablar. Incluso cuando Jean-Michel lo saludó, Richter asintió una vez sin decir palabra. En cuanto la limusina se puso en marcha nuevamente, el alemán no le sacó los ojos de encima a Jean-Michel y sus guardaespaldas. Los observaba desde las sombras, con las manos sobre el regazo de sus pantalones color cervato y los hombros erguidos.

Jean-Michel no esperaba que hablara demasiado. Pero, como había dicho Don Quijote, era responsabilidad del victorioso curar las heridas del vencido. Y era necesario decir algunas cosas.

—Herr Richter —dijo con suavidad—, M. Dominique no deseaba que las cosas llegaran a este punto.

Richter había clavado sus ojos claros en Henri. Ahora los clavó en Jean-Michel, moviéndolos como delicados engranajes.

—¿Eso es una disculpa? —preguntó el alemán. Jean Michel sacudió la cabeza.

—Considérelo una rama de olivo —dijo—. Espero que la acepte.

Richter respondió fríamente.

—Escupo sobre ella y sobre usted.

Jean-Michel pareció asombrarse. Henri gruñó inquieto. —Herr Richter —dijo Jean-Michel—, debe comprender que no puede derrotarnos.

Richter sonrió.

—Ésas son las mismas palabras que ha pronunciado durante años el Hauptmann Rosenlocher, de la policía de Hamburgo. Pero aún sigo aquí. Y, por otra parte, gracias por el incendio. Ese Hauptmann está tan ocupado tratando de saber quién me quiere muerto, que él y su exhausto equipo de incorruptibles me han dejado escapar.

Jean-Michel replicó:

—M. Dominique no es un policía. Ha sido un benefactor muy generoso. Sus oficinas políticas están intactas y M. Dominique le ha facilitado dinero para restablecerse profesionalmente.

—¿A qué precio? —preguntó Richter.

—Respeto mutuo.

—¿Respeto? —saltó Richter—. ¡Servilismo! Sólo si hago lo que quiere Dominique podré sobrevivir.

—Usted no comprende —insistió Jean-Michel.

—¿No? —replicó Richter.

El alemán llevó la mano al bolsillo de su chaqueta y Henri e Yves se alertaron. Richter los ignoró. Sacó un paquete de cigarrillos, se puso un cigarrillo en la boca y guardó el paquete. Se congeló mirando a Jean-Michel.

—Lo comprendo muy bien —dijo por fin—. Estuve pensando toda la tarde, tratando de entender por qué era tan importante someterme.

Retiró la mano y antes de que Jean-Michel pudiera ver que no sostenía un encendedor... demasiado tarde. La pistola compacta FN Model Baby Browning escupió dos veces, una a la derecha de Jean-Michel, otro a la izquierda. Los disparos fueron ruidosos, y se oyó el distintivo thunk cuando cada bala atravesó la frente de un guardaespaldas.

Cuando la limusina giró a la izquierda, ambos cadáveres cayeron hacia el lado del conductor. Los oídos le zumbaban y Jean-Michel hizo una amarga mueca de horror cuando el cuerpo de Henri golpeó contra él. La sangre marrón rojiza manaba de la herida neta y pequeña salpicándolo todo. Caía como un río sobre el puente de la nariz del muerto. Medio gritando, medio gimiendo, Jean-Michel usó un hombro para empujar el cadáver contra la puerta. Luego miró al muerto Yves, cuyo orificio mortal había desparramado una suerte de telaraña sangrienta sobre su rostro. Finalmente, Jean-Michel volvió sus ojos aterrorizados hacia Richter.

—Los haré enterrar en el bosque apenas lleguemos allí —dijo Richter. Escupió el cigarrillo en el piso—. Además... no fumo.

Con el arma todavía en la mano, el alemán se echó hacia adelante. Sacó las pistolas de las cartucheras de Yves y Henri y colocó una de ellas sobre el asiento, a su derecha. Examinó la otra.

—Una pistola F1 Target —dijo Richter—. Arsenal del Ejército. ¿Estos hombres pertenecieron al Ejército?

Jean-Michel asintió.

—Eso explicaría la increíble pobreza de sus reflejos —dijo Richter—. Los militares franceses nunca supieron cómo entrenar a sus soldados para la batalla. No se parecen en nada a los militares alemanes.

Bajó el arma, palpó el pecho y los bolsillos de Jean-Michel para asegurarse de que estaba desarmado, y luego se apoltronó en su asiento. Cruzó los brazos y apoyó las manos sobre una de sus rodillas.

—Detalles —dijo Richter—. Si uno los ve, los huele, los oye, los recuerda... en el peor de los casos sobrevivirá y en el mejor de los casos triunfará. Y la confianza —agregó oscuramente— es algo que no hay que entregar jamás. Cometí el error de ser honesto con usted, y pagué por eso.

—¡Usted me torturó! —casi gritó Jean-Michel. La presencia de los dos cadáveres lo enervaba, pero más lo aterraba el estilo caballeresco con que Richter los había despachado. El francés luchó contra el impulso de arrojarse de la limusina en marcha. Era el representante de M. Dominique. Debía tratar de mantener la compostura, la dignidad.

—¿Realmente cree que Dominique me atacó por eso? —preguntó Richter. Sonrió por primera vez; ahora tenía un aspecto casi paternal—. Sea sensato. Dominique me atacó para ponerme en mi lugar. Y lo hizo. Me recordó que pertenezco al tope de la escalera, no a la mitad.

—¿Al tope? —dijo Jean-Michel. El descaro de este hombre era asombroso. La indignación ayudó a Jean-Michel a olvidar su miedo, su vulnerabilidad—. Usted no está al tope de nada... excepto de dos cadáveres —señaló a ambos lados con violencia— de los cuales deberá rendir cuentas.

—Se equivoca —replicó el alemán sin inmutarse—. Aún tengo mi fortuna, y estoy en la cúspide del mayor grupo neonazi de la Tierra.

—Eso es mentira. Su grupo no es...

—Lo que era —interrumpió Richter. Sonrió misteriosamente.

Jean-Michel estaba confundido. Confundido y muy asustado aún. Richter se recostó contra el mullido asiento de cuero.

—Esta tarde fue toda una epifanía, M. Horne. Verá, todos estamos atrapados por los negocios y los objetos y los adornos. Y perdemos de vista nuestras propias fuerzas. Privado de mis recursos de supervivencia, tuve que preguntarme: "¿Cuáles son mis fuerzas? ¿Cuáles son mis metas?". Comprendí que las estaba perdiendo de vista. No gasté el resto de la tarde lamentando lo ocurrido. Llamé a mis refuerzos y les pedí que vinieran a Hannover esta noche, a las ocho en punto. Les dije que tenía que anunciarles algo. Algo que cambiará el tenor de la política en Alemania... y en el resto de Europa.

Jean-Michel lo miró expectante. Richter prosiguió.

—Hace dos horas, Karin y yo decidimos unir las fuerzas de Feuer y los nacionalsocialistas del Siglo XXI. Lo anunciaremos en Hannover esta noche.

Jean-Michel se echó hacia atrás abruptamente.

—¿Ustedes dos? Pero esta mañana usted me dijo que ella no era una líder, que ella...

—Dije que no era una visionaria —acotó Richter—. Por eso seré yo el líder de la nueva unión y ella será mi comandante de campo. Nuestro partido llevará el nombre de Das National Feuer (El

Fuego Nacional). Llevaremos a su gente a Hannover y allí, con mis seguidores, y con los miles de creyentes que ya están ahí, crearemos una marcha improvisada de aquellas que Alemania no ve desde hace mucho tiempo. Y las autoridades no harán nada para impedido. Aunque sospechen de Karin por el atentado de hoy al set de filmación, no tendrán el coraje necesario para arrestarla. Esta noche, M. Horne... esta noche verá el nacimiento de una nueva fuerza en Alemania, guiada por el hombre a quien intentó humillar esta misma mañana.

Mientras escuchaba, Jean-Michel comprendió lo que había hecho y se sintió apabullado por haberle fallado de ese modo a M. Dominique. Por un instante, el francés se olvidó del miedo.

Jean-Michel dijo con calma:

—Herr Richter, M. Dominique tiene sus propios planes. Grandes planes, mejor financiados y mucho más ambiciosos y duraderos que los suyos. Si, él es capaz de arrojar a los Estados Unidos a un tembladeral —es capaz, y lo hará—, ciertamente puede pelear con usted.

—Espero que lo intente —dijo Richter—. Pero no me quitará a Alemania. ¿Qué usará? ¿Dinero? Podrá comprar a algunos alemanes, nunca a todos. No somos franceses. ¿Fuerza? Si me ataca, creará un héroe. Si me mata tendrá que vérselas con Karin Doring, que removerá cielo y tierra hasta encontrarlo, se lo aseguro. ¿Recuerda lo eficaces que fueron los argelinos en 1995 cuando paralizaron París, bombardearon los subterráneos y amenazaron la torre Eiffel? Si Dominique nos ataca, el Fuego Nacional atacará Francia. Nuestros operativos son más pequeños y más móviles. Él puede destruir un negocio hoy o una oficina mañana. Simplemente, volveré a instalarme. Y cada vez exigiré un precio mayor de su gran guarida de viejo elefante.

La limusina iba en dirección sur desde Hamburgo y el día se transformaba rápidamente en noche. El mundo fuera de los vidrios polarizados reflejaba las crecientes sensaciones oscuras del alma de Jean-Michel.

Richter respiró profundamente y luego dijo casi en un susurro:

—En apenas pocos años este país será mío. Mío para que lo restaure como Hitler construyó el Reich sobre las ruinas de la República de Weimar, y la ironía es que usted, M. Horne, fue el arquitecto. Usted me mostró que enfrentaba a un enemigo imprevisto.

Jean-Michel farfulló:

—Herr Richter, no debe considerar enemigo a M. Dominique. Todavía puede ayudarlo.

Richter se burló:

—Usted es el diplomático perfecto, M. Horne. Un hombre incendia mi negocio. Entonces usted no sólo me dice sino que realmente cree que él es mi aliado. No —dijo Richter—. Creo que es justo afirmar que mis objetivos difieren de los de Dominique.

—Se equivoca, Herr Richter —dijo Jean-Michel. Sacó coraje de su deseo de no desilusionar a M. Dominique—. Su sueño es restaurar el orgullo alemán. M. Dominique apoya esa meta. Una Alemania más fuerte fortalecerá a su vez al resto de Europa. Los enemigos no están aquí sino en Asia y al otro lado del Atlántico. Esta alianza significa mucho para él. Usted conoce su amor por la historia, por restablecer los viejos lazos...

—Basta —Richter alzó una mano—. Esta tarde pude ver lo que significa nuestra alianza. Significa que él manda y yo obedezco.

—¡Sólo porque él tiene un plan maestro!

Richter parecía envuelto por una terrible furia. Saltó de su asiento con ferocidad.

—¡Un plan maestro! —rugió—. Mientras estaba sentado en mi oficina, ardiendo de rabia y llamando a mis refuerzos y tratando de recuperar la dignidad, me pregunté: "Si Dominique no respalda mi causa, como fingió hacerla, ¿entonces qué pretende?". Y comprendí que es un apicultor. Nos cría aquí en Alemania y en Gran Bretaña y en los Estados Unidos para que deambulemos por los pasadizos del poder con nuestros poderosos aguijones... distrayendo... desorientando. ¿Por qué? Para que los fundamentos, la médula de cada nación, sus negocios y sus industrias, inviertan capital y futuro en el único sitio estable de Occidente, es decir... en Francia.

Richter se tranquilizó sin perder la extrema ferocidad de sus ojos.

—Creo que Dominique anhela crear una oligarquía industrial con él mismo a la cabeza.

Jean-Michel dijo:

—M. Dominique quiere expandir su poderío industrial, sí. Pero no lo quiere para sí mismo, y ni siquiera para Francia. Lo quiere para Europa.

Richter rió despectivamente.

—Loss mich in Ruhe —dijo con rechazo. Se echó hacia atrás en el asiento, cerca de los revólveres. Luego se inclinó hacia el bar situado entre los asientos, bebió de una botella de agua mineral y cerró los ojos.

Déjalo solo, pensó Jean-Michel. Esto era una locura. Richter estaba loco. Había dos cadáveres en la limusina, el mundo estaba a punto de ser desordenado y reconfigurado, y este hombre dormía una siesta.

—Herr Richter —imploró Jean-Michel—, le suplico que coopere con M. Dominique. Él puede y va a ayudarlo, se lo prometo.

Sin abrir los ojos, el alemán dijo:

—M. Horne, no deseo seguir escuchándolo. Ha sido un día largo y estresante y faltan por lo menos dos horas para llegar a destino. Algunos de nuestros caminos están un poquito gastados. Le aconsejo que descanse un rato. Parece enfermo.

—Herr Richter, por favor —insistió Jean-Michel—. Si me escuchara...

Richter sacudió la cabeza.

—No. Ahora guardaremos silencio, y más tarde será usted el que escuche. Y luego informará a Dominique. O tal vez elegirá quedarse aquí. Porque tendrá la oportunidad de ver con sus propios ojos por qué creo que Felix Richter y no Gerard Dominique será el próximo Führer de Europa.

37

Jueves, 17.47 hs., Hamburgo, Alemania

El hotel Ambassador se localizaba en Heidenkampsweg, en el otro lado de Hamburgo. Hood apenas tenía conciencia de estar atravesando las calles atestadas, ni de la entrelazada belleza de los angostos canales y estanques. Cuando el automóvil se detuvo, Hood salió como un relámpago y corrió a los teléfonos. Pidió que lo comunicaran con la señorita Bosworth. Se produjo un silencio terrible mientras esperaba que le dijeran que ya se había retirado o que le había mentido acerca de su lugar de hospedaje y que no había nadie aquí con ese nombre.

—Un momento, por favor —dijo en inglés el operador— lo comunicaré con esa habitación.

Hood le agradeció y esperó. Su corazón latía descontrolado. Tenía la mente en cualquier lado. Quería pensar en Gerard Dominique y los juegos de odio y siempre terminaba pensando en Nancy. En lo que habían tenido. En lo que ella había hecho. En lo que habían perdido. Y luego se enfurecía consigo mismo porque su corazón estaba fuera de control. Otra vez lo consumía Nancy Jo. Y aunque el hambre fatal que lo atenazaba pudiera irse, se iría a ninguna parte.

—¿Hola?

Hood se apoyó sobre su antebrazo, contra la pared.

—Hola —musitó.

—¿Paul? ¿Eres tú? —Nancy sonaba genuinamente sorprendida... y agradaba.

—Sí, Nancy. Estoy en el vestíbulo del hotel. ¿Podemos hablar?

—¡Por supuesto! Sube.

—Sería mejor que bajaras —dijo él.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que te ataque como solía hacerlo?

—No —dijo Hood, incómodo con sus propios pensamientos. No tenía miedo en absoluto, maldita sea.

—Entonces sube y ayúdame a empacar —insistió ella—. Quinto piso, giras a la derecha. Es la última puerta de la izquierda.

Nancy colgó y Hood se quedo inmóvil un instante, escuchando el sonido del tono. Por lo menos ahogaba los latidos de su corazón. ¿Qué estás haciendo, imbécil?, se preguntó. Después de un momento de auto conmiseración pudo responderse: Vas a buscar información sobre Gerard Dominique. Sobre los juegos de odio. Sobre lo que puede estar pasando en Toulouse. Y luego volverás al despacho de Hausen para contarle lo que hayas averiguado.

Colocó el tubo del teléfono en la horquilla, se dirigió a los ascensores y subió al quinto piso.

Nancy abrió la puerta vestida con unos jeans ajustados y una camisa de polo color rosa. La camisa tenía alforzas que destacaban sus delicados hombros. El cuello ligeramente levantado permitía ver el largo cuello de Nancy. Tenía el cabello recogido en una cola de caballo, como solía peinarse cuando salían a pasear en bicicleta.

Sonrió con su sonrisa perfecta, giró sobre sus talones y regresó a la cama. Había una valija

abierta sobre el cubrecama. Mientras ella terminaba de empacar, Hood se acercó.

—Me sorprende muchísimo verte —dijo Nancy—. Pensé que ya nos habíamos despedido.

—¿Cuál de las veces? —preguntó Hood.

Nancy levantó la vista. Hood estaba parado a los pies de la cama, mirándola.

—*Touché* —dijo Nancy con una débil sonrisa. Terminó de empacar, cerró la valija y la apoyó en el piso. Luego se sentó lentamente, con gracia, como una dama sobre su montura.

—¿Entonces qué ocurre, Paul? —preguntó. Su sonrisa se desvanecía, se suavizaba—. ¿Por qué has venido?

Hood respondió:

—¿Sinceramente? Para hacerte un par de preguntas acerca de tu trabajo.

Nancy lo miró asombrada.

—¿Hablas en serio?

Él cerró los ojos y asintió.

—Creo que hubiera preferido escuchar una respuesta menos sincera —dijo ella. Se levantó de la cama y se alejó unos pasos—. No has cambiado en nada, ¿verdad, Paul? Romántico como Scaramouche en el dormitorio, célibe como San Francisco en el trabajo.

—Eso no es verdad —se defendió Hood—. Éste es un dormitorio... y yo estoy tratando de mantener mi celibato.

Nancy se dio vuelta para mirarlo y Hood sonrió. Ella soltó una carcajada complacida.

—Dos puntos a tu favor, San Paul —dijo.

—Ahora me dicen Papa Paul —la corrigió—. Por lo menos, así me llaman en Washington.

—No me sorprende —dijo Nancy, avanzando hacia él—. Un apodo acuñado, me atrevería a apostar, por una admiradora frustrada.

—Debo admitir que así fue —dijo Hood. Y se puso rojo. Nancy siguió avanzando en dirección a él, y Hood comenzó a retroceder. Ella le puso las manos en la cintura, metió los dedos en las presillas del cinturón y lo detuvo. Nancy lo miró a los ojos.

—Está bien, Papa Paul —dijo ella—. ¿Qué era lo que querías preguntarme sobre mi trabajo?

Hood la miró. No sabía qué hacer con los brazos y se los llevó a la espalda, aferrando el antebrazo izquierdo con la mano derecha. Una de las rodillas de Nancy estaba entre sus piernas.

Y qué demonios pensabas que iba a suceder, se preguntó. Sabías que esto no sería fácil.

Pero lo que más lo perturbaba era que una gran parte de él había deseado que sucediera exactamente lo que estaba sucediendo. Que Dios lo perdonara, pero así era.

—Esto es una tontería —dijo Hood—. ¿Se supone que debo hablarte en estas condiciones?

—Acabas de hablarme —señaló ella con suavidad—. Simplemente... hazlo otra vez.

Hood tenía la frente hirviendo, el corazón disparado y la sangre en desmesura. Olía el champú de damasco en su cabello, sentía su calor, veía esos ojos que tantas veces había contemplado en la oscuridad...

—Nancy, no —dijo con firmeza. La tomó de las muñecas y retrocedió sin soltarla—. No podemos hacer esto. No podemos.

Ella bajó la vista. Su postura magnífica y sensual se desinfló.

—Tu trabajo —dijo Hood, respirando profundamente—. Necesito que me digas... es decir —

prosiguió, tratando de calmarse—, que me gustaría que me digas en qué estás trabajando.

Ella lo quemó con una mirada de disgusto.

—Estás loco, ¿te das cuenta? —preguntó. Se cruzó de brazos y le dio la espalda.

—Nancy...

—Me rechazas y todavía quieres que te ayude. Tengo problemas con esta clase de cosas, Paul.

—Como te dije antes —dijo Hood—, no te rechazo. No te rechazo en absoluto.

—¿Entonces por qué yo estoy aquí y tú estás allá?

Hood buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó la billetera.

—Porque tú me rechazaste.

Sacó las dos entradas de cine y las dejó caer suavemente sobre la cama. Nancy las miró.

—Tú me rechazaste —dijo él— y yo me fabriqué otra vida. Y no voy a arriesgarla. No puedo.

Nancy recogió las entradas, las acarició dulcemente entre el índice y el pulgar, y súbitamente las partió en dos mitades. Le entregó a Hood una de las mitades y puso la otra en el bolsillo de su jean.

—No te rechacé —dijo con calma—. No ha pasado un solo día en que no haya lamentado no haberte llevado conmigo.

Hood hizo una mueca.

—Tal vez no lo hice porque veía en ti la convicción de un maldito caballero. Tú eras la única persona que conocía que no necesitaba la fiesta de Año Nuevo para tomar decisiones. Siempre hacías lo que creías correcto y luego te atenías a tus propias decisiones.

Hood puso las mitades en su billetera.

—Si te sirve de consuelo, yo hubiera deseado que me tomaras del cabello y me llevaras contigo. —Sonrió burlonamente—. Aunque no sé cómo me las hubiera ingeniado para tolerar que nos transformáramos en Bonnie y Clyde después de haber sido Paul y Nancy.

—Lo hubieras tomado a mal —dijo ella—. Probablemente me habrías obligado a entregarme.

Hood la abrazó, estrechando su cabeza contra su pecho. Ella se aferró a él con fuerza, cada vez con más fuerza. Pero esta vez era inocente. Y una parte de él estaba muy, muy triste por eso.

—¿Nancy? —dijo Paul.

—Ya sé —respondió ella, todavía refugiada en sus brazos— Quieres saber cosas sobre mi trabajo.

—Está sucediendo algo terrible en Internet —dijo él.

—Pero aquí está sucediendo algo hermoso —dijo ella—. Me siento segura. ¿No puedo disfrutarlo un poquito más?

Hood permaneció inmóvil escuchando el tictac de su reloj, mirando el cielo que se oscurecía tras la ventana, concentrándose en cualquier cosa que no fuera el sueño que estaba en sus brazos y en su memoria. Estaba parado allí, pensando: Las habitaciones se dejan más temprano. Ella se quedó para verme, no ha dejado la habitación porque espera algo más.

Pero no estaba aquí por eso. Había que poner un punto final.

—Nancy —le dijo al oído, tengo que hacerte una pregunta.

—¿Sí? —dijo ella, expectante.

—¿Alguna vez oíste hablar de un hombre llamado Gerard Dominique?

El cuerpo de Nancy se endureció entre sus brazos. Luego le golpeó el pecho débilmente.

—¿Me harías el favor de ser un poco más romántico?

Hood dio vuelta la cara como si le hubieran dado una cachetada.

—Lo siento —dijo con calma—. Sabes... —comenzó, se detuvo, la miró a los ojos—. Tú sabes que puedo serlo. Deberías saber que quiero serlo. Pero no vine aquí en busca de romance, Nancy.

Los ojos de Nancy se nublaron por la pena, y miró su reloj.

—Hay un avión que todavía puedo alcanzar... y creo que voy a tomarlo. —Sus ojos pasaron del reloj a la cama y de la cama a la valija. —No necesito que me acompañes, gracias. Puedes irte.

Hood no se movió. Era como si las dos décadas se hubieran evaporado y él estuviera parado en el departamento de ella, atrapado en una de esas discusiones que comenzaban como un copo de nieve y terminaban en tormenta. Era gracioso ver cómo la memoria las había relegado, pero habían tenido millones de discusiones por el estilo.

—Nancy —dijo Hood—, creemos que Gerard Dominique puede estar detrás de los videojuegos de odio que están comenzando a aparecer en los Estados Unidos. Uno de esos juegos acaba de aparecer en la computadora de Hausen, con Hausen como protagonista.

—Es fácil fabricar videojuegos —dijo Nancy. Fue al ropero, sacó su distinguida chaqueta color blanco y se la echó sobre los hombros—. También es fácil escanear una foto cualquiera. Un adolescente bien equipado podría hacerlo.

—Pero hoy temprano Dominique telefoneó y amenazó a Hausen.

—Los funcionarios de gobierno son amenazados constantemente —dijo Nancy—. Y tal vez lo merezca. Hausen pone nerviosa a mucha gente.

—¿Su hija de trece años también enerva a la gente? Nancy apretó lentamente los labios.

—Lo siento —dijo.

—Ya sé —dijo Hood—. La pregunta es: ¿puedes ayudarme? ¿Trabajas para ese hombre?

Nancy se dio media vuelta.

—Piensas eso porque hace muchos años traicioné a mi empleador y crees que volvería a hacerlo.

—Éste no es el mismo caso, ¿no? —preguntó Hood.

Nancy suspiró. Llevó los hombros hacia adelante, y Hood pudo sentir que la tormenta moría al nacer.

—En realidad —dijo Nancy—, es exactamente lo mismo. Paul Hood necesita algo y una vez más estoy dispuesta a tirar mi vida por el inodoro para que lo obtenga.

—Te equivocas —dijo él—. La primera vez no te pedí nada. Todo corrió por tu cuenta.

—Permíteme flotar en las olas de la compasión —dijo ella.

—Lo siento. Siento pena por esa muchacha voluntariosa y cabeza dura, pero lo que hiciste afectó muchas vidas. La tuya, la mía, la de mi esposa, la de quienes estuvieron contigo después, la de las criaturas que podríamos haber acariciado juntos...

—La de tus hijos —dijo ella amargamente—, la de nuestros hijos. Los hijos que nunca tuvimos.

Nancy dio un paso adelante y abrazó a Hood. Lloraba. Paul la estrechó entre sus brazos, sintió el peso de sus escápulas contra sus manos abiertas. Qué desperdicio, pensó. Qué trágico desperdicio fue todo esto...

—No sabes cuántas noches me quedo despierta y sola en la cama —dijo Nancy— maldiciéndome por lo que hice. Te amaba tanto que pensé en volver y entregarme. Pero cuando llamé a Jessica para

saber cómo estabas, ella me dijo que tenías una nueva novia. ¿De qué hubiera servido?

—Ojalá hubieras vuelto —dijo él—. Y ojalá hubiera sabido todo esto antes.

Nancy asintió.

—Fui una estúpida. Insegura. Estaba aterrada. Y furiosa contigo porque habías puesto a otra en mi lugar. Eran muchas cosas. Supongo que todavía lo soy. En cierto sentido, el tiempo se detuvo para mí hace veinte años y volvió a transcurrir esta tarde.

Retrocedió un paso y tomó un pañuelo de papel de la mesa de noche. Se sonó la nariz y se secó los ojos.

—Aquí estamos, llenos de reproches y sintiendo... por lo menos uno de los dos siente que no puede volver. Y no soy yo.

—Lo siento —dijo Hood.

—Yo también —retrucó Nancy—. Yo también.

Nancy respiró profundamente, se irguió y lo miró a los ojos.

—Sí —dijo—, trabajo para Gerard Dominique. Pero desconozco su vida privada y sus ideas políticas, así que no creo poder serte útil en esto.

—¿Puedes decirme algo más? ¿En qué estás trabajando?

—Mapas —dijo ella—. Mapas de ciudades norteamericanas.

—¿Te refieres a los mapas de rutas ordinarios? —preguntó Hood.

Ella hizo un gesto negativo.

—Son lo que se llama mapas de punto-de-vista. El viajero ingresa las coordenadas de las calles y lo que aparece en la pantalla de la computadora es exactamente lo que estás mirando. Entonces ingresas el sitio al que quieres ir, o preguntas qué hay a la vuelta de la esquina, o dónde está la parada más próxima de ómnibus o subterráneos, y la computadora te lo muestra. Nuevamente, desde tu punto de vista. También puedes imprimir un mapa totalizador si lo deseas. Le sirve a la gente para planear lo que van a ver y cómo van a moverse en una determinada ciudad.

—¿Dominique ha fabricado guías de viajes con anterioridad?

—No que yo sepa —dijo Nancy—. Ésta será la primera.

Hood pensó un momento.

—¿Has visto los planes de marketing?

—No —dijo Nancy— pero no me sorprende. No es mi especialidad. Aunque lo único que me sorprende es que no hayamos hecho publicidad de estos programas. Usualmente, los publicistas vienen y me hacen preguntas sobre lo que es único en tal o cual programa o por qué razones la gente debería adquirirlo. Eso pasa casi al principio del proceso para que los vendedores puedan solicitar demostraciones o muestras en las exposiciones de artículos electrónicos. Pero con éste no pasó nada.

Hood dijo:

—Nancy... tengo que preguntarte esto, y lo lamento. La información no saldrá de mí y de mis colaboradores más cercanos.

—Puedes sacar un aviso en el Newsweek —dijo ella—. No puedo resistirme cuando te veo tan comprometido con tu trabajo.

—Nancy, puede haber vidas en peligro.

—No tienes que darme explicaciones —dijo ella—. Es una de las cosas que más amaba en ti,

señor Caballero.

Hood se ruborizó,

—Gracias —dijo, y trató de concentrarse en lo que estaba haciendo—. Sólo dime una cosa, ¿Demain está trabajando sobre alguna clase de tecnología nueva? ¿Algo atractivo para los consumidores de videojuegos?

—Constantemente —dijo ella—. Pero el que vamos a lanzar más pronto es un chip de siliconas que estimula las células nerviosas. Fue desarrollado para que los amputados pudieran operar prótesis o para el aumento de la función disminuida de la columna vertebral.

Nancy sonrió burlona.

—No estoy segura de que lo hayamos fabricado nosotros; tal vez haya llegado a Demain como mi viejo chip. En todo caso, lo hemos modificado bastante. Cuando es colocado dentro de un control remoto, el chip genera pulsos suaves para que el jugador sienta una especie de satisfacción sutil, o pulsos duros para sugerir peligro. Lo he probado yo misma. Todo es subliminal, absolutamente subliminal, y podrías no tener conciencia de ello. Como la nicotina.

Hood se estaba sintiendo ligeramente sobrecogido. Un chip para "sentirse bien" y "sentirse mal" comerciado por un fanático. Juegos de odio en la Internet norteamericana. Parecía ciencia ficción, pero Hood sabía que era obra de la tecnología. Junto con la malignidad de manipularla.

—¿Podrían estar combinados? —preguntó—. ¿Los juegos de odio y el chip que afecta las emociones?

—Seguro —dijo Nancy—. ¿Por qué no?

—¿Crees que Dominique sería capaz?

—Como te dije —dijo Nancy—, no formo parte de su círculo íntimo. No sé. Ni siquiera pensé que pudiera fabricar juegos de odio.

—Hablas como si esto te sorprendiera —observó Hood.

—Sin duda me sorprendería —dijo Nancy—. Trabajas con alguien y te formas ciertas ideas acerca de él. Dominique es un patriota, sí, ¿pero un radical?

Hood había dado su palabra a Hausen de que no diría nada acerca del pasado de Dominique. En cualquier caso, dudaba de que Nancy le creyera.

—¿Alguna vez hiciste algo con imágenes de Toulouse? —preguntó Hood.

Nancy dijo:

—Claro. Usamos nuestra deliciosa fortaleza como fondo de alguna promoción.

—¿Alguna vez viste el producto terminado?

Nancy sacudió la cabeza.

—Creo que yo sí —dijo Hood—. Estaba en el juego que apareció en la computadora de Hausen. Nancy, una cosa más. ¿Es posible que esos mapas que creaste sean utilizados en juegos?

—Por supuesto —dijo ella.

—¿Con figuras sobreimpresas? —preguntó Hood.

—Sí. Se pueden integrar fotografías o imágenes generadas por computadora. Como en las películas.

Hood estaba comenzando a armar un rompecabezas que no le gustaba. Caminó lentamente hacia el teléfono, se sentó en la cama y levantó el tubo.

—Voy a llamar a mi oficina —dijo—. Está ocurriendo algo que me preocupa seriamente.

Nancy— asintió.

—Dado que el mundo parece estar en la cuerda floja, no necesitas llamar con cobro revertido.

Hood miró a Nancy. Ella sonreía. Dios la bendiga, pensó. Era tan propensa a los locos cambios de humor como siempre.

—En realidad —dijo Hood mientras marcaba el número de Mike Rodgers— el mundo, o una buena parte de él, puede estar en la cuerda floja. Y acaso tú seas la única capaz de salvamos.

38

Jueves, 12.02 hs., Washington D.C.

Después de tomar nota de la información que Hood necesitaba, Rodgers la transmitió a Liz, Ann y Darrell. Ordinariamente, los pedidos de información iban directamente a las divisiones responsables de vigilancia, dossiers personales, rupturas de códigos y cosas por el estilo. Pero Hood necesitaba mucha información de distinta clase, y pedírsela a Rodgers era lo más conveniente y a la vez una manera expeditiva de poner a su segundo al tanto de los acontecimientos.

Rodgers le dijo a Hood que volvería a comunicarse con él en cuanto fuera posible.

Minutos después, Alberto telefoneó para informar a Mike Rodgers acerca de las actividades de Bob Herbert. Rodgers le agradeció y le dijo que no quería molestar a Herbert con la devolución de una llamada. Aunque hubiera bajado el volumen, la vibración podría distraerlo. Además, el jefe de Inteligencia sabía que su colega le seguiría los pasos. Por ser los únicos guerreros probados en la batalla de la elite del Centro de Operaciones, disfrutaban de un lazo muy especial.

Rodgers colgó, y estaba sintiendo una mezcla de orgullo y preocupación por Herbert cuando llegó Darrell McCaskey. Tenía una de esas miradas de preocupación que lo caracterizaban y cargaba una pila de carpetas blancas del FBI, con el sello distintivo de la agencia en la tapa y la inscripción "Ojos solamente" impresa debajo.

—Qué rapidez —observó Rodgers.

McCaskey se dejó caer pesadamente sobre un sillón.

—Eso se debe a que tenemos lo que Larry Rachlin llamaría bupkis sobre este personaje Dominique. Hombre, ha llevado una vida cuidadosa. También tengo otras cosas para usted, pero es un gran enigma.

—Veámoslo de todos modos —dijo Rodgers. McCaskey abrió el primer archivo.

—Su nombre era originalmente Gerard Dupre. Su padre tenía una próspera fábrica de repuestos de aviones en Toulouse. Cuando la economía francesa estalló en la década de 1980, Gerard ya había trasladado los negocios familiares al campo de la computación y los videojuegos. Su compañía, Demain, se maneja con capitales privados y su valor estimado es de un billón de dólares.

—Esa clase de dinero no es... ¿cómo lo llamaste antes?

—Bupkis —dijo McCaskey—, y no, no lo es. Pero Dominique está tan limpio como el caballo de Lady Godiva. La única mancha es un cierto plan de lavado de dinero realizado a través del Nauru Phosphate Investment Trust Fund; allí recibió un revés.

—Cuéntame un poco —dijo Rodgers. Nauru le sonaba familiar, aunque no podía decir por qué.

McCaskey miró el archivo.

—En 1992, Dominique y otros hombres de negocios franceses entregaron dinero a un banco inexistente allí, el International Exchange Bank de Antigua, pero el dinero fue a parar en realidad a Suiza, a través de una serie de bancos.

—¿Y luego? McCaskey dijo:

—Fue transferido a cincuenta y nueve cuentas diferentes en toda Europa.

—Así que los fondos pueden haber ido a parar a cualquier parte desde esas cincuenta y nueve cuentas.

—Exactamente —dijo McCaskey—. Dominique fue multado por no pagar los impuestos franceses sobre ese dinero, pero los pagó y allí terminó todo. Como un par de los bancos intermediarios estaban en los Estados Unidos, el FBI abrió un archivo dedicado a Dominique.

Rodgers dijo:

—Nauru está en el Pacífico, ¿verdad?

McCaskey consultó el archivo.

—Está al norte de las islas Salomón, y mide unas ocho millas cuadradas. Tiene presidente, no se pagan impuestos, el ingreso per cápita más elevado del mundo, y un único negocio. Minas de fosfato. Usado como fertilizante.

Eso era lo que le resultaba familiar, pensó Rodgers. Se había relajado pensando en Herbert, pero ahora se irguió en su asiento.

—Sí, Nauru —dijo Rodgers—. Los japoneses la ocuparon durante la Segunda Guerra Mundial y esclavizaron a los nativos. Y los alemanes la habían tenido un tiempo antes de eso.

—Tendré que tomarle la palabra al respecto —dijo McCaskey.

—¿Qué pasa con el nombre de Dominique? —preguntó Rodgers—. Se lo cambió por Dupre. ¿Sentía vergüenza de su familia?

—Liz estuvo trabajando conmigo y preguntó lo mismo al estudiar los datos —dijo McCaskey—. Pero no hay evidencias de eso. Fue criado como un estricto católico apostólico romano, y Liz opina que pudo haber tomado el nombre de San Dominic. El archivo del FBI dice que dona mucho dinero para caridad a los dominicos y a una escuela bautizada en homenaje al dominico más célebre, Tomás de Aquino. Liz cree que ser uno de los llamados Domini canes, es decir, perros del Bailor, encajaría perfectamente con el sentimiento de ortodoxia e imperialismo de Dupre.

—Por lo que recuerdo —dijo Rodgers—, Dominic también tenía reputación como inquisidor. Algunos historiadores aluden a él como el cerebro detrás de la sangrienta masacre de los albigenses de Languedoc.

—Nuevamente, estoy fuera de mi elemento natural —dijo McCaskey—. Pero ahora que lo dice, puede haber una conexión interesante aquí —dijo. Miró el tercer dossier, titulado Grupos de odio—. ¿Oyó hablar de los jacobinos?

Rodgers asintió.

—Eran frailes dominicos franceses del siglo XIII. Como tenían sus cuarteles generales en la rue Sto Jacques los llamaban jacobinos. Durante la Revolución Francesa, llamaban jacobinos a los antimonárquicos que se reunían en un antiguo convento jacobino. Esos jacobinos fueron un factor violento y muy radical en la revolución. Robespierre, Danton y Marat. Todos eran jacobinos.

McCaskey frunció el ceño.

—No sé por qué me molesto en tratar de hablar de historia con usted. De acuerdo. Ahora dígame, ¿oyó hablar de los Nuevos Jacobinos?

—Irónicamente, sí —dijo Rodgers—. Hoy mismo, para ser más exacto. Alberto dijo que un coronel de la Gendarmerie Nationale les seguía la pista.

—Sería el coronel Ballon —dijo McCaskey—. Es un tipo raro, pero ellos son su causa favorita. Desde hace diecisiete años, los Nuevos Jacobinos detectan y atacan extranjeros en Francia, en su mayoría inmigrantes argelinos y marroquíes. Son el opuesto exacto de los sabuesos jactanciosos que llaman y reclaman el crédito de todos los atentados, secuestros y robos. Los Nuevos Jacobinos golpean fuerte y rápido... y desaparecen.

—Diecisiete años —dijo Rodgers, pensativo—. ¿Cuándo cambió su nombre Dominique?

McCaskey sonrió.

—Bingo —dijo.

Rodgers tenía la vista clavada en el frente mientras seguía la trama.

—De modo que Gerard Dominique puede estar involucrado con, o posiblemente encabezar, un grupo de terroristas franceses. Pero si nosotros sabemos todo esto, los franceses también.

—Tendremos que esperar a ver qué nos dice Ballon —dijo McCaskey—. Me informaron que está en un operativo y de ningún modo responde llamadas.

—¿Así están las cosas?

—Aparentemente —dijo McCaskey—. Dominique es reticente como todos los billonarios.

Rodgers dijo:

—Pero el hecho de ser reticente no lo hace intocable. Si no podemos atraparlo mediante un asalto frontal, siempre podremos hacer maniobras en los flancos. ¿Qué pasó con el dinero que Dominique envió a través de Nauru? Tal vez podamos atraparlo con eso. Sería sólo una rama de un árbol condenadamente grande.

—Indudablemente —dijo McCaskey—. Un hombre como Dominique podría estar usando cientos si no miles de bancos para financiar grupos como ése en el mundo entero.

—De acuerdo, ¿pero por qué? —preguntó Rodgers—. Ha creado un frente que abarca el mundo entero y tiene que haber un punto débil. ¿Está hambriento de poder? No parece. Es un patriota francés. ¿Entonces por qué le importaría lo que ocurre en Inglaterra o en Sudáfrica o en cualquier otra parte? ¿Por qué se brindaría de ese modo?

—Porque también es un hombre de negocios internacional —dijo McCaskey—. Una de las primeras cosas que se pierden en las confrontaciones terroristas es la confianza en el sistema. Si secuestran un avión, perdemos la fe en la seguridad de los aeropuertos. Los viajes en avión decaen por un tiempo. Si es una bomba en un túnel, la gente utiliza los puentes o se queda en su casa.

—Pero la infraestructura se recupera.

—Hasta ahora ha sido así —señaló McCaskey—. ¿Pero qué pasaría si se debilitan varios sistemas a la vez? ¿O si atacan reiteradamente el mismo sistema? Fíjese en Italia. Las Brigadas Rojas secuestraron al primer ministro Aldo Moro y tuvieron a los italianos en vilo durante meses. Eso fue en 1978. Ahora vayamos a 1991, cuando los refugiados albaneses comienzan a inundar Italia debido a los disturbios políticos de su país. Los terroristas vuelven a atacar Italia. Han pasado trece años, pero la comunidad de negocios internacional comienza a tener sensaciones retrospectivas. Para ellos, Italia vuelve a quedar fuera de control. No había confianza en el gobierno. Las inversiones extranjeras caían casi en su totalidad. ¿Qué hubiera ocurrido si el terrorismo seguía firme o se expandía? El daño financiero hubiera sido inconmensurable. Fíjese en Hollywood.

—¿Qué pasa con Hollywood?

McCaskey dijo:

—¿Acaso piensa que los estudios comenzaron a abrir sucursales en Florida porque hay más sol o porque los inmuebles son más baratos? No. Temían que los terremotos y los disturbios raciales destruyeran la industria cinematográfica.

Rodgers intentaba digerir toda la información que McCaskey le había arrojado. Y por la expresión de McCaskey, era obvio que también él intentaba lo mismo.

—Darrell —dijo el pensativo Rodgers—, ¿cuántos grupos supremacistas blancos estimarías que hay en los Estados Unidos?

—No tenia necesidad de estimar —dijo. Pasó varias páginas del archivo que tenía en el regazo, el archivo llamado Grupos de odio.

—Según el último informe del FBI, hay setenta y siete grupos diferentes supremacistas-blancos-neonazis-skinheads, con una totalidad de treinta y siete mil miembros aproximadamente. De éstos, casi seis mil personas pertenecen a milicias armadas.

—¿Cómo están distribuidos?

—¿En la nación? —preguntó McCaskey—. Básicamente, están en cada estado de la unión y en cada ciudad importante de cada estado, incluyendo Hawai. Algunos atacan negros, otros atacan asiáticos, o judíos, o mexicanos, o todos a la vez. Pero están en todas partes.

—No me sorprende —dijo Rodgers. Estaba furioso, pero se negaba a sucumbir al desaliento. Recordaba, por sus extensivas lecturas de historia, que los propios Padres Fundadores se habían sentido amargamente desilusionados al ver que la independencia no conllevaba el fin del odio y la desigualdad. Rodgers recordó una cita de una carta que Thomas Jefferson escribió a John Adams. Jefferson había escrito que, para lograr esa meta: todavía deben correr ríos de sangre y transcurrir años de desolación; pero la meta merece ríos de sangre y años de desolación. Rodgers no permitiría que nadie que prestara servicios a su lado, empezando por él mismo, renunciara a la carga.

—¿Qué está pensando? —preguntó McCaskey.

—En las ganas que tengo de patear unos cuantos culos en nombre de Thomas Jefferson.

Rodgers ignoró la mirada confundida de McCaskey. Se aclaró la garganta.

—¿Apareció algo más en la computadora de Nación Pura? McCaskey revisó la tercera y última carpeta del FBI.

—No —respondió—, y todos estamos sorprendidos por la poca cantidad de información obtenida por ese medio.

—¿Tuvimos mala suerte o se las ingeniaron para borrarla?

—No estoy seguro —dijo McCaskey—. Todos los del FBI tienen miedo de mirar los dientes de este caballo regalado. Parece que va a ser un gran triunfo, especialmente entre los negros. Nadie salió herido y tenemos unos cuantos muchachos malos entre rejas.

—Pero fue demasiado fácil —dijo Rodgers para sí mismo.

—Sí —coincidió McCaskey—, pienso igual. Y creo que el FBI también. La pregunta más importante es por qué enviaron un grupo externo para atacar a la gente del Chaka Zulu. Uno de los grupos de odio más virulentos de la nación, la Koalition, tiene su sede en Queens. Justo sobre el East River, mucho más cerca de lo que nunca estuvo Nación Pura en toda Nueva York. Sin embargo, aparentemente no hay vinculaciones entre ambos grupos.

Rodgers dijo:

—Me pregunto si esto es similar a lo que solía hacer Axis.

—¿Qué, la desinformación?

Rodgers asintió.

—Bob y yo tenemos un archivo acerca de eso. Si tiene tiempo, échele un vistazo... Das Bait. La esencia de la cosa es: si quieres confundir al enemigo, permítele capturar una unidad colmada de soldados desinformados. Si el enemigo cree lo que dicen, diez o doce hombres pueden lograr que una división o incluso un ejército entero esperen una invasión que jamás tendrá lugar o ataquen el sitio equivocado. Los aliados se negaron a hacerlo debido al horrible tratamiento que recibían los prisioneros de guerra. Pero los alemanes y los japoneses lo hacían regularmente. Y si los soldados capturados no sabían que estaban mintiendo, no había manera de sacarles la información. Tenías que poner toda la gente en el campo e investigar. ¿Cuánta gente tenía el FBI en este caso?

—Unos treinta.

—¿Y ahora? —preguntó Rodgers—. ¿Cuánta gente está investigando a Nación Pura y descargando la computadora?

—Entre setenta y ochenta en todo el país.

—Los expertos en grupos supremacistas blancos —dijo Rodgers—. De modo que atrapamos un manojo de miembros de Nación Pura ¿y qué ocurre? El FBI pierde la clave de su fuerza antisupremacistas blancos.

McCaskey lo pensó un momento y luego sacudió la cabeza. —Tiene sentido como táctica, pero no suena suficientemente macho para los de Nación Pura. Ellos creen en la fuerza de las armas, no en la habilidad de la mano que las maneja. Prefieren morir luchando.

—¿Entonces por qué no murieron? —preguntó Rodgers.

—Oh, los bastardos pelearon —dijo McCaskey—. Trataron de matar a los nuestros...

—Pero no los mataron —dijo Rodgers—. Y además permitieron que los atrapáramos.

—Se quedaron sin armas. El FBI todavía sabe pelear —dijo McCaskey, a la defensiva.

—Ya sé —dijo Rodgers—. Pero si los de Nación Pura son tan machos, ¿por qué se rindieron? ¿No hubiera sido importante para su causa que se convirtieran en mártires y los del FBI quedaran como los rufianes de la obra?

—No son kamikazes —dijo McCaskey—. Son bravos y brutales... pero quieren vivir.

—Vivir —dijo Rodgers—. Ni siquiera van a sufrir demasiado. ¿Cuál es el cargo más grave que enfrenta esta gente? Disparar a los agentes federales. Complot. Retención de armas. Si apelan, conseguirán entre siete y diez años de cárcel. Siete a diez años de televisión por cable y gimnasio. Saldrán a los treinta y cinco, cuarenta años. Su gente los considerará héroes. Eso es muy atractivo para cualquier psicópata ansioso de llamar la atención.

—Posiblemente —dijo McCaskey—, pero no encaja con ninguno de los perfiles que hemos visto. Rendición, desinformación... ¿y luego sentarse a esperar en una celda? No —dijo McCaskey—, todavía sostengo que eso no basta para satisfacer a esta gente.

—Y yo sostengo que tal vez estemos ante una nueva forma de supremacista blanco. Uno que puede ser adepto a los juegos.

McCaskey lo miró. Comenzó a decir algo, pero se detuvo. Rodgers dijo:

—Sé lo que está pensando. Todavía siente que les estamos dando el crédito de una inusual premeditación.

—Aquí no hubo ninguna premeditación —estalló McCaskey—. No quiero subestimar al enemigo, pero esta gente sólo está gobernada por la mentalidad de búnker y el odio ciego. Cualquier variación sería una aberración.

—También son seguidores entrenados —dijo Rodgers—. Si uno les otorga la recompensa adecuada puede lograr que lo obedezcan. Piense en eso. ¿Qué clase de premio haría que los supremacistas blancos hagan lo que se les ordena?

—La libertad —dijo McCaskey—. La libertad de atacar lo que odian.

—Compro eso —dijo Rodgers. ¿Y qué es lo que le da a una persona el derecho moral de atacar?

McCaskey dijo:

—Que la ataquen primero.

—Está bien —dijo Rodgers. Se sentía exaltado. McCaskey podría no estar de acuerdo, pero él sentía que allí había algo—. Supongamos que usted quiere que un grupo lo ataque. Usted los antagoniza. Los hace sentir amenazados...

Sonó el teléfono.

—Los juegos de odio —dijo McCaskey.

—Con eso no alcanza —dijo Rodgers.

Los ojos de McCaskey se inundaron de comprensión y espanto. —Eso, más permitirles saber que usted intenta atacarlos. Usted permite que un grupo negro sepa que es el próximo blanco y eso galvaniza a todos los negros. Dios santo, Mike —suspiró McCaskey—. Por eso los de Nación Pura se dejaron arrestar. Para permitir que los de Chaka Zulu supieran que están en la mira, aunque no lo estén. En un instante, todos los negros respaldarán al grupo Zulu militante... y un montón de blancos no tendrá otra opción que ponerse contra ellos.

Rodgers asintió vigorosamente y el teléfono volvió a sonar. Lo miró y vio el código de llamada de Ann Farris.

—Eso es exactamente lo que ocurrió en la década de 1960 —dijo McCaskey—, cuando las Panteras Negras se transformaron en los aliados militantes de una cantidad de grupos por los derechos civiles.

Rodgers dijo:

—Si todo esto encaja en esta realidad —Dominique, su dinero, los grupos de odio y la desestabilización de Europa y los Estados Unidos—, tendremos un serio desastre mundial. —Rodgers apretó el "speaker"—. Perdóname por haberte hecho esperar, Ann.

—Mike, Darrell me dijo que necesitabas que chequeara las publicidades de Demain —dijo ella —. Llamé a D'Alton & D'Alton, su agencia de prensa en Nueva York, y me enviaron por fax las últimas novedades.

—¿Y?

—Todo es publicidad tradicional e inofensiva acerca de videojuegos —dijo Ann—, excepto una. Es acerca de un nuevo control remoto.

—¿Qué dice?

—Que con el nuevo "Enjoystick" —así se llama—, no sólo juegas el juego... lo sientes.

Rodgers se irguió en su asiento. —Continúa, por favor.

Esto encajaba perfectamente con los juegos de odio. Sintió un escalofrío en la espalda.

Ann prosiguió:

—Está aprobado por la FCC y es una nueva tecnología que estimula las células nerviosas a través de un biovínculo operado por huellas digitales. Está patentado. Supongo que es para asegurarse de que sólo puedas usar el biovínculo en las manos y no en otras partes del cuerpo. Aquí dice que con el "Enjoystick" sentirás todos los peligros y la excitación que el personaje del videojuego experimenta en la pantalla.

Rodgers dijo:

—Además del odio y el amor y todo lo que hay en medio.

—No dice nada acerca de eso —explicó Ann—, pero es increíble que exista algo semejante. Me siento en una película de ciencia ficción.

—No lo estás —dijo Rodgers—. Hay mucha gente que aún no entiende el poder de esta tecnología, pero de todos modos la tecnología existe. Gracias, Ann. Ha sido una gran ayuda.

—Cuando quieras, Mike —dijo ella.

Rodgers colgó. A pesar de — ¿o a causa de? se preguntó— la presión para armar el rompecabezas de Nación Pura, se sintió gratificado por el breve y agradable intercambio. Ann y él jamás habían sido miembros del club de fans del otro. Ella no ocultaba su infatuación con Paul Hood y lo defendía fielmente ante cualquier embate. Eso a menudo la había dejado mal parada con Rodgers, cuyo enfoque de las crisis era menos diplomático que el de Hood. Pero Rodgers estaba trabajando sobre eso, y Ann se estaba esforzando para aceptar que había: otras maneras de hacer las cosas; además de la de Paul Hood.

Probablemente haya una lección de civilización para todos en esto, pensó Rodgers. Desafortunadamente, éste no era momento para desempolvar su túnica púrpura y hacer proselitismo.

Rodgers miró a McCaskey, que estaba haciendo breves anotaciones sobre la tapa de una carpeta a su rápido estilo de ciento cuarenta palabras por minuto.

—Está todo aquí, Mike —dijo McCaskey con entusiasmo—. Maldita sea, está todo aquí.

—Veamos.

McCaskey terminó y levantó la vista.

—Digamos que Dominique utiliza bancos inexistentes como el de Nauru para filtrar dinero para los movimientos supremacistas blancos. Nos confunde el rastro arrojándonos a Nación Pura a las fauces mientras al mismo tiempo está engrasando tranquilamente las ruedas de otros grupos. También se está preparando para mandar los juegos de odio, juegos que pueden jugarse con los "Enjoystick". La gente se siente bien persiguiendo minorías —miró a Rodgers—. Coincido con Ann, esto es un poco Historias sorprendentes para mí, pero pongámoslo en la mezcla por ahora. Realmente no es lo más crucial.

—De acuerdo —dijo Rodgers.

—Los negros se enfurecen con estos juegos. Los diarios se enfurecen. Los ciudadanos bien pensantes se enfurecen —dijo McCaskey—. Mientras tanto a Nación Pura no se le mueve un pelo, como dijo usted. Ajá. Van a juicio porque desean una tribuna pública, y el juicio se celebra pronto porque hay evidencias contundentes, el FBI presiona para que se haga, y los de Nación Pura no

objetan ningún jurado que requiera la fiscalía. Sus necesidades machistas quedan satisfechas por los corderos sacrificiales. Presentan su caso articuladamente y, si son buenos —y muchos de ellos lo son —, suenan verdaderamente racionales.

—Compro eso —dijo Rodgers—. Un montón de blancos comprarían secretamente mucho de lo que dijeran esos cretinos. Blancos que culpan a los seguros de desempleo y salud por el aumento de los impuestos, y que culpan a los negros por el seguro de desempleo y salud.

—Exactamente. Los activistas negros se enfurecen cada vez más a medida que el juicio progresa, y alguien de uno de los bandos, no importa de cuál, hace algo para provocar un incidente. Hay sublevaciones. Motines. Los operativos de Dominique se aseguran de que se extiendan, y hay explosiones mayores en Nueva York y Los Ángeles, Chicago y Filadelfia, Detroit y Dallas, y muy pronto los Estados Unidos están en llamas.

—No sólo los Estados Unidos —acotó Rodgers—. Bob Herbert tiene el mismo problema en Alemania.

—Ha dado en el clavo —dijo McCaskey—. Dominique crea un infierno en el mundo entero... excepto en Francia. Por eso los Nuevos Jacobinos operan en silencio, con suma eficacia y sin publicidad.

McCaskey abrió el archivo de Dominique y recorrió las páginas. —Estos tipos son únicos entre los terroristas porque verdaderamente aterrorizan. Hay muy pocos incidentes reportados, pero la mayor parte del tiempo amenazan a la gente con la violencia. Y luego dan órdenes específicas: este grupo de gente debe abandonar tal y tal ciudad o volverán para hacer realidad sus amenazas. No es algo tan grande como sacar a los británicos de Irlanda. Siempre dan órdenes fáciles de cumplir en lo fáctico.

—Golpes quirúrgicos que no atraen mucha prensa —dijo Rodgers.

—Sin prensa —aclaró McCaskey—. A los franceses les importa un bledo. Así que mientras ocurre todo eso... Francia parece un país relativamente estable. Y si Dominique maneja bancos e industrias e inversores... se convierte en un serio jugador a nivel mundial. Tal vez en el más serio de todos los jugadores.

—Mientras tanto, si alguien intenta vincularlo al terrorismo no puede hacerlo —dijo Rodgers.

—O recibe una visita nocturna de los Nuevos Jacobinos sólo por haberlo intentado —dijo McCaskey, revisando el archivo—. Estos tipos tienen todas las marcas de la vieja mafia. Poderosos tentáculos, venganzas, ejecuciones, etcétera.

Rodgers se echó hacia atrás en su asiento.

—Paul ya debe haber regresado al despacho de Richard Hausen en Hamburgo. —Miró el anotador sobre su escritorio—. Está en el RH3-estrella del dial automático. Ponlo al tanto de todo y dile que intentaré comunicarme con el coronel Ballon. A menos que estemos completamente equivocados, debemos atrapar a Dominique. Y Ballon parece el único hombre capaz de hacerlo.

—Buena suerte —dijo McCaskey—. Es muy resbaladizo.

—Usaré guantes —dijo Rodgers—. Si logro hablarle, y creo que lo lograré, intento ofrecerle algo que no podrá encontrar en Francia.

McCaskey se levantó.

—¿Qué será eso? —preguntó enderezándose con dificultad.

—Ayuda —respondió Rodgers.

39

Jueves, 18.25 hs., Wunstorf, Alemania

Físicamente, ésta había sido la hora más exigente, más frustrante y más gratificante de la vida de Bob Herbert.

El terreno que había tenido que cruzar estaba cubierto de ramas, hojas podridas y troncos secos, piedras y espesos manchones de barro. Había un arroyuelo de menos de un pie de profundidad que lo había obligado a retrasarse aún más, y a veces el terreno era tan ríspido y ascendente que Herbert tenía que salir de la silla de ruedas y arrastrarla mientras se esforzaba por subir la escarpada pendiente. Pocos minutos después de las seis había comenzado a oscurecer de esa manera densa y pesada típica de los bosques cerrados. Aunque su silla estaba equipada con un poderoso reflector intermitente detrás de cada apoya pie, Herbert no podía ver más allá del diámetro de cada rueda. Eso también lo retrasaba porque no quería caer en una grieta y acabar como ese cazador de cinco mil años que fue hallado de cara al suelo y completamente congelado en la cima de una montaña.

Sólo Dios sabe qué harían conmigo dentro de cinco mil años, pensó Herbert. Aunque si lo pensaba bien, debía admitir que le gustaba la idea de un grupo de avezados académicos armando el rompecabezas de sus restos en el año 7000. Trató de imaginar cómo interpretarían el tatuaje de Mighty Mouse en su bíceps izquierdo.

Y sintió dolor. Dolor ocasionado por las ramas secas que lo golpeaban y por los músculos desacostumbrados al movimiento y por la marca que le había dejado en el pecho el cinturón de seguridad después de la cacería automovilística en Hannover.

Herbert se abrió camino a través del espeso bosque, guiado por el compás de bolsillo Boy Scout que desde hacía treinta años lo acompañaba en sus recorridos por el mundo. A medida que avanzaba, llevaba la cuenta de la distancia que cubría contando las vueltas de las ruedas. Cada vuelta completa era una yarda. También intentaba imaginar el recorrido de los neonazis. Era imposible que hubieran llamado por radio a un policía aliado en busca de ayuda... porque otros oficiales hubieran escuchado el mensaje. Ésta era la única manera de hacerlo. ¿Pero para qué necesitarían ayuda? La única posibilidad era que necesitaran que alguien lo encontrara. Sabía que esto último sonaba grandioso... pero tenía sentido.

Los neonazis habían huido al oír la sirena, temían que él pudiera identificarlos y querían atraparlo si iba a la estación de policía a llenar una denuncia. Un oficial de policía sabría quién era él y dónde se alojaba.

Herbert sacudió la cabeza. Sería irónico encontrar aquí a la chica. Él había ido a Hannover a conseguir información y esos delincuentes podrían haberlo guiado a ella sin saberlo.

Sonrió. ¿Quién hubiera pensado que un día que comenzó en un cómodo asiento de la business-class de un elegante avión terminaría con una dificultosa marcha a través del bosque en busca de una chica perdida y perseguido por los neonazis?

Después de unos minutos, Herbert llegó al árbol donde se pensaba que podía estar la chica. Era

inconfundible: alto, retorcido y oscuro. Era un árbol de por lo menos trescientos años y Herbert no pudo evitar pensar en la cantidad de tiranos que habría visto aparecer y desaparecer de la historia. Sintió una ráfaga de vergüenza al pensar lo tontos que le parecerían sus travesuras y caprichos a esta vida majestuosa.

Herbert llegó bajo el árbol y sacó los reflectores intermitentes de los apoya pies. Iluminó el árbol.

—Jody —dijo—, ¿estás ahí arriba?

Herbert se sentía un poco tonto hablándole a un árbol, pero miró entre las hojas y escuchó con atención. Nada.

—Jody —dijo—, mi nombre es Bob Herbert. Soy norteamericano. Si estás ahí arriba, baja por favor. Quiero ayudarte.

Herbert esperó. Silencio otra vez. Después de un minuto decidió dar la vuelta al árbol y mirar desde el otro lado. Pero antes de que pudiera moverse, oyó el crujido de una rama a sus espaldas. Miró hacia atrás, pensando que era Jody. Quedó azorado al ver una enorme silueta de pie junto a un árbol, entre las sombras.

—¿Jody? —preguntó, aunque por la corpulencia de la silueta ya sabía que no era ella.

—Mein Herr —dijo una profunda voz masculina—, por favor levante las manos.

Herbert obedeció. Las levantó lentamente a la altura del rostro.

Mientras lo hacía, el hombre avanzó hacia él en la oscuridad. Al acercarse a la silla de ruedas entró en el halo de los reflectores y Herbert alcanzó a ver que el hombre era un oficial de policía. Pero no estaba vestido como los otros. Este hombre llevaba puesto algo que parecía un sobretodo azul de corte policial y una gorra.

Y entonces se dio cuenta. La sirena. La súbita conclusión de la cacería. La llegada a este lugar. Todo había sido una trampa. —Qué bien —dijo Herbert.

El oficial de policía se detuvo a pocos pasos de él... demasiado lejos para alcanzarlo si hubiera podido sacar el palo de escoba de debajo del apoyabrazos B. El hombre se quedó parado con las piernas abiertas, su expresión oculta en las sombras bajo la visera de su gorra. Como llevaba el sobretodo abierto, Herbert pudo ver un teléfono celular enganchado en su cinturón de cuero negro.

El jefe de Inteligencia norteamericano levantó la vista y dijo: — ¿Lo llamaron desde la camioneta mientras todavía estaban en la ciudad, verdad? Fingieron escapar de su sirena, sabiendo que yo los seguiría, y entonces usted me siguió a mí.

El oficial pareció no comprender. No es que tuviera importancia. Herbert estaba disgustado consigo mismo. A la policía le había resultado fácil descubrir quién había alquilado el Mercedes, y él había empeorado las cosas usando su maldita tarjeta de crédito corporativa. National Crisis Management Center, USA, el nombre oficial del Centro de Operaciones. Eso, sumado a su dramática aparición en Hannover, les había indicado que probablemente buscaba algo. Y ahora que había pronunciado el nombre de Jody sabían qué era exactamente lo que buscaba. La única manera de haberles hecho las cosas todavía más fáciles hubiera sido entregarles copias de las fotografías de la ONR.

Pero estaba contento porque al menos no era Jody lo que el satélite había visto en ese árbol. Si hubiera sido ella, ahora le quedarían pocos segundos de vida... igual que a él.

Herbert no iba a suplicar por su vida. No quería morir, pero tampoco podría vivir sabiendo que le había implorado a esa basura. Se había arriesgado... y éste era el precio. Por lo menos, dijo para sí mismo, no tendría que arrastrarse para volver al auto.

Me pregunto si oiré el crack del revólver antes de que la bala se incruste, pensó. Estaba lo suficientemente cerca. Sería rápido.

—Auf Wiedersehen —le dijo el alemán.

40

Jueves, 18.26 hs., Toulouse, Francia

Ubicada a un corto trecho de la popular Place Du Capitole y el río Garonne, la Rue Sto Rome es una de las calles comerciales de la vieja Toulouse. Muchas de sus estructuras medievales de dos y tres pisos se doblan o se escorian por la edad. Los pisos se levantan quebradizos debido a la proximidad del río. Pero los edificios no se derrumban. Es como si les dijeran a los letreros rutilantes, novedosos y fuera de lugar de relojes Seiko, o a las otrora nuevas antenas de televisión y a las todavía nuevas antenas satelitales: No. No vamos a entregarles esta calle. Y así, después de siglos de ver erigir y derribar murallas, de ser testigos silenciosos de incontables vidas y sueños, las fachadas siguen contemplando la torcida red de calles angostas y multitudes apresuradas.

Situado en una habitación del tercer piso de una de esas antiguas construcciones, una vieja tienda dilapidada llamada Magasin Vert que había alquilado, el coronel Bernard Ballon de la Gendarmerie Nationale observaba las imágenes vivientes que se transmitían desde los exteriores de la fábrica Demain a cuatro pequeños monitores de televisión. La planta estaba localizada unos treinta kilómetros al norte del centro de la ciudad. Pero de acuerdo con la información de inteligencia que estaba acumulando, la planta podría haber estado treinta kilómetros al norte del centro de la Tierra.

Los hombres de Ballon habían colocado cámaras ocultas en los cuatro costados del antiguo edificio en el antiguo pueblo de Montauban. Filmaban cada camión y cada empleado que entraba o salía. Todo lo que necesitaban era ver un miembro conocido de los Nuevos Jacobinos. Una vez que hubieran detectado a uno de esos terroristas, Ballon y su escuadrón táctico entrarían a la fábrica en veinte minutos. Los autos estaban estacionados muy cerca, los hombres estaban sentados alrededor de otros equipos de audio y monitores de video, y las armas se guardaban en talegos en la esquina. También tenían órdenes de allanamiento provistas por lo que las cortes llamaban *raison de suspicion*. Razones de sospecha. Razones que sobrevivirían al ataque de la defensa en los tribunales.

Pero por más cerca que estuviera "el gran golpe" de Dominique, el magnate no se descuidaba. Y Ballon sospechaba que el golpe estaba verdaderamente cerca. Después de diecisiete largos y frustrantes años de seguir al elusivo billonario, después de diecisiete años de rastrear, arrestar y tratar de quebrar a miembros de la organización terrorista Nuevos Jacobinos, después de diecisiete años de vigilancia que habían transformado el interés en obsesión, Ballon estaba seguro de que Dominique estaba preparado para hacer algo importante, y ese algo no era el publicitado lanzamiento de sus nuevos videojuegos. Había lanzado otros juegos nuevos con anterioridad, pero jamás había necesitado este nivel de potencial humano.

Ni este nivel de compromiso por parte de Dominique, pensó Ballon.

Dominique pasaba muchas noches en la fábrica en vez de regresar a su mansión de ladrillo rojo en las afueras de Montauban. Los empleados cumplían turnos cada vez más largos. No sólo los programadores de video de la empresa, sino los técnicos que trabajaban en proyectos de Internet y hardware. Él los veía entrar y salir en los monitores.

Jean Goddard... Marie Page... Emile Tourneur.

El francés los conocía de vista a todos. Conocía sus antecedentes. Conocía los nombres de sus amigos y de los miembros de sus familias. Había mirado debajo de cada piedra para saber más acerca de Dominique y sus operativos. Porque estaba convencido de que hacía veinte años, cuando él era un rudo novicio de policía en París, ese hombre había quedado libre a pesar de ser un asesino.

El oficial de cuarenta y cuatro años estaba muy tieso en la silla plegadiza de madera. Estiró sus cortas piernas y miró distraídamente el centro de comando provisorio. Sus ojos pardos estaban inyectados en sangre, su amplia mandíbula estaba cubierta por una barba rala, y su boca pequeña estaba floja. Como los otros siete hombres de la habitación, llevaba puesto un jean y una camisa de franela. Después de todo, eran obreros encargados de restaurar el edificio que habían alquilado en Toulouse. Abajo había tres hombres cortando madera que jamás usarían.

Había sido extremadamente difícil convencer a sus superiores de que le permitieran llevar a cabo esta aventura de un mes de duración. Se suponía que la Gendarmerie Nationale era una fuerza policial nacional enteramente independiente y ciega a las castas. Pero eran muy conscientes de las fuerzas legales y la publicidad mortífera que Dominique podía lanzar contra ellos.

¿Y todo para qué?, le había preguntado el comandante Caton. ¿Por qué sospechas que él cometió un crimen hace dos décadas? ¡Ni siquiera podríamos juzgarlo!

Era cierto. Había pasado demasiado tiempo. ¿Pero acaso el paso del tiempo hacía que el crimen o la persona que lo cometió fueran menos monstruosos? Mientras investigaba la escena del crimen aquella noche fatídica, Ballon había oído que el acaudalado Gerard Dupre había sido visto en el área en compañía de otro hombre. Luego había descubierto que los dos habían dejado París rumbo a Toulouse después de los asesinatos. Y la policía no había querido perseguirlos.

No quisieron perseguir a Dupre, pensó Ballon con amargura, el cerdo de clase alta. Como resultado, era muy probable que Dupre hubiera quedado en libertad a pesar de ser un asesino.

Ballon había renunciado a la fuerza policial en franco disentimiento. Luego se había unido a la Gendarmerie y estudiado a la familia Dupre. Con los años el entretenimiento se transformó en pasión. Supo a través de ficheros confidenciales de los archivos gubernamentales de Toulouse que el viejo Dupre había sido colaboracionista durante la Segunda Guerra Mundial. Se había infiltrado en la Resistencia y delatado a muchos de sus miembros. Por lo menos treinta muertes en cuatro años fueron atribuidas a ese bastardo. Después de la guerra, Dupre fundó una exitosa fábrica de repuestos de avión para la Aeroespatiale Airbus. Estableció la empresa con dinero de los Estados Unidos. Dinero que había sido destinado para la reconstrucción de Europa.

Mientras tanto, Gerard parecía detestar todo lo que hacía su padre.

Père Dupre había vendido información a los alemanes para sobrevivir a la guerra. Por eso Gerard se rodeó de jóvenes estudiantes alemanes que necesitaran su dinero para vivir. Père Dupre les había robado dinero a los norteamericanos después de la guerra. Por eso Gerard diseñaba software para atraer a los norteamericanos y que éstos le entregaran buenas sumas de dinero. Père Dupre odiaba a los comunistas. Y por eso, en sus épocas de estudiante, Gerard se sentía atraído por ellos. Todo lo que hacía era un acto de desafío contra su padre.

Pero algo le sucedió al joven Dupre. Después de dejar la Sorbona, empezó a coleccionar documentos históricos. Ballon había hablado con muchos de los comerciantes de autógrafos que le

habían vendido a Dupre. Dupre aparentemente se fascinaba ante la posibilidad de poseer importantes cartas escritas por las grandes figuras del pasado.

Un comerciante le había confiado lo siguiente al oficial de la Gendarmerie: "Gerard daba la impresión de estar mirando por encima de los hombros de los grandes hombres. Observar el despliegue de la historia le ponía fuego en los ojos." Dupre compraba documentos de la Revolución Francesa y también ropas, armas y recuerdos de la época. También compraba cartas de religiosos que eran todavía más antiguas. Incluso llegó a adquirir guillotinas.

Un psiquiatra que trabajaba para la Gendarmerie le dijo en cierta oportunidad: "No es extraño que los individuos disconformes con la realidad se atrincheren y creen otra realidad, más segura, con cartas y recuerdos."

—¿Y existe la posibilidad de que deseen expandirla? —había preguntado Ballon.

—Es muy posible —le habían respondido—. Algo así como ampliar el refugio.

Cuando Dupre cambió su nombre por Dominique, Ballon ya no tuvo ninguna duda de que había comenzado a verse como un santo moderno. El santo patrono de Francia. O tal vez se había vuelto loco. O ambas cosas a la vez. Y cuando los Nuevos Jacobinos empezaron a aterrorizar a los extranjeros por la misma época, Ballon apenas dudaba de que eran los soldados encargados de proteger la fortaleza espiritual de Dominique... una Francia pura, tan casta como la habían soñado los jacobinos originales.

La Gendarmerie se había negado a investigar oficialmente a Dominique. Y no sólo porque era un hombre poderoso. Ballon descubrió al poco tiempo de estar en la fuerza que la Gendarmerie era apenas ligeramente menos xenófoba que Dominique. La única razón que tuvo para no renunciar fue que así podría mantener viva la idea de que la ley servía al pueblo... a todo el pueblo. Sin tener en cuenta orígenes ni religiones. Como hijo de una madre judía belga que había sido desheredada al casarse con su padre, un católico francés pobre, Ballon comprendía muy bien los efectos del odio. Si él abandonaba la fuerza... triunfarían los fanáticos.

Sin embargo, mientras observaba atentamente los videos de la fábrica, ya no estaba tan seguro de que no hubieran ganado.

Ballon pasó sus fuertes dedos a lo largo de sus mejillas. Saboreó la aspereza de papel de lija de su piel. Era una marca de virilidad que no podía sentir en otros instantes de su vida. ¿Cómo podría sentirse viril mientras permanecía sentado e inmóvil en esa habitación vieja y mal ventilada? ¿Mientras revisaban una y otra vez los pasos del procedimiento que llevarían a cabo en caso de que pudieran entrar a la fábrica? Palabras codificadas, sólo eso. "Azul" para ataque. "Rojo" para no moverse del lugar. "Amarillo" para retirada. "Blanco" para civiles en peligro. Pulsos leves por radio en caso de que pudieran interceptar las comunicaciones normales. Un tono para acercarse lentamente. Dos para permanecer en el lugar. Tres para retirarse. Contingencias para emergencias. Empezaba a preguntarse si Dominique no estaría al tanto de la investigación e intencionalmente no hacía nada para obstruirla, para avergonzar luego a Ballon y clavar una estaca en el corazón de su investigación.

¿O simplemente estás un poco paranoico?

Después de pasar tanto tiempo en una misma misión, Ballon sabía que la paranoia era casi inevitable. Una vez la había sentido respecto de uno de sus hombres, un antiguo empleado llamado

Jean-Michel Horne. Horne había ido silbando a una reunión y el primer pensamiento de Ballon había sido que Horne silbaba para molestarlo.

Se restregó la cara con fuerza. Las cosas funcionan, pensó mientras saltaba con disgusto de la silla. Venció el impulso de patearla contra una ventana de diez paneles que era mucho más vieja que él.

Los otros hombres se sobresaltaron.

—¡Dígame, sargento! —exigió Ballon—. ¿Dígame por qué no podemos asaltar esa fábrica sin más miramientos? ¡Dispararle a Dominique y acabar con todo de una buena vez!

—Honestamente, no lo sé —respondió el sargento Maurice Ste. Marie que estaba sentado junto a él—. Preferiría morir en acción a morir de aburrimiento.

—Lo quiero a él —dijo Ballon ignorando a su subordinado. Cerró el puño vigorosamente y lo estrelló contra el monitor de televisión—. Es un corrupto, un maníaco retorcido que quiere corromper y retorcer al mundo.

—A diferencia de nosotros —dijo el sargento. Ballon lo fulminó con la mirada.

—¡Sí, a diferencia de nosotros! ¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Somos hombres obsesionados que queremos conservar un mundo libre para que ese mundo libre pueda seguir alimentando locos como Dominique. En ambos casos, parece una maraña sin esperanzas.

—Sólo si usted pierde las esperanzas —dijo Ballon. Recuperó su silla, la puso en su lugar de un golpe seco y se dejó caer pesadamente encima—. A veces pierdo de vista la esperanza, pero sigue allí de todos modos. Mi madre siempre esperó que su familia la perdonara por haberse casado con mi padre. Esa esperanza estaba presente en cada tarjeta de cumpleaños que les enviaba.

—¿Y alguna vez la perdonaron? —preguntó el sargento.

Ballon lo miró.

—No. Pero la esperanza evitó que mi madre se deprimiera profundamente a causa de eso. La esperanza, más el amor que sentía por mi padre y por mí, llenaron ese vacío. —Volvió a la pantalla del monitor—. La esperanza y el odio que siento por Dominique evitan que caiga en una depresión mortal. Voy a atraparlo, se lo aseguro —dijo. Sonó el teléfono.

Uno de los oficiales jóvenes contestó la llamada. Había un mezclador conectado a la bocina. Servía para mezclar los tonos altos y bajos en un extremo y separarlos en el otro.

—Señor, es otra llamada de Estados Unidos.

Ballon gritó:

—¡Ya les advertí que no me pasaran ninguna llamada! O se trata de un oportunista chupasangre decidido a encabalgarse a nuestros esfuerzos cuando estamos a punto de alcanzar la meta, o es un saboteador que intenta detenernos. ¡Sea quien sea, díganle que se vaya al infierno!

—Sí, señor.

—Ahora me piden ayuda. ¡Ahora! —murmuró Ballon—. ¿Dónde estuvieron estos diecisiete años?

El sargento Marie dijo en voz baja:

—Tal vez no sea lo que usted piensa.

—¿Y cuántas posibilidades hay de que no sea lo que yo pienso? —preguntó Ballon—.

Dominique tiene empleados en todo el mundo.

Es mejor que permanezcamos aislados, incontaminados.

—Endogámicos —agregó el sargento.

El coronel miró por video el crispado color de las hojas que se movían lentamente sobre la pared de la antigua fortaleza que era ahora una fábrica. Marie tenía razón. Estos cuatro días habían sido totalmente improductivos.

—¡Espere! —ladró Ballon.

El soldado repitió la orden en el teléfono. Su rostro era inexpresivo mientras observaba al comandante.

Ballon se restregó la cara. No sabría cuál era la respuesta a sus dudas a menos que aceptara la llamada. ¿Y qué era lo más importante?, se preguntó. ¿Su orgullo o atrapar a Dominique?

—La tomaré —dijo.

Avanzó rápidamente hacia el teléfono con el brazo extendido. El sargento Marie lo contemplaba con deleite.

—No se alegre tanto —le espetó Ballon al pasar a su lado—.

Fue mi decisión. Usted no tuvo nada que ver en ella.

—No, señor —dijo el sargento, sin dejar de mirarlo complacido. Ballon tomó el teléfono.

—Aquí Ballon. ¿Quién habla?

—Coronel —dijo el receptor de llamadas—, tengo una llamada telefónica del general Mike Rodgers, del National Crisis Management...

—Coronel Ballon —interrumpió Rodgers—, perdone la interrupción, pero necesito hablarle.

—C'est évident.

—¿Habla inglés? —preguntó Rodgers—. Si no es así, déme un minuto para conseguir un traductor...

—Hablo inglés —dijo Ballon renuentemente—. ¿De qué se trata, general Rodgers?

—Entiendo que usted intenta atrapar a un enemigo mutuo.

—Intento, sí.

—Creemos —dijo Rodgers—, que está planeando enviar software por computadora que le servirá para levantar motines en muchas ciudades del mundo. Creemos que intenta utilizar esos motines para crear el caos en las economías de las más importantes naciones americanas y europeas.

A Ballon se le empezó a secar la boca. Este hombre era un enviado de Dios o la mismísima pata del Diablo...

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

Rodgers dijo:

—Si no lo supiéramos, nuestro gobierno retiraría todo el dinero que otorga a nuestro equipo.

A Ballon también le gustó eso.

—¿Y qué saben de sus escuadrones terroristas? ¿Saben algo? —preguntó, esperando información nueva. Cualquier información nueva.

—Nada —admitió Rodgers—. Pera sospechamos que está trabajando muy cerca de varios grupos neonazis en los Estados Unidos y el extranjero.

Ballon guardó silencio un instante. Todavía no confiaba del todo en el hombre.

—Su información es interesante pero no útil —dijo—. Necesito evidencias. Necesito descubrir qué está pasando dentro de su fortaleza.

Rodgers dijo con suficiencia:

—Si ése es el problema, yo puedo ayudar. Lo he llamado, coronel Ballon, para ofrecerle la ayuda de un comando de la OTAN en Italia. Su nombre es coronel Brett August, y su especialidad...

—He leído informes escritos por el coronel August —dijo Ballon. Es un brillante operativo antiterrorista.

—Y un amigo de toda la vida para mí —dijo Rodgers—. Lo ayudará si se lo pido. Pero también puedo prestarle equipamiento en Alemania.

—¿Qué clase de equipamiento? —preguntó Ballon. Volvía a sospechar. Este hombre parecía demasiado bueno. Tan bueno que no podría resistirlo. Tan bueno que podría estar recibiendo órdenes del mismísimo Dominique. Tan bueno que podría conducirlo a una emboscada.

—Se trata de una nueva clase de rayos X —explicó Rodgers—. Mi operador es capaz de obrar milagros con eso.

—Una nueva clase de rayos X —dijo Ballon dubitativamente—. No creo que me sirva. No necesito saber dónde está la gente...

—Podría leer papeles para usted —dijo Rodgers—. O labios.

Ballon estaba alerta pero prevenido.

—General Michael Rodgers —dijo por fin—. ¿Cómo puedo saber que usted no trabaja para Gerard Dominique?

Rodgers dijo:

—Porque también tuve noticias de un par de asesinatos que cometió hace veinte años. Lo sé porque conozco a la persona que estaba con él. No puedo decirle nada más... excepto que quiero a Dominique ante un tribunal de justicia.

Ballon miró a sus hombres. Sus hombres lo estaban mirando. — ¡Vigilen los monitores! —aulló.

Ellos obedecieron. Ballon se moría por salir de ese sitio húmedo y entrar en acción.

—Está bien —dijo el coronel—. ¿Cómo hago para entrar en contacto con ese obrador de milagros suyo?

Rodgers dijo:

—Quédese donde está. Haré que lo llame por teléfono.

Ballon accedió y colgó. Luego le dijo al sargento Marie que saliera con tres hombres a vigilar el edificio. Si sospechaban que alguien los estaba observando o pensaba tenderles una trampa, debían comunicarse con él por radio inmediatamente.

Pero Ballon tenía el presentimiento de que este general Rodgers era uno de los buenos, tal como presentía que Dominique era uno de los malos.

Sólo espero que no me fallen los presentimientos, pensó mientras el sargento Ste. Marie y los tres hombres salían del edificio y él seguía montando guardia junto al teléfono.

41

Jueves, 9.34 hs., Studio City, California

Se hacía llamar Streetcorna y vendía cintas de audio que sacaba de una mochila de piel de pantera. Todos los días durante más de un año, alrededor de las siete de la mañana, el joven dejaba su maltratado Volkswagen en el estacionamiento detrás de la cadena de comercios de Laurel Canyon en Studio City, y caminaba hacia el Ventura Boulevard. Al caminar, sus sandalias de cuero negro se arrastraban perezosamente contra la acera, impulsadas por un par de piernas largas y delgadas visibles bajo las hojas secas de su pagne sudanés. La falda estaba sostenida por un bretel de piel de leopardo. Bajo los breteles llevaba una remera negra manchada de sudor con letras blancas que decían: "Streetcorna rap". Tenía el cabello afeitado a los costados de la cabeza, con un enorme manojo en el centro tejido en forma de cono enrejado con la ayuda de maderitas. Sus ojos eran invisibles detrás de unas antiparras oscuras. Los pequeños adornos de diamante que llevaba en los orificios nasales y en la lengua brillaban debido a la saliva y la transpiración.

Streetcorna siempre se tomaba su tiempo para llegar a su lugar. Mientras avanzaba sin prisa, sonreía y sacaba despreocupadamente un cigarro de marihuana para prepararse para los regateos y los avatares del día. El humo suave lo relajaba y él movía sus brazos delgados y sus manos huesudas al ritmo de su cabeza. Sus muslos comenzaban a moverse también y él cerraba los ojos y palmeaba las manos a cada paso.

Cada día ensayaba una nueva letra. Hoy era: Tengo tengo tengo tengo tengo lo que necesito si tengo mi hierba. Fumar me da fe y reposo frente a la avaricia del hombre lustroso.

Streetcorna dejó de caminar al llegar a la esquina, aunque siguió moviéndose. Se desembarazó de la mochila sin perder el ritmo, abrió el cierre relámpago para dejar a la vista los casetes pregrabados que tenía adentro, encendió un diminuto grabador y prosiguió su actuación. Solía vender cinco o seis casetes por día de manera honorable. Era lo que él llamaba sistema de honor: como estaba demasiado ocupado para detenerse, había un pequeño letrero escrito a mano que instaba a los potenciales clientes a depositar lo que desearan. La mayoría dejaba cinco dólares, unos pocos uno o dos, algunos diez.

Juntaba un promedio de treinta dólares por día, suficiente para fumar, cargar combustible y comer.

Todo todo todo todo todo todo lo que necesito...

Se había anotado el mayor tanto cuando lo llevaron a los estudios de Radford Avenue. Había aparecido en una comedia televisiva, en una escena callejera, y ganado dinero suficiente para pregrabar su música. Antes de eso siempre había grabado en vivo, en la calle, mientras cantaba. Todo el que compraba una grabación de Streetcorna tenía un original. Ahora podían elegir.

Streetcorna solía terminar su jornada a las ocho o nueve de la noche, después de que la tienda de video había alquilado la mayor parte de las películas que iba a alquilar, la farmacia y la librería habían cerrado sus puertas y el tránsito empezaba a disminuir. Entonces regresaba a su viejo

Volkswagen, manejaba hasta una calle lateral o el estacionamiento de un supermercado, y leía dentro del auto a la luz de una vela o a la luz de la calle.

En el último día de su vida, Streetcorna llegó a su puesto a las 7.10 de la mañana. Vendió un casete por diez dólares en las dos horas siguientes, encendió un cigarrillo de marihuana a las 9.15, y empezó su último rap.

Mientras rapeaba con los ojos cerrados, dos hombres jóvenes cruzaron Laurel Canyon. Eran altos y rubios, y caminaban lentamente mientras saboreaban sus emparedados de pita. Llevaban ropa de tenis blanca y bolsos de gimnasia. Cuando estuvieron cerca de Streetcorna, uno de los hombres se paró suavemente tras él, a su derecha, y el otro hizo lo mismo a su izquierda. Los peatones pasaban a toda velocidad tratando de aprovechar la señal verde del semáforo. Los dos hombres sacaron sendas barras de hierro de sus bolsos y las estrellaron violentamente contra las rodillas de Streetcorna.

Streetcorna cayó con un aullido y sus anteojos oscuros se hicieron pedazos cuando su cara golpeó el pavimento. La gente comenzó a mirar y a detenerse y el joven volvió a aullar y se curvó dolorosamente hasta llegar a la posición fetal. Pero, antes de que pudiera darse vuelta y mirar a sus atacantes, los dos hombres alzaron las barras de hierro y lo golpearon malignamente en el costado de la cabeza. Se le rompió el cráneo al primer golpe, manchando el cemento de sangre, pero los hombres descargaron dos golpes más aún. Streetcorna se sacudió con cada golpe... y luego murió.

—¡Dios mío! —gritó una mujer joven cuando la horrible realidad de lo que acababa de suceder se abrió paso entre la multitud como una serpiente—. ¡Dios mío! —volvió a gritar, completamente pálido su rostro—. ¿Qué han hecho?

Uno de los hombres estaba de pie junto al cadáver y el otro palmeaba a la víctima.

—Silenciar su suerte —dijo el hombre que estaba de pie. Una anciana negra que se apoyaba en un bastón muy gastado exclamó

—¡Que alguien llame a la policía! ¡Por favor, ayúdennos!

El joven la miró y avanzó hasta donde estaba ella, al lado de la farmacia. La gente le abrió paso. La anciana se apartó un poco pero mantuvo su expresión desafiante.

—¡Eh! —gritó un hombre blanco de edad mediana interponiéndose entre ambos—. Atrás...

El atacante clavo su talón izquierdo en el empeine derecho del hombre. El hombre se dobló de dolor. La mujer negra retrocedió contra la pared de la farmacia.

El joven energúmeno puso su cara frente a la de ella y le espetó:

—Cierra ese agujero maloliente que tienes por boca.

—No lo cerraré mientras respire aire norteamericano —respondió ella.

Con una mueca, el joven le encajó la punta de la barra de hierro en la boca. Ella se dobló y él pudo empujarla con facilidad.

El joven blanco tambaleó un poco y se arrojó sobre ella. —Las tengo —dijo el otro joven sacando un manojo de llaves del bolsillo de Streetcorna. Se levantó de un brinco.

El asaltante se retiró casualmente, como si regresara a su rincón para sacar la pelota luego de un espléndido gol. Los dos hombres permanecían parados codo a codo mientras la multitud formaba un círculo compacto y amenazante alrededor de ellos.

—¡No podrán con todos nosotros! —gritó alguien.

El hombre que tenía las llaves alzó su bolso y sacó una 45.

—Así que no podremos... —murmuró.

La multitud se abrió sin hacer alharaca. Los hombres la atravesaron y siguieron por Laurel Canyon, ignorando las miradas de los peatones y los gritos de los que dejaban atrás. Encontraron el automóvil de Streetcorna. Sabían cuál era porque hacía días que vigilaban al rapero. Entraron. Salieron de Laurel Canyon y se dirigieron a las HollyWood Hills sin ser perseguidos, y rápidamente fueron tragados por el tránsito rumbo a Hollywood.

La policía llegó casi siete minutos después y ordenó una búsqueda con helicópteros. El helicóptero localizó el Volkswagen estacionado cerca de la intersección de Coldwater Canyon y Mulholland prive, Estaba limpio y abandonado. Los empleados de bomberos en la cima de la colina recordaban haber visto un automóvil haciendo tiempo al costado del camino, pero nadie pudo recordar qué clase de automóvil era o cuál era el aspecto del conductor. Nadie había visto llegar al Volkswagen ni partir al automóvil que esperaba.

Cuando la policía confiscó la mochila de Streetcorna no había casetes en ella. Sólo cuatrocientos dólares y cambio.

42

Jueves, 18.41 hs., Hamburgo, Alemania

Paul Hood llegó al despacho de Hausen seguido por Nancy. Ella entró tentativamente, como si no estuviera segura de encontrar allí amigos o enemigos. Por el momento, sólo encontró gente completamente inmersa en sus propias preocupaciones.

Hausen hablaba por teléfono celular en el área de recepción.

Obviamente había decidido que la seguridad de los teléfonos de su despacho estaba seriamente comprometida. El teléfono celular tampoco era seguro, pero al menos no tendría que preocuparse porque el enemigo escuchara todo lo que decía.

Lang estaba sentado en el borde del escritorio, mirando a Hausen con los labios muy apretados. Matt Stoll todavía estaba sentado ante la computadora de Hausen en el despacho principal.

Hausen hablaba vigorosamente en alemán con alguien llamado Erwin. El idioma alemán siempre le había parecido áspero a Hood, pero esta conversación lo era particularmente, y Hausen no parecía complacido.

Lang avanzó hacia ellos. Hood le presentó a Nancy.

—Ésta es Nancy Jo Bosworth. Es empleada de Demain. Aunque lo dijo, no podía creer las palabras que salían de su boca. Tenía que haber estado loco para volver a buscarla. Completa y absolutamente loco.

—Ya veo —dijo Lang con una sonrisa cortés y fruncida.

—No soy amiga de Dominique —agregó ella—. No lo conozco.

—Parece que casi nadie lo conoce —dijo Lang, conservando la sonrisa rígida.

Hood se excusó y presentó a Nancy y Stoll. Luego los dejó juntos y regresó a la oficina externa.

—¿Qué está haciendo Herr Hausen? —le preguntó a Lang.

—Está hablando con el embajador francés en Berlín, tratando de concertar un viaje inmediato a Francia para investigar el tema de este juego y su fabricante. Herr Hausen quiere enfrentar a este Dominique en presencia de las autoridades francesas. —Lang se le acercó confidencialmente—. Trató de llamar directamente a Dominique pero fue imposible encontrarlo. Está inusualmente perturbado por todo este asunto. Hace una cuestión personal de los crímenes de odio.

—¿Cómo van las cosas con el embajador francés? —preguntó Hood.

—No muy bien —respondió Lang—. Aparentemente, Dominique ejerce una gran influencia en su país. Controla bancos y varias industrias y una impresionante cantidad de políticos.

Hood miró a Hausen por un instante con simpatía y luego regresó a la oficina principal. Sabía lo difícil que era tratar con el sistema en Washington. Ni siquiera podía imaginar las tensiones que existirían entre distintas naciones. Especialmente entre naciones que habían mantenido una relación de odio mutuo durante tanto tiempo como estas dos.

Se paró detrás de Nancy, quien estaba observando cómo Stoll guiaba fluidamente una jauría de perros animados que atravesaban corriendo un pantano. Le resultó difícil concentrarse en el juego.

—¿Cómo van las cosas, Matt? —preguntó.

Stoll golpeó la tecla "P" para hacer una pausa. Se dio vuelta, arqueando las cejas.

—Éste es un juego asqueroso, jefe. Es increíble lo que le hacen estos personajes a la gente valiéndose de sogas, cuchillos y perros. Ya lo verás luego con tus propios ojos —dijo—. Conecté el VCR y estoy jugando. Luego miraré el juego en cámara lenta para ver si hay mensajes subliminales u otras claves o algo que se nos haya pasado por alto.

Nancy dijo:

—Supongo que éste es el juego que recibió Herr Hausen.

—Sí —dijo Stoll quitando la pausa del juego. Casi inmediatamente uno de los perros que estaba controlando cayó en las arenas movedizas y empezó a hundirse.

—¡Mierda! —gritó Stoll—. Saben una cosa, me manejaba mejor estando solo...

—Hay que enfrentar las dificultades —dijo Nancy. Se inclinó por encima de Stoll y apretó la flecha "down" en el teclado.

—Eh, ¿qué está haciendo? —chilló Stoll—. No se meta con mi juego...

—Se está perdiendo algo importante —dijo Nancy.

—¿Cómo?

Nancy mantuvo apretada la tecla y el perro atravesó las arenas movedizas y emergió luego en una caverna subterránea. Indicó algo entre las flechas derecha e izquierda, y pudo juntar recuerdos nazis e instrumentos de tortura.

Hood avanzó hacia la computadora.

—¿Cómo sabías que eso estaba ahí?

—Ésta es una adaptación de un juego que diseñé, llamado *La bestia del pantano* —respondió Nancy—. Los mismos escenarios... paisajes, elementos en primer plano, trampas. Pero los personajes y las escenas son diferentes. En el mío había un monstruo del pantano que huía de su creador y de los aldeanos furiosos. Obviamente, éste es muy distinto.

—Pero es indudablemente tu juego —dijo Hood.

—Absolutamente —Nancy le devolvió los controles a Stoll—.

Salga arrastrándose por el desagüe de tormenta, a la izquierda —le aconsejó.

—Gracias —farfulló él, y siguió jugando.

Hood retrocedió. Resistió la tentación de tomar a Nancy de la mano y atraerla hacia él. Pero advirtió los ojos de Stoll que se clavaron en ellos como dardos mientras avanzaban hacia el rincón. A pesar de su calidad y su máximo nivel de seguridad, el Centro de Operaciones no difería de otras oficinas. Allí también se hablaba. Sus empleados podían guardar secretos de Estado, pero la frase "secretos personales" era casi un oxímoron.

Nancy se acercó a él por las suyas. Hood pudo ver preocupación, amor y cierta morosa desilusión en sus ojos.

—Paul —dijo con suavidad—, sé que te fallé en el pasado, pero esto no tiene nada que ver conmigo. Muchas personas podrían haber hecho esos cambios.

—Te refieres a la gente del Círculo íntimo de Dominique.

Nancy asintió.

—Te creo —dijo Hood—. La cuestión es, ¿qué vamos a hacer al respecto?

Sonó el teléfono celular y Hood se excusó un momento.

—Hola.

—Paul, soy Darrell. ¿Puedes hablar?

Hood dijo que podía. McCaskey dijo:

—Acabo de estar con Liz y Mike, y hemos llegado a la conclusión de que ese individuo que te preocupa es el señor Odio en persona. Y también es lo bastante poderoso como para evitar un arresto.

Explícate.

—Aparentemente, usa una amplia red de bancos para lavar dinero y financiar grupos de odio en el mundo entero. La ley vive olfateándolo pero jamás lo muerde. Mientras tanto, parece que está a punto de introducir en el mercado un nuevo joystick que hace que los jugadores sientan que lo que ven en la pantalla es real.

—Supongo que ese joystick es compatible con los juegos de odio.

—Claro que sí —dijo McCaskey—. Pero ésos no son nuestros problemas inmediatos. El grupo Nación Pura, que fue atrapado esta mañana, puede ser sólo una fachada, un engaño. Parece que ellos y los juegos de odio son sólo parte de un plan mayor: convertir a las ciudades norteamericanas en zonas de guerra racial. Otra vez —dijo—, carecemos de evidencias contundentes. Sólo unos lazos tenues y muchos presentimientos.

—Nuestros presentimientos suelen referirse al dinero —dijo Hood—. ¿Parece haber alguna clase de itinerario o cuenta regresiva?

—Es difícil decirlo. Todos los medios se están ocupando de Nación Pura, y pensamos que van a ordeñar esa vaca.

—Claro que sí.

—Los juegos están listos para ser lanzados —dijo McCaskey—.

Si éste es un esfuerzo coordinado, el coordinador no permitirá que el miedo se enfríe. Un par de golpes contra los negros o las comunidades no sólo encenderían el fuego... causarían una explosión. Acabo de hablar de esto con mis socios del FBI. Coincidimos en que en el peor de los casos los incidentes estallarían en pocos días, si no en horas.

Hood no se molestó en preguntar cómo un solo hombre de negocios extranjero había podido posicionar tantas de las que Rodgers llamaba “malas noticias” sin ser descubierto. Conocía la respuesta. Dominique tenía dinero, autonomía y paciencia. Sólo con dinero y paciencia, el culto japonés Aum Shinrikyo había podido operar desde una oficina en Manhattan entre 1987 y 1995, comprando de todo... desde equipos de computación a sistemas láser capaces de agregar plutonio a varias toneladas de acero destinado a la fabricación de cuchillos. Todo eso iba a utilizarse para iniciar una guerra entre Japón y los Estados Unidos. Aunque era improbable que se hubiera desatado la guerra, sí se hubiera logrado la destrucción nuclear de una ciudad norteamericana si los investigadores del Comité de Investigaciones Permanentes del Senado, trabajando en conjunto con la CIA y el FBI, no hubieran podido penetrar y arrestar a los miembros del culto del juicio final.

Hood preguntó:

—¿Cuáles son las posibilidades de detener esto desde tu posición?

—Obviamente —respondió McCaskey—, hasta que conozcamos el alcance de las ambiciones de

este hombre o incluso blancos específicos... no puedo asegurar nada.

—¿Pero tú crees o sientes que todo esto ha sido generado por un solo hombre?

McCaskey dijo:

—Así se ven las cosas desde aquí.

—De modo que si atrapamos a ese hombre —dijo Hood—, podríamos frenar todo el asunto.

—Supongo que sí—, —dijo McCaskey—. Por lo menos, así lo veo yo.

—Trabajemos sobre esa hipótesis —dijo Hood—. Mientras tanto, ¿alguien tuvo noticias de Bob?

McCaskey dijo con dificultad:

—En realidad... sí.

A Hood no le gustó el tono de su voz.

—¿Qué anda haciendo?

McCaskey explicó y Hood escuchó, sintiéndose terriblemente culpable por haber dejado solo a Herbert. Una cacería en el bosque, un hombre en silla de ruedas contra una camioneta cargada de neonazis. Era absurdo. Luego se enfureció. El Centro de Operaciones había perdido al privado Bass Moore en Corea y al teniente coronel Charlie Squires en Rusia. Herbert debería haber pensado que si algo le ocurría a él, el Congreso amarraría todo el operativo á un escritorio. Herbert no tenía derecho de arriesgar a toda la organización. Finalmente, Hood sintió una ráfaga de orgullo. Herbert estaba haciendo algo que distinguía a los norteamericanos de la mayoría de las otras nacionalidades. Estaba luchando contra la injusticia sin tener en cuenta hacia quién iba dirigida.

Pero, tuviera razón o no, Herbert era un cañón semidisparado, un operativo del gobierno norteamericano cazando neonazis en Alemania. Si quebrantaba la ley o incluso si lo descubrían, los neonazis especularían con el hecho y reclamarían haber sido perseguidos, acosados. Y eso dispararía una ola de críticas contra el Centro de Operaciones, Washington y Hausen.

Además, por supuesto, siempre estaba el peligro de que los neonazis prefirieran eliminar a Herbert. Los hombres de la camioneta podían desconocer su identidad. Y aunque la conocieran, no todos los extremistas querían publicidad. Algunos sólo querían ver muertos a sus enemigos.

Si hubiera confiado en la obediencia de Herbert, Hood le hubiera ordenado regresar al hotel. Y si no hubiera sido por dos grandes “si”, Hood hubiera llegado al punto de pedirle a Hausen que enviara alguien a recogerlo: si hubiera confiado en la seguridad de Hausen, en la que ya no confiaba; y si no hubiera temido embarrar una situación por lo demás tranquila y crear así un nuevo problema.

—¿Viens está vigilando a Herbert? —preguntó Hood.

—Desafortunadamente no —dijo McCaskey—. Steve sólo tiene un ojo en la región y no puede inmovilizarlo. Debido a eso, le pidió a Larry que proveyera a Bob con algunas cosas que necesitaba.

—Agradécele de mi parte —dijo Hood sinceramente, aunque por dentro maldecía. Era eso, entonces. Hood tendría que permanecer con las manos atadas y esperar que Herbert permaneciera anónimo y a salvo.

—Paul —dijo entonces McCaskey—, espera un momento. Tengo una llamada prioritaria.

Hood esperó. La CNN se oía por la línea principal. Era una noticia acerca de la muerte de una celebridad en Atlanta. Hood apenas pudo oír unas palabras antes de que McCaskey volviera a hablar.

—Paul —dijo McCaskey—, Mike está en línea también. Tal vez tengamos una situación.

—De qué se trata —dijo Hood.

—Acabo de recibir noticias de mi contacto en el FBI, Don Worby —dijo McCaskey—. Les han notificado cinco asesinatos de negros por blancos cometidos al mismo tiempo en cinco ciudades diferentes. Nueva York, Los Ángeles, Nueva Orleáns, Baltimore y Atlanta. En cada caso, entre dos y cinco hombres blancos jóvenes emboscaron a un cantante negro de rap. En Atlanta asesinaron a Sweet T., la rapera número uno, cuando salía de su departamento...

—Eso debe de haber sido lo que escuché recién —dijo Hood.

—¿Dónde? —preguntó McCaskey.

—En la CNN.

—Esos bastardos —gruñó McCaskey—. Tal vez debiéramos alquilarles fuentes de HUMINT.

Rodgers apareció en línea y dijo sombríamente:

—¿Se dan cuenta de lo que acaba de ocurrir aquí? Esos ataques fueron una Kristallnacht actualizada.

A Hood no se le hubiera ocurrido esa asociación, pero Rodgers tenía razón. Esos asaltos eran similares a los de la Noche de Cristal, cuando la Gestapo orquestó actos de vandalismo contra sinagogas, cementerios, hospitales, escuelas, hogares y negocios judíos en toda Alemania. También fueron arrestados treinta mil judíos, que fueron los primeros reclusos de los campos de concentración de Dachaum, Sachenhausen y Buchenwald.

Los ataques son similares, pensó Hood, pero hay algo diferente... —No —dijo súbitamente Hood, alarmado—. Ésta no fue otra Noche de Cristal. Esto fue apenas un preludio.

—¿De qué clase? —preguntó Rodgers. Hood prosiguió:

—Los neonazis mataron raperos. Eso enfurecerá a los autodenominados "gangstas" y a su virulento público. Éstos se volverán contra los blancos, muchos de los cuales no aprueban el rap para comenzar, y tendremos más incidentes raciales y motines, y las ciudades norteamericanas a punto de arder. En ese momento volverán los neonazis. Cuando los blancos de Estados Unidos estén hartos de que los amotinados sean contenidos en vez de reprimidos. Cuando haya habido muy pocos arrestos. Cuando los radicales negros de los medios exijan sangre blanca. Ahí comenzará la nueva Noche de Cristal, los ataques armados y coordinados.

—¿Pero en qué se benefician los neonazis? —preguntó Rodgers—. No pueden quebrantar la ley y correr a pedir justicia.

—Los petrificados sí pueden hacerlo —dijo Hood—. Los que se distancian de aquellos que quebrantan la ley pero no de la intolerancia que los motiva.

El plan tenía sentido y cuanto más lo pensaba, más brillante le parecía a Hood en su exacta simplicidad. Pensó en su propia hija, Harleigh, cuyos gustos musicales incluían el rap. Hood estaba a favor de la expresión libre, pero insistía en que se escucharan discos aceptados por el consejo de padres de familia... no para censurar sino para discutir. Algunas de las letras eran muy brutales, y de corazón debía admitir que no le importaría que algunos raperos cambiaran su estilo compositivo. Y no por ello dejaba de ser un político liberal. Por las conversaciones que había mantenido con otros padres en la escuela y en la iglesia, sabía que ellos abrigaban sentimientos más contundentes al respecto. Si los negros empezaban a vengar raperos asesinados, Hood sospechaba que las simpatías de la clase media blanca se inclinarían hacia los blancos asesinos, quienes probablemente

reclamarían estar cumpliendo necesidades perentorias. Y los ataques vengativos de los negros servirían para legitimar esos reclamos. Seguirían los motines, la policía se vería obligada a reprimir a los negros hasta cierto punto, y los neonazis se transformarían en los ángeles violentos de la raza blanca. Por no decir en los potenciales triunfadores de las próximas elecciones.

Menos de cincuenta años después de la muerte de Hitler, los monstruos podrían convertirse en fuerza política en los Estados Unidos, pensó Hood.

—Sueños de armonía rotos en lugar de ventanas rotas —dijo Hood—. Es una pesadilla.

Rodgers irrumpió en la línea:

—Paul, todavía estamos a tiempo de pararlo. Si pudiéramos exponer el operativo de Dominique ante la opinión pública, la gente vería hasta qué punto está siendo manipulada.

—Si eres capaz de decirme cómo atrapado —dijo Hood—, me sentiré feliz haciéndolo.

—Debe haber una manera —dijo Rodgers—. Acabo de hablar con el coronel Bernard Ballon del Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale de Francia. Está en Toulouse enfrentando las mismas dificultades que nosotros, aunque por razones diferentes.

—¿Diferentes en qué? —preguntó Hood mientras Hausen ingresaba a la oficina interna. El alemán parecía muy perturbado.

Rodgers dijo:

—Ballon cree que Gerard Dominique es la cabeza de un grupo de terroristas franceses conocido como los Nuevos Jacobinos. Sus atentados contra inmigrantes encajan perfectamente con lo que sabemos de Dominique.

—¿Y qué planea hacer el coronel Ballon con Dominique? —preguntó Hood.

Hood vio cómo los ojos de Hausen miraban a Nancy al pasar y se clavaban en él al escuchar ese nombre.

—No discutimos eso —dijo Rodgers—. Oficialmente, supongo que planea arrestarlo... a él y a sus secuaces. Pero con el dinero y las influencias de Dominique, Ballon obviamente teme que se saldrá con la suya.

—No necesariamente —dijo Hood. Seguía mirando a Hausen y pensando en el asesinato de las dos chicas—. ¿Y extraoficialmente?

Rodgers dijo:

—Por lo que pudo apreciar de mi conversación con Ballon, parece la clase de tipo que disfrutaría viéndolo caer "accidentalmente" de un edificio de nueve pisos.

Hood dijo:

—Mike, entiendo que has concretado alguna manera de que trabajemos juntos.

—Sólo una —dijo Rodgers—. Necesita información precisa y la vigilancia satelital no se la está brindando.

—Ni una palabra más —dijo Hood. Miró la aparentemente inofensiva mochila de Matt Stoll—. ¿Cómo me comunico con el coronel Ballon?

Mientras anotaba el número telefónico, Hood observaba atentamente a Hausen. Lo había visto perturbado con anterioridad, pero ahora su rostro revelaba algo más. Era como si la máscara de veinte años hubiera caído de pronto dejando al descubierto sólo el odio, un odio desvergonzado y desnudo. Hood le pidió a Rodgers que lo tuviera al tanto de todo y le recordó a McCaskey que lo

mantuviera informado acerca de Herbert. Luego colgó y miró a Hausen de frente.

—¿Cómo le fue? —preguntó Hood.

—Bastante mal —dijo Hausen—. El embajador francés me "hará saber" si podemos entrar. Lo que en idioma diplomático significa "váyase al demonio".

Hausen le clavó los ojos.

—¿Qué pasa con Dominique?

Hood dijo:

—Hay un oficial de la Gendarmerie Nationale en Toulouse dispuesto a cortarle la cabeza a M. Dominique.

—Miró a Nancy. —Lo siento, pero así son las cosas.

Ella hizo una mueca desdichada.

—Entiendo —dijo—, pero creo que será mejor que me vaya. Dio media vuelta para irse. Hood la interceptó y le tomo la mano.

—Nancy, no vuelvas a ese lugar.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Crees que necesito la protección de alguien para sobrevivir a una tormenta de excrementos?

Hausen fue hacia donde estaban Stoll y Lang y se entretuvo estudiando el juego.

Hood la alejó unos pasos, hacia la parte de atrás de la oficina.

—A esta tormenta de excrementos sí —le dijo—. Si Ballon entra, investigará a todos los que trabajan en Demain, y lo más retrospectivamente posible.

—Hay estatutos de limitaciones.

—Es cierto —admitió Hood—. No habrá ramificaciones legales.

Pero piensa en las listas negras. ¿Qué empresa contrataría a alguien que ha cometido espionaje industrial o estafado?

—Una empresa como Demain —respondió ella.

Hood dio un paso hacia ella. Todavía la tenía de la mano... y suavizó el apretón. Ahora estaba tomando la mano de una mujer, no la de una cautiva.

—No hay muchas empresas como Demain —dijo por fin—, gracias a Dios. Lo que están haciendo está mal. Y pase lo que pase... tú no debes volver ahí.

—Toda gran corporación alberga algunos demonios.

—No como éstos —dijo Hood—. Si llegan a abrir esta Caja de Pandora, cientos, miles de personas morirán. El mundo cambiará... y no para mejor.

Aunque los ojos de Nancy eran a la vez tristes y desafiantes, su piel era complaciente. Hood quería besarla, cobijarla, amada. Y tuvo que preguntarse: ¿Quién soy yo para hablar de inmoralidad?

—Entonces —dijo ella—, no quieres que vuelva. Y también quieres que te ayude a llevar a Dominique ante la Justicia.

Aferrando su mano y mirándola a los ojos, Hood respondió lentamente:

—Sí.

La manera tierna y anhelante en que le había hablado la había golpeado casi tan duramente como las palabras que había elegido. Nancy le apretó la mano. Hood devolvió el apretón con intensidad.

—Aunque lo atrapes, Dominique tendrá la justicia destinada a los ricos —dijo Nancy—. Una

clase de justicia que al gobierno francés le gusta dispensar porque sirve para comprarles casas de veraneo a los funcionarios.

—Dominique no podrá comprar la absolución de todo lo que ha hecho —prometió Hood.

—¿Y qué pasará conmigo? —preguntó ella—. ¿Adónde van a parar los que soplan el silbato?

—Te ayudaré cuando todo esto termine —dijo Hood—. Me ocuparé de que consigas trabajo.

—Buenas tardes... y gracias —dijo Nancy—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que no es eso lo que necesito de ti, Paul?

Dio media vuelta mirando hacia abajo y dejó correr la lengua sobre su labio superior. Hood seguía teniéndola de la mano. No podía decir nada, nada que no le diera falsas esperanzas.

Después de un momento, ella volvió a mirarlo.

—Por supuesto que te ayudaré —dijo—. Haré cualquier cosa que necesites que haga.

—Gracias —dijo Hood.

—De nada. ¿Para qué están las ex novias?

Hood le acarició la mejilla, luego volvió al anotador donde había escrito el número de Ballon. No volvió a mirar a Nancy mientras pedía la llamada. El anhelo de sus ojos le habría dado la respuesta, una respuesta que no le haría bien a ninguno de los dos.

43

Jueves, 18.44 hs., Wunstorf, Alemania

El crack que oyó Bob Herbert no fue el del revólver. Lo supo porque la bala le hubiera atravesado el cerebro antes de que el sonido pudiera llegar a él.

También se dio cuenta de que el sonido había venido de arriba. La rama cayó pesadamente entre los árboles. Aunque el oficial de policía se apartó de un salto, no alcanzó a evitar a la joven que cayó del árbol un momento después. La chica cayó encima de él, y ambos cayeron al suelo. Pero ella quedó arriba y se levantó primero. El policía se las ingenió para tomar otra vez el arma... pero ella le pisó la muñeca y lo obligó a soltarla.

—¡Aquí! —dijo ella, empujando el arma a las manos de Herbert.

Herbert apuntó a la cabeza del oficial. Como el hombre no se movió, Herbert miró a la joven. Estaba parada muy inquieta a la izquierda de Herbert, obviamente sacudida por la caída.

—¿Jody Thompson? —preguntó Herbert.

Ella asintió dos veces. Estaba casi sofocada. Su corazón estaba probablemente disparado por el miedo, pobrecita.

—Mi nombre es Herbert. Bob Herbert. Trabajo para el gobierno de los Estados Unidos. Quiero agradecerte lo que hiciste.

Ella respondió entre sollozos entrecortados:

—No es... la primera vez que... caigo por un hombre.

Él sonrió. Estaba agitada por el miedo y tal vez un poco excitada.

—Supongo que no caíste "accidentalmente" del árbol...

—No —dijo ella—. Estaba caminando y me perdí. Me quedé dormida allá arriba. Me desperté cuando usted llegó y vi lo que ese hombre estaba por hacer.

—Me alegra que tengas el sueño liviano —dijo Herbert—. Ahora, creo que será mejor que nos aseguremos de que nuestro amiguito...

—¡Cuidado! —gritó Jody.

Herbert no le había dado la espalda al oficial de policía, pero había cometido el error de mirar a la chica. El alemán se había levantado de un salto antes de que el norteamericano pudiera disparar. Trató de quitarle el revólver. La silla de ruedas cayó hacia atrás con los dos hombres encima y cuatro manos luchando por el arma.

Herbert perdió el revólver en la batalla... pero decidió no buscarlo. Acostado de espaldas y con el oficial de policía encima de él, buscó bajo el apoyabrazos derecho y sacó el Urban Skinner de su guarida. Jody saltó sobre el alemán, tirándole del sobretodo. Mientras lo hacía, Herbert cerró la palma de la mano sobre la empuñadura del cuchillo. La hoja de dos pulgadas asomaba del puño de su mano derecha, entre los dedos mayor y anular.

El oficial de policía buscaba a tientas alrededor de la silla de Herbert, alrededor del propio Herbert, cavando y sondeando con los dedos. Mientras Jody gritaba y azuzaba al alemán, Herbert

extendió la mano izquierda. Aferró un manojo de cabello negro para poner en su lugar la cabeza del alemán. Luego hundió el cuchillo en la carne blanda debajo del mentón. Cortó en dirección al corazón, rebanando las yugulares interna y externa. El músculo trapecio, sobre la parte exterior del cuello, evitó que el cuchillo pasara al otro lado.

El alemán dejó de buscar el cuchillo aunque no dejó de moverse. Trató de arrancarse el cuchillo de la garganta, pero la combinación de Herbert empujándole la cabeza hacia abajo y empujando la hoja hacia arriba hizo que le resultara imposible hacerlo. Herbert no quería que abriera la boca ni que gritara. Tampoco quería que Jody, que todavía estaba encima de él, viera su rostro o la herida.

En pocos segundos el oficial de policía tuvo dificultades respiratorias. Trató de apartarse de Herbert mientras la sangre le llenaba la boca y escapaba entre sus labios. Pero Herbert lo obligó al abrazo mortal.

El alemán bajó la vista con dolor y espanto mientras el suelo debajo de ellos se volvía barroso por la sangre. Hizo débiles, infantiles intentos de golpear a Herbert, luego escupió sangre y cayó doblándose sobre el pecho de Herbert.

Esta vez Herbert sabía que no volvería a levantarse. Cuando el alemán se quedó definitivamente quieto, le dijo a Jody que se levantara y se diera vuelta.

—¿Está seguro? —preguntó ella.

—Estoy seguro —respondió él.

Ella se puso de pie débilmente y se alejó unos metros. Herbert hizo a un lado el cadáver del alemán. El jefe de Inteligencia se echó a un costado para alejarse de la silla volcada y del muerto. Luego limpió su cuchillo en el sobretodo del oficial de policía y volvió a guardarlo en la vaina.

—¿Estás bien, Jody?

Ella asintió.

—¿Está muerto?

—Sí. —dijo Herbert—. Lo lamento.

Ella volvió a asentir compulsivamente. Él esperó un momento, y luego dijo:

—Si me ayudas a volver a mi silla, podremos salir de aquí. Jody lo hizo. Mientras luchaba para ayudarlo, dijo:

—Señor Herbert...

—Bob —dijo él.

—Bob —dijo ella—, ¿qué sabe acerca de la gente que intentó matarme?

Herbert volvió a pensar en la vista satelital del área. —Creo que están en un lago al norte de aquí.

—¿A cuántos kilómetros al norte?

—Pocos —dijo Herbert. Levantó el teléfono—. Voy a informar a mis superiores que te he encontrado, luego te llevaré a Hamburgo, y desde allí tomarás un avión a casa.

—Todavía no quiero irme —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó Herbert—. ¿No estás cansada... herida? ¿Hambrienta? No tengo comida...

—No, nada de eso —dijo Jody—. Mientras estaba arriba del árbol, pensé cuánto los odiaba.

—Yo también los odio —dijo Herbert—. Gente como ésta me quitó mis piernas y mi esposa por

razones que ya no le importan a nadie.

—Y también pensé —prosiguió Jody—, que tal vez hubo una razón para que yo sobreviviera.

—Claro —dijo Herbert—. Para volver a casa, con tus amigos.

—Si eso es cierto —dijo Jody—, volveré a casa, con ellos. Sólo que un poco más tarde. Quiero hacer algo respecto a lo que está pasando aquí.

—Bien —dijo Herbert—, cuando vuelvas a los Estados Unidos, venderás los derechos para que filmen una película sobre esta historia. Hablo en serio. Haz que la gente sepa lo que pasa en el mundo real. Sólo asegúrate de que Tom Selleck haga mi papel, ¿lo harás? y también asegúrate de tener el control creativo. De otro modo, todo será un desastre meloso.

—Estudié cine —dijo Jody—, y hasta el momento no hemos llegado al clímax.

Herbert hizo una mueca.

—Qué disparate: dijo Herbert, pasándose los dedos por la frente—. Chica de Long Island ayuda a agente del gobierno a matar oficial de policía alemán neonazi —dijo—. Ése me parece un clímax del demonio.

—No lo es —respondió ella—. Sería mejor uno así: chica norteamericana enorgullece a su abuelo combatiendo a sus viejos enemigos. Más sustancia, menos sensación.

—Está loca —dijo Herbert y empezó a marcar un número—. Como solíamos decir en Beirut: "Gustosa pero chiflada".

—Algunas veces simplemente: Hay que hacer lo que se debe hacer. —Jody avanzó hacia el oficial de policía. Tomó el arma y la limpió contra sus jeans gastados.

—Deja eso en su sitio —dijo Herbert—. No necesitamos que se dispare por accidente y atraiga refuerzos.

Jody examinó el arma.

—Estábamos usando una P38 como ésta en la película...—dijo—. El utilero me enseñó cómo funcionaba.

—Hurra por él. ¿La disparaste?

Ella asintió.

—Le acerté a un tronco a unas diez yardas de distancia.

—Bravo —dijo Herbert—. Pero hay dos cosas que debes saber. Primero, ésa es una P5, no una P1... que es el nombre oficial de la Walther P38 que ustedes usaban. Las dos son de 9 x 19 milímetros y te resultarán muy semejantes. Segundo, los troncos no son un buen blanco. La gente sabe defenderse mejor que ellos.

Herbert terminó de marcar el número y esperó. Jody apretó los labios y se arrojó sobre él. Desconectó la comunicación.

—¡Eh! —gritó Herbert—. Quita ese dedo de ahí.

—Gracias por su ayuda, señor Herbert... Bob, pero me marcho.

—No te marchas a ninguna parte. Allí afuera hay cientos de militantes psicópatas cuyo aspecto e intenciones desconoces por completo.

—Creo conocerlos.

—¡No los conoces! —aulló él—. La mujer que te capturó era Karin Doring. ¿Sabes por qué no te mató? Por pura cortesía de mujer a mujer.

—Ya sé —dijo ella—. Me lo dijo ella misma.

—No cometerá dos veces el mismo error —dijo Herbert—. Y los miserables que trabajan para ella no lo cometerán ni siquiera una vez, Mierda, probablemente no pasarías de los centinelas.

—Encontraré una manera. Puedo deslizarme en la oscuridad como una serpiente.

—Suponiendo que pudieras, o suponiendo que los centinelas estén borrachos o vomitando o ambas cosas a la vez, ¿que harías al llegar allí? ¿Matar a Karin? ¿Eso harías?

—No —replicó Jody—. No quiero ser como ella. Simplemente quiero que ella me vea. Quiero que vea que estoy viva y no tengo miedo. Me dejó sin nada en el remolque. Sin esperanza, sin orgullo, cero. Quiero recuperar mi dignidad.

—¡Pero tú ya tienes tu dignidad!

—¿Se refiere a lo que usted está viendo ahora mismo? —preguntó Jody—. Esto no es orgullo, es vergüenza. Miedo a la vergüenza. Miedo de tener demasiado miedo de enfrentarla. Necesito morder la oreja de mi torturadora.

Herbert se sentía absolutamente confundido.

—¿Perdón?

—Es algo que hizo mi abuelo una vez. Si no lo hago, jamás seré capaz de entrar a una habitación oscura o caminar por una calle solitaria sin tener miedo. Mi abuelo también decía que Hitler controlaba a la gente por el miedo. Quiero que esa gente sepa que no les temo, no puedo hacerlo fuera del campo de batalla.

Herbert giró la silla para estar más cerca de ella.

—Hay algo de verdad en lo que dices, pero volviendo allí no lograrás nada. Tendrás apenas cinco segundos de gloria antes de que acaben contigo.

—No si usted me ayuda —dijo Jody, inclinándose hacia él—. Sólo quiero que me vean la cara. Eso es todo, Si no lo logro, nunca lograré nada. Si no huyo, jamás volveré a huir. Pero si huyo... entonces esa bruja habrá triunfado. Habrá matado una parte importante de mí.

Herbert no podía argumentar. De haber sido Jody, él hubiera querido hacer lo mismo que ella y aún más. Pero eso no significaba que él debiera acompañarla.

Herbert dijo:

—¿Y cómo se supone que deba vivir yo si te ocurre algo malo? Además, piénsalo bien. Mantuviste la calma. Luchaste. Me salvaste la vida. No tienes que probar nada.

—No —dijo Jody—. Mi demonio sigue allí afuera. Voy a ir y usted no puede detenerme. Puedo correr más rápido que usted.

—No te dejes engañar por la silla de ruedas, mi querida Jody —dijo Herbert—. Cuando quiero... puedo volar.

Herbert apartó el dedo de Jody y volvió a marcar.

—Además, no puedo permitir que mueras. Vamos a necesitarte en un tribunal. Esta mañana estuve con un funcionario del gobierno alemán, el ministro del Exterior Richard Hausen. Él está consagrado a destruirlos. Véngate de ese modo.

—Él está consagrado a su destrucción —repitió Jody—. Y ellos probablemente estarán consagrados a destruirlo a él. Cientos contra uno. ¿Quién cree que va a ganar?

—Eso depende de quién sea ese “uno”. Ella replicó:

—Exactamente.

Herbert la miró.

—Touché —dijo—, pero no puedes ir allá.

Jody frunció la boca. Se levantó y empezó a caminar. —Tonterías. ¡Tonterías!

—¡Jody, detente! —gritó Herbert—. Jody... regresa.

Ella sacudió la cabeza y siguió caminando. Maldiciendo, Herbert cortó y salió tras ella. Mientras avanzaba por la pendiente barrosa y ligeramente inclinada... escuchó crujir las ramas en un pequeño monte tras él. Se detuvo, escuchó con atención, y volvió a maldecir.

Alguien se acercaba. O los habían escuchado o habían venido a visitar al oficial de policía. No tenía importancia. Jody estaba a unas veinte yardas y seguía avanzando. No podía llamarla sin delatar su presencia. Sólo podía hacer una cosa.

Estaba oscuro bajo las hojas. Lentamente, silenciosamente, Herbert se colocó detrás de un árbol. Escuchó.

Había dos clases de pasos. Dejaron de oírse en el lugar donde debía estar el cadáver. La pregunta era, ¿proseguirían la marcha o emprenderían la retirada?

Después de un tenso instante... los pasos siguieron avanzando en dirección a él. Herbert sacó el palo de escoba de debajo del apoyabrazos y esperó. Los pasos de Jody se retiraron hacia la derecha. Se sentía desesperado al no poder llamarla y decirle que se detuviera.

Llevó la respiración al abdomen para relajarse. En la rehabilitación lo habían bautizado "vientre de Buda". Allí le habían enseñado que un hombre no se medía por su capacidad de caminar sino por su capacidad de actuar...

Eran dos hombres. Herbert reconoció los rompevientos azul plomo. Eran los tipos de la camioneta. Herbert esperó que pasaran. Entonces avanzó rápidamente detrás del segundo hombre, puso el palo de costado y lo golpeó fuertemente en el muslo. El hombre se dobló en dos. Cuando su amigo se dio vuelta, ametralladora en mano, Herbert balanceó el palo sobre su rodilla izquierda. El hombre avanzó de un salto hacia Herbert. Herbert lo golpeó en la cabeza. El primer hombre gruñía e intentaba ponerse de pie y Herbert lo golpeó en la nuca. El hombre cayó al suelo, inconsciente. Herbert sonrió burlonamente mirando a los dos hombres.

Tendria que matarlos, pensó. Tocó apenas el Urban Skinner.

Pero si los mataba sería tan vil como ellos, y lo sabía. En cambio, guardó el palo debajo del apoyabrazos y corrió tras Jody.

Aunque avanzaba lo más rápido que podía a través de la oscuridad negro azulada del bosque, sabía que Jody probablemente sería imposible de alcanzar. Pensó en pedirle ayuda a Hausen, ¿pero en quién podría confiar el propio Hausen? Según Paul, el político ni siquiera sabía que su asistente personal era un neonazi. Herbert no podía llamar a la policía. Había matado a un hombre y probablemente lo encerrarían antes de que pudiera sacar de en medio a Jody, y aunque estuvieran trabajando del lado de la ley, ¿qué exiguo grupo de protectores de la paz marcharía a un remoto campo de extremistas militantes en el esplendor de los Días de Caos? Particularmente si se trataba de extremistas que habían diezmado al equipo de un set de filmación sin que se les moviera un pelo.

Tal como había aprendido en sus primeros días como oficial de Inteligencia, Herbert hizo el recuento de las cosas que tenía por seguras. Primero, en esta situación sólo podía confiar en sí

mismo. Segundo, si Jody llegaba al campamento antes que él, la matarían. Y tercero, era muy probable que ella llegara al campamento antes que él.

Herbert levantó del suelo la compacta ametralladora, una Skorpion checa, la colocó encima de su regazo y siguió tras las huellas de Jody.

44

Jueves, 18.53 hs., Toulouse, Francia

El coronel Ballon seguía sentado frente al monitor y pensaba, como la mayoría de los franceses, en lo poco que le interesaban los norteamericanos. Ballon tenía dos hermanas más jóvenes que vivían en Quebec, y ambas le habían contado innumerables historias sobre lo impositivos, engreídos y brutos que eran los norteamericanos. Sobre todo les molestaba que estuvieran tan, pero tan Cerca. Sus propias experiencias con turistas en París, donde estaba destinado, le indicaban claramente cuál era el problema. Los norteamericanos querían ser franceses. Bebían, fumaban y hasta se vestían como franceses. Tenían inclinaciones artísticas y afectaban una actitud despreocupada, como los franceses. Sólo que se negaban a hablar como los franceses. Incluso en Francia... esperaban que todo el mundo hablara inglés.

También estaban las cuestiones militares. Debido a la desastrosa campaña rusa de Napoleón y a la no menos desastrosa Segunda Guerra Mundial, suponían que los miembros de las fuerzas armadas francesas eran absolutamente inferiores a los soldados norteamericanos y que sólo merecían las sobras que éstos se dignaban a arrojarles.

Pero Bonaparte y la Línea Maginot fueron aberraciones en una gloriosa historia militar, se dijo Ballon.

Por cierto, si los franceses no hubieran ayudado a George Washington hoy no existirían los Estados Unidos. Pero esos norteamericanos jamás lo reconocerían. Como tampoco admitirían que fueron los hermanos Lumiere, y no Edison, quienes inventaron el cinematógrafo. O que los hermanos Montgolfier; y no los hermanos Wright, hicieron posible que la gente volara. Lo único bueno de los norteamericanos era que así podían odiar a alguien más... aparte de los alemanes.

Sonó el teléfono y Ballon lo observó durante un momento. Probablemente sería él, Paul Hood. En realidad, Ballon no quería hablar con ese señor Hood, pero menos quería que Dominique volviera a escabullírsele. Así resuelto rápidamente, como resolvía todas las cosas—, levantó el tubo.

—Oui?

—¿Coronel Ballon?

—Oui.

La persona que había llamado respondió en perfecto francés:

—*Je suis* Paul Hood. *Vous avez besoin d'assistance*?

Ballon fue sorprendido con la guardia baja.

—Oui —replicó—. Eh... *vous parlez la langue*? —preguntó.

—*Je parte un peu* —dijo Hood.

Hablaba poco francés.

—Entonces hablaremos en inglés —respondió Ballon—. No quiero oírlo asesinar mi Lengua. Soy muy estricto al respecto.

—Comprendo...—dijo Hood—. Seis años de francés en la secundaria no me han convertido

exactamente en un lingüista.

—La escuela no nos convierte en nada —dijo Ballon—. La vida nos convierte en lo que somos. Pero hablar no es vida, y estar sentado en esta habitación maloliente tampoco es vida. Señor. Hood, quiero a Dominique. Me han dicho que usted tiene cierto equipamiento que puede ayudarme a atraparlo.

—Es cierto —dijo Hood.

—¿Dónde está ahora?

—En Hamburgo —dijo Hood.

—Muy bien. Puede volar hasta aquí en uno de los Airbuses que le dieron una fortuna al padre de Dominique. Si se apura, estará aquí en unas dos horas.

—Allí estaremos —dijo Hood.

—¿Estaremos? —Ballon sintió que se desinflaba—. ¿Quién más vendrá con usted?

Hood dijo:

—El ministro del Exterior Richard Hausen y las otras dos personas de mi equipo.

Antes, Ballon había fruncido el ceño. Ahora... estaba furioso.

Tenía que ser alemán, pensó. Y "ese" alemán en particular. Evidentemente, Dios no me ama como prometió amarme.

—Coronel Ballon —dijo Hood—, ¿sigue ahí?

—Sí —respondió Ballon, malhumorado—. De modo que ya no puedo esperar sentado su llegada. Pero sí puedo luchar con mi gobierno para que permita la visita extraoficial a Francia de un funcionario alemán hambriento de atención.

—Yo lo veo desde otro ángulo —dijo Hood—. La atención puede ser desinteresada si obedece a una causa noble.

—No me dé lecciones de desinterés. Él es un general. Yo peleo en las trincheras. Pero —agregó rápidamente Ballon—, esto no tiene importancia. Yo lo necesito a usted, usted lo quiere a él, y así son las cosas. Haré unas pocas llamadas y los encontraré en el Aerodrome de Lasbordes a las ocho en punto.

—Un momento —dijo Hood—. Usted ya hizo su pregunta. Ahora yo quiero hacer la mía.

—Adelante.

—Pensamos que Dominique se prepara para lanzar una campaña por computadora destinada a desparramar odio, incitar motines y desestabilizar gobiernos.

—Su socio, el general Rodgers, me contó todo acerca de este proyecto de caos.

—Bien —dijo Hood—. También le habrá dicho que queremos detenerlo, no amenazarlo.

—No con esas palabras —dijo Ballon—. Pero yo creo que Dominique es un terrorista. Si ustedes me ayudan a probarlo, entraré en su fábrica y lo detendré.

—Me han dicho que ha evitado ser arrestado en el pasado.

—Es verdad —dijo Ballon—. Pero intento hacer algo más que arrestarlo. Permítame darle un panorama que espero responderá a todas sus preguntas. Nosotros los franceses respaldamos sólidamente a nuestros *entrepreneurs*. Ellos han prosperado en el invierno de nuestra economía. Han medrado a pesar de los malos manejos del gobierno. Y debo admitir, con cierta vergüenza, que una gran cantidad de franceses aprueba las acciones de los Nuevos Jacobinos. Aquí a nadie le gustan los

inmigrantes, y los Nuevos Jacobinos los atacan como perros de presa. Si la gente supiera que Dominique está detrás de esos ataques, eso lo transformaría en un héroe aún más grande.

Los ojos de Ballon ardían al recorrer la imagen del televisor.

En su mente, veía a Dominique cómodamente apoltronado en su despacho.

—Pero aunque nosotros los franceses somos un pueblo emotivo, la mayoría también creemos en la concordia. En curar heridas. En la armonía. Ustedes los norteamericanos creen que nuestra actitud equivale a agitar la bandera blanca de la rendición, pero yo lo considero un gesto de civilización. Dominique no es civilizado. Viola las leyes de Francia y las leyes de Dios. Igual que su padre, tiene la conciencia de diamante. Nada la raspa. Mi intención es obligarlo a responder por sus crímenes.

Hood dijo:

—Creo en las cruzadas morales y respaldaré la suya con todos los recursos de mi organización. Pero todavía no me ha dicho adónde se dirige esta cruzada.

Ballon replicó:

—A París.

—Lo escucho —dijo Hood.

—Planeo arrestar a Dominique, confiscar sus papeles y software, y luego renunciar a la Gendarmerie. Los abogados de Dominique se ocuparán de que jamás vaya a juicio. Pero mientras tanto, me presentaré a la prensa con un catálogo de sus crímenes. Asesinatos y violaciones que ha cometido u ordenado cometer, impuestos que no ha pagado, negocios y propiedades de los que se ha apoderado ilegalmente, y más cosas que no podría revelar siendo empleado del gobierno.

—Un gesto dramático —dijo Hood—, Pero si la ley francesa se parece en algo a la ley norteamericana, usted será demandado, señalado y descuartizado.

—Es verdad —respondió Ballon—. Pero mi tribunal será el tribunal de Dominique. Y cuando el juicio termine él estará perdido. Terminado.

—y usted también.

—Sólo en lo que a esta carrera respecta —dijo Ballon—. Encontraré otro trabajo honorable.

—¿Sus compañeros de equipo sienten lo mismo que usted?

—No todos —admitió Ballon—. Sólo se atienen a las... ¿cuál es la palabra? ¿Las limitaciones? ¿Fronteras?

—Parámetros —dijo Hood.

—Sí. —Ballon chasqueó los dedos—. Sólo se atienen a los parámetros de la misión. Y eso es todo lo que le pido también a usted. Si usted me ayuda a probar lo que está haciendo Demain, si me da una razón para entrar a esa maldita fábrica, derrocaremos a Dominique. Hoy mismo.

Hood dijo:

—Me parece justo. De una u otra manera, entraremos allí. Luego agregó:

—*Et merci*.

Ballon respondió con un gracias áspero, y luego se sentó con el intercomunicador en la mano. Apretó un botón.

—¿Buenas noticias? —preguntó el sargento Ste. Marie.

—Muy buenas —respondió Ballon sin entusiasmo—. Tenemos ayuda. Desafortunadamente, de un norteamericano y un alemán. Richard Hausen.

El sargento gruñó lastimeramente.

—Podemos irnos a casa todos, ya mismo. El huno atrapará a Dominique por las suyas.

—Ya veremos —dijo Ballon—. Ya veremos cómo se comporta ese cabrón cuando no hay reporteros dispuestos a admirarlo.

Con un leve ramalazo de ira —había dicho "norteamericanos y un alemán"—, Ballon llamó a la oficina de un viejo amigo en el CDT, el Comité Departamental de Tourisme, para ver si sencillamente podían mirar hacia otro lado cuando llegara el avión, o si debía enfrentar a los carnívoros territorialistas de París...

45

Jueves, 18.59 hs., Hamburgo, Alemania

Martin Lang hablaba por su teléfono celular mientras Hood ayudaba a Matt Stoll a recoger todos sus equipos. Lang llamaba al aeropuerto en las afueras de Hamburgo para ordenar que alistaran el avión corporativo. Stoll cerraba la mochila y parecía estar muy ansioso.

—Tal vez me perdí algo cuando se lo estabas explicando a Herr Lang —dijo Stoll—, pero dime otra vez por qué estoy yendo a Francia.

Hood dijo:

—Vas a aplicar los rayos T sobre la fábrica Demain en Toulouse.

—Ésa es mi parte —dijo Stoll—. Pero alguien más va a entrar allí, ¿verdad? ¿Profesionales?

Hood miró de Stoll a Hausen. El alemán estaba de pie en el umbral de la puerta, entre las dos oficinas, telefoneando para arreglar el tema de la aduana para el Learjet 36A de Lang. La nave podía llevar dos tripulantes y seis pasajeros a una velocidad promedio de quinientas millas por hora. Eso les permitiría llegar justo a tiempo.

—Hecho —dijo Lang, y colgó. Miró su reloj—, El avión nos estará esperando a las siete y treinta.

Hood seguía observando a Hausen cuando se le ocurrió una idea. La idea le hizo sentir escalofríos al principio y luego lo enojó. El asistente de Hausen lo había traicionado. ¿Y si todas las comunicaciones estaban interceptadas?

Hood llevó aparte a Stoll.

—Matt, voy a enloquecer. Ese chico que trabajaba para Hausen, Reiner. Podría haber dejado un micrófono oculto aquí.

Stoll asintió.

—¿Quieres decir uno como éste?

Metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó un pedazo de cinta de celofán doblada. Dentro había un objeto en forma de gota ligeramente más grande que un alfiler.

—Rastreé el lugar cuando no estabas. Olvidé decírtelo en el calor de los juegos de odio y todas esas lindezas.

Hood suspiró y le palmeó el hombro afectuosamente.

—Bendito seas, Matt.

—¿Eso significa que puedo quedarme aquí? —preguntó Stoll.

Hood hizo un gesto negativo.

—Preguntaba... nada más —dijo Stoll, desconsolado.

Hood se alejó, furioso consigo mismo por haber pasado por alto semejante detalle. Se volvió hacia Nancy, que se había acercado a él. Iban a ingresar a una situación potencialmente peligrosa y cualquier error podía costarles la misión, la carrera... o la vida.

Debes concentrarte en el trabajo, se reconvino. No puedes dejarte distraer por Nancy ni por todo

lo que podría haber sido... pero no fue.

—¿Algo anda mal? —preguntó Nancy.

—No —respondió él.

—Sólo andas dando vueltas, castigándote un poco. —Ella sonrió—. Recuerdo el estilo.

Hood enrojeció por completo. Miró de reojo para asegurarse de que Stoll no los estaba mirando.

—Está bien —dijo Nancy.

—¿Qué cosa? —preguntó él con impaciencia. Quería salir de allí, romper esa proximidad tentadora.

—Ser humano. Cometer un error de vez en cuando o querer algo que no te pertenece. O incluso desear algo que fue tuyo.

Hood dio media vuelta en dirección a Hausen para que no pareciera que estaba evitando a Nancy. Pero eso estaba haciendo. Y Nancy obviamente lo sabía porque se interpuso entre los dos hombres.

—Dios santo, Paul, ¿por qué te echas semejante carga encima de los hombros? ¿La carga, la insoportable carga de ser tan perfecto?

—Nancy, éste no es el momento ni el lugar...

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Crees que tendremos otros?

El dijo torpemente:

—No. No, probablemente no.

—Olvídate de mí por un instante. Piensa en ti. Cuando éramos jóvenes, trabajabas duro para salir al frente. Ahora has llegado al frente y todavía sigues luchando. ¿Para quién? ¿Estás tratando de dar el ejemplo a tus hijos o a tus subordinados?

—A ninguno de ellos —dijo él con aspereza. ¿Por qué todo el mundo vivía cuestionando su ética, su trabajo?

—Sólo trato de hacer lo correcto. Personalmente, profesionalmente, trato de hacer sólo lo correcto. Si eso les resulta demasiado simple o demasiado vago... no es problema mío.

—Podemos irnos, dijo Hausen. Guardó el teléfono celular en el bolsillo de su chaqueta y avanzo rápidamente en dirección a Hood. Estaba obviamente complacido y no se dio cuenta de que interrumpía algo importante.

—El gobierno nos ha dado permiso aduanero para salir en seguida —se volvió hacia Lang—. ¿Todo está en orden, Martin?

—El avión el suyo —dijo Lang—. Yo no iré con ustedes. Me quedaré aquí por si sucede algo.

—Entiendo —dijo Hausen—. Será mejor que los demás nos vayamos.

Stoll rebuscaba en la mochila donde había guardado el equipo de rayos T.

—Maldito sea —dijo sombríamente—. ¿Por qué ir al hotel donde tengo camareros y un baño caliente cuando puedo ir a Francia a luchar contra los terroristas?

Hausen extendió el brazo en dirección a la puerta. Tenía los modales ansiosos e impacientes de un anfitrión que despide a sus huéspedes. Hood no lo había visto tan animado en todo el día. ¿Eso se debería, como él sospechaba, a que Ahab por fin estaba cercando a la Ballena Blanca... o simplemente, como sostenía Ballon, se trataba de un político a punto de anotarse un punto sin precedentes en relaciones públicas?

Hood tomó a Nancy de la mano y avanzó hacia la puerta. Ella se resistió. Él se detuvo y giró la

cabeza. Ella ya no era la mujer confiada que corría hacia él en el parque. Nancy era una figura triste y solitaria, seductora y necesitada.

Sabía lo que estaba pensando. Que debería oponerse a ellos, y no ayudarlos a destruir lo que quedaba de su vida. Al verla parada ahí, Hood coqueteó con la idea de decirle lo que quería oír, de mentirle y decirle que podrían intentarlo otra vez. Su trabajo era proteger a la nación y para eso necesitaba la ayuda de Nancy.

Y una vez que le hayas mentido a Nancy, pensó, también podrás mentirles a Mike y a tu equipo, al Congreso, incluso a Sharon. —Nancy, tendrás que cooperar —le dijo Hood—. Dije que te ayudaría, y lo haré.

Estuvo a punto de volver a recordarle quién había abandonado a quién, ¿pero de qué serviría? Las mujeres no eran consistentes ni justas.

—Pero ése es mi problema, no el tuyo —dijo Nancy. Era como si ella le hubiera leído la mente y estuviera decidida a demostrarle que estaba equivocado—. Dices que necesitarás mi ayuda si logras entrar. Está bien. No te abandonaré por segunda vez.

Irguiendo la cabeza como lo había hecho en el vestíbulo del hotel, Nancy avanzó en dirección a Hausen. El largo cabello rubio se corrió a un lado, como borrando las dudas y el enojo.

Hausen le agradeció a Nancy, les agradeció a todos, y los cinco entraron al ascensor para un rápido viaje hasta el vestíbulo.

Hood se paró junto a Nancy. Quería agradecerle, pero las palabras no alcanzarían. Sin mirarla, le estrechó la mano intensamente. Inmediatamente la soltó. Por el rabillo del ojo vio, parpadear varias veces a Nancy, y ésa fue la única modificación de su expresión por lo demás estoica.

No podía recordar cuándo se había sentido así de cerca y de lejos de una persona. Era frustrante no poder moverse en una u otra dirección, y apenas podía imaginar lo terrible que eso sería para Nancy.

Y entonces ella le respondió arrimándose a él y estrechándole la mano. Pero Nancy no soltó la mano de Paul mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. El suave sonido del ascensor al llegar al vestíbulo interrumpió el contacto pero no el hechizo. Nancy retiró la mano y juntos avanzaron hacia el automóvil que los esperaba, mirando al frente con obstinación.

46

Jueves, 13.40 hs., Washington D.C.

Cuando era niño en Houston, Darrell McCaskey había tallado su propia Smith & Wesson automática en madera de balsa y la llevaba permanentemente en el cinturón, pues así había leído que lo hacían los agentes del FBI. Había agregado un adminículo para apuntar en el frente del arma y una banda de goma al "visor". Enganchando la banda de goma al martillo y soltándolo, podía disparar minúsculos cuadrados de cartón como si fuesen balas. McCaskey guardaba esos cuadraditos en el bolsillo de su camisa para que estuvieran en un sitio accesible y seguro.

Darrell comenzó a portar el revólver en sexto grado. Lo llevaba oculto bajo la camisa abotonada. Eso le daba un andar rígido estilo John Wayne que alentaba las burlas de los otros niños, pero a Darrell no le importaba. Ellos no comprendían que proteger la ley era responsabilidad de todos... además de ser un trabajo de tiempo completo. Y, por si fuera poco, era un chico de baja estatura, Mientras los hippies y los yippies hacían demostraciones, happenings y sentadas callejeras, Darrell se sentía mejor si llevaba puesto su cinturón protector.

McCaskey le disparó al primer maestro que intentó quitarle el revólver. Después de escribir un ensayo en el que revisaba escrupulosamente la Constitución y el derecho a portar armas, le permitieron conservar la suya. Siempre que no la usara más que para defenderse de los extremistas.

Como agente novicio del FBI, McCaskey amaba los desafíos y las investigaciones. Los amó todavía más como segundo agente especial, porque tenía mayor autonomía. Cuando lo nombraron agente especial a cargo y luego agente especial de supervisión se sintió frustrado porque tenía menos oportunidades de pasar tiempo en la calle.

Cuando le ofrecieron el puesto de jefe de Unidad en Dallas, McCaskey aceptó el ascenso principalmente porque tenía esposa y tres hijos. La paga era mejor y el trabajo era más seguro y su familia podía pasar más tiempo con él. Pero en cuanto estuvo sentado detrás de un escritorio coordinando los operativos de otros se dio cuenta de lo mucho que había extrañado las detenciones y las investigaciones. En los dos años siguientes, la actividad conjunta con las autoridades mexicanas le dio la idea de crear alianzas oficiales con fuerzas policiales extranjeras. El director del FBI aprobó su plan de diseño y expansión del FIAT, sigla que significaba Tratado Federal de Alianza Internacional. Rápidamente aprobado por el Congreso y once gobiernos extranjeros, el FIAT permitió que McCaskey se ocupara de casos en Ciudad de México, Londres, Tel Aviv y otras capitales mundiales. Trasladó su familia a Washington, rápidamente ascendió al cargo de sub asistente del director, y fue el único hombre al que Paul Hood pidió como nexo interagencial del Centro de Operaciones. McCaskey obtuvo la promesa y la realidad de cierta autonomía y logró trabajar estrechamente con la CIA, el Servicio Secreto, sus viejos amigos del FBI y más grupos extranjeros de inteligencia y policiales que antes.

Pero aún seguía atado al escritorio. Y gracias a las fibras ópticas y las computadoras no salía de la oficina como acostumbraba hacerlo cuando estaba creando el FIAT. A causa de los diskettes y el

correo electrónico ni siquiera tenía que caminar hasta la fotocopiadora y tampoco necesitaba agacharse para revisar la casilla de correo. Deseaba haber vivido en la época de los héroes de su infancia: Melvin Purvis y Eliot Ness. Casi podía saborear el regocijo de atrapar a Machine Gun Kelly en el Medio Oeste, o a los secuaces de Al Capone entre escaleras tortuosas y oscuros techos de Chicago.

Frunció el ceño y apretó algunos botones del teléfono.

En cambio, estoy ingresando un código de tres dígitos para llamar a la ONR, pensó.

Sabía que no había nada malo en eso, aunque no se veía como un héroe que inspirara a los niños a tallar sus propios teléfonos de madera balsa.

Lo comunicaron directamente con Stephen Viens. La ONR había estado recibiendo vistas satelitales de la planta de Demain en Toulouse, pero eran insuficientes. Mike Rodgers le había dicho que si Ballon y su gente tenían que entrar, la idea era que no entraran a ciegas. Y a pesar de lo que Rodgers le había dicho a Ballon, nadie en el equipo técnico de Matt Stoll conocía el grado de penetración posible de los rayos T en la fábrica, ni cuánto les dirían acerca del despliegue o distribución de fuerzas.

Viens había estado usando el Satélite Audio Receptor Tierra de la ONR para espiar el emplazamiento de Demain. El satélite utilizaba un rayo láser para leer las paredes del edificio del mismo modo que una compactera (CD player) lee un disco compacto. Pero, en lugar de información en la superficie de un disco, el SART leía vibraciones en las paredes de los edificios. La claridad dependía de la composición y el espesor de las paredes. Con materiales favorables como los metales; que vibraban con mayor fidelidad y resonancia que los ladrillos porosos, podían recrearse mediante amplificación computarizada las conversaciones que tenían lugar en el interior de los edificios. Las ventanas no eran buenas: no vibraban lo suficiente para ser leídas.

—La estructura es de ladrillo rojo —dijo Viens con amargura. McCaskey dejó caer la cabeza con pesar.

—Estaba a punto de llamarte y decírtelo, pero quería estar seguro de que no podíamos obtener nada —prosiguió Viens—. Adentro hay materiales más nuevos, probablemente piedra laminada y aluminio, pero el ladrillo amortigua cualquier vibración posible de esos materiales.

—¿Qué pasa con los automóviles? —preguntó Stoll.

—No podemos obtener tomas claras —dijo Viens—. Demasiados árboles, colinas y puentes de ferrocarril.

—Estamos maniatados.

—Así parece —dijo Viens.

McCaskey se sintió como si estuviera al mando del acorazado más sofisticado del mundo en un muelle seco. Herbert, Rodgers y él siempre habían lamentado la falta de inteligencia humana in situ, y éste era el ejemplo perfecto de por qué era tan necesaria.

Billones invertidos en hardware pero ni un centavo para Mata Hari, había dicho Herbert en cierta oportunidad.

McCaskey le dio las gracias a Viens y colgó. Anhelaba estar en medio de la acción en este caso, ser el ariete de inteligencia de un operativo mayor y que todo el mundo dependiera de él. Envidiaba a Matt Stoll porque en sus manos estaba el manejo de los recursos de inteligencia. Y lo peor de todo

era que Stoll probablemente no quería ese trabajo. El jockey de la computadora era un genio: pero funcionaba mal bajo presión.

McCaskey volvió a la computadora, guardó las fotografías en la memoria e ingresó el SITSIM (Simulacro de Situación) del Pentágono para un ELTS (Golpe Táctico en Hito Europeo). El residuo de desavenencias políticas producto de la destrucción de tesoros nacionales era extremadamente alto. Por eso, los Estados Unidos tenían la política de no dañar estructuras históricas, aunque eso ocasionara víctimas. En el caso de la fábrica Demain, el "daño aceptable" —así lo llamaban, como si las estructuras fueran cosas vivientes— sería "el deterioro superficial de la piedra o la decoloración, ambos susceptibles de restauración completa." En otras palabras, si las balas convertían una pared en un colador... uno estaría en serios problemas, y si las manchaban con sangre, sería mejor llevar un balde y un trapo.

Ingresó en la base de datos arquitectónicos de Francia y observó un plano de la fábrica a la que debían ingresar. El diagrama resultó inútil: apenas mostraba el aspecto del lugar en 1777 cuando había sido construido el puente adyacente, denominado Vieux Ponto. Dominique había hecho algunos cambios desde entonces. Si había obtenido permisos no figuraban en ningún lugar. Si había remitido los nuevos planos no estaban en ninguna parte. Había sido más fácil conseguir los planos del Hermitage de San Petersburgo para la incursión del Striker. Obviamente, Dominique había estado endulzando las palmas de muchísimas manos ávidas durante muchos, muchísimos años.

McCaskey regresó a las fotografías del ONR, que todavía no le decían nada. Envidiaba a Stoll, pero debía admitir que el hombre tendría por qué preocuparse. Aun con la ayuda de Ballon, tendrían serias dificultades si la situación degeneraba hasta ese punto. También estarían demasiado restringidos. El archivo sobre los Nuevos Jacobinos era escaso, pero la poca información que contenía le había erizado la piel, como los detalles de los métodos que utilizaban para emboscar o asesinar a sus víctimas y las torturas que manejaban para intimidar u obtener información. Tendría que enviarle esos datos a Hood si ingresaban a la fábrica. Y le comentaría que hasta Melvin Purvis y Eliot Ness lo hubieran pensado dos veces antes de entrar.

No hay tiempo para posicionar el Striker, pensó McCaskey, y el único estratega que tenemos cerca del sitio, Bob Herbert, está incomunicado.

Marcó el número de Rodgers para darle las malas noticias acerca de la fortaleza... y para tratar de imaginar qué podían hacer para evitar que descuartizaran a sus fuerzas corajudas... pero inexpertas.

47

Jueves, 20.17 hs., Wunstorf, Alemania

Bob Herbert había atravesado dos fases emocionales durante su rehabilitación.

La primera fue que su incapacidad no iba a derrotarlo. Iba a asombrar a los expertos, volvería a caminar. La segunda —a la que ingresó al salir del hospital y dedicarse a la terapia de tiempo completo— fue que jamás sería capaz de hacer una maldita cosa.

Cuando empezó a trabajar para fortalecer los brazos, la zona dorsal y el abdomen, le dolía como si el mismísimo diablo hundiera el tridente en sus fibras y tendones. Quiso abandonar y permitir que el gobierno le pagara una pensión por invalidez, y mirar televisión todo el día y no moverse de su casa. Pero un par de enfermeras bondadosas lo acicatearon alternativamente, empujándolo a la rehabilitación. Una de ellas, en un momento menos santo, le mostró que aún podía tener una gratificante vida sexual. Y después de eso, Herbert no volvió a desanimarse.

Hasta ahora.

Como no quería que nadie del campamento supiera que él se acercaba, no podía usar los pequeños y poderosos reflectores que el jefe de electricidad del Centro de Operaciones, Einar Kinlock, había adosado a su silla de ruedas. El terreno era pedregoso e inestable. Algunas veces ascendía bruscamente, y otras veces terminaba en violentos declives. En la oscuridad, la silla quedaba constantemente atrapada por las malezas. Herbert tenía que hacer mucha fuerza para salir, y en dos oportunidades terminó en el suelo. Enderezar la silla y treparse nuevamente habían sido las dos cosas más esforzadas que había tenido que hacer en la vida, y levantarse por segunda vez lo dejó exhausto. Al volver a sentarse en el asiento de cuero sintió la camisa húmeda de transpiración fría. Estaba tan cansado que temblaba.

Quería detenerse y pedir auxilio. Pero recordó que no podía confiar en nadie. Ese temor se parecía demasiado al horror de la Alemania nazi.

Continuamente chequeaba su compás fosforescente de bolsillo.

Pero después de más de una hora de autopropulsarse, vio las luces de un automóvil a un octavo de milla al sudoeste. Se detuvo y observó atentamente la dirección que tomaba el vehículo. Atravesó lentamente el camino ripioso del que Alberto le había hablado, y Herbert esperó a que pasara. Aunque las luces de freno eran débiles, Herbert las vio relucir en la distancia. Luego se encendió la luz interna, unas figuras oscuras se alejaron de él, y otra vez hubo oscuridad, y silencio.

Obviamente, era aquí donde debía estar.

Herbert avanzó en dirección al auto a través del terreno aterronado. Evitó el camino por si venía alguien más, y casi se le paralizaron los brazos por el esfuerzo de atravesar esta última franja de bosque. Sólo esperaba que Jody no lo confundiera con un neonazi y se arrojara de un árbol.

Antes de llegar al vehículo, una limusina, Herbert se inclinó hacia adelante. La Skorpion todavía estaba sobre su regazo, de modo que la colocó bajo la pierna para que nadie la viera. Así podría apoderarse de ella en un abrir y cerrar de ojos si era necesario. Al acercarse, pudo ver techos de

carpas y humo de fogatas. Vio hombres jóvenes parados entre las carpas, mirando el fuego. Y luego vio por lo menos doscientas o trescientas personas frente a un claro, a la orilla del lago. En el claro había un hombre y una mujer, solos.

El hombre hablaba. Herbert se ocultó detrás de un árbol y escuchó. Podía entender bastante alemán.

—... que en este día concluye una era de lucha involuntaria. De esta noche en adelante, nuestros dos grupos trabajarán juntos, unidos por un objetivo común y un único nombre: Das National Feuer.

El hombre gritó el nombre del grupo no sólo para causar efecto sino para que lo escucharan. Herbert sintió que le volvían las fuerzas. Su ira crecía con cada vitoreo de la multitud. Saltaban y levantaban ambos brazos como si su equipo acabara de ganar la Copa Mundial. A Herbert no le sorprendía que esta gente evitara el saludo nazi y los gritos de Sieg Heil! Aunque seguramente deseaban la salvación y la victoria, y aunque entre ellos había rufianes y asesinos, no eran los nazis de Adolf Hitler. Eran mucho más peligrosos: tenían la ventaja de haber aprendido de los viejos errores. Sin embargo, casi todos sostenían algo en alto; una daga, una medalla o incluso un par de botas. Probablemente eran los artículos robados del remolque de la película. De modo que Hitler estaba parcialmente representado en este nuevo mitin.

Herbert dejó de mirar las fogatas para que sus ojos volvieran a acostumbrarse a la oscuridad, y escrutó el lugar en busca de Jody.

Cuando los vítores murieron, escuchó que una voz susurraba tras él:

—Lo estaba esperando.

Herbert giró la cabeza y vio a Jody. Parecía nerviosa. —Deberías haberme esperado allá atrás —murmuró Herbert, señalando el camino por el que había venido—. Podría haber aprovechado tu ayuda. —Le tomó la mano—. Jody, volvamos. Por favor. Esto es una locura.

Ella retiró la mano con suavidad.

—Tengo miedo, pero ahora más que nunca debo combatirlo.

—Tienes miedo —susurró Herbert—, y también estás obsesionada. Estás fijada en un objetivo que ha adquirido vida propia. Créeme, Jody, ir tras ellos no es tan importante como crees.

La voz de Herbert fue ahogada por las palabras del orador.

Herbert hubiera deseado no tener que oírlo, no tener que tolerar esa voz que sonaba clara y vigorosa sin necesidad de megáfono. Herbert tironeó de Jody. Ella rehusó moverse.

El alemán decía:

—La mujer que está a mi lado, mi colíder Karin Doring...

La turba estalló en un aplauso espontáneo, y el hombre esperó para proseguir. La mujer inclinó la cabeza pero no dijo nada.

—Karin ha enviado emisarios a Hannover —gritó el hombre cuando se acalló el aplauso—. En pocos minutos todos iremos a la ciudad, al Beer-Hall, para anunciar al mundo nuestra nueva unión. Invitaremos a nuestros hermanos a unirse al movimiento y juntos mostraremos su futuro a la actual civilización. Un futuro donde el trabajo y el sudor tendrán recompensa...

Hubo más aplausos y vítores.

—... donde las religiones, las culturas y los pueblos perversos serán segregados del corazón de la sociedad...

Crecieron los aplausos y los vítores. Permanecieron fuertes.

—... donde los reflectores iluminarán nuestros símbolos, nuestros logros.

El aplauso se transformó en torrente y Herbert aprovechó el bullicio para gritarle a Jody.

—Vamos —dijo, tirándole nuevamente de la mano—. Esa gente caerá sobre ti como perros salvajes.

Jody los miró. Herbert no podía adivinar su expresión en la oscuridad. Tenía la necesidad de dispararle a los pies, echársela sobre el regazo y emprender la retirada en silla de ruedas.

El orador aulló:

—Y si las autoridades de Hannover nos enfrentan, ¡que nos enfrenten! ¡Que nos enfrenten! Durante más de un año he sido acosado personalmente por el Hauptmann Rosenlocher de la policía de Hamburgo. Si manejo demasiado rápido... él está ahí para multarme. Si pongo la música demasiado alta... él está ahí para reprenderme. Si me encuentro con mis colegas... él está cerca. Pero no acabará conmigo. ¡Dejemos que nos acosen individualmente o en conjunto! Así verán que nuestro movimiento está organizado, que nuestra voluntad es fuerte.

Jody miraba azorada el mitin.

—No quiero morir. Pero tampoco quiero una vida patética.

—Jody, no irás a...

Ella arrancó su mano de las de Herbert. Él no intentó retenerla. Avanzó tras ella, maldiciendo la testarudez que lo había impulsado a no aceptar un motor para la silla de ruedas. También maldijo a esa chica que comprendía y debía respetar aunque no entrara en razones. Él tampoco era de los que entraban en razón.

Cuando terminó el aplauso, Herbert sintió retumbar los pasos de Jody. Aparentemente, el centinela más próximo sintió lo mismo... porque dio media vuelta. Los vio a la luz de las fogatas y gritó para alertar a los jóvenes y las jóvenes que estaban más cerca. Un momento después, el centinela avanzaba hacia ellos y los otros formaban una hilera tras él con la clara intención de impedir que Herbert y Jody se acercaran a la multitud o a Karin Doring o a lo que fuera.

Herbert se detuvo. Jody no. Con un gruñido de disgusto, Herbert avanzó tras ella.

48

Jueves, 20.36 hs., sudoeste de Vichy, Francia

—Nadie me preguntó jamás si sabía volar.

Paul Hood estaba parado detrás de Richard Hausen, quien piloteaba el Learjet por los cielos de Francia. Hablaba en voz muy alta para que lo oyeran por encima de los dos poderosos motores turboventilados. La piloto de Lang, Elisabeth Stroh, estaba sentada junto a él. Era una joven morena y agraciada de unos veintisiete años, que hablaba un francés y un inglés impecables. Lang le había ordenado que volara con ellos, los esperara en el jet, y luego regresaran todos juntos. Su conversación se limitaba a comunicarse con la torre en Hamburgo y ahora en Toulouse, y a informar a los pasajeros sobre el plan de vuelo. Si le interesaba lo que Hausen decía, no lo demostraba.

Hood había estado sentado en la cabina con Matt y Nancy.

Después de casi noventa minutos en el aire necesitaba alejarse de ambos: de Stoll porque no había parado un segundo de hablar, y de Nancy porque ni siquiera había empezado a hacerlo.

Sentado en uno de los mullidos sillones que bordeaban las paredes de la cabina, Stoll había reiterado que jamás pensaba en sí mismo como un jugador de equipo. Había ido a trabajar para el Centro de Operaciones porque era un solitario, porque necesitaban un hombre con iniciativa propia al que le agradara sentarse tras un escritorio a diseñar software y resolver hardware. Advirtió que él no era un Striker y no estaba obligado a entrar al campo de batalla. Si lo hacía era por respeto a Hood, no por valentía. El resto del tiempo lo pasó quejándose de las posibles falencias de los rayos T. Reiteró que no ofrecía ninguna garantía. Hood le dijo que comprendía.

Por otra parte, Nancy miró por la ventanilla casi todo el tiempo. Hood le preguntó en qué estaba pensando, pero ella no se lo dijo. Claro que podía adivinarlo. Hubiera querido poder consolarla.

Nancy ofreció información sobre el trazado de la fábrica Demain.

Stoll comparó escrupulosamente su descripción con la planta que le habían enviado desde el Centro de Operaciones vía un paquete de software de acceso remoto diseñado por el propio Stoll. Gracias a la capacidad especial del satélite Hermit de la ONR, las fuentes principales del Centro de Operaciones podían comunicarse inalámbricamente con las computadoras de campo.

Pero no sirvió de mucho. Era poco lo que Nancy podía decirles.

Conocía la disposición y estructura de las áreas de manufactura y programación, pero desconocía las oficinas ejecutivas y los cuarteles privados de Dominique.

Hood dejó a Nancy con sus pensamientos y a Stoll con el consuelo relativo de un juego Multiuso Dungeon que usaba para relajarse. Entró a la cabina del piloto y oyó los recuerdos de juventud de un anhelante y casi vivaz Hausen.

Maximilian, el padre de Hausen, había sido piloto de la Luftwaffe. Se había especializado en combates nocturnos y había piloteado el primer modelo del Heinkel He 219 y derribado cinco Lancaster. Como muchos alemanes, Hausen no se disculpaba por las acciones de su padre durante la guerra. El servicio militar era ineludible y eso no menguaba el amor y el respeto que Hausen sentía

por Maximilian. Pero cuando el alemán relataba las actividades de su padre, a Hood le resultaba difícil no pensar en las familias de los jóvenes tripulantes de los Lancaster derribados.

Acaso percibiendo la incomodidad de Hood, Hausen preguntó: — ¿Su padre sirvió en el Ejército?

Hood dijo:

—Mi padre era médico. Estaba instalado en Fort McClellan, en Alabama, dedicado a enyesar huesos rotos y a tratar casos de —miró a Elisabeth— enfermedades mmm... varias.

—Entiendo —dijo Hausen.

—Yo también —intervino Elisabeth.

La mujer le dedicó una semisonrisa. Hood sonrió también. Se sintió de regreso en el Centro de Operaciones caminando sobre la cuerda floja entre corrección política y discriminación sexual.

—¿Y usted nunca quiso ser médico? —preguntó Hausen.

—No —dijo Hood—. Yo quería ayudar a la gente y sentía que la política era la mejor manera de hacerlo. Algunos miembros de mi generación creyeron que la revolución era la respuesta. Pero yo decidí trabajar con el así llamado "establishment".

—Usted fue más sabio —dijo Hausen—. La revolución rara vez es la respuesta.

—¿Y usted? —preguntó Hood—. ¿Siempre quiso ser político? Hausen sacudió la cabeza.

—Desde que empecé a caminar quise volar —respondió—. Cuando tenía siete años, en nuestra granja junto al Rin en Westfalia, mi padre me enseñó a pilotear el monoplano Fokker Spider de 1913 que él mismo había restaurado. Cuando tenía diez años y asistía pupilo a la escuela en Bonn, maniobré un biplano Bucker de dos plazas en un campo cercano. —Hausen sonrió—. Pero siempre veía que lo que era bello desde el aire Se volvía horrible al tocar tierra. Y como usted, al llegar a la mayoría de edad, decidí ayudar a la gente.

—Sus padres se habrán sentido orgullosos —dijo Hood. La expresión de Hausen se tornó sombría.

—No exactamente. Era una situación muy complicada. Mi padre tenía ideas muy definidas sobre las cosas, incluyendo lo que debía hacer su hijo para ganarse la vida.

—Y él quería que se dedicara a volar —dijo Hood.

—Me quería con él, sí.

—¿Por qué? Usted no le había dado la espalda al negocio familiar.

—No —dijo Hausen—, era peor que eso. Di la espalda a los deseos de mi padre.

—Ya veo. ¿Y todavía está furioso?

—Mi padre murió hace dos años —dijo Hausen—. Pudimos hablar poco antes de su muerte, aunque fue más lo que no dijimos. Mi madre y yo hablamos con regularidad, aunque no es la misma desde la muerte de mi padre.

Mientras escuchaba, Hood no podía evitar pensar en los comentarios de Ballon, que pintaban a un Hausen cazador de titulares en los diarios. Hood comprendía la importancia de la buena prensa por haber sido político. Pero necesitaba creer en la sinceridad de este hombre. En todo caso, no habría cobertura de prensa en Francia.

Nadie informará sobre nuestro triunfo... si triunfamos, pensó oscuramente. Pero tampoco nadie informará sobre nuestro arresto y nuestras humillaciones si fracasamos.

Hood estaba a punto de regresar a la cabina cuando Stoll lo llamó de urgencia.

—¡Ven aquí, jefe! ¡Algo está pasando en la computadora!

Ya no había un trémolo asustado en la voz del genio técnico del Centro de Operaciones. La voz de Matt Stoll sonaba densa, preocupada. Hood avanzó con rapidez sobre la tersa alfombra blanca. —¿Algo anda mal? —preguntó.

—Mira quién se ha metido en el juego que estaba jugando.

Hood se sentó a la derecha de Stoll. Nancy se levantó de su sitio al otro lado de la cabina y se sentó a la izquierda de Matt. Stoll bajó la persiana de la ventanilla para que pudieran ver mejor. Todos miraron atentamente la pantalla.

Había un gráfico de un rollo de pergamino escrito con letra gótica. Una mano blanca lo sostenía del extremo superior, y otra mano blanca lo mantenía desplegado desde el extremo inferior.

Allí se leía:

¡Ciudadanos, escúchennos! Les suplicamos sepan perdonar esta interrupción.

¿Sabían que según el Sentencing Project, un grupo de interés público, un tercio del total de hombres negros entre veinte y veintinueve años están en prisión, en libertad condicional, o bajo palabra?

¿Sabían que la cifra ha aumentado un diez por ciento desde hace sólo cinco años? ¿Sabían que estos negros les cuestan a la nación más de seis billones de dólares al año? Volveremos a estar con ustedes en ochenta y tres minutos.

Hood preguntó:

—¿De dónde vino eso, Matt?

—No tengo idea.

Nancy dijo:

—Estas irrupciones suelen ocurrir a través de terminales interactivas o terminales de transferencia de archivos...

—O terminales de correo electrónico, sí —dijo Stoll—. Pero esto no tiene origen en el Centro de Operaciones. Este pergamino viene de otro lado. Y ese otro lado probablemente estará muy oculto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hood.

—Las irrupciones sofisticadas como ésta suelen realizarse a través de una serie de computadoras.

—¿Para impedir que las rastreen? —preguntó Hood.

Stoll sacudió la cabeza.

—Es cierto que estos delincuentes usan una computadora para irrumpir en otra, y luego usan esa otra para irrumpir en una tercera, y así sucesivamente. Pero esto no es tan sencillo. Cada computadora representa miles de rutas potenciales. Como una terminal ferroviaria, pero con cientos de ramales hacia destinos diferentes.

La pantalla se iluminó y apareció un segundo pergamino. ¿Sabían que la tasa de desempleo entre hombres y mujeres negros duplica la de hombres y mujeres blancos? ¿Sabían que un promedio de nueve de cada diez discos del país fueron grabados por negros este año, y que sus hijas blancas y sus novias blancas están comprando más del sesenta por ciento de esta mal llamada música? ¿Sabían que sólo el cinco por ciento de los libros publicados en este país son adquiridos por negros? Volveremos

a estar con ustedes en ochenta y dos minutos.

Hood preguntó:

—¿Esto está apareciendo simultáneamente en algún otro lugar?

Los dedos de Stoll ya se deslizaban velozmente por el teclado. —Chequeando —dijo mientras tipiaba "listserv@cfrvm.sfc.ufs.stn."—Éste es un grupo que discute las películas de acción de Hong Kong. Es la dirección de correo electrónico más difícil que conozco.

Después de un instante, la pantalla cambió.

Casualmente pienso que el retrato de Wong Fei Hong por Jackie Chan es la interpretación definitiva. Aunque la personalidad verdadera de Jackie se visualice de algún modo en el personaje, lo hace bien.

Stoll dijo:

—Es acertado decir que los intrusos sólo intentan cautivar jugadores de videojuegos.

—Tiene sentido —dijo Nancy—, si piensan ofrecer juegos de odio a ese mercado.

—Pero no los estarían ofreciendo por este medio —dijo Hood—.

Quiero decir, no sería posible encontrar sus avisos en las Páginas Amarillas de Internet.

—No —coincidió Stoll— pero en seguida se corre la voz. Todo el que quisiera jugar sabría dónde encontrarlos.

—Y el "Enjoystick" daría un empujón extra a la cosa —dijo Hood—. Los chicos que no estuvieran al tanto de ciertas peculiaridades... sin duda querrían jugar.

—¿Qué pasa con las leyes?—preguntó Nancy—. Pensé que había restricciones acerca de lo que se puede enviar vía Internet.

—Las hay —dijo Stoll. Volvió a los pergaminos del Multiuso Dungeon y se apoltronó en su asiento. Por el momento, había olvidado sus temores.

—Son las mismas leyes que gobiernan otros mercados. Los pornógrafos infantiles son perseguidos y atrapados, Los avisos para golpeadores son ilegales. Pero la aparición de cosas como ésta, la enumeración de hechos como éstos, hechos que por otra parte pueden encontrarse en cualquier almanaque, no es ilegal. Aunque la intención sea claramente racista. El único crimen que ha cometido esta gente es irrumpir en la intimidad de otra gente. Y yo les garantizo que este mensaje habrá desaparecido en pocas horas, antes de que las redes oficiales tengan posibilidades de localizarlos.

Nancy miró a Hood.

—Obviamente piensas que esto es obra de Dominique.

—Tiene con qué hacerlo, ¿no?

—Eso no lo convierte en criminal.

—No —coincidió Hood—. Pero matar y robar sí.

Ella le sostuvo la mirada un instante, y luego bajó los párpados.

Evidentemente ajeno a los demás, Stoll dijo:

—Hay ciertos detalles en este pergamino que me recuerdan el juego de la computadora de Hausen.

Se inclinó hacia adelante y tocó la pantalla.

—La sombra debajo de la onda en la parte inferior del rollo es azul, no negra. Alguien con

experiencia en publicidad podría haberlo hecho por costumbre. En la separación de colores, las sombras azul profundo se reproducen mejor que las negras. Y los colores moldeados del pergamino, que le dan un aspecto sólido aquí —tocó el sector todavía enrollado en la parte superior—, son similares a la textura de la piel del ciervo... en los bosques del otro juego.

Nancy se echó hacia atrás en el asiento. —Está bromeando.

Stoll sacudió la cabeza.

—Entre todos los presentes, usted debería ser la primera en saber la clase de floreos y adornos que los diseñadores ponen en los juegos. Probablemente recordará las primeras épocas de los videojuegos —dijo Stoll—. La época en que uno podía distinguir un Activision de un Imagic, de un Atari, por el peculiar toque de cada diseñador. Demonios, incluso se podía distinguir un David Crane del resto de los juegos de Activision. Los creadores dejaban sus huellas digitales por toda la pantalla.

Nancy dijo:

—Conozco aquellas épocas mejor de lo que supone, Matt. Y le digo que Demain no es así. Cuando programo juegos para Dominique, dejo... todos dejamos nuestras ideas personales en la puerta. Nuestro trabajo es colocar la mayor cantidad posible de colores y gráficos realistas en los juegos.

Hood dijo:

—Eso no significa necesariamente que Demain no esté detrás del juego. Dominique no produciría juegos de odio con el mismo estilo de sus juegos habituales.

Nancy dijo:

—Pero he visto los diseños de la gente que trabaja para él —dijo Nancy—. He pasado horas sentada, pensando en sus gráficas. Ninguno de ellos trabaja de este modo.

—¿Qué pasa con los diseñadores externos? —preguntó Hood.

—En determinado momento deben integrarse al sistema general de la fábrica —dijo ella—. Hay que probarlos, descargarlos... hay docenas de pasos a seguir.

—Y qué pasaría si todo el proceso se hiciera afuera —dijo Hood.

Stoll chasqueó los dedos.

—Ese chico Reiner, el asistente de Hausen. Dijo que diseñaba programas estereogramáticos. Sabe de computación.

—Correcto —dijo Hood—. Nancy, ¿si alguien diseñara un juego afuera, cuál es el menor número de personas que debería ver los diskettes en Demain?

Ella respondió:

—En primer lugar, algo tan peligroso no vendría en diskettes.

—¿Por qué no? —preguntó Hood.

—Porque sería demasiado comprometedor —dijo ella—. Un programa de tiempo codificado en un diskette de Demain serviría para probar ante la corte que Dominique traficaba juegos de odio.

—Suponiendo que no se borraran automáticamente al ser conectados —dijo Stoll.

—Lo hubieran mantenido en su poder hasta estar seguros de que las cosas funcionaban adecuadamente —dijo Nancy. Así trabajan aquí. De cualquier modo, un programa externo como ése hubiera venido a una estación sin disco.

—Tenemos algunas de ésas, jefe —dijo Stoll—. Se utilizan para información altamente sensitiva que uno no desea copiar del servidor de archivos, la computadora trabajada en red, a un diskette local.

Hood estaba al límite de sus conocimientos técnicos, pero captó el sentido de lo que decía Stoll.

Nancy dijo:

—Los únicos que tienen estaciones sin discos en Demain son los vicepresidentes que trabajan con información acerca de juegos nuevos o estrategias comerciales.

Stoll borró el programa de su laptop.

—Déme los nombres de algunos de esos ejecutivos que tienen recursos técnicos suficientes para procesar programas de juegos.

Nancy preguntó:

—¿El proceso completo? Sólo dos de ellos pueden hacerlo. Etienne Escarbot y Jean-Michel Horne.

Stoll ingresó los nombres, los envió al Centro de Operaciones y pidió un informe de antecedentes. Mientras esperaban, Hood consideró algo que lo había estado rondando desde su conversación con Ballon. El coronel no se había entusiasmado para nada con la participación de Hausen. Lo había llamado cazador de titulares.

¿Y qué ocurriría si Hausen fuera algo peor que eso?, se preguntó Hood. No quería pensar mal de alguien que parecía un buen hombre, pero eso era parte de su trabajo. Preguntarse ¿qué pasaría si? y después de escuchar a Hausen hablando de su padre en la Luftwaffe, Hood se preguntaba:

¿Qué pasaría si Hausen y Dominique no fueran enemigos? Hood sólo tenía la versión de Hausen acerca de lo que había sucedido en París veinte años atrás. ¿Y si los dos trabajaban juntos? Dios santo, Ballon había dicho que el padre de Dominique había hecho fortuna fabricando piezas para Airbus. Aviones. Y Hausen era un piloto excepcional.

Hood llevó sus pensamientos unos pasos más allá. ¿Que pasaría si Reiner había hecho exactamente lo que su jefe le había mandado? ¿Hacer aparecer a Hausen como víctima del juego de odio para engañar al Centro de Operaciones, a Ballon y al gobierno alemán y empujarlos a una incursión comprometedora? ¿Quién atacaría a Dominique por segunda vez si el primer asalto resultaba en nada?

Stoll dijo:

—¡Ajá! Ya tenemos algunas manzanas potencialmente podridas. Según los archivos legales de Lowell Coffey, en 1981 M. Escarbot fue acusado por una firma parisina de robar secretos comerciales de IBM acerca de un proceso de despliegue de gráficos. Demain pagó para resolver el caso. Y también hay cargos contra M. Horne; datan de veinte años atrás y luego fueron anulados. Parece que recibió una patente francesa para un chip avanzado que fue robado, según testimonio, a una empresa norteamericana. Sólo que no pudieron probarlo. Tampoco pudieron encontrar a la persona que supuestamente robó el...

Stoll paró de leer. Volvió un rostro súbitamente pálido en dirección a Hood, y luego en dirección a Nancy.

—No —dijo ella—, no hay dos Nancy Jo Bosworth. Ésa fui yo.

—Está bien —le dijo Hood a Stoll—. Yo lo sabía de antemano.

Stoll asintió lentamente. Miró a Nancy.

—Perdóneme —dijo—, pero como diseñador de software debo decirle que eso es muy poco aconsejable.

—Lo sé —replicó Nancy.

—Basta, Matt —dijo Hood torvamente.

—Seguro —dijo Stoll. Se echó hacia atrás, ajustó el cinturón que jamás había desabrochado y giró la cabeza para mirar por la ventanilla.

Y entonces Hood pensó: Maldito sea todo esto. Aquí estaba él, enfrentando a Stoll cuando lo que debía hacer era preguntarse por qué Nancy había aparecido en el parque como lo hizo. Y cuando él estaba, casualmente, con Richard Hausen. ¿Era una coincidencia o tal vez todos ellos estaban involucrados con ese Dominique? Súbitamente se sintió muy inseguro... y muy estúpido. En el calor de los acontecimientos, en su ansiedad por evitar que Dominique llevara sus juegos y su mensaje de odio a los Estados Unidos, Hood había ignorado torpemente la seguridad y la cautela. Aún más, había permitido que su grupo se dispersara. Su experto de seguridad, Bob Herbert, estaba vagando por los campos de Alemania.

Tal vez estuviera magnificando erróneamente la situación. Su intuición decía que sí. Pero su cerebro le ordenaba probar y descubrir. Antes de llegar a Demain, si era posible.

Hood permaneció al lado de Stoll y Nancy volvió a su sector de la cabina. Se sentía desdichada y no intentaba ocultarlo. Stoll estaba disgustado y tampoco intentaba ocultarlo. Sólo Hood debía guardarse sus sentimientos, aunque no por mucho tiempo.

Cuando Elisabeth anunció por el intercomunicador el próximo aterrizaje en Toulouse, Hood tomó prestada la laptop de Stoll.

—¿Quieres que te ponga el Solitario? —preguntó Stoll, aludiendo al juego favorito de Hood.

—No —dijo Hood, encendiendo la máquina—. Prefiero el Tetris. Mientras hablaba, Hood tipiaba un mensaje en la pantalla. Matt, escribió, no quiero que digas nada. Sólo ponme en línea con Darrell.

Stoll se tocó la nariz disimuladamente, se inclinó e ingresó su contraseña y el número del Centro de Operaciones. La computadora zumbó al procesar el mensaje.

Stoll se echó hacia atrás al leer la palabra “Preparado”. Giró la cabeza hacia la ventana pero mantuvo la vista sobre la pantalla.

Hood ingresó rápidamente su propio código de seguridad y escribió:

Darrell: necesito todo lo que puedas conseguir acerca de la vida del ministro del Exterior alemán, Richard Hausen. Chequea registros de impuestos de uno en adelante. Si buscó empleo en la Airbus Industrie o con un hombre de Toulouse llamado Dominique o Dupre.

También quiero detalles de la vida y las actividades posteriores a la guerra de Maximilian Hausen, de la Luftwaffe. Llámame en cuanto tengas algo. No puede pasar de hoy.

Hood se echó hacia atrás.

—Este juego es una porquería. ¿Qué hago ahora?

Stoll se acercó. Transmitió el mensaje por correo electrónico. — ¿Quieres guardar alguno de estos juegos?

—No —dijo Hood.

Stoll tipió y borró la pantalla.

—De hecho —dijo Hood, cerrando la computadora—, quiero que tomes esta máquina y la arrojes ya mismo por la ventana.

—No deberías jugar videojuegos cuando estás tenso —dijo Nancy. Miró a Hood desde el otro lado de la cabina—. Es como los deportes o el sexo. Hay que estar flojo y sereno.

Hood le entregó la computadora a Stoll. Luego caminó hasta donde estaba Nancy y se sentó junto a ella.

—Lamento haberte metido en esto —dijo.

—¿Qué quieres decir con "esto"? —preguntó ella—. ¿Te refieres a esta pequeña aventura o a todo este asunto horrible y apestoso?

—A este viaje —dijo él—. No debería habértelo impuesto basándome en nuestra...

Se detuvo para elegir la palabra correcta. Con desgano, optó por "amistad".

—Está bien —dijo Nancy—. De verdad, Paul. Una gran parte de mí está harta de correr y depender de Demain y de esa maldita vida de expatriada que debe atraerte para que la disfrutes. ¿Qué era lo que decía Sydney Carton rumbo al cadalso en Historia de dos ciudades? "Esto es, de lejos, lo mejor que he hecho en mi vida." Bien. Paul; esto es, de lejos, lo mejor que hice hasta ahora.

Hood sonrió cálidamente. Quería decide que no se preocupara por el cadalso. Pero no podía garantizar su destino, como tampoco podía asegurar la lealtad de ella. El avión aterrizó suavemente en suelo francés. Hood sólo esperaba que la preocupación de Nancy se debiera a su propio futuro... y no al de él.

49

Jueves, 14.59 hs., Washington D.C.

La transmisión inalámbrica de Hood fue recibida por la secretaria ejecutiva de Darrell McCaskey, Sharri Jurmain. La joven graduada de la Academia del FBI la envió por correo electrónico a la computadora personal de McCaskey y al Dr. John Benn del Centro de Investigación Rápida de Información del Centro de Operaciones.

El CIRI comprendía apenas dos oficinas pequeñas e intercomunicadas con veintidós computadoras manejadas por dos operadores de tiempo completo, supervisados por el doctor Benn. Ex bibliotecario de la Biblioteca del Congreso, este solterón británico era investigador de la embajada en Qatar desde hacía dos años cuando ese Estado árabe se independizó de Gran Bretaña en 1971. Benn permaneció allí otros siete años antes de trasladarse a Washington para vivir con su hermana, viuda reciente de un diplomático. Encantado con Washington y los norteamericanos, Benn decidió quedarse en los Estados Unidos cuando su hermana regresó a Inglaterra. En 1988 adoptó la ciudadanía norteamericana.

La habilidad singular de Benn, adquirida durante sus años por lo demás improductivos en Qatar, era citar oscuras líneas de diálogos de la literatura inglesa. Incluso con la ayuda de grupos Usenet, nadie del Centro de Operaciones había logrado identificar correctamente una sola de las caracterizaciones del doctor Benn.

Benn estaba tomando un té y fingiendo ser el señor Boffin, el personaje de Dickens de *Nuestro común amigo*, cuando el pedido de Hood llegó por correo electrónico. Fue anunciado por la voz de un heraldo en sintetizador electrónico que gritaba: “Me levantaré, e iré ahora”, cita de The Lake Isle of Innisfree, de W. B. Yeats, seguida por el número de identificación de la persona que realizaba el pedido.

—Una vez más en la rompiente, queridos amigos, una vez más —dijo Benn con un floreo y se dirigió a la pantalla número uno.

Junto con sus asistentes Sylvester Neuman y Alfred Smythe reconoció inmediatamente el “saludo” de Stoll, el:-), su “rostro sonriente” tendido de lado. En uno de sus momentos más paranoides, Stoll había convenido con ellos que si alguna vez lo obligaban a transmitir información, ingresaría un:-(, una “cara triste”.

El equipo se dedicó a trabajar con eficiencia para reunir la información.

Para diseñar una rápida biografía de Richard Hausen y obtener cierta información sobre su padre Maximilian, Smythe ingresó al sistema y marcó PTA (FTP) —Protocolos de Transferencia de Archivos— para obtener información de ECRC Munich, Deutsche Elektronen Synchrotron Gerniart Elektro-Synchrotron, DKFZ Heidelberg, Gesellschaft für Wissenschaftliche Datenverarbeitung GmbH, Konrad Zuse Zentrum für Informationstechnik Konrad Zuse Center, y Comprehensive TeX Archive Network Heidelberg. Neuman usó tres computadoras para entrar en Internet y acceder a la información de Deutsches Klimarechenzentrum Hamburg, EUnet Germany —Centro Informativo de la

Red Alemana— y ZIB, Berlin auf Ufer. Con la ayuda de un asistente de Matt Stoll, el subdirector asistente de Operaciones Grady Reynold, ingresó subrepticiamente en los registros de impuestos, empleos y educación de las ex República Federal de Alemania y República Democrática Alemana. Los registros de muchos alemanes, especialmente de los del Este, sólo existían en copia dura. Sin embargo, la historia educativa y financiera de las figuras políticas había sido colocada en discos especiales, a ser completados por diversas comisiones gubernamentales. Además, muchas grandes empresas habían escaneado sus libros por computadora. Por lo menos ésos estarían disponibles.

La oficina de Darrell McCaskey, que regía todo contacto con otras agencias, los intercomunicó con el FBI, la Interpol y varias agencias alemanas: la Bundeskriminalamt o BKA, el equivalente alemán del FBI; la Landespolizei; la Bundeszollpolizei o Policía Federal de Aduanas; y la Bundespostpolizei o Policía Federal Postal. La Bundeszollpolizei y la Bundespostpolizei solían atrapar felones que habían logrado escapar de las garras de las demás agencias.

Mientras los dos asistentes buscaban información a partir de palabras y reunían bloques de datos acerca de Hausen, el doctor Benn los traducía en textos breves y de lectura fácil. Como Hood había pedido una llamada telefónica, Benn tendría que leérselos. Sin embargo, la información también sería almacenada para transmitirla o imprimirla en copia dura.

Al releer la información que había llegado, y luego de haber releído el pedido original, Benn se preguntó si Hood tendría una idea acertada de las cosas. Parecía haber cierta confusión acerca de lo que Hausen había hecho durante su carrera política.

No obstante, Benn siguió trabajando velozmente para respetar el límite de tiempo que Hood había impuesto.

50

Jueves, 15.01 hs., Washington D.C.

A todos los pedidos de información del CIRI se les acordó automáticamente un número de trabajo y un código de tiempo por computadora. Los números de trabajo siempre iban precedidos por uno, dos o tres dígitos que identificaban al individuo que hacía el pedido. Como era frecuente que los pedidos provinieran de agentes en situación de peligro, los otros agentes recibían notificación automática del pedido. Si algo le ocurría a la persona implicada, sus refuerzos deberían ingresar al campo de acción y concluir el operativo.

Cuando Hood pidió información al CIRI, un "bip" de la computadora alertó a Mike Rodgers. Si él no hubiera estado presente, la señal hubiera comenzado a sonar una vez por minuto.

Pero Rodgers estaba allí, almorzando fuera de hora en su escritorio. Entre un mordisco y otro a una hamburguesa calentada en horno de microondas, examinó el pedido. Y empezó a preocuparse.

Rodgers y Hood eran opuestos en muchas cosas. La mayor diferencia estaba en sus maneras de ver el mundo. Hood creía en la bondad de la gente y Rodgers estaba convencido de que la raza humana era básicamente egoísta, una colección de carnívoros territorialistas. Rodgers sentía que la realidad estaba de su lado. Si no lo estuviera, él y millones de soldados quedarían sin trabajo.

Rodgers también sentía que si Paul Hood tenía dudas acerca del clan Hausen, eso era razón suficiente para preocuparse.

—Está yendo a Francia a cazar a un grupo terrorista con Matt Stoll como refuerzo —dijo el general a su oficina vacía. Miró su computadora. Hubiera deseado ingresar ROC y tener el Centro de Operaciones Regional, con personal completo y el equipo Striker listo para actuar in situ en Toulouse. En cambio, tipió MAPEURO.

Un mapa a todo color de Europa apareció en pantalla. Rodgers le superpuso una parrilla y lo estudió un instante.

—Quinientas cuarenta millas —dijo, mientras recorría con los ojos la distancia entre Italia meridional y el sur de Francia.

Rodgers golpeó la tecla ESC y tipió OTANITALIA.

En menos de cinco segundos apareció en pantalla un menú de dos columnas, que ofrecía una amplia selección, desde despliegues de Tropas hasta recursos de Transportes, desde Armamentos hasta programas de simulación de Juegos de Guerra.

Movió el cursar hacia Transportes y apareció un segundo menú.

Seleccionó Transporte Aéreo. Apareció un tercer menú con una lista de tipos de naves aéreas y aeropuertos. El Sikorsky CH-53E estaba libre. El helicóptero trimotor tenía un alcance promedio de más de ciento veinte millas, y también tenía espacio suficiente para lo que Rodgers estaba planeando. Pero, con una velocidad de 196 millas por hora, no era lo suficientemente veloz. Hizo descender la lista. Y se detuvo.

El V-22 Osprey. Un vehículo Bell y Boeing con despegue y aterrizaje verticales. Su alcance

llegaba a las 1.400 millas a una velocidad crucero de 345 millas por hora. Pero lo mejor de todo era que el prototipo de esa nave había sido trasladado a la Sexta Flota para ser probado en Nápoles.

Rodgers sonrió. Salió del menú y llamó su guía telefónica. Movió el cursar hacia Líneas Directas de la OTAN y seleccionó al comandante militar de la OTAN en Europa, el general Vicenzo DiFate.

En apenas tres minutos, Rodgers había obligado al general a abandonar súbitamente una cena en la embajada española en Londres, y le estaba explicando por qué necesitaba pedir prestado el helicóptero y diez soldados franceses.

51

Jueves, 21.02 hs., Wunstorf, Alemania

—¡Estúpido tullido!

Herbert había oído muchos epítetos fuertes en su vida. Los que les gritaban a los negros en Misisipí, a los judíos en la ex Unión Soviética y a los norteamericanos en Beirut. Pero lo que gritó el joven centinela cuando él avanzaba en dirección a Jody fue una de las invectivas más torpes que tuvo oportunidad de escuchar. Y, aunque era un insulto débil, igualmente lo enfureció.

Herbert encendió el reflector de su silla de ruedas y se dio un instante para mirar el asiento del conductor del vehículo al que había seguido. Luego se hizo a un lado para evitar que alguien le disparara a su luz. Desde la oscuridad, observó cómo el centinela alcanzaba a Jody y ella finalmente se detenía. Entonces, Herbert sacó la Skorpion que estaba debajo de su pierna.

Jody y el centinela estaban a unas diez yardas de Herbert y a unas veinticinco yardas de la hilera de neonazis. Más allá, el mitin proseguía sin interrupciones molestas.

Jody estaba parada en línea recta entre Herbert y el centinela. El muchacho preguntó algo en alemán. Jody dijo que no entendía. Él le gritó a alguien que estaba detrás para pedirle instrucciones. Al hacerlo, se corrió ligeramente hacia la izquierda. Herbert apuntó la Skorpion a la tibia derecha del joven y disparó.

El musculoso joven cayó dando un gemido.

—Ahora los dos somos tullidos —murmuró Herbert, guardando el arma en un gastado bolsillo de cuero al costado de la silla. Avanzó rápidamente hacia el asiento del acompañante.

La multitud hizo silencio y la hilera de neonazis cayó cuerpo a tierra detrás del hombre herido. La subida del terreno les hacía imposible disparar desde donde estaban... aunque Herbert sabía que no se quedarían allí por mucho tiempo.

Mientras daba la vuelta al vehículo, Herbert le gritó a Jody:

— ¡Haz lo que tengas que hacer y luego vayámonos!

La chica lo miró, luego miró a la multitud de rostros pálidos.

— ¡Ustedes no me derrotaron!—les gritó con voz poderosa—. ¡Y no me derrotarán!

Herbert abrió la puerta del acompañante.

—¡Jody! —la llamó.

La chica miró al joven herido, y luego corrió en dirección al vehículo.

—Entra, por favor —le dijo Herbert, esforzándose para entrar también él—. Las llaves todavía están en el encendido.

Algunos de los neonazis habían empezado a gritar. Una de las de la hilera había escalado la pendiente. Tenía un revólver. Apuntó a Jody.

—Mierda —dijo Herbert y disparó por la ventanilla. Jody gritó tapándose los oídos. El disparo de Herbert hirió a la alemana en el muslo y la muchacha cayó hacia atrás mientras su sangre manaba a borbotones.

Herbert volvió a salir del auto, se sentó en la silla de ruedas y cubrió la retirada de Jody detrás de la puerta abierta. Jody entró al auto, encendió el motor y aceleró. La jovencita había perdido la compostura. Temblaba y respiraba con dificultad, exhibiendo un clásico abatimiento posterior al estrés.

Herbert no podía darse el lujo de perderla ahora.

—Jody —le dijo—, quiero que prestes atención. La chica se puso a llorar.

—¡Jody!

—¡Qué! —gritó—. ¿Qué, qué, qué?

—Quiero que des marcha atrás, lentamente.

Ella aferraba el volante con la vista baja. La turba se movía como un hormiguero detrás de la humillada hilera del frente. En la distancia, Herbert vio que el orador hablaba con una mujer. Sólo era cuestión de tiempo. En pocos segundos los atacarían.

—Jody —dijo Herbert con paciencia—, necesito que pongas marcha atrás y retrocedas muy lentamente.

Herbert sabía que no podría entrar al auto sin bajar el arma, y si bajaba el arma... los atacarían. Rápidamente miró hacia atrás. A pesar de la oscuridad, pudo distinguir que el terreno era llano detrás de ellos. Planeaba que la puerta abierta del auto los empujara —a él y a la silla—, permitiéndole mantener el arma apuntada mientras se retiraban. Cuando estuvieran a salvo, él se metería en el auto para completar la retirada.

De todos modos, ése era el único plan posible. —Jody, ¿estás escuchando?

Ella asintió, se limpió la nariz y dejó de llorar. — ¿Puedes llevarnos hacia atrás lentamente?

Con dolorosa lentitud e incertidumbre, Jody colocó la mano sobre la palanca de cambios. Nuevamente comenzó a llorar.

—Jody —dijo Herbert sin perder la calma—, realmente debemos salir de aquí.

Ella movió la palanca en el mismo momento en que explotaron las llantas delanteras.

El auto se levantó del suelo con el estallido, provocado por una ráfaga de ametralladora. La puerta abierta golpeó la silla de Herbert y lo empujó hacia el baúl. Un momento después, los disparos de una semiautomática destruían la puerta abierta. La multitud se había apartado para abrir paso a una mujer que llevaba el arma bajo el brazo. Como había dicho Lang — ¿esa misma mañana? —: "Ésa sólo podía ser Karin Doring".

Herbert retrocedió. Abrió la puerta trasera y se parapetó detrás. Luego, disparó por el costado. Eso impidió que los que estaban cuerpo a tierra se levantaran, pero no sirvió para detener a la mujer. Ella avanzaba, inexorable como el invierno.

Jody seguía llorando. Herbert vio armas en el asiento trasero y también algo más. Algo que acaso podría sede muy útil. Volvió a disparar contra la multitud, y dijo:

—Jody, necesito que me cubras.

Ella sacudió la cabeza. Herbert sabía que no comprendía lo que le estaba pidiendo.

Esas balas se estrellaban contra la puerta delantera. Un par de ráfagas más y la atravesarán por completo, pensó Herbert. Luego atravesarían la puerta protectora... y finalmente lo atravesarían a él. — ¡Jody! —aulló—. Tienes que estirarte, tomar las armas que hay en el asiento trasero y disparar. ¡Dispara, Jody, o estamos muertos!

La chica aferraba el volante.

—¡Jody!

Ella seguía llorando. Desesperado, Herbert se acercó a ella y golpeó el asiento, justo al lado de su pierna. La chica gritó y saltó como una pluma expulsada del almohadón por el golpe, y luego cayó en la realidad.

—Jody —repitió Herbert—. Toma esos revólveres y dispárale a Karin Doring... ¡O ella te matará!

La chica lo miró con ojos muy abiertos. Al menos, había entendido eso. Jody se dio vuelta con decisión y alcanzó los dos revólveres.

—Quítales el seguro —dijo Herbert—, es el pequeño...

—Ya está —dijo ella.

Herbert vio que intentaba contener el llanto. Finalmente, Jody disparó varias veces contra el parabrisas, se echó hacia atrás en el asiento y pateó los restos de vidrio con un aullido.

—Asombroso —dijo él, conteniendo el aliento—. ¡Debes graduar los disparos! —Metió la cabeza en el auto para prevenirla—. ¡Ahorra municiones!

Sin apartar la vista de los neonazis que seguían cuerpo a tierra, Herbert recogió las seis botellas de agua mineral y las guardó en el bolsillo de cuero de su silla. A medida que Karin Doring avanzaba, la línea de refuerzos neonazis crecía en número y violencia. Uno de los hombres se levantó.

—¡Bastardo! —gritó Jody, disparándole.

Le falló la puntería, pero el alemán volvió al suelo.

Herbert sacudió la cabeza. Acabo de criar una pequeña asesina, pensó mientras destapaba una de las botellas y la vaciaba en el suelo. Cuando hubo vaciado las dos, retrocedió apenas y usó su Urban Skinner para cortar un pedazo de caño gris de la rueda izquierda de su silla. Ni siquiera Karin Doring podría avanzar a través de una pared de fuego, de eso estaba seguro.

Las balas seguían clavándose en el vehículo. Aterrada, Jody se arrojó hacia la izquierda. Pero al comprender que se había quedado encerrada contra la puerta, se tiró hacia la derecha. Un instante después, las balas destrozaron la chapa y se enterraron en el asiento trasero.

—¡Jody! —gritó Herbert—. ¡Empuja hacia adentro el encendedor de cigarrillos!

Jody lo hizo y luego se encogió sobre sí misma, en el piso de la limusina. Herbert sabía que no volvería a levantarse.

Karin estaba ahora a unas trescientas yardas. Los otros alemanes, que aparentemente se sentían a salvo, empezaron a avanzar también.

Herbert había abierto el tanque de combustible y estaba cargando nafta en las botellas. Las balas golpeaban el auto cada vez con mayor frecuencia. Se veían luces en distintos sectores de la multitud. En menos de medio minuto, Jody y él se transformarían en el señor y la señora Frankenstein en manos de unos aldeanos enfurecidos.

Oyó el clic del encendedor. Jody no iba a poder ayudarlo. Avanzando rápidamente, y viendo muchas más luces de disparos a través de la puerta delantera perforada, Herbert se inclinó sobre el asiento del acompañante y arrancó parte del relleno del asiento destrozado por las balas. Puso una de las botellas en el suelo y metió el relleno en la otra. Luego tomó el encendedor del tablero y lo apoyó

contra el relleno. No pasó nada.

Comprendió horrorizado que el maldito relleno era a prueba de fuego.

Con una maldición, tiró de la mecha. Luego arrojó el encendedor dentro de la botella y la arrojó hacia arriba con ímpetu. Rogó que la mezcla se encendiera.

Surtió efecto. El cóctel molotov explotó en mitad de su vuelo, bañando a la multitud con gotas de fuego y esquirlas de vidrio. Se oían los gritos de los afectados. Muchos habían sido alcanzados en la piel o en los ojos.

Jody levantó la vista sin moverse de su lugar. El asombro reemplazó al miedo. Su mirada pasó de los "fuegos artificiales" a Herbert.

—Se me acabaron las bombas: —dijo él, entrando al auto—. Sugiero que nos vayamos.

Herbert cerró la puerta lo mejor que pudo mientras Jody daba marcha atrás con la limusina. Karin Doring se abrió paso entre la multitud y comenzó a dispararles. Otras armas se unieron a ella.

—Aaayyy...

Herbert miró hacia la izquierda al oír el gemido de Jody. Ella se arrojó contra él. El vehículo aminoró la marcha, luego se detuvo.

Él se inclinó encima de ella y vio que la habían herido en el hombro. Aparentemente en la parte externa de la costilla, debajo de la clavícula.

Jody jadeaba con los ojos cerrados. Herbert trató de moverse para que el brazo de Jody se apoyara sobre su hombro y nada presionara la herida. Al moverse y moverla, vio el paquete de cigarrillos en el bolsillo de la blusa de Jody. Lo sacó rápidamente, y casi se le salió el corazón del pecho al ver la caja de fósforos guardada entre la marquilla y papel celofán.

Apoyó a Jody en el asiento, se echó hacia la derecha, recogió la segunda botella del suelo y la colocó entre sus muslos. Karin había apartado a la multitud y estaba recargando su semiautomática. Herbert sacó un pañuelo, lo sumergió en la botella y encendió un fósforo. Tocó la tela con la llama, que ardió y se desintegró más rápido de lo que hubiera esperado.

—O no se encienden o directamente se inmolan ante tus ojos —dijo apoyándose en la puerta y arrojando la botella en dirección a Karin.

El vidrio estalló sonoramente al esparcirse la nafta. La llama se encendió, ardió y se elevó. Como la música para órgano, pensó Herbert.

Se volvió inmediatamente hacia Jody. Ella se sostenía el hombro. Él sabía que esa zona del cuerpo pronto se volvería insensible, y que el mayor dolor lo sentiría al moverse.

Herbert se esforzó para subir la silla al vehículo, para tener teléfono en caso de necesitarlo. No estaba seguro de que el teléfono de la limusina hubiera sobrevivido a los disparos. Luego ayudó a Jody a incorporarse.

—Jody —susurró—, necesito que hagas algo. ¿Puedes oírme? Ella asintió débilmente.

—No puedo pisar el acelerador. Tú tendrás que hacerlo por mí. ¿Crees que podrás lograrlo?

Ella volvió a asentir.

Él se acomodó tras ella y tomó el volante. Miró al frente y vio a un hombre tratando de impedir que Karin disparara a través de la cortina de fuego.

—¿Jody? No tenemos mucho tiempo. Me ocuparé de ti, pero primero debemos salir de aquí.

Ella volvió a asentir, se pasó la lengua por los labios resecos y carraspeó al extender la pierna.

Tenía los ojos cerrados, pero Herbert observaba sus movimientos en busca del pedal del acelerador.

—Ahí —dijo Herbert—. Ése es. Ahora empuja.

Jody pisó el acelerador muy suavemente y la limusina empezó a retroceder. Con el brazo derecho atravesándole el pecho y la mano en el volante, Herbert dio la vuelta. Así atravesaron el escabroso camino, las arboledas, mientras el brillo anaranjado del fuego se reflejaba violentamente en la ventana de atrás.

Las balas chocaban ruidosamente contra el frente de la limusina, pero con menos fuerza que antes. Los neonazis disparaban a ciegas, a través del fuego. Alguien gritaba que se calmaran.

Caos en los Días de Caos, pensó Herbert con cierta satisfacción.

Feuer detenido por el fuego.

La ironía hubiera sido deliciosa si hubiera tenido tiempo de saborearla.

El vehículo seguía moviéndose marcha atrás. La dirección estaba bastante dura y las llantas delanteras estaban destrozadas y chocaban contra algunos árboles al retroceder. Pronto, el campamento neonazi fue apenas un resplandor reflejado contra las nubes bajas del cielo crepuscular. Herbert estaba comenzando a creer que lograrían salir vivos del bosque.

Pero la limusina dejó de funcionar.

52

Jueves, 21.14 hs., Wunstorf, Alemania

Karin Doring apartaba fríamente las feroces burbujas de nafta que le llovían encima. Su mente estaba en la conducta cobarde de sus seguidores, pero se rehusaba a permitir que eso la distrajera. Como los de un zorro, sus ojos seguían a la presa. Observaba retroceder a la limusina a través del humo y las llamas, a través de la impetuosa y tambaleante masa de sus seguidores.

Un hombre inteligente, pensó con amargura. No encendía los faroles. Se alejaba retrocediendo, guiándose sólo por el torpe brillo de las luces de freno. Y entonces... esas luces se apagaron. La daga de la SA que le colgaba del cinturón golpeó contra su pierna. El arma de fuego sería para el hombre. La daga: ésa estaba destinada a la chica.

Manfred le aferró el hombro desde atrás.

—¡Karin! Tenemos heridos. Richter necesita tu ayuda para restaurar...

—Quiero a esos dos —dijo ella—. Que Richter se ocupe del manicomio. Quería liderar. Que lidere ahora.

—No puede liderar a nuestra gente —dijo Manfred—. Todavía no lo han aceptado.

—Entonces ocúpate tú.

Manfred dijo:

—Sabes que sólo irían al infierno por ti.

Karin rotó el hombro para apartar la mano de Manfred. Luego se volvió hacia él con furia en los ojos.

—¿Al infierno? Se arrastraron como cucarachas cuando los norteamericanos los enfrentaron. ¡Un hombre en silla de ruedas ayudado por una chica histérica los hizo retroceder! Me hicieron pasar vergüenza. Y me avergüenzo de mí.

—Razón de más para dejar atrás este incidente —insistió Manfred—. Fue un fracaso. Bajamos la guardia.

—Quiero venganza. Quiero sangre.

—No —imploró Manfred—. Ése era el viejo estilo. El estilo equivocado. Esto es una retirada, no una derrota...

—¡Palabras! ¡Palabras de mierda!

—¡Karin, escucha! —dijo Manfred—. Puedes utilizar toda esa pasión de otra manera. Por ejemplo, ayudando a Richter a llevarnos a Hannover.

Karin se dio vuelta. Miró a través de las llamas.

—No tengo derecho a mandar sobre nadie mientras esos dos sigan vivos. Yo me quedé junto a Richter viendo cómo mi gente, mis soldados, no hacían nada.

Karin divisó un sendero entre las llamas declinantes y se abrió paso entre el humo espeso. Manfred la siguió tambaleando.

—No puedes atrapar a un automóvil —le dijo.

—Está conduciendo por un camino de tierra y sin luces —dijo ella. Empezó a correr lentamente —. Lo atraparé o le seguiré el rastro. No será difícil.

Manfred trotó tras ella.

—No quieres pensar —le dijo—. ¿Cómo sabes que no te estará esperando?

—No lo sé.

—¿Qué haré yo sin ti? —aulló Manfred.

—Unirte a Richter, tal como pensabas;

—No me refiero a eso —dijo él—. Karin, por lo menos hablemos...

Ella se lanzó a correr.

—¡Karin! —gritó él.

Karin disfrutaba la explosión de energía y la carrera desaforada entre los árboles y por un terreno inestable.

—¡Karin!

No quería oír nada más. No sabía hasta qué punto sus seguidores le habían fallado, o ella les había fallado a ellos. Todo lo que sabía era que para reparar su papel en la debacle, para sentirse limpia nuevamente, tendría que lavarse las manos con sangre.

Y lo haría. De una u otra manera, esa misma noche o al día siguiente, en Alemania o en los Estados Unidos... lo haría.

53

Jueves, 21.32 hs., Toulouse, Francia

Hood miraba por la ventanilla, mientras Hausen hacía aterrizar el jet con una maniobra fácil y cuidadosa. Hood no tenía dudas acerca de la dirección que llevaban. Un poderoso reflector en lo alto de la pequeña terminal iluminaba a un grupo de once hombres vestidos con jeans y camisas de trabajo. El duodécimo hombre llevaba puesto un traje. Al verlo mirar el reloj repetidamente o alisarse el cabello con inquietud, Hood pudo discernir que no era un hombre de la ley. No hubiera tenido la suficiente paciencia. También sabía quién de todos era Ballon. Era el que tenía expresión de perro bulldog y parecía estar a punto de morder a alguien.

Ballon se adelantó antes de que el avión se hubiera detenido por completo. El hombre trajeado corrió tras él.

—Ni siquiera traemos bolsas de maní —dijo Matt Stoll, desabrochando el cinturón de seguridad y estirando las piernas.

Hood observó cómo Ballon —que efectivamente era el perro bulldog— les ordenaba a sus hombres que llevaran la escalerilla hacia el jet. Cuando la copiloto abrió la puerta, ya estaba allí.

Hood se asomó por la puerta y salió, seguido por Nancy, Stoll y Hausen. Ballon los miró a todos, pero se detuvo con dureza en Hausen. Luego se acercó a Hood instintivamente.

—Buenas noches —dijo Hood, extendiendo la mano—. Soy Paul Hood.

Ballon la estrechó con fuerza.

—Buenas noches. Soy el coronel Ballon. —Señaló con el pulgar al hombre del traje. —Éste es M. Marais de Aduanas. Quiere que les informe que éste no es un aeropuerto internacional y que sólo están aquí como un favor especial a mi persona y al Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale.

—*Vive la France* —murmuró Stoll por lo bajo.

—*Les passeports* —le dijo M. Marais a Ballon.

—Quiere ver sus pasaportes —dijo Ballon—. Luego, si tenemos suerte, podremos seguir viaje.

Stoll le dijo a Ballon:

—Si hubiera olvidado mi pasaporte, ¿tendría que regresar a casa?

Ballon lo miró de arriba a abajo.

—¿Usted es el que maneja la máquina? Stoll hizo un gesto afirmativo.

—Entonces no. Aunque tuviera que dispararle a Marais, usted vendría con nosotros.

Stoll buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó su pasaporte.

Los demás hicieron lo mismo.

Marais los revisó uno por uno, chequeando las caras con las fotografías. Luego se los devolvió a Ballon, quien a su vez se los pasó a Hood.

—*Continuez* —dijo Marais con impaciencia. Ballon dijo:

—También se supone que debo decirles que, oficialmente, no han entrado a Francia. Y que se

espera que partan dentro de las próximas veinticuatro horas.

—No existimos pero existimos —dijo Stoll—. A Aristóteles le hubiera encantado.

Nancy estaba de pie tras él.

—¿Por qué Aristóteles? —le preguntó.

—Porque creía en la generación espontánea. Es decir, en la idea de que las criaturas vivientes pueden nacer de materia no viva. Francesco Redi demostró lo contrario en el siglo XVII. Y nosotros acabamos de desaprobar a Redi.

Hood había devuelto los pasaportes y estaba mirando a Marais.

Por la cara del hombre sabía que algo no andaba bien. Un momento después, Marais llamó aparte a Ballon. Hablaron unos minutos. Luego Ballon se acercó a Hood con expresión desasosegada.

—¿Qué pasa? —preguntó Hood.

—Está preocupado —dijo Ballon. Miró a Hausen—. No quiere que esta situación tan irregular reciba ninguna clase de publicidad.

Hausen dijo fríamente:

—No lo culpo. ¿Quién querría que se divulgara que éste es el hogar de Dominique?

—Nadie —replicó Ballon—, excepto, tal vez, la nación que nos dio a Hitler.

El instinto de Hood lo llevaba a mediar en cualquier confrontación de esta clase. Pero decidió mantenerse al margen de ésta. Ambos hombres se habían extralimitado, y Hood sentía que, se volverían enemigos si él interfería.

Nancy dijo:

—Vine aquí para ayudar a detener al próximo Hitler, no a recordar al último. ¿Les importaría colaborar conmigo?

Abriéndose paso entre Ballon, Marais y los otros miembros de la Gendarmerie, Nancy avanzó en dirección a la terminal.

Hausen miró a Hood, y luego a Ballon.

—Ella tiene razón —dijo—. Mis disculpas a ambos.

Ballon frunció la boca como si no estuviera decidido a acabar tan pronto con la cuestión. Luego la aflojó. Se volvió hacia Marais, que parecía estar profundamente confundido.

—A demain —dijo sombríamente. Luego ordenó marchar a sus hombres. Hood, Stoll y Hausen los siguieron.

Mientras avanzaban rápidamente en dirección a la terminal, Hood se preguntaba si habría sido una mera coincidencia que Ballon hubiera elegido el saludo “Hasta mañana”, que en francés también aludía al sitio adonde se dirigían.

Ballon llevó al grupo hasta un par de camionetas que los estaban esperando. Sin hacer alharaca, se aseguró de que Stoll viajara cómodamente sentado entre Hood y Nancy. Ballon subió adelante, al lado del conductor. En el asiento trasero iban otros tres hombres. Ninguno llevaba armas. Los que iban armados viajaban en la segunda camioneta, con Hausen.

—Me siento como el botánico del Bounty —le dijo Stoll a Hood al iniciar el viaje—. Tenía que trasplantar el árbol del pan que tanto buscaban, y el capitán Bligh realmente lo esperaba.

—¿Y eso dónde nos deja al resto de nosotros? —dijo Nancy con el ceño fruncido.

—Rumbo a Tahití —dijo Hood.

Nancy no sonrió. Ni siquiera lo miró. Hood tenía la impresión de estar en la Nave de los Locos, y no en el Bounty. Sin que el romanticismo de la memoria lo obnubilara, Hood recordaba vívidamente la propensión de Nancy a cambiar imprevistamente de humor. Pasaba de la tristeza a la depresión y al enojo como si se deslizara por una pendiente barrosa. Los estados de ánimo no duraban demasiado, pero cuando se apoderaban de ella las cosas se ponían difíciles. Hood no sabía qué lo aterraba más: si el hecho de haber olvidado que era propensa a eso, o el hecho de que ahora acababa de caer en uno de esos peculiares estados de ánimo.

Ballon se dio vuelta:

—Gasté lo último que me quedaba de favores debidos haciéndolos entrar en Francia. Y ya había usado la mayor parte de mi cuota para obtener una orden de allanamiento para entrar en Demain. Expirará un día después de esta medianoche y no quiero desperdiciarla. Hace días que estamos vigilando la planta mediante cámaras de video estratégicas, esperando ver algo que justifique nuestra entrada a la fábrica. Pero hasta ahora, no ha pasado nada.

—¿Qué espera que encontremos nosotros? —preguntó Hood.

—¿Idealmente? —dijo Ballon—. Caras de terroristas conocidos.

Miembros de esta terrible fuerza paramilitar, los Nuevos Jacobinos, que es una mera resurrección de la liga que no vacilaba en matar ancianas o niños si pertenecían a las clases altas.

El coronel usó una llave atada a su muñeca para abrir la guantera. Entregó una carpeta a Hood. Dentro había más de una docena de dibujos y fotografías borrosas.

—Ésos son Jacobinos conocidos —dijo Ballon—. Necesito enfrentarme con alguno de ellos para poder entrar.

Hood le mostró el archivo a Stoll.

—¿Podrás ver una cara con la suficiente claridad como para hacer un identikit positivo?

Stoll revisó las fotos.

—Tal vez. Dependerá de lo que esté delante de ellos, de si se están moviendo o no, del tiempo que tenga para componer las imágenes...

—Ésas son demasiadas condiciones —dijo airadamente Ballon—.

Necesito ubicar a uno de estos monstruos dentro de esa fábrica.

—¿La orden de allanamiento caducará definitivamente? —preguntó Hood.

—Sí —dijo Ballon, furioso—. Pero no permitiré que una resolución pobre nos permita fingir que un hombre inocente es culpable sólo para poder entrar ahí.

—Ajá —dijo Stoll—. Ésa es una manera elegante de no ejercer presión sobre mí, ¿verdad? —Le devolvió la carpeta a Ballon.

—Eso es lo que separa a un profesional de un aficionado —acotó Ballon.

Nancy miró a Ballon.

—Estoy pensando que un profesional jamás hubiera permitido que esos terroristas ingresaran a la fábrica. También estoy pensando que Dominique ha robado, posiblemente asesinado, y está listo para iniciar toda clase de guerras. Pero hace bien su trabajo. ¿Eso lo convierte en un profesional?

Ballon respondió resueltamente:

—Los hombres como Dominique ignoran y desprecian la ley. Nosotros no podemos darnos ese lujo.

—Mentira —dijo ella—. Yo vivo en París. La mayoría de los norteamericanos son tratados como mierda por todo el mundo, desde los terratenientes a los gendarmes. Las leyes no nos protegen.

—Pero usted obedece las leyes, ¿verdad? —preguntó Ballon.

—Por supuesto —replicó Nancy.

Ballon prosiguió:

—Si un bando opera fuera de la ley... es sólo eso. Una fuerza criminal. Pero si ambos bandos operan ilegalmente... es el caos.

Hood decidió mediar en ésta para cambiar de tema.

—¿Falta mucho para llegar a la fábrica?

—Aproximadamente otros quince minutos. —Ballon seguía mirando a Nancy, quien miraba hacia otro lado—. Mlle. Bosworth, sus argumentos son válidos y lamento haberle hablado bruscamente a M. Stoll. Pero hay demasiadas cosas en juego. —Los miró a todos—: ¿Alguno de ustedes ha tenido en cuenta los riesgos del éxito?

Hood se inclinó hacia adelante.

—No, claro que no. ¿Qué quiere decir con eso?

—Si trabajamos quirúrgicamente y sólo Dominique cae, su compañía y sus monopolios podrán sobrevivir. Pero si ellos también caen, se perderán billones de dólares. La economía y el gobierno franceses se verán seriamente desestabilizados. Y eso creará un vacío similar a los que hemos conocido en el pasado.

Miró por encima de ellos hacia la camioneta que los seguía.

—Un vacío que históricamente ha permitido el florecimiento del nacionalismo alemán. Un vacío que enciende la sangre de los políticos alemanes.

Miró escrutadoramente a Hood.

—Un vacío que les permite mirar con codicia a Austria, Sudetenland, Alsacia y Lorena. MM. Hood y Stoll, Mlle. Bosworth... estamos en la cuerda floja. La cautela es nuestro balancín y la ley es nuestra red. Con ellos... llegaremos al otro lado.

Nancy se puso a mirar por la ventanilla. Hood sabía que ella no se disculparía. Pero en su caso, el hecho de que hubiera dejado de discutir equivalía a una disculpa.

—También creo en la ley —dijo Hood—, y en los sistemas que hemos creado para protegerla. Lo ayudaremos a llegar al otro lado de esta cuerda floja, coronel.

Ballon le agradeció con una ligera inclinación de cabeza, el primer despliegue apreciativo desde que habían llegado.

—Gracias, jefe —suspiró Stoll—. Como dije antes:... ésa no es una manera de presionarme, ¿verdad?

54

Jueves, 21.33 hs., Wunstorf, Alemania

Cuando la limusina se detuvo Jody sacó el pie del acelerador.

Luego apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. —No puedo moverme —jadeó.

Herbert encendió la luz del vehículo y se inclinó hacia ella. —Querida —dijo suavemente—, tienes que moverte.

—No.

Herbert comenzó a arrancar tiras de relleno algodonoso del asiento.

—Nuestro auto está muerto. Y nosotros también estaremos muertos si no salimos de aquí.

—No puedo —repitió ella.

Herbert le aflojó el cuello de la blusa y suavemente limpió la sangre de su herida. El agujero era más bien pequeño. No le sorprendería que hubiera sido producido por una bala calibre 22, disparada mediante una pistola de fabricación casera por uno de los chicos de la multitud.

Estúpidos punks, pensó Herbert. Vomitarían al ver su propia sangre.

—Tengo miedo —dijo Jody súbitamente, y se puso a llorar—. Estaba equivocada. ¡Todavía tengo miedo!

—Está bien —dijo Herbert—. Te estás pidiendo demasiado. Herbert se sentía mal por la chica, pero no podía permitirse perderla. No en este momento. Ni por un momento dudó de que Karin vendría tras él, sola o con sus refuerzos. El caduceo del nazismo debía estar bañado en sangre conquistada para ser un emblema de poder.

—Escucha, Jody —dijo Herbert—. Estamos cerca de nuestro punto de partida, aproximadamente a una milla del camino principal. Si conseguimos llegar allí, estaremos a salvo.

Herbert abrió la guantera, buscó aspirinas y le dio dos a Jody.

Luego se estiró hacia el asiento trasero, tomó una de las botellas de agua mineral y le ofreció un trago. Cuando ella terminó de beber, Herbert metió las manos por detrás del asiento. Estaba buscando algo a tientas.

—Jody —dijo—, tenemos que salir de aquí. Encontró lo que buscaba.

—Querida —dijo—, tengo que curarte esa herida. Ella abrió los ojos.

—¿Cómo? —preguntó retrocediendo y tomándose el hombro.

—Tengo que sacar esa maldita bala. Pero no hay gasa para vendaje ni hilo de sutura. Cuando termine tendré que cauterizar la herida.

Jody entró en estado de alerta.

—¿Va a quemarme?

—Ya lo he hecho antes —dijo Herbert—. Tenemos que salir de aquí y la limusina ya no responde. —Hizo una pausa y la miró fijamente—. Lo que voy a hacerte va a doler, pero también te duele ahora. Tenemos que curar eso.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Querida, no tenemos tiempo que perder.

—Está bien —gruñó Jody—. Hágalo.

Tratando de ocultar las manos para que Jody no viera lo que hacía, Herbert encendió un fósforo y lo acercó a la punta de su Urban Skinner. Unos segundos después sopló la llama y usó los dedos para abrir delicadamente la herida. La cápsula de la bala brilló a la luz amarillenta de la limusina. Respirando profundamente, Herbert colocó la mano izquierda encima de la boca de Jody.

—Muérdeme si necesitas hacerlo —dijo, levantando el cuchillo. Jody gruñó.

El secreto para curar una herida de bala era no causar más daño sacando la cápsula del que la propia cápsula había ocasionado al entrar. Pero había que sacarla para que no siguiera penetrando los tejidos, desgarrándolos o incluso fragmentándose mientras emprendía la huida.

Idealmente, el cirujano debía tener fórceps o tenazas para sacar la cápsula. Herbert sólo tenía el cuchillo. Eso significaba que debía llegar debajo de la bala y hacerla saltar hacia afuera rápidamente, evitando que los temblores de Jody movieran peligrosamente la hoja de un lado a otro.

Estudió la herida durante un momento y luego puso la punta en el orificio de entrada. La bala había ingresado en un ángulo ligeramente inclinado de izquierda a derecha. Tendría que entrar en la misma dirección. Contuvo el aliento, apuntó el cuchillo y lo empujó suavemente contra la herida.

Jody aulló contra la palma de su mano. Luchaba para quitarse a Herbert de encima, pero él la mantenía inmovilizada con el antebrazo izquierdo. No había nada como autopropulsarse en silla de ruedas para fortalecer el torso y los brazos.

Herbert empujó la hoja a lo largo de la bala. Sintió dónde terminaba, metió debajo la punta del cuchillo en ángulo, y usó el Skinner como palanca para facilitar la salida de la cápsula. La bala emergió lentamente y cayó rodando sobre el cuerpo de Jody.

Herbert guardó el cuchillo en el cinturón y liberó a Jody. Luego tomó los fósforos.

—Sólo necesito cuatro o cinco segundos para cerrar la herida —le dijo—. ¿Me los concederás?

Ella asintió rápidamente, con los labios y los ojos cerrados. Herbert encendió un fósforo y lo utilizó para prender fuego a toda la caja. Todos los fósforos serían más rápidos y alcanzarían mayor temperatura que si calentaba el cuchillo y lo usaba para cauterizar la herida. Y ahora los segundos valían oro.

Colocando otra vez la palma de la mano sobre la boca de Jody, Herbert empujó las cabezas de los fósforos contra la herida sangrante.

Jody se tensó y le mordió la mano. Herbert conocía esa clase de dolor y sabía que empeoraría cuando se evaporara la humedad de la piel. Mientras Jody le clavaba los dientes, Herbert luchó contra su propio dolor y se inclinó para decide algo al oído.

—¿Has visto a Kenneth Branagh en Enrique V?

Un segundo. La sangre hervía. Las manos de Jody retorcían la muñeca izquierda de Herbert.

—¿Recuerdas qué les dijo a sus soldados?

Dos segundos. La carne comenzaba a secarse. Los dientes de Jody se deslizaron por la palma de su mano.

—Enrique dijo que algún día señalarían sus cicatrices y les dirían a sus hijos que eran galletas duras.

Tres segundos. La herida se chamuscaba. La fuerza de Jody parecía evaporarse. La chica puso

los ojos en blanco.

—Ése es tu caso —dijo Herbert—. Excepto que tú, probablemente, te harás una cirugía plástica.

Cuatro segundos. Los bordes de la herida se unían debido al calor. Las manos de Jody cayeron débilmente a los costados.

—Nadie creerá que te dispararon y te hirieron. Que peleaste junto al rey Bob Herbert el Día de San Crispín.

Cinco segundos. Comenzó a retirar los fósforos, que sonaron débilmente al apartarse de la carne quemada. Tiró la caja, y retiró suavemente las ascuas que aún le colgaban de la piel. Era una tarea minuciosa y desagradable, pero al menos la herida estaba cerrada.

Le sacó la mano de la boca. La palma sangraba copiosamente.

—Ahora los dos tendremos cicatrices para exhibir —murmuró, abriendo la puerta del auto—. ¿Crees que podrás caminar ahora?

Jody lo miró. Estaba sudando y su transpiración brillaba bajo la luz de la limusina.

—Lo haré —respondió. No miró la herida al acomodarse la blusa—. ¿Le lastimé la mano?

—A menos que estés rabiosa... me repondré en seguida. —Terminó de abrir la puerta—. Ahora, si me ayudas con la silla, saldremos volando de aquí.

Jody se movía lenta, tentativamente. Dio la vuelta a la limusina. Con cada paso recuperó la confianza y ya se parecía a la Jody de siempre cuando llegó junto a él. Tuvo un poco de dificultades para sacar la silla, pero finalmente la abrió para que Herbert se sentara.

Apoyando las manos sobre el asiento del auto, Herbert saltó a la silla de ruedas.

—Vámonos —dijo—. Dirección este. A la izquierda.

—Yo no vine por ese camino —dijo ella.

—Lo sé —replicó Herbert—. Por favor, haz lo que te pido.

Jody comenzó a empujar la silla, que tropezaba con cada raíz expuesta o rama caída que se le cruzaba. A lo lejos oyeron un crujir de ramas. Por lo demás, la noche era calma y silenciosa.

—Jamás lo lograremos —dijo Jody.

—Lo lograremos —dijo Herbert—, siempre que mantengas la dirección.

Jody se inclinó sobre la silla y la empujó lentamente en la oscuridad. Mientras avanzaban, Herbert le pidió que hiciera algo más.

55

Jueves, 21.56 hs., Toulouse, Francia

Dejando atrás las camionetas, Ballon, Hood, Stoll, Hausen y Nancy cruzaron el Tarn a pie, atravesando un puente abovedado de ladrillo. Había faroles cada veinte yardas aproximadamente, lo que les permitía ver el camino sin dificultad... y también ser vistos, pensaba Hood.

No tenía importancia. En cualquier caso, Dominique habría previsto que lo vigilarían. La presencia de ellos no lo llevaría a tomar precauciones extras.

Al llegar a la antigua bastide el grupo se detuvo. Se sentaron junto a un matorral sobre la angosta franja de césped que bajaba en dirección al río.

Murmurando todo el tiempo, Stoll le confió a Nancy su computadora mientras desempacaba el T-Bird.

—Supongo que están seguros de que no estamos haciendo nada ilegal —dijo Stoll—. No quiero terminar protagonizando Expreso de medianoche II y que me apaleen.

—En Francia no hacemos esas cosas —dijo Ballon—. Y esto no es ilegal.

—Tendría que haber leído la orden de allanamiento en el avión —dijo Stoll—. Sólo que no leo francés, entonces ¿de qué me habría servido?

El científico de computadoras conectó el invento en forma de caja de zapatos al productor de imágenes con aspecto de máquina de fax. Apuntó al frente del edificio y apretó un botón del productor de imágenes para activar el escaneador láser. Este escaneador limpiaría la imagen y retiraría las imperfecciones ocasionadas por las partículas de aire diseminadas en la luz.

Stoll dijo:

—Coronel, ¿tiene idea del espesor de esas paredes?

—Medio pie en la mayoría de los lugares.

—Entonces todo irá bien —dijo Stoll, encendiendo el generador de terahertz. Apenas diez segundos después, el aparato sonó.

—En medio minuto tendremos la certeza total.

Stoll se inclinó hacia adelante para esperar la imagen color que saldría del productor de imágenes. El papel emergió a una velocidad equivalente a la de una máquina de fax lenta. Ballon observaba expectante la salida de la hoja satinada.

Cuando la máquina se detuvo, Stoll arrancó la hoja de papel y se la entregó a Ballon.

El coronel la estudió a la luz de un pequeño reflector. Los demás se acercaron a mirar.

Hood sintió que el alma se le caía a los pies. A este paso... realmente no irían a ninguna parte.

—¿Qué es esto? —preguntó Ballon—. Parece una pileta de natación.

A Stoll le crujieron las rodillas al levantarse. Miró la imagen.

—Es una foto de una pared cuyo espesor supera las seis pulgadas —dijo. Estudió la información tipiada en el borde inferior de la hoja—. Atravesó 6,27 pulgadas de pared y luego se detuvo. Lo que significa que la pared es más gruesa de lo que usted creía o que hay algo al otro lado.

Hood miró a Nancy, quien fruncía el ceño. Luego contempló el edificio de cinco pisos de alto. Había ventanas, pero estaban cerradas. Estaba seguro de que había materiales radiorreflectivos del otro lado.

Ballon arrojó el papel al suelo, enfurecido.

—¿Para esto vinimos aquí?

—Uno apuesta su dinero y corre sus riesgos —dijo Stoll. Se sentía obviamente aliviado—. Supongo que deberíamos haber imaginado que no sería tan fácil como sabotear las computadoras del gobierno.

Mientras hablaba, Stoll comprendió que había cometido un error.

Ballon lo apuntó con el reflector. Hood oyó zumbar la computadora.

—¿Usted puede entrar en las computadoras ajenas? —preguntó Ballon.

Stoll miró a Hood.

—Sí. Es decir, sí lo hice. Pero es un procedimiento ilegal, especialmente...

—Tratamos de meternos en las computadoras de Demain —dijo Ballon—, pero Dominique era absolutamente inaccesible. Puse a nuestros mejores hombres a trabajar en eso.

Nancy intervino:

—Probablemente, su fracaso se deba a que no sabían qué estaban buscando. ¿Encontraron alguno de sus juegos?

—Por supuesto —dijo Ballon.

—Entonces es muy probable que estuvieran ahí. Ocultos en los MUD. Multiuso Dungeon.

—Hey —dijo Stoll—. Yo estuve jugando con uno de esos en el avión.

—Lo sé —dijo Nancy—. Vi los comandos que tipiaba. Y también el otro mensaje que envió.

Hood enrojeció por la vergüenza.

Es como leer los labios —dijo Nancy—. Con suficiente experiencia se pueden leer los teclados. De todos modos, cuando programamos juegos siempre anexamos accesos secretos a otros juegos. Escondí un juego de Tetris dentro del Ironjaw, que es un juego que diseñé para Demain.

—¿Ése era suyo? —exclamó Stoll—. ¡Era deslumbrante!

—Era mío —dijo ella—. Nadie lee los créditos al final. Pero si los hubiera leído, también hubiera encontrado el Tetris. Todo lo que tenía que hacer era iluminar las letras correctas secuencialmente en los nombres ficticios Ted Roberts y Trish Fallo.

Hood dijo:

—¿Cómo demonios se le ocurriría a alguien hacer todo eso?

—Probablemente, no se le ocurriría a nadie —dijo Nancy—. Y eso es lo que lo hace tan divertido. Filtramos esa clase de información a través de revistas especializadas y boletines de Internet.

Hood dijo:

—Pero a nadie se le ocurriría buscar un código de activación en un inocente juego de aventuras.

—Correcto —dijo Nancy—. Pero eso es exactamente lo que se necesita. Un simple código de activación. Un programa de una computadora en Jerkwater Township, Estados Unidos, podría enviar un juego de odio a través de toda Internet.

—¿Por qué no nos dijiste nada de eso? —preguntó Hood.

—Francamente, no se me ocurrió hasta ahora —respondió ella—. No pienso en que alguien pueda estar deslizando juegos de odio en el mundo entero a través de programas de juegos. ¿Por qué no pensó en eso Matt? ¡Él es tu mago de la computadora!

—Ella tiene razón —dijo Stoll—. Debería haberlo pensado. Como dice aquel viejo chiste, "vas a cazar elefantes, pero te olvidas de mirar qué tienes en la heladera."

Hood no recordaba ese viejo chiste, y francamente poco le importaba ahora. Dijo:

—Así que los juegos de odio están ocultos. ¿Dónde podemos buscarlos?

—Y si llegamos a encontrarlos —intervino Hausen—, ¿podremos rastrearlos hasta Demain?

—Es difícil decir dónde buscarlos —dijo Stoll—. Podría haber pasado todo el programa en un juego futbolístico, desde The Scorpion Strikes hasta The Phoenix from Space o Claws of the Tiger-man.

—¿Y el programa de juegos de odio está necesariamente obligado a permanecer en un juego de Demain? —preguntó Hood.

—No —dijo Stoll—. Una vez plantado, es como un virus. Preparado para dispersarse a voluntad.

—De modo que no hay pruebas en contra —dijo Hood.

—Exacto —dijo Stoll—. Aunque pudiéramos impedir el lanzamiento del programa, cosa bastante improbable porque deben tener varias copias en distintos lugares, no encontraríamos huellas digitales.

Ballon dijo con disgusto creciente:

—Esto no me sirve para nada. Para nada. Hood miró su reloj.

—Ahora entrará a Internet —dijo—. Nancy, ¿estás segura de que no sabes nada más acerca de esto? ¿Acerca de su M.O. o de los programadores y sus estilos de trabajo?

—De saber algo, Paul, ya te lo habría dicho.

—Ya sé. Sólo temía que se te hubiera pasado algo por alto.

—No fue así. Además, yo no hago las terminaciones de esos programas. Escribo los parámetros, los perfiles, y otras personas les dan color aquí. Gente muy bien pagada y leal a su patrón. Cuando hacemos cosas como el juego extra en los créditos, en general se trata de una idea tardía. Esto está fuera de mi área.

Todos guardaron silencio un instante. Entonces, Stoll aplaudió una vez y volvió al césped.

—Ya sé cómo hacerlo. ¡Sé cómo atrapar al bastardo! Ballon se agachó junto a él.

—¿Cómo? —preguntó.

Los demás los rodearon mientras Stoll desenrollaba los cables de su computadora portátil. Conectó la máquina al T-Bird.

—Los programadores trabajan como los pintores. Tal como hemos visto en el despacho del señor Hausen, toman parte del paisaje que los rodea y lo usan en los juegos. Ahora está oscuro, así que tendríamos problemas para captar imágenes. Pero si tomo fotos terahertz de los árboles y las colinas y todo lo demás, los componentes químicos aparecerán como información visual. Eso nos dará la forma de las cosas, incluidas las hojas y los cantos rodados. Si los ingresamos en la computadora...

—Puede colocar un programa de comparación de videos para ver si alguna de las imágenes coincide —dijo Nancy—. ¡Matt, eso es brillante!

—Claro que sí —dijo él—. Con un poco de suerte podré hacerlo todo desde aquí mismo. Si

necesito más alimentación, puedo recurrir al Centro de Operaciones.

Mientras Stoll trabajaba Hood observaba, confundido pero con plena confianza en su socio. Y mientras estaba parado allí, sonó su teléfono. Se alejó unos pasos hacia el río para responder.

—¿Sí?

—¿Paul? Habla John Benn. ¿Puede hablar?

Hood dijo que podía.

—Tengo un informe completo para usted, pero aquí va la síntesis. Maximilian Hausen, padre de Richard Hausen, trabajó para Pierre Dupre de 1966 a 1979. Su título era piloto, y luego piloto mayor.

—¿Dijo 1966? —preguntó Hood.

—Sí.

Eso era antes de que Richard Hausen y Gerard Dupre fueran juntos a la Universidad. En cuyo caso era bastante improbable que se hubieran conocido en la Sorbona, como había dicho Hausen. Casi con seguridad se habrían conocido antes. Hood miró a Hausen, quien estaba mirando a Stoll. Lo que de verdad preocupaba a Hood no era cuándo se habían conocido, sino si actualmente estaban comunicados. No como enemigos, sino como aliados

—Hay más —dijo Benn—. Aparentemente, Hausen el Viejo era un nazi leal que siguió reuniéndose en secreto con otros ex nazis después de la guerra. Pertenecía a los Lobos Blancos, un grupo que planeaba la creación del Cuarto Reich.

Hood dio la espalda al grupo y preguntó con calma: — ¿Richard también era miembro de ese grupo?

—No hay evidencias en ese sentido, pero tampoco en el contrario —dijo Benn.

Por lo menos, Hood se alegró al escuchar eso último.

—¿Algo más, John?

—Por ahora no.

—Gracias —dijo Hood—. Todo esto es muy útil.

—De nada —dijo Benn—, y espero que tengas una buena noche.

Hood colgó y se quedó inmóvil contemplando las oscuras aguas del Tarn.

—Espero que sea posible —dijo por lo bajo, acercándose lentamente al resto del grupo.

56

Jueves, 22.05., Wunstorf, Alemania

Jody se movía con toda la rapidez que le permitían sus piernas pesadas como bolsas de arena y su hombro herido. Era asombrosa, pensó, la cantidad de cosas que siempre había dado por garantizadas. Por ejemplo, un cuerpo saludable. Por ejemplo, una caminata por el bosque. Empujar y muchas veces alzar una silla de ruedas con alguien encima hacía de ese ejercicio una propuesta más difícil.

Eso sumado al hecho de que alguien la perseguía, alguien a quien podía oír pero no ver, lo que hacía que cada aspecto de esta experiencia fuera más vívido aún.

Tropezó y cayó al suelo. Se levantó, empujó, gruñó y se apoyó en la silla de ruedas. Dependía de la silla casi tanto como la silla dependía de ella para andar. Y entonces escuchó la voz de la mujer a sus espaldas.

—¡No des un paso más! —gritó. Jody se detuvo.

—Arriba las manos.

Jody obedeció.

—Da dos pasos a la izquierda y no me mires.

Jody obedeció. Oyó los pasos de Karin Doring que avanzaban hacia ella. La alemana respiraba con dificultad. Jody se sobresaltó cuando la mujer disparó tres balas contra el respaldo de la silla de ruedas. El cuerpo muerto cayó hacia adelante.

—¡Dios... Dios! —jadeó Jody.

Karin la rodeó. A pesar de la oscuridad, la chica aterrorizada pudo ver su expresión desencajada por la ira. También vio la daga SA.

—¡Te atreviste a venir a mi campamento! —aulló Doring. Había más furia que antes en su voz ronca. Pateó la silla de ruedas para sacarla del paso. — ¡Te atreviste a desafiarme, a insultarme!

—Lo lamento —dijo Jody, temblando—. Usted... usted hubiera hecho lo mismo en mi lugar, ¿verdad?

—¡Tú no eres yo! —gritó Karin—. ¡No has pagado derecho de piso!

Súbitamente, tres disparos iluminaron los árboles. Karin tambaleó pero se mantuvo erguida mientras las balas la atravesaban en rápida sucesión. Miró hacia arriba y vio a Bob Herbert asomando entre las ramas bajas. Karin cayó de rodillas. La sangre manaba como un torrente de sus heridas.

Herbert arrojó el arma al suelo y se bajó de las ramas. Quedó colgado de sus poderosos brazos.

—En este preciso instante, creo que ella está contenta de no ser tú, Karin.

Karin luchaba para mantener los ojos abiertos. Sacudía la cabeza lentamente y trataba de levantar el arma. El arma cayó al suelo. Un momento después, Karin la siguió.

Jody se negó a mirar a Karin. Apartó con el pie el cadáver del policía que habían colocado en la silla de ruedas. Luego corrió hacia Herbert. Él se dejó caer en la silla. Jody se apoyó contra el árbol.

—Tenías que hacerlo y lo hiciste como una profesional —dijo Herbert—. Estoy orgulloso de ti.

Herbert guardó el arma en el bolsillo de cuero.

—Vayámonos ya...

Antes de que pudiera terminar la frase, una enorme silueta aulló y lo embistió desde la oscuridad. A mano alzada, el enfurecido Manfred Piper apuntó el cuchillo al pecho de Herbert.

57

Jueves, 22.06 hs., Toulouse, Francia

Después de guardar el teléfono celular en su chaqueta, Hood escaló la pendiente herbosa. Aunque el grupo seguía junto a los árboles, Stoll se había alejado unos metros en dirección al puente. Allí tenía una·vista clara del río y la orilla opuesta.

Al acercarse, Hood oyó que Ballon le decía a Nancy:

—... si nos ven, pueden irse al infierno. Me importa un bledo. Lo mismo pasó cuando descubrí a mi ex esposa con su amante. El hecho de que no te guste lo que ves... no lo hará desaparecer de tu vista.

—No fue eso lo que pregunté —dijo Nancy—. Pregunté si usted espera que alguien de Demain nos vea. Y si nos ven, qué cree que sucederá.

—Estamos en un espacio público —dijo Ballon—. Si nos ven, no pueden hacer nada. En cualquier caso, no creo que Dominique quiera entablar pelea. Ciertamente no ahora, con los juegos a punto de despegar.

Hood se detuvo junto a Hausen. Estaba a punto de llevarlo aparte cuando Ballon se acercó a ellos.

—¿Todo anda bien? —preguntó el coronel.

—No estoy seguro —dijo Hood—. Matt, ¿tienes todo bajo control?

—Más o menos —dijo Stoll. Estaba sentado con las piernas estiradas. Tenía la computadora apoyada encima de las rodillas y tipiaba furiosamente—. El primer juego salió exactamente a las diez. Y cuando digo exactamente, digo a las 22.00.00. Lo salvé en el disco rígido. El T-Bird está cubriendo unos treinta y ocho grados con cada foto, así que obtendré un barrido completo en unos diez minutos.

—¿Y luego? —preguntó Hood.

Stoll dijo:

—Debo empezar a jugar el juego y acceder a diferentes escenarios, diferentes paisajes.

—¿Por qué no lo envías al Centro de Operaciones?

—Porque voy a hacer exactamente lo que ellos harían —respondió Matt—. Estoy escribiendo una pequeña modificación al programa Match-Book para que pueda leer imágenes del T-Bird. Luego quedaremos en manos de los dioses. Si no las ajusto demasiado, las imágenes de fondo seguirán pasando y escucharé un ping cuando haya coincidencias.

Stoll terminó de tipiar y luego tomó una profunda bocanada de aire.

—Francamente, no puedo decirles que voy a disfrutado. Es una turba de linchadores.

Nancy se había acercado mientras Matt hablaba. Se arrodilló junto a él y apoyó las manos sobre sus hombros con dulzura.

—Te ayudaré, Matt —dijo—. Soy muy buena para estas cosas. Hood los miró un instante. La manera en que ella tocó a Matt, el hecho de que lo tuteara, despertó sus celos. La manera en que sus

manos flotaron en el aire y luego cayeron como pétalos sobre los hombros de Stoll lo llenó de nostalgias. Y la manera en que estaba sintiéndose lo llenó de disgusto.

Entonces, en un enlace perfecto, Nancy giró lentamente la cabeza y miró a Hood. Se movió con la suficiente lentitud como para que él mirara hacia otro lado si quería. Pero él no quería. Sus ojos se cruzaron y Hood se hundió en la mirada de Nancy.

Sólo pensar en Hausen lo salvó de caer en el hechizo de Nancy.

Su asunto inconcluso con el alemán lo presionaba todavía más.

—Herr Hausen —dijo Hood—, me gustaría hablar con usted. Hausen miró a Hood con expectación, casi con ansiedad.

—Por supuesto —dijo. El alemán estaba obviamente excitado por lo que estaba ocurriendo, ¿pero de qué lado estaba?

Hood apoyó la mano sobre el hombro de Hausen y lo guió hacia el río. Ballon los siguió unos pasos atrás. Pero eso estaba bien; la situación también lo comprometía.

—La llamada que acabo de recibir —dijo Hood— era del Centro de Operaciones. No existe una manera delicada de preguntar esto, así que lo preguntaré directamente: ¿por qué no nos dijo que su padre trabajó para Dupre?

Hausen se detuvo en seco.

—¿Cómo se enteró de eso?

—Mi gente investigó informes impositivos alemanes. Su padre trabajó como piloto para Pierre Dupre entre 1966 y 1979.

Hausen se dio tiempo antes de responder.

—Es cierto —dijo por fin—. Y fue una de las cosas que Gerard y yo discutimos aquella noche en París. Mi padre le había enseñado a volar, lo trataba como a un hijo, le enseñó a odiar.

Ballon se detuvo junto a ellos. Su cara estaba casi pegada a la de Hausen.

—¿Su padre trabajó para este monstruo? —dijo el coronel—. ¿Dónde está su padre ahora?

—Murió hace dos años —dijo Hausen.

—Pero, todavía hay más —prosiguió Hood—. Cuéntenos acerca de las filiaciones políticas de su padre.

Hausen respiró profundamente.

—Corruptas —murmuró—. Era uno de los Lobos Blancos, un grupo que mantuvo vivos los ideales nazis al terminar la guerra. Se reunía asiduamente con otros hombres. Él...

—Hausen se interrumpió bruscamente.

—¿Él qué? —exigió Ballon. Hausen intentó recomponerse.

—Él creía en Hitler y en las metas del Tercer Reich. Veía el final de la guerra como una pausa, no como una derrota, y la siguió a su modo. Cuando yo tenía once años —volvió a respirar profundamente antes de proseguir— mi padre y dos de sus amigos volvían a casa después del cine y atacaron al hijo de un rabino que volvía de la sinagoga. Después de eso, mi madre me envió pupilo a una escuela de Berlín. No vi a mi padre hasta muchos años después, después de que Gerard y yo nos hicimos amigos en la Sorbona.

—¿Está intentando decirme que Gerard fue a la Sorbona sólo para hacerse amigo suyo y llevarlo de vuelta a casa? —preguntó Hood.

—Usted debe entender —dijo Hausen—, que yo era una fuerza con la que mi padre tuvo que vérselas desde temprana edad. Lo que mi padre hizo me puso en su contra. Todavía puedo oírlo llamándome para que me uniera a ellos, como si se tratara de un espectáculo de carnaval que no me podía perder. Todavía puedo oír los gemidos del joven judío, los golpes de sus atacantes, la manera en que arrastraba los zapatos contra el pavimento mientras lo rodeaban. Fue horrible, repugnante. Mi madre amaba a mi padre y esa noche me mandó lejos para evitar que nos destruyéramos mutuamente. Fui a vivir con un primo en Berlín. Mientras estaba en Berlín formé un grupo antinazi. A los dieciséis años tuve mi propio programa de radio... y un mes después protección policial. Una de mis razones para abandonar el país y estudiar en la Sorbona fue escapar a las amenazas de muerte. Nunca mentí acerca de mis convicciones. —Miró severamente a Ballon—. Nunca, ¿entiende?

—¿Qué pasó con Gerard? —preguntó Hood.

—Nada muy distinto de lo que le conté antes —dijo Hausen—. Gerard era un joven rico y malcriado que sabía de mi existencia por mi padre. Creo que me veía como un desafío. Los Lobos Blancos habían fracasado al intentar detenerme con intimidaciones. Gerard quería detenerme usando el intelecto y la discusión. La noche en que asesinó a esas chicas estaba tratando de demostrarme que sólo las ovejas y los cobardes viven dentro de la ley. Incluso cuando huíamos me dijo que la gente que cambia el mundo opera según sus propias reglas y obliga a los demás a obedecerlas.

Hausen bajó la vista. Hood miró de reojo a Ballon. El francés estaba furioso.

—Usted estuvo involucrado en esos asesinatos —dijo el coronel—, y no hizo nada... excepto huir y esconderse. ¿De qué lado está usted, Herr Hausen?

—Estaba equivocado —dijo Hausen—, y he venido pagando mi error desde entonces. Daría cualquier cosa por volver a esa noche y entregar a Gerard. Pero en su momento no lo hice. Estaba aterrado y confundido y corrí. He vivido expiando mi culpa, M. Ballon. Cada día y cada noche, expío.

Hood intervino:

—Cuénteme sobre su padre. Hausen prosiguió con dificultad:

—Vi dos veces a mi padre después de la noche en que atacó al chico judío. Una fue en la finca de los Dupre, cuando Gerard y yo nos refugiamos allí. Me pidió que me uniera a ellos y dijo que esa sería la única manera de salvar mi pellejo. Me llamó traidor cuando me negué. La segunda vez fue la noche en que murió. Fui a verlo en Bonn y con su último aliento volvió a llamarme traidor. Aun en su lecho de muerte no le di la aquiescencia que buscaba. Mi madre estaba allí. Si lo desean, pueden llamarla por el teléfono del señor Hood para confirmar mi relato.

Ballon miró a Hood. Hood seguía mirando a Hausen. Sentía lo mismo que había sentido en el jet. Quería creer en la sinceridad de ese hombre. Pero había vidas en peligro y a pesar de todo lo que Hausen había dicho, todavía lo perseguía la sombra de una duda.

Hood sacó el teléfono celular de su bolsillo. Marcó un número.

John Benn respondió del otro lado.

—John —dijo Hood—, quiero saber cuándo murió Maximilian Hausen.

—El nazi súbitamente ubicuo —dijo Benn—. Me tomará un minuto o dos. ¿Quieres esperar?

—Sí —dijo Hood.

Hood miró a Hausen.

—Lo lamento —dijo Hood—, pero les debo esto a Matt y a Nancy.

—Yo haría lo mismo —dijo Hausen—. Pero vuelvo a decirle que desprecio a Gerard Dominique y a los Nuevos Jacobinos y a los neonazis y a todo lo que representan. Si no hubiera sido por mi madre, hubiera entregado a mi propio padre

—Ha tenido que tomar algunas decisiones difíciles dijo Hood.

—Las he tomado —dijo Hausen—. Vea, Gerard estaba equivocado. Se necesita ser cobarde para operar fuera de la ley.

John Benn volvió a la línea.

—¿Paul? Hausen el Viejo murió hace dos años hacia esta misma fecha. Hubo un breve obituario en un diario de Bond, ex piloto de la Luftwaffe, piloto privado, etcétera.

—Gracias —dijo Hood—. Muchísimas gracias. Colgó—. Nuevamente le pido disculpas, Herr Hausen:

—Le reitero, señor Hood —dijo Hausen—, que, no hay necesidad de...

—¡Paul!

Hood y Hausen miraron a Stoll. Ballon ya estaba corriendo hacia él

—¿Qué encontraste? —preguntó Hood, siguiendo a Ballon.

—Bupkis —dijo él—. Quiero decir, cada vez que lo intento... mi máquina no es lo bastante rápida como para hacer un análisis antes del 2010. Estaba por pedirle ayuda al Centro de Operaciones cuando Nancy encontró algo mejor.

Ella se puso de pie y le dijo a Ballon:

—En otros juegos de Demain uno puede saltar al próximo nivel poniendo la pausa y colocando las flechas en cierta secuencia: abajo, arriba, arriba, abajo, izquierda; derecha, izquierda, derecha.

—¿Y?

—Y ya estamos en el nivel dos de este juego —dijo ella—, sin haber jugado el nivel uno.

—¿Dominique habrá sido realmente tan estúpido como para poner esos mismos códigos fraguados en uno de estos juegos? —preguntó Hood.

—Parece que sí —dijo Nancy—. Ya está en la computadora.

Debía ser retirado, no ingresado. En algún lugar del proceso alguien olvidó borrarlo.

Ballon contemplaba muy erguido la fábrica cercana.

—¿Qué le parece eso?:—le preguntó Hood—. ¿Le resultará útil? Ballon tomó la radio de su cinturón. Miró a Matt.

—¿Salvó ese juego en su computadora? —le preguntó.

—El salto del nivel uno al nivel dos ha sido copiado y almacenado.

Ballon encendió la radio y se la llevó a la boca. — ¿Sargento Ste. Marie? —dijo—. ¡*Allons*!

58

Jueves, 22.12 hs., Wunstorf, Alemania

Manfred atacó con un filoso cuchillo apuntado hacia abajo en dirección a Bob Herbert, un hombre en silla de ruedas.

Para alguien que puede tenerse en pie, defenderse contra el ataque de un cuchillo es relativamente simple. Se piensa en el antebrazo como en un dos por cuatro. Se lo extiende hacia arriba o hacia abajo y se detiene el golpe del antebrazo enemigo con el propio antebrazo. Luego se realiza un movimiento giratorio con el "dos por cuatro" —a la sazón, el tamaño del caño de una pistola—, se lo utiliza para redirigir el impulso del atacante hacia arriba y afuera, hacia adentro y afuera, o hacia abajo y afuera. Al mismo tiempo, uno se sale del camino. Esto le permite prepararse para la próxima cuchillada o estocada. O, mejor aún, como el costado o la espalda del oponente habrán quedado expuestos gracias a estas maniobras, se tendrá la oportunidad de hacerla pedazos.

Si uno está cerca o debajo del atacante, todavía puede usar el antebrazo para defenderse. Sólo que en este caso tendrá que doblar el codo en primer lugar. Formando una "V" uno puede detener el brazo del atacante con el propio antebrazo. Manteniendo el contacto directo entre los antebrazos uno puede redirigir el brazo hacia arriba, abajo o al costado, tal como lo hubiera hecho con todo el brazo. La única diferencia es que uno debe bloquear más cerca de la muñeca que del codo. De otro modo el cuchillo podría deslizarse por el antebrazo, meterse debajo del codo, y apuñalarlo.

Como el brazo de Manfred estaba dirigido hacia abajo, y el cuchillo cargaba además con todo el peso de su cuerpo, Bob Herbert tuvo que doblar el codo para detenerlo. Levantó el brazo izquierdo, cruzó el antebrazo sobre la frente semigirada, y cerró el puño para fortalecerlo. Al chocar contra el brazo de Manfred y detener la cuchillada, Herbert aprovechó para darle un violento derechazo en la mandíbula. El irascible alemán apenas acusó el golpe. Llevó hacia atrás el brazo que Herbert le había bloqueado, lo inclinó hacia la derecha y dio una cuchillada hacia la izquierda, hacia el pecho de Herbert.

Herbert levantó el antebrazo izquierdo, formó una "V" doblando el codo, y volvió a bloquear la cuchillada. Oyó gritar a Jody en algún lugar a sus espaldas. Pero Herbert estaba demasiado concentrado, demasiado decidido a terminar con el bruto como para pedirle a Jody que huyera. La mayoría de las muertes en combates cuerpo a cuerpo se debían a que los soldados se distraían y no a que no sabían qué hacer.

Pero esta vez Manfred se negó a que lo detuvieran. Aunque tenía el brazo bloqueado, inclinó la muñeca. Su mano se movía como si fuera independiente del resto de su cuerpo. Apuntó la filosa hoja en dirección a Herbert. El borde presionaba contra la carne del norteamericano, estaba a punto de cortarle la muñeca.

Herbert se dio un poco más de tiempo empujando el brazo izquierdo hacia Manfred para disminuir la presión. Mientras Manfred se acomodaba para volver a posicionar el cuchillo, Herbert apoyó su mano derecha libre sobre su mano izquierda, que bloqueaba el ataque del alemán.

Aferrando la mano que sostenía el cuchillo, Herbert hundió el pulgar entre el pulgar rígido y el índice de Manfred y cerró el resto de los dedos sobre el puño del alemán. Dejó caer su brazo izquierdo e hizo girar el puño de Manfred en el sentido de las agujas del reloj, rápido y fuerte.

La muñeca de Manfred se quebró audiblemente y el cuchillo cayó al suelo. Pero el implacable Manfred lo aferró al instante. Sosteniéndolo en la mano izquierda y aullando de odio y furia, sorprendió a Herbert clavándole la rodilla en el bajo vientre. Herbert se dobló en dos en la silla de ruedas y Manfred cayó sobre él. Aplastando con su cuerpo la espalda de Herbert, el alemán se inclinó encima de él, alzó el cuchillo y lo hundió en el respaldo de la silla, La hoja atravesó audiblemente el cuero. Jody le pedía a gritos que se detuviera.

Manfred volvió a hundir el cuchillo, jadeando con ferocidad.

Una vez. Y otra vez más. Luego se oyó un fuerte "pop" y Manfred dejó de dar cuchilladas para llevarse la mano a la garganta.

Había un agujero en su carne, un agujero producido por una bala del revólver de Karin disparado por Jody. La sangre manaba de las dos ramas de su carótida, justo debajo de la línea de la mandíbula. El cuchillo cayó de la mano de Manfred y luego Manfred cayó de la silla de ruedas. Se sacudió un momento y por fin se quedó quieto.

Herbert se dio vuelta y miró la oscura silueta de la chica contra el cielo aún más oscuro.

—Oh, Dios —dijo ella—. Oh, Dios.

—¿Estás bien? —preguntó Herbert.

—Maté a alguien —dijo Jody.

—No tenías opción.

Ella empezó a sollozar.

—Maté a un hombre. Maté a una persona.

—No —dijo Herbert. Hizo girar la silla de ruedas y avanzó hacia ella—. Salvaste la vida de alguien. La mía.

—Pero yo... yo le disparé.

—Tuviste que hacerlo, como otra gente tiene que matar en las guerras.

—¿Guerras?

—Guerra. Esto es exactamente eso: una guerra —dijo Herbert—. Mira, él no te dio ninguna opción. ¿Me oyes, Jody? No hiciste nada malo. Nada.

Jody seguía allí parada, sollozando.

—¿Jody?

—Lo siento —le dijo al cadáver—. Lo siento.

—Jody —dijo Herbert—, en primer lugar, ¿me harías un favor?

—¿Qué? —preguntó ella con aire ausente.

—¿Apuntarías ese revólver hacia el costado?

Ella le obedeció, lentamente. Luego abrió la mano y lo dejó caer. Luego miró a Herbert como si lo viera por primera vez.

—No está herido —murmuró—. ¿Cómo pudo errarle?

—No voy a ninguna parte sin mi Kevlar —dijo él—. Múltiples capas a prueba de balas en el respaldo y el asiento. Le robé la idea al presidente. La silla del Despacho Oval está protegida del

mismo modo.

Jody parecía no escuchar. Se tambaleó un segundo y luego siguió al revólver al suelo. Herbert se acercó a ella. Le tomó la mano y la palmeó con suavidad. Ella alzó los ojos.

—Has pasado muchas cosas difíciles hoy, Jody.

La ayudó a arrodillarse. Luego tiró un poco más fuerte para que se pusiera de pie.

—Pero estás a punto de alcanzar la meta. Estamos a menos de una milla de la Autobahn. Lo único que tenemos que hacer...

Herbert dejó de hablar; había oído pasos en la distancia. Jody lo miró.

—¿Qué pasa?

Él prestó atención.

—¡Mierda! —dijo—. Levántate. Ahora. Ella respondió a la urgencia de su voz.

—¿Qué pasa?

—Tienes que salir de aquí.

—¿Por qué?

—Se están acercando... probablemente para apoyar a los otros.

La empujó rudamente.

—¡Vete, Jody! ¡Vete!

—¿Qué pasará con usted?

—También saldré de aquí —dijo él—, pero es necesario que alguien cubra la retirada.

—¡No! ¡No me iré sola!

—Querida, me pagan para hacer esta clase de trabajo. A ti no.

Piensa en tus padres. En cualquier caso, lo único que podría hacer es retrasarte. Es mejor que me esconda y nos defienda a ambos desde aquí.

—¡No! aulló la chica—. ¡No me iré sola!

Herbert comprendió que no tenía sentido seguir discutiendo con ella. Jody estaba aterrada, exhausta y probablemente tan hambrienta como él.

—Está bien —dijo—. Iremos juntos.

Herbert le pidió que recuperan el revólver que había usado desde el árbol. Mientras ella lo hacía, él se acercó al cadáver de Karin. Le sacó el arma y usó el reflector para buscar la daga SA. La deslizó bajo su pierna izquierda para tenerla a mano, y luego chequeó el arma de Karin para asegurarse de que tuviera municiones suficientes. Después se acercó al cuerpo de Manfred. Tomó el cuchillo del alemán y lo palpó en busca de otras armas. No tenía. Se tomó un momento para examinar los contenidos de los bolsillos del rompevientos de Manfred a la luz del reflector. Luego se unió a Jody, que lo esperaba parada a varios metros de los cadáveres.

La mayor parte del tiempo, Bob Herbert se sentía como un personaje de Wheelie and the Chopper Bunch, un dibujito animado que solía mirar cuando estaba en el centro de rehabilitación. Era acerca de un héroe en silla de ruedas que corría carreras y triunfaba. Ahora, por primera vez desde que había perdido el uso de las piernas, Herbert se sentía Rambo. Un hombre decidido con una misión y la voluntad de cumplirla a toda costa.

Más de medio siglo antes un hombre negro, Jesse Owens, había avergonzado a Hitler venciendo a sus atletas arios en las Olimpíadas. Esta noche, la furiosa persecución de Karin había demostrado

hasta qué punto la supervivencia de Jody había socavado su autoridad. Ahora, si un hombre en silla de ruedas se las había ingeniado para escapar de esos tipos rudos, eso bien podría acabar con el mito del superhombre nazi. Por lo menos en este grupo.

59

Jueves, 22.41 hs., Toulouse, Francia

Hood no sabía qué esperar cuando avanzaban hacia la fortaleza transformada en fábrica. Mientras su reducido grupo cruzaba el antiguo sendero detrás de Ballon y sus hombres, se preguntaba cuántos ejércitos sitiadores habían hecho el mismo camino a través de los siglos. Cuántos habían gozado del triunfo y cuántos habían enfrentado fracasos desastrosos.

Había poco que discutir acerca de lo que harían una vez que entraran a la ex fortaleza. Ballon había dicho que siempre había intentado hallar evidencias que vincularan a Dominique con los Nuevos Jacobinos para poder arrestarlo. Sus hombres estaban entrenados para eso. Sin embargo, Hausen y Hood lo habían persuadido para que permitiera que Matt y Nancy echaran un vistazo a las computadoras con el fin de ver si encontraban algo allí. Quizá listas de miembros o simpatizantes de los Nuevos Jacobinos, o tal vez más evidencias que vincularan a Demain con los juegos de odio. Cualquiera de las dos posibilidades serviría para hacer caer a Dominique.

Tampoco habían discutido demasiado lo que podría hacer Dominique para evitar que todo eso ocurriera. El hombre no sólo comandaba un ejército terrorista: él mismo había matado. Probablemente haría cualquier cosa para proteger su imperio.

¿Por qué no?, se preguntaba Hood a medida que se acercaban a la entrada principal. Dominique probablemente se sentiría por encima de la ley. Desde la huelga ferroviaria de 1995, Francia había estado tambaleando entre las disputas laborales del sector público y el creciente desempleo. ¿Quién se atrevería a meterse con un empleador de gran envergadura como Dominique? Especialmente, si él aducía haber sido acosado. Hasta los superiores de Ballon tendrían que reconocer que su subordinado era un fanático. Y eso si eran propensos a la caridad, pensó Hood.

Habían adosado un portón de hierro al perímetro de la bastide.

La única concesión a la época actual eran unas pequeñas cámaras de video negras que vigilaban el exterior desde la punta de unos diseños en arabesco. Detrás del portón había una casilla grande de ladrillo rojo construida al mismo estilo que el edificio. Dos hombres salieron de adentro al ver que el grupo se aproximaba. Uno era un guardia uniformado, el otro un hombre joven trajeado.

Ninguno de los dos parecía sorprendido por la llegada de los hombres de Ballon.

—Coronel Bernard Benjamin Ballon de Le Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale —dijo Ballon en francés al llegar al portón. Sacó una billetera de cuero, desdobló un documento y lo sostuvo desplegado desde su lado del portón—. Ésta es una orden de allanamiento, ejecutada por el juez Christophe Labique, de París, y refrendada par mi comandante, el general Francois Charrier.

El hombre de traje extendió una mano de uñas cuidadas por la manicura a través del portón.

—Soy M. Vaudran del estudio de abogados Vaudran, Vaudran y Boisnard. Representamos a Demain. Muéstreme esa orden.

—Usted sabe que sólo puede exigirme que presente el documento y explique el propósito de mi visita —dijo Ballon.

—Leeré esa orden y sólo después le será permitido pasar a la fábrica.

—La ley dice que usted puede leerla mientras nosotros investigamos —le informó Ballon. —¿Está usted familiarizado con la ley? Puede conservar la orden de recuerdo una vez que estemos adentro.

Vaudran dijo:

—Debo mostrársela a mi cliente antes de dejarlos entrar. Ballon lo miró un instante y luego sostuvo el documento frente a la cámara del portón.

—Su cliente ya lo está viendo —dijo—. Esto es una orden de allanamiento, no un pedido. Abra el portón.

—Lo siento —dijo el abogado—, pero necesitará algo más que un pedazo de papel. Necesitará motivos para hacer esto.

—Los tenemos —dijo Ballon—. Los elementos patentados que han aparecido en los juegos computarizados de Demain y un juego de odio que ha salido por Internet, llamado *Colgar con la multitud*.

—¿Qué clase de elementos?

—Un código de selección de nivel. Lo tenemos en la computadora. Usted está autorizado a verlo en un tribunal, no antes de un allanamiento. Todo está en la orden. Ahora, M. Vaudran, abra el portón.

El abogado observó a Ballon durante unos segundos, luego le indicó a su compañero que regresara a la casilla. El guardia cerró la puerta de madera y levantó el teléfono.

—Tiene sesenta segundos —le gritó Ballon. Miró el reloj—.

—¿Sargento Ste. Marie?

—¡Sí, señor!

—¿Tiene explosivos para volar la cerradura?

—Sí, señor.

—Prepárelos.

—Sí, señor.

El ahogado intervino.

—¿Usted se da cuenta de lo que está haciendo, me imagino?

Ballon seguía mirando su reloj.

—Se han arruinado carreras por errores menos graves que éste —puntualizó Vaudran.

—Hay una sola carrera en peligro —dijo Ballon. Miró directamente al abogado—. No. Dos. —Volvió a mirar el reloj.

Hausen había traducido el diálogo para Hood, Stoll y Nancy.

Observando la situación, Hood se preguntaba qué obtendrían con este operativo. Dominique seguramente los habría visto allí afuera y habría destruido u ocultado consecuentemente cualquier evidencia incriminadora. Probablemente estaría usando esos últimos minutos para asegurarse de que todo estuviera en orden.

Menos de un minuto después, el guardia ingresó un código en un panel de la casilla. Ballon reunió a sus hombres frente al portón. Un momento después el abogado había desaparecido por una entrada lateral del edificio principal y los oficiales franceses entraban a la fábrica. Marcharon en dirección a una gran puerta dorada. Uno de los guardias los siguió y abrió la puerta ingresando un

código en una caja ubicada en el marco. Ballon le entregó la orden de allanamiento antes de entrar.

Apenas entraron, los hombres de Ballon formaron fila para recibir órdenes. Ballon les explicó que si encontraban algún material que desearan retirar de la fábrica, los llamarían para que lo recogieran y lo llevaran a la camioneta. Hood supuso que lo habían hecho tantas veces que casi podrían actuar con los ojos cerrados. Mientras tanto, se les ordenó vigilar todas las salidas y asegurarse de que nadie saliera.

Ballon y su equipo marcharon al interior de la fábrica. Cruzaron un enorme vestíbulo que, si ése fuera un tour y él fuera un turista, lo hubiera obligado a detenerse y contemplar las arcadas espectaculares y las intrincadas figuras talladas en la piedra.

La voz de Ballon lo obligó a volver a la realidad.

—Por aquí —dijo el coronel suave pero imperativamente cuando llegaron al final del largo corredor.

Ignorando los ojos de otros guardias que obviamente habían recibido la orden de dejarlos pasar, el quinteto atravesó un corto pasadizo con ventanas pequeñas y enrejadas y llegó a la puerta que se abría a las salas de programación de la fábrica Demain.

Hood no había esperado encontrar empleados trabajando de noche. Pero ni siquiera estaban los encargados de mantenimiento. Sólo el guardia ocasional, que los ignoró.

A pesar del agregado de luces, alarmas, cámaras y pisos modernos, el edificio conservaba su carácter antiguo. Es decir, hasta que un guardia los admitió en la sala de computación.

El antiguo salón comedor había sido transformado en algo parecido a la Oficina Nacional de Reconocimiento. Las paredes eran blancas y el techo estaba cubierto de nichos con luces fluorescentes. Había mesas de vidrio alineadas con por lo menos tres docenas de terminales de computadoras. En cada estación había una silla de plástico sujeta al piso. La única diferencia entre Demain y la ONR era, otra vez, que aquí no había gente. Dominique no pensaba correr riesgos. La orden de allanamiento expiraría en menos de una hora. Si no había nadie allí para responder preguntas, todo el proceso se retrasaría indefectiblemente.

—Parece un salón de juegos —dijo Stoll, mirando a su alrededor. Ballon le dijo:

—Entonces empiece a jugar.

Stoll miró a Hood. Hood asintió en silencio. Stoll respiró hondo y miró a Nancy.

—¿Alguna preferencia? —le preguntó.

—No tiene importancia —dijo ella—. Todas están vinculadas a la misma computadora maestra.

Asintiendo, Stoll se sentó frente al monitor más próximo, conectó su computadora portátil a la parte de atrás de la computadora de Demain y la encendió.

—Probablemente habrán instalado inhibidores del sistema —dijo Nancy—. ¿Cómo piensas pasar eso al sistema maestro? Podría ayudarte con algunos, pero llevará tiempo.

—No necesitamos tanto tiempo —dijo Stoll. Deslizó un diskette en el comando B y lo abrió—. Siempre traigo conmigo el programa Bulldozer que yo mismo escribí. Comienza con mi fascinante Handshake Locator, que se encarga de descubrir las claves matemáticas para desmantelar los códigos secretos. No es necesario averiguarlos con absoluta exactitud. Si uno-a-seis y ocho-a-diez no funciona, no hay que molestarse en probar el siete. Una vez que el Handshake aprende parte del lenguaje, aprendizaje que apenas toma unos minutos, el Bulldozer ingresa y busca menús. Una vez

que los encuentra, estoy adentro. Y mientras buscamos información aquí, simultáneamente enviaré todo lo que encontremos a las computadoras del Centro de Operaciones.

Ballon apretó el hombro de Stoll, sacudió la cabeza y se llevó un dedo a los labios.

Stoll se pegó una palmada en la frente.

—Lo siento —dijo—. Las lenguas sueltas hunden barcos. Ballon asintió.

Mientras Nancy le daba a Stoll algunas contraseñas para ir probando, Hausen se acercó a Ballon.

—Coronel, ¿qué vamos a hacer con Dominique?

—Esperaremos.

—¿Qué? —preguntó Hausen.

Ballon encaró al alemán. Se acercó más para decide algo al oído.

—Que Dominique se ponga nervioso. Como ya le dije al señor Stoll, Dominique debe estar observándonos. Si tenemos suerte, encontraremos algo en la computadora.

—¿Y si no?

Ballon dijo:

—Lo tengo a usted.

—¿A mí?

—Les pediré al señor Stoll y a la señorita Bosworth que envíen un mensaje por computadora: su informe sobre los asesinatos de París. En cualquier caso, atraparemos a Dominique. —Ballon sonrió burlonamente—. Aunque... hay una tercera posibilidad. Dominique lo ha esperado veinte años. Si teme que usted revele secretos de su pasado común, sentirá la gran tentación de impedirle salir por esa puerta.

—¿Realmente piensa que enviará a sus Nuevos Jacobinos contra nosotros?

—Les ordené a mis hombres que esperaran —dijo Ballon—. Si Dominique piensa que puede atraparlo antes de que ellos puedan entrar, seguramente se sentirá tentado. En cuanto lo haga, los sacaré afuera a todos y acabaré con este lugar. —Guiñó el ojo grotescamente—. Como ya he dicho, pasé muchísimo tiempo esperando a Dominique. Quiero tenerlo.

Ballon se retiró a observar lo que hacían Stoll y Nancy. Hausen se quedó donde estaba, como si estuviera pegado al piso de madera dura.

Hood estaba parado junto a Stoll. Por la expresión de Hausen sabía que algo andaba mal. El rostro normalmente impasible estaba contraído, las cejas fruncidas por la preocupación. Pero decidió no preguntarle nada a Hausen. Al alemán le gustaba rumiar las cosas antes de hablar. Si tenía algo para compartir, lo compartiría.

Así que Hood se quedó allí parado, observando en silencio y con una mezcla de orgullo y miedo cómo el destino del mundo era decidido por un hombre joven que transpiraba frente al teclado de una computadora.

60

Jueves, 17.05 hs., Washington D.C.

Cuando comenzó a ingresar información en la computadora de Eddie Medina, enviada desde Francia por Matt Stoll, el joven se quitó la chaqueta y, echándose hacia atrás en el asiento, le dijo a su reemplazo nocturno, el asistente de apoyo de Operaciones Randall Battle, que notificara al general Rodgers.

Battle hizo lo que se le pedía mientras la firma de Stoll desaparecía de la pantalla y era reemplazada por una nueva pantalla que anunciaba un enorme archivo llamado L'Operation Écouter.

Rodgers le ordenó a Battle que enviara todo el material a su computadora. Luego observó el material en compañía de Darrell McCaskey y Martha Mackall.

Primero había una nota de Stoll.

Eddie: no quiero comer espacio y tiempo con notas. Bulldozer atravesó las filas de Demain. Los originales habían sido borrados pero los refuerzos no. Voy a mandarte todo lo que hay en este archivo.

Después de la nota había fotografías de la gente que servía como modelo para los personajes de los juegos. Después venían segmentos de prueba donde se veían hombres blancos cazando hombres y mujeres negros. Hombres blancos violando a una mujer negra. Un hombre negro despedazado por los perros. Luego había otra nota de Stoll.

Juegos reales recibidos de una guarida situada en otro lugar.

Punto de origen bien escondido.

Había tres ángulos bien diferenciados de hombres y mujeres negros colgados de árboles. Una bonificación especial en la que un chico corría contra el reloj mientras usaba chicos negros en hamacas para practicar tiró al blanco. Martha estaba alelada. McCaskey tenía los labios apretados y los ojos entrecerrados por la furia.

Ed... debo haber disparado alguna clase de alarma. Hay gente corriendo por todas partes. Nuestro escolta francés, el coronel Ballon, tiene las manos llenas de revólveres. Se supone que debo hacer cuerpo a tierra... adiós.

Las imágenes siguieron ingresando por un instante pero Rodgers no las observó, Había encendido una línea alternativa y en pocos segundos estuvo en la cabina del piloto del V-22 Osprey.

61

Jueves, 23.07 hs., Toulouse, Francia

—¡Salga de ese teclado!

Usando la mano izquierda, el coronel Ballon empujó al suelo a Matt Stoll y luego apretó un botón de su radio mientras entraban los hombres armados. En la mano derecha llevaba su propia arma. Era la única arma existente entre ellos cinco.

Cuerpo a tierra junto a los otros, Hood contó doce... quince... un total de diecisiete hombres que pasaron la puerta y tomaron posiciones a lo largo de la pared del corredor. Excepto por las altas ventanas cuyo acceso requeriría una pequeña escalera, la única salida era la puerta.

Hausen yacía de cara al piso entre Hood y el acuclillado Ballon. —Felicitaciones, coronel —dijo—. Dominique ha mordido el anzuelo.

Hood sabía que desconocía algo que había pasado antes entre los dos hombres. Pero en ese momento carecía de importancia. Por cierto, a Ballon parecía no importarle. Alerta y frío, observaba con preocupación a los recién llegados.

Por el rápido vistazo que había dado a los hombres armados, Hood supo que eran una banda de delincuentes callejeros. Llevaban ropas comunes, en algunos casos zarrapastrosas, como si no quisieran salir a la calle. Y tenían una excesiva variedad de armas. Hood no necesitó que Ballon le dijera que ésos eran los Nuevos Jacobinos.

—Supongo que estos tipos son la evidencia que estaba buscando, eh —dijo Stoll ansiosamente.

—¡*Levez*! —gritó uno de los hombres mientras los demás apuntaban las armas en todas direcciones.

—Quiere que nos levantemos —murmuro Ballon—. Si lo hacemos, nos dispararán.

—Si quisieran, ¿ya no nos habrían disparado? —preguntó Nancy.

—Para eso tendrían que entrar —dijo Ballon—. No saben si alguno de nosotros está armado. No quieren tener víctimas—. Se inclinó hacia ellos y dijo más tranquilamente—: Mis hombres saben lo que deben hacer. Estarán moviéndose en dirección a nosotros, tomando posiciones.

—Cuando por fin estén listos para defendernos... tal vez sea demasiado tarde —acotó Hausen.

—No si seguimos escondidos —dijo Ballon—. Haremos que el enemigo venga a nosotros. Estamos preparados para esto.

—Nosotros no —dijo Nancy.

—Si ocurre que alguno de ustedes queda en el medio del fuego cruzado —prosiguió Ballon—, y mis hombres no lo ven, por favor grite "*Blanc*", "'Blanco". Así sabrán que ustedes están desarmados.

Hausen dijo:

—Voy a darles una oportunidad de probar puntería a estos animales. Veamos de qué están hechos.

Apenas terminó la frase, Hausen se levantó del suelo.

—¡Herr Hausen! —susurró Ballon.

El alemán lo ignoró. Hood contuvo la respiración. Sólo podía oír los latidos de su corazón retumbándole en los oídos mientras esperaba ver qué ocurriría.

Durante un largo momento no ocurrió nada. Finalmente, uno de los Nuevos Jacobinos

—*Allons donc*! —dijo.

—Quiere que salga Hausen —le dijo Ballon a Hood.

—¿De este lugar o del edificio? —preguntó Hood.

—¿O tal vez de esta trampa mortal? —agregó Stoll.

Ballon se encogió de hombros.

Hausen comenzó a avanzar. Su coraje impresionó a Hood, aunque una parte de él no podía evitar preguntarse si era coraje o confianza. La confianza del colaborador.

Ballon también esperaba. Cuando Hausen atravesó el umbral sus pasos dejaron de oírse. Todos prestaron atención. Nada. Aparentemente lo habían detenido.

El Nuevo Jacobino ordenó salir al resto de la gente. Hood miró a Ballon.

—Usted ya ha tratado con estos terroristas —le dijo—. ¿Qué hacen en situaciones como ésta?

—Golpean o asesinan gente en cualquier tipo de situación —dijo Ballon—. Piedad es una palabra que no forma parte de su vocabulario. —Pero no mataron a Hausen —acotó Nancy.

—*Maintenant*! —gritó el Nuevo Jacobino.

—Hasta apoderarse de nuestras armas no lo harán —dijo Ballon.

—Entonces deberíamos hacer que Nancy y Stoll salgan de aquí —dijo Hood—. Tal vez puedan escapar.

—Tú también —dijo Nancy.

Ballon dijo:

—Probablemente valga la pena intentarlo. El único peligro es que pueden tomarlos de rehenes. Y matarlos uno por uno para obligarme a salir.

—¿Cómo podríamos evitarlo? —preguntó Nancy.

—Si eso sucede —dijo Ballon—, les avisaré por radio a mis hombres. Están preparados para ese tipo de situaciones.

—Pero no tenemos ninguna clase de garantía, dijo Hood.

El Nuevo Jacobino volvió a gritar. Dijo que mandaría entrar a su gente si los demás no salían.

—No —coincidió Ballon—, no tenemos garantías de nada. Pero si eso sucede, tendrán que poner a todos los rehenes en el umbral para que yo pueda verlos. Y si puedo ver, puedo disparar. Y si disparo, el que sostenga a un rehén tendrá que agacharse. Y ustedes podrían correr.

Hood envidió las agallas del francés. Había aprendido de Mike Rodgers que eso era lo que se necesitaba para comandar un operativo como éste. Pero él ya no sentía tanta confianza. Sus pensamientos estaban con su esposa y sus hijos. Pensaba en cuánto lo necesitaban y cuánto los amaba él, y en cómo todo eso podría terminar por una palabra de más o un paso en falso.

Miró a Nancy, que sonreía con tristeza. Deseaba poder compensarla por las vueltas que había dado su vida por causa de él. Pero no podía hacer nada ahora, y no estaba seguro de poder hacer algo después. Simplemente le sonrió cálidamente y la sonrisa de ella se ensanchó. Por ahora, eso tendría que alcanzarle.

—Está bien —les dijo Ballon a los demás—. Quiero que se levanten y caminen lentamente hacia la puerta.

Vacilaron.

—Mis piernas no quieren moverse —dijo Stoll.

—Oblígalas —dijo Hood, levantándose.

Nancy lo siguió y Stoll hizo lo propio renuentemente.

—Estaba convencido de que nosotros éramos los buenos —dijo Stoll—. ¿Levantamos las manos o solamente caminamos? ¿Qué debemos hacer?

—Intentar calmarse —dijo Hood mientras avanzaban entre las mesas de computación.

—¿Por qué la gente siempre dice lo mismo? —preguntó Stoll—. Si pudiera calmarme, lo haría.

Nancy dijo:

—Matt, me estás poniendo nerviosa. Cálmate.

Matt se calmó y avanzaron el resto del camino en silencio. Hood observaba al Nuevo Jacobino que había hablado, el hombre más próximo a la puerta. Tenía una espesa barba negra y un mostacho y llevaba puesta una remera gris, jeans y botas altas. Bajo el brazo llevaba un rifle de asalto. Su aspecto delataba que no vacilaría en usarlo.

Los tres mantuvieron la calma hasta llegar al umbral. Hood vio a Hausen de cara a la pared de ladrillo. Tenía las manos apoyadas contra la pared y las piernas muy abiertas. Uno de los hombres apuntaba una pistola contra la base de su cráneo.

—Oh, mierda —dijo Stoll al ingresar al pequeño corredor oscuro. Los tres norteamericanos fueron aferrados por dos hombres cada uno y empujados contra la pared. Les clavaron revólveres en la nuca.

Hood movió apenas la cabeza para ver al jefe de la banda. El Nuevo Jacobino mantenía la calma, de pie en el umbral para poder ver a sus prisioneros y también la sala de computación.

Junto a él, Nancy temblaba ligeramente. A la derecha de Nancy, Stoll temblaba todavía más. Miraba el corredor como sopesando una huida.

—Tenemos una orden de allanamiento —dijo Stoll con suavidad—. Pensé que todo esto era legal.

—*Tais-toi*! —ladró el líder.

—No soy un comando —dijo Stoll—. Ninguno de nosotros lo es. ¡Sólo me ocupo de computadoras!

—*Quiet*!

Stoll cerró audiblemente la boca.

El líder Nuevo Jacobino los estudió un momento y luego volvió al umbral. Gritó que saliera el último hombre.

Ballon gritó en francés:

—¡Saldré cuando dejes ir a los demás!

—No —dijo el Nuevo Jacobino—. Tú saldrás primero.

Ballon no respondió esta vez. Era obvio que intentaba dejarle la próxima movida al enemigo. Y la próxima movida fue que el líder asintió en dirección a Hausen. El Nuevo Jacobino que estaba detrás del alemán lo aferró del cabello. Nancy gritó al ver que lo llevaba hacia la puerta. Hood se

preguntó si le estaban dando una oportunidad de salir a Hausen, o si sólo iban a matar al alemán y arrojar su cadáver dentro de la sala, amenazando con arrojar el del próximo rehén si Ballon no salía de inmediato.

Se oyeron disparos en algún sitio en la oscuridad, en dirección a la puerta que daba al corredor principal. Hood advirtió que con todos los gritos y movimientos nadie había oído cuando los hombres de Ballon sacaron el pestillo cromado de la puerta. Así podían ver claramente todo lo que pasaba en el corredor.

El hombre que llevaba a Hausen había caído. Se aferraba el muslo derecho y lloraba. Hausen aprovechó el momento de confusión para correr hacia la puerta, en dirección al origen del disparo. Ninguno de los Nuevos Jacobinos abrió fuego. Obviamente, temían ser diezmados si lo hacían.

Hausen abrió la puerta y desapareció. No había nadie al otro lado. Obviamente se habían cubierto al verlo llegar.

Hood no se movió. Aunque el hombre que lo vigilaba miraba hacia otra parte, todavía sentía la presión de la mirada del jefe y un escozor en la punta del cuello.

La transpiración le bañaba las axilas y los costados del pecho. Las palmas de las manos se le ponían pegajosas contra la helada pared de ladrillo. Paul Hood se prometió que si sobrevivía a esto no sólo abrazaría largamente a cada miembro de su familia, también se fundiría en un abrazo con Mike Rodgers. Ese hombre se había pasado la vida sobreviviendo a situaciones como ésta. Súbitamente, el respeto de Hood hacia Rodgers se profundizó.

Mientras pensaba en eso le empezaron a vibrar las manos. No, pensó Hood. No sólo las manos. Los viejos ladrillos estaban empezando a temblar. El cielo se iluminó a través de las ventanas enrejadas. Hasta el aire parecía sonar. Y el líder de los Nuevos Jacobinos les gritó a sus hombres que terminaran el trabajo y se fueran.

SESENTA Y DOS

Jueves, 23.15, Wunstorf, Alemania

Aunque sus perseguidores estaban cada vez más cerca, Herbert no pensaba en ellos. En lo único que pensaba, mientras se impulsaba con la silla por el bosque, era en que, enfrascado en sus maniobras para escapar del campamento, había olvidado lo que podía ser la clave para salir vivos de allí, la clave del éxito de la operación.

¡Si pudiera recordar aquel nombre!, exclamó Herbert para sí.

Jody avanzaba lentamente en la oscuridad. Gemía. A Bob le entraron ganas de pedirle que le diese una patada en el trasero.

¡Mira que no recordarlo!

No había manera. Y no tenía más remedio que recordarlo. No podía permitir que prevaleciesen las teorías de Mike Rodgers. Tanto él como el general eran grandes aficionados a la historia militar. A menudo, discutían sobre un aspecto: si pudieran elegir, se planteaban, ¿irían a la batalla con un pequeño grupo de soldados de élite o con un gran contingente de reclutas?

Rodgers se inclinaba invariablemente por el número. Y ambos tenían sólidos argumentos en que apoyar sus preferencias. Herbert sacaba a relucir ejemplos: el de Sansón, que derrotó a los filisteos sin más ayuda que la quijada de un asno; el de Alexander Nevski, que en el siglo XIII rechazó a los caballeros teutones, fuertemente armados, con un grupo de campesinos que no portaban más que palos y horcas; el del pequeño grupo de ingleses mandados por Enrique V que, en el siglo XV, derrotó en Azincourt a tropas francesas muy superiores en número.

Pero también Rodgers tenía sus ejemplos pese a su bravura, los espartanos, en franca inferioridad numérica, fueron derrotados por los persas en la batalla de las Termopilas, en el 480 a. J.C.; el Álamo terminó por caer en manos del general Santa Anna, y en la guerra de Crimea, la 27 Brigada de Lanceros de la caballería británica (la famosa «Brigada Ligera») fue destrozada en una carga suicida.

Habrá que añadir a Robert West Herbert a la lista de los vencidos, pensó mientras oía crujir ramas bajo las pisadas de sus perseguidores. *Y le estaría bien empleado, por memo, por no haber sido lo bastante previsor como para anotar aquel nombre que podía salvarlos.* En fin... por lo menos moriría en buena compañía: el rey Leónidas, Jim Bowie, Errol Flynn...

Pensar en Errol Flynn lo ayudaba a estar relajado mientras se mentalizaba para afrontar a tantos enemigos. Sólo confiaba en que Jody tuviera el buen sentido de huir, aunque la obligación de defenderla le proporcionaba una dosis adicional de adrenalina.

Y de pronto, justo cuando había dejado de porfiar mentalmente por recordar el nombre, lo recordó.

—¡Empújame, Jody!

La joven, que caminaba a su lado, se detuvo para situarse detrás de la silla.

—Empuja, empuja —repitió él—. Vamos a salir de ésta, te lo aseguro. Pero hemos de ganar

tiempo.

Pese a lo doloridos que tenía la espalda y el hombro, Jody se sobrepuso y se aplicó a la labor. Herbert se alcanzó el arma que iba a esgrimir.

A diferencia del derrotado teniente Vickers de Flynn, Herbert lograría rechazar al enemigo, aunque no utilizaría una quijada de asno como hizo Sansón.

Utilizaría un teléfono móvil.

63

Jueves, 17.15 hs., Washington D.C.

Rodgers recibió la llamada mientras esperaba un informe actualizado del coronel August.

Bob Herbert llamaba por teléfono celular. Rodgers encendió el "speaker" para que Darrell, Martha y la jefa de prensa Anne Farris pudieran escuchar.

—Estoy en el medio de un bosque oscuro en algún lugar entre Wunstorf y un lago —dijo Herbert —. La buena noticia es que conmigo está Jody Thompson.

Rodgers se irguió en el asiento y levantó un puño triunfal en el aire. Anne saltó de la silla y aplaudió.

—¡Eso es fabuloso! —dijo Rodgers. Miró rápidamente a McCaskey—. Lo has logrado tú solo mientras la Interpol y el FBI todavía siguen haciendo preguntas y molestando a las autoridades alemanas. ¿Cómo podemos ayudarte, Bob?

—Bueno, la mala noticia es que un montón de bestias nazis nos están pisando los talones. Tienes que encontrarme un número telefónico.

Rodgers se inclinó sobre el teclado. Alertó a John Benn con un F6 / Enter / 17.

—¿El número de quién, Bob? —le preguntó.

Herbert se lo dijo. Rodgers le pidió que esperara en línea mientras tipiaba Hauptmann Rosenlocher, Landespolizei Hamburgo.

McCaskey se había acercado a echar un vistazo. Mientras Rodgers le enviaba el número requerido a Benn, McCaskey saltó hacia otro teléfono y llamó a la Interpol.

—Este Rosenlocher es una pulga en el pelaje de la cabeza nazi —dijo Herbert—, y acaso sea el único en quien podamos confiar. Por lo que oí está en Hannover, creo.

—Lo encontraremos y te pondremos en contacto con él —dijo Rodgers.

—Trata de que sea lo más pronto posible —dijo Herbert—. Estamos luchando, pero perdemos terreno a cada paso. Puedo escuchar los autos de esos tipos. Y si encuentran los cadáveres que dejamos atrás...

—Entiendo —dijo Rodgers—. ¿Puedes permanecer en línea?

—Podré mientras Jody resista —dijo Herbert—. Está destrozada.

—Dile que aguante —dijo Rodgers encendiendo el programa Geologue—. Tú también.

Ubicó Wunstorf y observó el terreno entre el pueblo y el lago.

Era tal como Herbert lo había descrito. Árboles y colinas.

—Bob, ¿tienes alguna idea de dónde están? ¿Puedes darme algún hito?

—Todo está negro aquí, Mike. Hasta donde sé, podríamos haber hecho un C.E. Corrigan.

Camino Equivocado Corrigan, pensó Rodgers. Herbert no quería que Jody supiera que tal vez iban en la dirección equivocada.

—Está bien, Bob —dijo Rodgers—. Te daremos distintos posicionamientos posibles.

McCaskey todavía estaba hablando con la Interpol, de modo que Rodgers llamó personalmente a

Stephen Viens. Aun con capacidades de intensificación lumínica para vigilancia nocturna, Viens le dijo que los satélites de la ONR requerirían más de media hora para localizar a Herbert con exactitud. Rodgers señaló que había vidas en peligro. Viens respondió, no sin pasión, que igualmente necesitaría más de media hora. Rodgers le agradeció.

El general estudió el mapa. Realmente estaban en medio de la nada. Y si Herbert podía escuchar a sus perseguidores era improbable que un auto o incluso un helicóptero llegaran a tiempo para salvarlos.

Rodgers miró a McCaskey.

—¿Tenemos algo sobre ese oficial de policía?

—Estamos trabajando.

Estamos trabajando. Rodgers siempre había tenido una reacción visceral contra esa expresión: la odiaba. Le gustaba que las cosas se hicieran sin demasiado preámbulo.

También odiaba darle malas noticias a la gente que se hallaba en el campo de acción. Pero las malas noticias eran mejores que la ignorancia, así que volvió al teléfono.

—Bob, la ONR está tratando de localizarlos. Tal vez podamos mantenerlos alejados del enemigo. Mientras tanto, seguimos buscando a ese oficial. La cosa es que, aunque lo encontremos, ustedes no están en un sitio precisamente accesible.

—Dímelo a mí —dijo Herbert—. Malditos árboles y malditas colinas por todas partes.

—¿No sería mejor que trataras de flanquear al enemigo?

—Negativo —dijo Herbert—. El terreno es ríspido aquí, pero parece más pedregoso del otro lado. Literalmente tendríamos que arrastramos. —Guardó silencio un instante—. Pero, general, si al menos logras encontrar a Rosenlocher, puedes intentar algo.

Rodgers escuchó en silencio mientras Herbert se explayaba. Lo que proponía el jefe de Inteligencia era creativo, asqueroso y difícil de lograr. Pero a falta de algo mejor, la propuesta de Herbert se convirtió en orden.

64

Jueves, 23.28hs., Toulouse, Francia

Había diez cámaras de vigilancia de circuito cerrado apiladas de a dos dentro de un armario en la oficina de Dominique. Antes de que el edificio empezara a temblar, Dominique estaba sentado en su silla de cuero, observando tranquilamente la actividad desarrollada en el corredor y en la sala de computación.

La estupidez de esa gente, había pensado al verlos irrumpir en su sistema para encontrarse arrinconados casi inmediatamente. Dominique hubiera disfrutado dejándolos ir si no se hubieran puesto pesados ni se hubieran metido en sus archivos secretos. La señorita Bosworth carecía de ese nivel de habilidad, así que debía ser obra del otro hombre. Dominique esperaba que ese hombre sobreviviera. Quería contratarlo.

Dominique no se preocupó ni siquiera cuando los comandos franceses encerraron a los Nuevos Jacobinos en el corredor. Simplemente ordenó que otros hombres los rodearan a ellos. Se había asegurado de que más de la mitad de sus Nuevos Jacobinos estuvieran en la fábrica esa noche. Nada debía andar mal ahora que sus juegos estaban a punto de despegar.

A Dominique no lo preocupaba absolutamente nada hasta que el edificio empezó a sacudirse. Entonces se le frunció la ancha frente y sus ojos oscuros parpadearon repetidamente para ahuyentar los reflejos de las pantallas de televisión. Utilizó el panel de control construido en el primer cajón de su escritorio para obtener vistas exteriores del complejo. A la orilla del río la pantalla blanco y negro estaba bañada de luz blanca. Dominique bajó el contraste y observó el descenso de una nave aérea cuyas luces de navegación brillaban ostensiblemente. Era un aeroplano con motores verticales que le permitían aterrizar como un helicóptero. Había automóviles desparramados por el estacionamiento, de modo que el aeroplano no podía aterrizar allí. Mientras sobrevolaba el lugar a unos quince pies de altura se abrió la compuerta. Unas manos desenrollaron un par de escalerillas de soga. Unos soldados se treparon a las escalerillas. Eran tropas de la OTAN.

La boca de Dominique se tensó.

¿Qué está haciendo aquí la OTAN?, rugió en su interior, aunque conocía perfectamente la respuesta. Era una misión recientemente definida, destinada a atraparlo.

Mientras veinte soldados se dejaban caer sobre el asfalto del estacionamiento, Dominique llamó a Alain Boulez. El ex jefe de la policía de París estaba esperando en el área de entrenamiento subterránea con las fuerzas de reserva de los Nuevos Jacobinos.

—Alain, ¿ha estado viendo los monitores?

—Sí, señor.

—Parece que la OTAN no tiene nada mejor que hacer que atacar a las naciones miembros. Ocúpese de que regresen y notifíqueme al Boldness.

—Absolutamente.

Dominique llamó a su director de Operaciones.

—Étienne, ¿en qué estado están los juegos?

—*Campo de concentración* está terminado, M. Dominique. *Colgar con la multitud* estará afuera a la medianoche.

—Tiene que ser más rápido —dijo Dominique.

—Señor, esto fue previsto cuando escondimos el programa en...

—Más rápido —repitió Dominique. Colgó y llamó al piloto de su helicóptero LongRanger.

—¿André? Estoy saliendo. Prepare el Boldness.

—En seguida, señor.

Dominique cortó la comunicación. Se puso de pie y contempló su colección de guillotinas. Tenían un aspecto fantasmal bajo el resplandor de los monitores de televisión. Oyó un disparo, luego otros.

Pensó en Danton a punto de ser decapitado diciéndoles a sus verdugos: "Ustedes van a mostrarle mi cabeza al pueblo: vale la pena mostrarla." Pero aunque la fábrica cayera, los juegos ya estarían despachados y él sería libre. Se retiraría a alguno de los negocios nacionales o internacionales que había creado como puntos de refuerzo. Su empresa de plásticos en Taiwán. Su banco en París. Su planta de impresión de discos compactos en Madrid.

Apagó los monitores de televisión y salió rápidamente de su oficina en dirección al ascensor. No es una retirada, se dijo. Simplemente estaba mudando los cuarteles generales. Sería una gran pérdida, pensó, que esta primera escaramuza lo convirtiera en víctima.

El ascensor lo condujo a un pasaje subterráneo que llevaba a la pista de aterrizaje detrás de la fábrica. Ingresó el código en la última puerta. Cuando se abrió, trepó unos escalones empinados. El helicóptero LongRanger tenía los motores encendidos. Dominique avanzó a lo largo de la cola, pasó bajo las aspas y dio un salto para entrar a la cabina.

—¡Vámonos! —le ordenó al piloto apenas entró en la espaciosa cabina. Cerró la puerta de un golpe.

El puente de vuelo estaba a su izquierda. El asiento del copiloto estaba vacío. En la cabina principal había dos hileras de asientos acolchonados. Dominique se sentó en el primero del frente, al lado de la puerta. No se molestó en ajustarse el cinturón de seguridad cuando el helicóptero inició el ascenso.

El traqueteo del helicóptero parecía despejar su fachada de ecuanimidad. Dominique fruncía el entrecejo con furia mientras miraba la bastide que iban dejando atrás. El VTOL había comenzado a moverse hacia el campo de donde acababan de despegar. La nave ocupó un vasto sector de la pista al aterrizar. Los soldados de la OTAN ya no estaban en el estacionamiento. Dominique veía las luces de los disparos a través de las ventanas y en el complejo.

Se sentía violado. Los soldados eran como visigodos frenéticos en el interior de una iglesia inglesa, destruyéndolo todo aviesamente. Quería gritarles: "¡Esto es mucho más de lo que ustedes pueden comprender! ¡Yo soy el destino manifiesto de una civilización!

El helicóptero cruzó el río. Después giró para regresar a la bastide.

Dominique gritó para que lo oyeran por encima del ruido del motor.

—André, ¿qué está haciendo?

El piloto no respondió. El helicóptero empezó a descender. — ¿André? ¡André!

El piloto dijo:

—Por teléfono usted me dijo que seguía todos mis movimientos.

Pero se perdió uno. Fue cuando me acerqué a su piloto y golpeé al pobre hombre con veinte años de furia.

Richard Hausen se dio vuelta y miró a Dominique. El francés sintió que un frío helado le corría por la espalda.

—Despegué para darle lugar a la otra nave —dijo Hausen—.

Ahora volverás, Gerard. Volverás veinte años atrás, te lo aseguro.

Por un momento, Dominique consideró una respuesta apropiada. Pero sólo por un momento. Como había ocurrido en París tantos años atrás, la idea del debate fue dejada de lado por el hedor de la santurronería de Hausen. Dominique la detestaba. La detestaba tanto como cuando Hausen había intentado defender a esas dos chicas norteamericanas.

Perdiendo el control del delicado equilibrio entre peligro y necesidad, entre razón y deseo, Dominique se arrojó contra Hausen con un grito inarticulado. Lo aferró del cabello y tiró de su cabeza hacia atrás, hasta apoyarla sobre el respaldo del asiento.

Hausen gritaba mientras Dominique empujaba hacia abajo con fuerza, tratando de romperle el cuello. El alemán soltó los controles del helicóptero y clavó los dedos en la fuerte muñeca del francés. Instantáneamente, el helicóptero apuntó su nariz hacia tierra y Dominique cayó contra el respaldo del asiento del piloto. Soltó a Hausen, que cayó contra el tablero de control

Atontado y con la frente sangrante, el alemán luchó para recomponerse. Empujando el parabrisas, se las ingenió para encontrar la palanca de control.

El helicóptero abandonó la caída libre. En ese momento, Dominique dio la vuelta al asiento del piloto, agazapado. Los auriculares habían caído al suelo y los recogió. Con un ojo en la palanca de control, Dominique deslizó el cable alrededor del cuello de Hausen y tiró con fuerza.

65

Jueves, 17.41 hs., Washington D.C.

Mike Rodgers estaba estudiando un mapa de Alemania en la computadora cuando Darrell McCaskey se acercó levantando los pulgares hacia arriba.

—¡Lo tenemos! —dijo McCaskey—. ¡Hauptmann Rosenlocher está en línea!

Rodgers levantó el teléfono.

—Hauptmann Rosenlocher —dijo—, ¿habla inglés?

—Sí. ¿Quién habla?

—El general Mike Rodgers en Washington D.C. Señor, lamento llamarlo tan tarde. Es sobre el ataque al set de filmación, e1 secuestro.

—Ja? —dijo un impaciente Rosenlocher—. Hemos seguido posibles rastros durante todo el día. Acabo de llegar...

—Tenemos a la chica —dijo Rodgers.

—Was?

—Uno de mis hombres la encontró —dijo Rodgers—. Están en el bosque cerca de Wunstorf.

—Hay un mitin en esos bosques —dijo Rosenlocher—. Karin Doring y su grupo. Creemos que también puede estar Felix Richter. Mis investigadores estaban trabajando allí.

—Sus investigadores estaban involucrados —dijo Rodgers.

—¿Cómo lo sabe?

—Intentaron matar a mi hombre y a la chica —replicó Rodgers—. Hauptmann, están escapando desde hace horas y no hay tiempo suficiente para llegar en su ayuda. Un numeroso grupo de neonazis está cercando ahora a mi hombre. Si vamos a intentar salvarlos, necesito que usted haga algo por mí.

—¿Qué?

Rodgers se lo dijo. El Hauptmann estuvo de acuerdo. Un minuto después, la experta en comunicaciones del Centro de Operaciones, Rosalind Green, comenzaba a hacer los arreglos necesarios.

66

Jueves, 23.49 hs., Wunstorf, Alemania

El teléfono sonó en la oscuridad.

El hombre que estaba más cerca, el joven Rolf Murnau, se detuvo y prestó atención. Cuando escuchó por segunda vez el timbre ahogado giró su reflector hacia la izquierda. Luego avanzó varios pasos a través de la enramada espesa. La luz de su reflector formó un cono resplandeciente sobre un cuerpo. Al ver los hombros tan anchos, Rolf supo que se trataba de Manfred Piper. A su lado yacía el cadáver de Karin Doring.

—¡Vengan aquí! —gritó Rolf—. ¡Dios mío, vengan inmediatamente!

Varios hombres y mujeres se acercaron corriendo. Las luces de sus reflectores se cruzaban en la oscuridad a medida que avanzaban. Varios se detuvieron junto al cadáver de Manfred y miraron hacia abajo cuando el teléfono sonó por tercera y luego por cuarta vez. Otros corrieron junto a Karin Doring.

Rolf ya se había arrodillado junto al cadáver. La sangre había formado una enorme mancha oscura en la espalda de la chaqueta de Manfred que se ramificaba hacia los costados. Rolf dio vuelta el cuerpo con lentitud. Manfred tenía los ojos cerrados y la boca abierta y torcida hacia un lado.

—Está muerta —dijo un hombre arrodillado junto a Karin—. ¡Malditos sean, está muerta!

El teléfono sonó otra vez. Y otra vez más. Rolf miró los halos de luz de los reflectores.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

Oyó un crujir de pasos a sus espaldas.

—Responder —dijo Felix Richter.

—Sí, señor —dijo Rolf. Estaba aturdido por la pérdida de sus líderes, sus héroes. Buscó en la chaqueta de Manfred y sacó el teléfono. Después de sentirse invasivo por un instante, y luego asqueroso, abrió el teléfono celular y respondió el llamado.

—Ja? —dijo tentativamente.

—Habla el Hauptmann Karl Rosenlocher —dijo una voz—. Quiero hablar con el que esté al mando de ese grupo de animales.

—¿Quién es? —preguntó Richter.

—Rosenlocher —respondió Rolf.

A pesar de la oscuridad, Rolf vio que Richter se endurecía.

Cada vez llegaban más neonazis al enterarse de las muertes. Se formaron grupos alrededor de Karin y Manfred. Richter seguía erguido e inmóvil.

Jean-Michel llegó cuando Richter decidió responder el teléfono.

Con suma lentitud, el alemán se lo acercó a la boca.

—Habla Felix Richter.

—Usted conoce mi voz —dijo Rosenlocher—. Ahora quiero que escuche esta otra voz.

Un momento después, una joven decía en inglés:

—Les dije que no me habían derrotado. Nunca ganarán, ninguno de ustedes.

—Nena, te atraparemos —dijo Richter. Rosenlocher volvió a la línea.

—No, no la atraparán, Herr Richter. Está a salvo conmigo, junto con el norteamericano que la sacó de allí. Él me llamó para que los recogiera. En cuanto a usted, no podrá escapar de este incendio.

Los ojos de Richter escrutaron la oscuridad. Hizo un rápido gesto para llamar a varios hombres. Cubrió la bocina del teléfono con la mano.

—Armas —les dijo—. ¡Preparen sus armas! Los hombres alzaron sus armas.

Richter dijo:

—Enfrentaré la fuerza con mi propia fuerza.

—No le servirá de nada —dijo Rosenlocher lenta y confiadamente—. Éste es un incendio interno.

—¿De qué está hablando?

—¿Cómo cree que llegó el norteamericano a su campamento esta noche? —le preguntó Rosenlocher—. Es un hombre en silla de ruedas.

Richter espió la oscuridad.

—Tiene infiltrados, Herr Richter —prosiguió Rosenlocher—. Mi gente está ahora mismo con usted. Ellos lo ayudaron.

—Usted miente —dijo Richter tensamente.

—Han estado todo el día con usted —dijo Rosenlocher—. Vigilando. Alistándose. Ayudando al norteamericano. Esta noche usted ha perdido personal clave, ¿verdad, Herr Richter?

Richter no podía ver con claridad en la noche cerrada.

—No creo nada de eso, y no le creo a usted.

—Venga a buscarme. Quizá sobrevenga un combate a fuego cruzado. La gente disparará en la oscuridad. ¿Quién sabe quién caerá, Herr Richter? ¿De qué lado vendrá la bala?

—Usted no se atreverá a asesinarme —dijo el neonazi—. La verdad será descubierta. Usted quedará completamente arruinado. Hay leyes.

Rosenlocher dijo:

—Karin las ignoró cuando atacó el set de filmación. ¿Cree que a la gente le importará, Herr Richter? ¿Cree que le importará enterarse de que unos asesinos a sangre fría fueron asesinados?

Richter dijo:

—Usted no triunfará, Hauptmann. Si yo decido terminar esta cacería o abandonarla ahora mismo, ¡usted no podrá hacer nada!

—No está en mis manos —dijo Rosenlocher—. Sólo llamaba para decide adiós. Para eso, y para que sepa que no voy a estar entre los que se lamenten.

El Hauptmann colgó. Richter arrojó el teléfono al suelo.

—¡Maldita sea su sangre!

—¿Qué pasó? —preguntó alguien.

Richter levantó al puño en alto y miró a sus cómplices.

—El Hauptmann Rosenlocher dice que aquí están infiltrados miembros de la Landespolizei de Hamburgo.

—¿Aquí? —preguntó Rolf, incrédulo.

—Aquí —dijo Richter. Miró a su alrededor—. Por supuesto que mintiendo. ¡Es una estupidez, una locura! —Pensó en voz alta:

—¿Pero para qué mentir? Tiene a la chica y al norteamericano. ¿Qué ganaría mintiendo?

—Tal vez no estuviera mintiendo —dijo nerviosamente un hombre.

Richter lo miró.

—¿Quieres que cancele la persecución? ¡Tal vez tú seas uno de sus hombres!

—¡Herr Richter! —gritó otro—. Conozco a Jürgen desde hace años; es leal a la causa.

—Tal vez el policía estuviera mintiendo —dijo otro.

—¿Por qué? —preguntó Richter—. ¿Qué ganaría mintiendo?

¿Miedo? ¿Disenso? ¿Indecisión? ¿Pánico? —Rugió guturalmente—. ¿Qué ganaría?

—Tiempo —dijo Jean-Michel a sus espaldas. Richter se abalanzó sobre él.

—¿De qué demonios está hablando?

—El Hauptmann ganaría tiempo —dijo Jean-Michel con extrema suavidad—. Encontramos los cadáveres, nos detenemos para ocuparnos de ellos, luego nos quedamos inmóviles tratando de saber quién es el traidor. Mientras tanto, Rosenlocher pone más distancia entre nosotros y él.

—¿Con qué fin? —preguntó Richter—. Ya tiene lo que vino a buscar.

—¿Ya lo tiene? —preguntó Jean-Michel—. No creo que el norteamericano y la chica hayan tenido tiempo siquiera de llegar a la Autobahn. Tal vez el lisiado tenía un teléfono encima y llamó al Hauptmann.

El francés se acercó un poco más.

—Después de todo, usted acaba de pronunciar un discurso en el que nombró a su peor enemigo.

Richter lo miró intensamente. Jean-Michel prosiguió:

—No es difícil generar una conferencia telefónica donde parezca que Rosenlocher, el norteamericano y la chica están juntos.

Richter cerró los ojos.

—Usted cometió la clase de error que un líder no puede permitirse cometer —dijo Jean-Michel —. Le indicó al norteamericano cómo derrotarlo, dándole el nombre del único hombre en quien podría confiar. Y ahora tal vez le esté dando a ese enemigo la oportunidad de debilitarlo con un viejo juego psicológico.

Richter cayó lentamente de rodillas. Luego levantó los puños hacia el cielo y aulló:

—¡Atrápenlos!

Los alemanes vacilaron.

—Deberíamos enterrar los cadáveres —dijo uno.

—¡Eso es precisamente lo que el Hauptmann quiere que hagamos! —gritó Richter.

—No me importa —dijo el hombre—. Es lo correcto.

Rolf se sentía en medio de un torbellino, ahogado por el pesar y la rabia. Pero el deber estaba por encima de todo. Enfocó el reflector y se puso en marcha.

Voy a encontrar a esos norteamericanos —dijo—. Eso es lo que Karin Doring y Manfred Piper hubieran querido, y eso es lo que yo voy a hacer.

Muchos otros lo siguieron en silencio. Luego se les unieron muchísimos más. Se movieron

rápidamente para recuperar el tiempo perdido y también para quemar el exceso de odio.

Pero en cuanto Rolf se abrió paso a través del bosque, las lágrimas le bañaron las mejillas. Eran las lágrimas de un niño pequeño que todavía estaba muy cerca de la superficie del hombre joven. Eran las lágrimas de alguien cuyos sueños de futuro con Feuer se habían transformado en cenizas.

67

Jueves, 23.55 hs., Toulouse, Francia

El trabajo principal del coronel Brett August en la OTAN era colaborar en el planeamiento de maniobras. Aunque su especialidad eran los asaltos de infantería, había tenido la fortuna de trabajar también con expertos en ataques aéreos y náuticos. Uno de los hombres que lo acompañaban, el aviador Boisard, había trabajado en extracciones aéreas en Bosnia. August disfrutaba de trabajar con hombres como él porque eso le permitía ver cuáles maniobras podían ser trasplantadas, mezcladas y mutadas para sorprender al enemigo.

Sin embargo, para la bastide había decidido un simple y eficaz asalto de dos en dos. Dos hombres avanzan mientras otros dos los cubren. Luego los dos que cubrían avanzan mientras el par siguiente los cubre. Aunque entraran ocho, diez o veinte hombres siempre habría cuatro hombres responsables entre sí. Eso servía para que el asalto fuera denso y focalizado y para que el golpe tuviera la exactitud de un láser. Si un hombre caía, el escuadrón optaba por un asalto a doble salto rana. El hombre de la retaguardia se mueve hacia el medio mientras el hombre de la avanzada lo cubre, luego éste se mueve hacia el medio mientras el de la retaguardia lo cubre. De esa manera nadie resulta herido accidentalmente por su compañero. Si dos hombres caen, los dos restantes hacen salto rana. Si tres hombres caen, el restante hace cuerpo a tierra e intenta acosar al enemigo.

Veintidós efectivos de la OTAN entraron a la fábrica Demain bajo las órdenes de August. Uno recibió un balazo en la mano, otro uno en la pierna. Entre los efectivos de la Gendarmerie, sólo el coronel Ballon sufrió una herida de bala en el hombro. Tres de los veintiocho terroristas Nuevos Jacobinos murieron y catorce resultaron heridos.

August testificaría más tarde ante un comité especial de la Asamblea Nacional Francesa que las pérdidas de los Nuevos Jacobinos se habían producido porque ellos peleaban demasiado dura y caóticamente.

—Eran como jugadores de ajedrez que conocían las movidas pero no el juego —leería de una declaración que había preparado con Lowell Coffey II—. Los terroristas atacaron desde la fábrica sin ningún plan, dividieron sus fuerzas y terminaron dispersos. Cuando se retiraron dentro del edificio para reagruparse, los encerramos. Finalmente, cuando los flanqueamos, intentaron salir por la fuerza. Ajustamos el nudo hasta que se rindieron, y eso fue todo. Todo el operativo, desde el primer al último disparo, duró veintidós minutos.

A Paul Hood le había parecido mucho más.

Poco después de que el macizo Osprey V-22 descendiera en el complejo y el líder de los Nuevos Jacobinos ordenara la ejecución de sus prisioneros, los comandos de la OTAN abrieron fuego no sólo desde el hueco del picaporte, sino desde un agujero abierto en el falso techo de cartón y también desde una ventana a la que se había trepado en primer lugar un oficial de la Gendarmerie. Era una triangulación perfecta que dio cuenta de tres de los Nuevos Jacobinos heridos: los tres hombres que habían recibido la orden de ejecutar a Paul Hood, Nancy Bosworth y Matt Stoll.

En cuanto los tres hombres cayeron, Hood se arrojó encima de Nancy y Matt se tiró al suelo. Ballon resultó herido cuando corría a cubrir a Matt.

Los prisioneros fueron ignorados en la locura que siguió. Los Nuevos Jacobinos salieron arrastrándose de lo que se había convertido en una galería de tiro. Diez minutos después volvieron para enfrentar nuevamente a sus atacantes. Pero para entonces Hood y sus compañeros se habían encerrado en una kitchenette, donde Nancy limpió y vendó la herida de Ballon lo mejor que pudo y Hood lo obligó a quedarse quieto. A pesar del intenso dolor, el coronel ansiaba volver al campo de batalla.

Stoll permanecía apartado, obviamente impresionado por la sangre. Trataba de distraerse felicitándose por haber advertido la ausencia del picaporte y, consecuentemente, por haber desviado la atención de los Nuevos Jacobinos diciendo: "Eh, solo soy un experto en computación". Pero, tal como lo había hecho antes el líder de los terroristas, Hood tuvo que ordenarle que se callara la boca.

Los primeros en entrar a la kitchenette fueron dos privados de la OTAN. Para entonces el corredor había sido asegurado y también habían enviado un médico para que se ocupara de Ballon.

Hood, Nancy y Stoll fueron evacuados al Osprey. August y su intérprete francés habían establecido el cuartel general aliado de la cabina del piloto. Después de que le informaron que el comando había asegurado el primer piso y marchaba hacia el segundo, August se presentó. Luego su atención volvió al intérprete, quien seguía el procedimiento por radio mientras el comando de la OTAN ingresaba en las suites ejecutivas de la fábrica Demain.

Hood quería saber si el comando había encontrado a Dominique o a Hausen y estaba ansioso por hablar con Rodgers. Le preocupaba Herbert y quería saber en qué andaba, pero eso tendría que esperar. Por lo menos todos ellos estaban a salvo.

Stoll ya se había instalado cómodamente en la cabina del Osprey. Hood iba a invitar a Nancy a entrar cuando apareció una luz en el cielo. Tenía el tamaño de una estrella y se movía en dirección este-oeste. Súbitamente se dirigió hacia ellos y aumentó de tamaño. El movimiento fue acompañado por el distintivo traqueteo de la hélice de un helicóptero.

August también levantó la vista.

—¿Uno de los suyos? —le preguntó Hood.

—No —respondió August—. Podría ser uno que despegó antes de que aterrizáramos. Supusimos que se trataba de instigadores de alto nivel en plena huida.

De pronto, un oficial de la Gendarmerie avanzó desde un extremo del campo cargando sobre los hombros a un hombre en mangas de camisa.

—*Sous—lieutenant*! —el oficial llamó al intérprete.

Luego recostó en el suelo al hombre que no paraba de quejarse y habló en francés con el subteniente. Un instante después, el oficial francés encaró a August.

Este hombre es un piloto, señor —le dijo—. Estaba alistando el helicóptero para M. Dominique y fue atacado por un hombre rubio.

—Hausen —musitó Hood.

El helicóptero inició un descenso en espiral. Era obvio que estaba cayendo, no volando.

August ordenó que hicieran cuerpo a tierra y se protegieran la cabeza. Hood estaba encima de Nancy, pero August permanecía de pie. El coronel observó que el helicóptero volvió a tomar altura y

se dirigía hacia el río.

August preguntó:

—¿Quién es Hausen, señor Hood? Hood se levantó.

—Un político y piloto alemán. Odia a Dominique, el hombre que está detrás de todo esto.

—¿Lo odia tanto como para arriesgar la vida robando un helicóptero?

—Lo odia todavía más —le explicó Hood—. Creo que Hausen moriría contento sólo para atrapar a Dominique.

—Moriría él, robaría un helicóptero y mataría a todos los que estén debajo —observó August. Seguía vigilando el helicóptero, que avanzaba hacia el norte describiendo un arco descendente y luego recuperaba altura—. He visto esto antes: viejas rivalidades que pierden todo control.

—El coronel se volvió hacia el intérprete—. ¿Manigot y Boisard todavía están en el primer piso?

El subteniente preguntó por radio y recibió una respuesta afirmativa.

—Todavía están allí, señor —dijo.

—Dígales que vuelvan inmediatamente aquí. Usted queda a cargo —dijo August.

—Sí, señor —dijo el oficial haciendo la venia.

August miró hacia arriba, a la cabina del helicóptero, e hizo un círculo con el dedo índice por encima de su cabeza, El piloto saludó y encendió los motores verticales.

—Coronel, ¿qué es esto? —preguntó Hood.

August corrió hacia las escaleras que llevaban a la cabina del piloto.

—Alguien quiere que ese helicóptero aterrice y alguien quiere que siga en el aire —dijo August —, Si no embarcamos no hará ninguna de las dos cosas.

—¿Embarcar? —gritó Hood.

Pero los dos comandos de la OTAN llegaron velozmente y se treparon a bordo. El atronador rugido de los motores fue la única respuesta. Hood y Nancy retrocedieron y menos de dos minutos después de haber avistado el helicóptero el voluminoso VTOL estaba en el aire.

68

Viernes, 00.04 hs., Wunstorf, Alemania

El automóvil policial corría por la Autobahn a más de cien millas por hora. El Hauptmann Rosenlocher miraba hacia la izquierda, más allá del conductor, para detectar cualquier señal de actividad. No estaban usando la sirena y el conductor encendía momentáneamente los faroles si alguien se cruzaba en el camino. En el asiento trasero iba un hombre que observaba todo en silencio. Llevaba puesto el uniforme azul de la Landespolizei.

Detrás del auto de Rosenlocher había otros dos autos, denominados Dos y Tres. En cada uno iban seis hombres de una fuerza táctica de quince. Cinco de los seis hombres estaban armados con carabinas recortadas.30 M1. Otros cinco tenían ametralladoras livianas HK 53. Todos llevaban pistolas Walter P1 con cañones de 125 mm. Todos buscaban a la chica y al hombre en silla de ruedas.

El oficial de cabello entrecano y rostro desigual se preguntaba si Richter habría mordido el anzuelo. Rosenlocher carecía de experiencia en estos PSYOPS (Operativos Psicológicos). Él sólo era experto en control de motines y operativos secretos. Pero el general Rodgers le había asegurado que la treta había funcionado para uno de sus colegas durante el secuestro de un jet TWA en París, llevado a cabo por terroristas croatas en 1976. Y lo que había dicho Rodgers tenía sentido. La mayoría de los revolucionarios, especialmente los más nuevos e inseguros, podían ser convencidos de que había una telaraña de traidores entre ellos. Por lo demás, eso era bastante habitual.

Sonó el teléfono del oficial.

—Ja?

—Hauptmann Rosenlocher, habla Rodgers. Hemos logrado localizarlos vía satélite. Bob y la chica están a unos tres kilómetros al norte de ustedes, rumbo a la Autobahn. Los neonazis se detuvieron momentáneamente pero ahora han vuelto a moverse. No sabemos cuál de ustedes dos llegará primero.

El Hauptmann chequeó el odómetro y se inclinó hacia su chofer.

—Vaya más rápido —dijo suavemente.

El chofer de rostro aniñado asintió con un gruñido. —Gracias, general —dijo Rosenlocher—. Lo llamaré apenas tenga algo que reportar.

—Buena suerte —dijo Rodgers.

Rosenlocher volvió a agradecerle y luego escrutó el horizonte.

El rifle estaba en un talego detrás de su asiento. Tanteó un poco hasta encontrarlo. Le transpiraban las manos como siempre que estaba por entrar en acción. Aunque, a diferencia de la mayoría de los enfrentamientos, deseaba que éste se transformara en “tiroteo”. Anhelaba cualquier excusa para castigar a los brutos que querían destruir su país.

—Un poquito más rápido —le pidió al conductor. El chofer apretó los labios y el acelerador.

La noche pasaba velozmente. Los otros autos pasaban velozmente. Y entonces vio dos figuras

pálidas en medio del oscuro follaje sobre el lado izquierdo del camino. Retrocedieron inmediatamente al verlos.

—Ése era un brazo del equipo de Richter —dijo el Hauptmann—.

Puedo oler a esos bastardos aun a ciento veinte millas por hora. Aminora la marcha.

El conductor obedeció. Dos personas salieron con dificultad del bosque pocos segundos después. Un hombre en silla de ruedas y una chica.

—¡Detente! —ordenó Rosenlocher.

El conductor apretó el freno y el auto se detuvo. Rosenlocher tomó la radio. Los otros autos aminoraron la marcha.

—Dos y Tres —llamó a los otros autos—, ¿los están viendo?

—Los estamos viendo. Dos.

—Los tenemos. Tres.

El Hauptmann dijo:

—Dos, ustedes cubran el flanco sur. Tres, vayan al norte. Yo los haré subir.

Los tres automóviles se detuvieron a intervalos de veinte metros a un costado del camino. Los conductores permanecieron detrás del volante y los oficiales de policía salieron por la puerta del acompañante. En el caso de que hubiera víctimas saldrían velozmente rumbo al hospital de Hannover. Los oficiales del Dos y el Tres avanzaron en dirección norte y sur. En la oscuridad, armaron una línea de escaramuzas detrás de la baranda metálica al costado del camino. Si alguien les disparaba a ellos o a los norteamericanos, tenían órdenes de tirar a matar.

Rosenlocher fue el primero en llegar a la baranda metálica.

Estaba a menos de treinta metros del límite del bosque, adonde Bob Herbert y Jody Thompson habían llegado huyendo de sus perseguidores.

Rosenlocher levantó el arma. Al ver movimiento apuntó a la zona inmediatamente detrás de la chica.

—¡Vengan! —le gritó a Herbert.

Jody seguía empujando. Jadeaba y tropezaba pero no iba a detenerse.

Rosenlocher observaba a los otros. Los faroles de los autos que pasaban iluminaban intermitentemente sus caras. Eran caras jóvenes. Algunas estaban furiosas, otras simplemente asustadas. Sabía que bastaba un paso en falso para que esta situación se le fuera de las manos. Esperaba que triunfara el instinto de auto preservación y que nadie perdiera la calma.

Ahora veía claramente los rostros de los norteamericanos. El de Herbert era intenso y denotaba el esfuerzo de mover las ruedas. Jody sollozaba a medias empujando y a medias apoyándose en la silla.

Rosenlocher apuntó directamente hacia un grupo de hombres que acababa de emerger del bosque. Hombres temerarios, obviamente, dispuestos a sacrificar sus vidas para manifestarse. Sin embargo, después de unos segundos supo que no iban a atacar. Rosenlocher no veía a Karin ni a Manfred. No sabía por qué no estaban allí, pero sabía que sin cabeza el cuerpo no podría pensar. Y sin corazón no podría actuar. Aunque esos rufianes eran capaces de hacerle cualquier cosa a un adversario solitario, no estaban dispuestos a enfrentar a una fuerza entrenada.

Herbert y Jody llegaron a su lado. Los choferes Dos y Tres ayudaron a Herbert a pasar la baranda

metálica, tal como les habían ordenado antes. No había sensación de urgencia, no había pánico. Sólo la eficacia de corte obrero que caracterizaba al escuadrón de Rosenlocher.

Mientras los oficiales de policía permanecían en sus puestos, los conductores Dos y Tres llevaron a Herbert y a Jody hasta el primer auto. Cuando por fin estuvieron a salvo los hombres de Rosenlocher comenzaron a abandonar sus lugares uno por uno. Volvieron a los automóviles y desde allí cubrieron el regreso de los hombres restantes.

Cuando todos estuvieron a salvo y lejos de la baranda metálica, Rosenlocher dio la espalda al bosque y avanzó en dirección a su automóvil. Un poco esperaba morir. Siempre había un cobarde en cada banda de terroristas o delincuentes. Mantuvo la cabeza erguida. Los cobardes se sentían intimidados por los hombres que rehusaban serlo. Por los hombres que no tenían miedo. Mientras caminaba tenía completa conciencia de cada sonido, de cada paso, porque sabía que podía ser lo último que escuchara.

Al llegar al auto, avanzó hacia la puerta del acompañante y ordenó entrar a sus hombres.

Salieron del lugar sin incidentes.

Rosenlocher pidió a su chofer que los llevara directamente al hospital. El hombre encendió la sirena.

Sentada en el asiento trasero del coche policial, Jody cayó contra el hombro de Herbert. Comenzó un llanto pesado e intenso.

—Me duele el brazo —sollozaba.

—Bueno, bueno —la consolaba Herbert.

—Me duele todo. Todo.

Herbert le acarició la cabeza.

—Vamos a hacer que te cuiden mucho —le dijo suavemente—. Vas a estar bien. Estás a salvo. Actuaste como una verdadera heroína.

Ella lo abrazó. Las lágrimas y el aliento de Jody eran calientes contra su cuello. La abrazó todavía con más fuerza, y estaba tan orgulloso de ella que se le nublaron los ojos.

Rosenlocher dijo con suavidad.

—¿Usted se encuentra bien, Herr Herbert?

—Sí —respondió Herbert—. Muy bien.

—Su amigo el general tenía razón —dijo Rosenlocher—. Me dijo que lo único que tenía que hacer era darle a usted unos pocos minutos. "Aflojen el lazo y Bob se liberará".

—Seguro —dijo Herbert—. Se liberará de la horca para caer en las arenas movedizas. Gracias por sacamos de allí, Hauptmann. Formará parte de mi lista de tarjetas navideñas durante mucho tiempo.

Rosenlocher sonrió. Dio media vuelta y levantó el teléfono de su auto. Le pidió al telefonista que lo comunicara con el general Rodgers en Washington.

Todavía tenía el rifle entre las piernas. Mientras esperaba, Rosenlocher sintió el peso del arma contra la rodilla derecha. Se había necesitado una guerra para derrocar a Hitler. Sería irónico que después de tantos años de cacería tras los pasos de Felix Richter, después de tanto entrenarse para asaltos y tiroteos, el Nuevo Führer cayera sin un solo disparo.

Irónico pero adecuado, pensó Rosenlocher. Tal vez hayamos aprendido algo después de todo. Si

uno enfrenta a los tiranos en sus inicios descubrirá que todos van disfrazados con las nuevas ropas del emperador.

Rosenlocher saboreó ese pensamiento mientras tenía el inmenso placer de pasarle el teléfono a Bob Herbert para que le informara a su superior que la misión estaba cumplida.

Y la misión estaba cumplida.

69

Viernes, 00.16 hs., Wunstorf, Alemania

Felix Richter miraba retroceder a los miembros de su partida de caza.

—¿Dónde están los norteamericanos? —vociferó.

Rolf estaba entre los primeros que regresaron. Miró los cadáveres de Karin y Manfred. Les habían tapado la cabeza y los hombros con rompevientos. Le recordaban a los perros atropellados en la ruta. Apartó la vista.

Richter avanzó en dirección a él.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó.

—La policía estaba esperando —dijo el muchacho—. No hubo nada que hacer.

Richter aulló enfurecido:

—¿Es eso lo que hubiera dicho Karin Doring? ¿Que no hubo nada que hacer?

—Karin hubiera estado allí, haciéndolo ella misma —gritó alguien—, no esperando que nosotros volviéramos. Karin no era una charlatana.

—Nunca dije que yo fuera Karin Doring...

—No —dijo Rolf—, no lo eres. Y yo me voy.

Richter le interceptó el paso.

—Escúchame. Escúchenme todos. No pueden dejar que nuestro legado muera por un revés. Se los debemos a todos los que lucharon antes que nosotros.

Varias personas se acercaron a recoger los cuerpos. Otros los esperaron.

—¡No permitan que todo esto se termine! —dijo Richter.

Los hombres pasaron junto a él para unirse a los que todavía esperaban en el campamento. Rolf siguió los halos de luz que surcaban la oscuridad. ¿Acaso esas pobres luces serían los reflectores de los que había hablado Richter, los que iban a brillar sobre sus símbolos y sus logros?

—Esto es un simple revés, no una derrota —dijo Richter—. ¡No permitamos que nos detengan!

Los hombres seguían caminando en silencio.

Richter repitió parte de su discurso, levantando la voz para encender nuevamente el fervor de la multitud.

Jean-Michel susurró a sus espaldas:

—A ellos no les interesan sus distinciones, Herr Richter. Lo único que saben es que han perdido el corazón. Si usted es inteligente y decidido, tal vez conseguirá que algunos de ellos regresen. Pero ahora es tiempo de volver a casa.

Jean-Michel miró los halos de luz y avanzó hacia ellos, dejando a Richter solo en la oscuridad.

70

Viernes, 00.17 hs., Toulouse, Francia

El Osprey sobrevolaba el campo como una nube tormentosa, oscuro y rugiente, y sus luces de navegación brillaban con el poder y la intermitencia de relámpagos. El coronel August estaba de pie en la cabina, detrás del piloto, mientras el helicóptero ascendía a los mil pies de altura.

El LongRanger estaba a unas tres millas río abajo, moviéndose en dirección sudeste. Seguía sacudiéndose y acercándose peligrosamente a la costa de vez en cuando, aunque cada vez con menos frecuencia. Era como un potro salvaje que se resigna a ser domado. Pero August no quería que se resignara demasiado rápido. Sospechaba que no podrían justificar legalmente lo que estaban por hacer a menos que el helicóptero estuviera fuera de control y fuera una amenaza para la gente en tierra.

—Velocidad aproximada uno-dos-cinco millas por hora —dijo el piloto mientras veían alejarse al LongRanger.

El Osprey apuntó ligeramente la nariz hacia abajo para seguirlo. A una velocidad de más de 345 millas por hora no le sería difícil alcanzarlo. Pero el jefe de la tripulación no estaba listo todavía. Él y sus tres hombres estaban en la bodega preparando una grúa de dos mil libras con un cable de doscientos pies que se usaba para recoger o depositar cargamentos en áreas donde el Osprey no podía aterrizar.

August les había ordenado tener lista la grúa. Cuando les explicó el motivo de la orden, Manigot y Boisnard pidieron en tono de broma que ya mismo los enviaran a la corte marcial y de allí directamente al sitio de la ejecución. Estaban convencidos de que el resultado final sería el mismo.

Pero August no pensaba lo mismo. Les dijo lo que solía decirles a todos los que estaban a sus órdenes. Si un trabajo es planeado correctamente, y ejecutado por profesionales, se desarrollará con tanta facilidad como uno se levanta de la cama todas las mañanas. Y aunque siempre había imponderables, precisamente eran los imponderables los que volvían excitante el trabajo.

El Osprey se deslizaba horizontalmente a gran velocidad. A August le preocupaba menos la velocidad que las dificultades de enganchar al helicóptero. Si el piloto decidía cambiar de curso abruptamente, August debería poder adecuarse rápidamente. El coronel también había ordenado guardar silencio a su operador de radio. Cuanta menos información tuviera el LongRanger acerca de quién estaba a bordo o por qué, menos posibilidades habría de que causara dificultades. No existía nada más antagónico que un adversario sin rostro y sin voz.

El piloto ajustó la altura del Osprey para que volara cien pies más arriba que el LongRanger. Avanzaba con el helicóptero, deslizándose al este o al oeste según el curso del río. Obviamente, el que estaba en los controles del LongRanger sabía volar pero no navegar. Estaba siguiendo el curso del río con la intención de escapar.

El Osprey cerró la brecha bajando como una tormenta feroz e imparable. El LongRanger aumentó la velocidad pero no pudo escapar. En menos de dos minutos el Osprey estuvo sobre el LongRanger.

El LongRanger trató de moverse hacia el costado, pero cada vez que lo hacía el Osprey lo hacía también.

Mientras tanto, los encargados de la grúa trabajaban velozmente para alistar el equipo. Cuando estuvo listo, el jefe del sector llamó a la cabina del piloto.

—Aviador Taylor preparado, señor —dijo el piloto. El coronel August se puso los guantes y asintió.

—Dígale que abra la bodega. En seguida vuelvo.

El piloto ejecutó la orden mientras August abría la puerta de la cabina y cruzaba el fuselaje. El viento se arremolinó en la cabina y los macizos engranajes sonaron al abrirse la puerta inferior. La lona que cubría el fuselaje se agitaba violentamente hacia ambos lados.

August se movía rápidamente a pesar del viento. Cuando un equipo estaba preparado no era conveniente hacerlo esperar. La espera era a la energía lo que el frío al calor: la minaba.

August llegó cuando los hombres estaban revisando los cierres de sus paracaídas.

—¿Estamos listos para partir? —preguntó. Los hombres respondieron afirmativamente.

August había diseñado el plan con Manigot y Boisard justo después de embarcar. Taylor bajaría a Manigot cincuenta pies en línea recta, justo detrás del estabilizador horizontal y hacia el travesaño ubicado a mitad de camino entre la cabina principal y el aparataje de la cola. Había suficiente lugar detrás de las hélices principales. Lo único verdaderamente preocupante era un lapso de cinco a ocho segundos en que el aviador o el cable estarían directamente atrás de la hélice. Si el LongRanger aminoraba la velocidad o avanzaba en ángulo ascendente durante ese lapso, Manigot o el cable serían destrozados por la hélice. Si el helicóptero no se movía, Manigot dejaría el cable inmediatamente, se arrojaría en paracaídas y la misión quedaría abortada. En otro caso, una vez que ambos hombres estuvieran en la zona de la cola, avanzarían hacia la rampa de aterrizaje y entrarían a la cabina.

El único riesgo era que el helicóptero volviera a sacudirse. En ese caso el equipo esperaría hasta el próximo sacudón —un ascenso breve y salticado seguido por un leve descenso— antes de abrir la compuerta.

Taylor apretó el botón de la grúa para bajar rápidamente a Manigot. El cable salía a una velocidad de 3,2 pies por segundo y Manigot estuvo sobre el estabilizador en quince segundos. Una vez que Manigot se sujetó al travesaño, enganchó hábilmente el cable e hizo una señal con un reflector. Boisard se deslizó hacia abajo rápida y limpiamente. Una vez que estuvo sujeto al otro lado del travesaño, Manigot desenganchó el cable y Taylor lo retiró inmediatamente. El peso del guinche obraba como plomada y evitaba que el cable oscilara en dirección a la hélice de la cola.

August observaba a la pálida luz de la compuerta abierta cómo Boisard desataba la soga que llevaba en la cintura y la pasaba por las presillas de acero del cinturón de Manigot. Una vez hecho esto, Manigot se desenganchó del travesaño y empezó a deslizarse sobre la superficie del LongRanger.

Se suponía que los hombres del helicóptero sabrían que el Osprey gigante los sobrevolaba peligrosamente, pero no hacían el menor movimiento. August trató de imaginar los planes del piloto. Con seguridad no podría planear un viaje largo. El LongRanger tenía un alcance máximo de unas 380 millas. Tal vez había planeado alejarse un trecho y luego descender donde un automóvil los estaría

esperando para continuar la huida.

De pronto, el LongRanger avanzó. No emprendió una carrera salvaje como antes; evidentemente, el piloto estaba decidido a escapar. El movimiento hizo que Manigot se deslizara hasta el mástil de la hélice principal. Sólo sus rápidos reflejos lo salvaron de caer entre las aspas cortantes, porque pudo aferrarse al tubo de escape en menos de un segundo. Boisard se aferró al estabilizador, literalmente columpiándose hacia adelante mientras el helicóptero avanzaba.

August ordenó por radio al piloto que los persiguiera. Luego escrutó la oscuridad esperando que los hombres saltaran.

No saltaron. Los dos eran orgullosos pero no insensatos: si podían saltar... saltarían. Probablemente tendrían miedo de saltar y aterrizar encima de la hélice.

Frustrado por la distancia y la oscuridad y el viento, August se quedó junto a la compuerta mientras el Osprey se lanzaba detrás del LongRanger. Finalmente, se volvió hacia el aviador Taylor.

—¡Baje esa cosa otra vez! —gritó—. ¡Voy a bajar!

Taylor dijo:

—Señor, el viento y el ángulo son malos para esta clase de...

—¡Ahora! —ladró August, sacando un paracaídas del armario de equipos y colocándoselo—. Voy a enganchar la cola. Cuando llegue a Boisard, arrastraremos a esa maldita máquina hasta llegar a casa.

—Señor, tenemos capacidad para dos mil libras, y ese helicóptero es...

—Lo sé. ¡Pero mientras giren las hélices el helicóptero no será un peso muerto! Dígale al piloto que se quede con él, no importa cómo. Haré una doble señal lumínica cuando la haya enganchado y usted le avisará por radio al piloto que dé la vuelta.

Taylor hizo la venia y se movió hacia los controles con una confianza que evidentemente no sentía.

El Osprey —cuyo nombre significaba "águila de presa"— cruzó poderosamente el cielo oscuro. El cable se desenrolló nuevamente y August fue bajado en ángulo hacia el helicóptero. Tuvo que dar varias vueltas alrededor del estabilizador antes de poder agarrarlo. Arrastrándose hacia el lado opuesto a Boisard para no desequilibrar la nave, se enganchó a la cola. Luego enganchó el cable de la grúa. El cable se deslizó hacia atrás, golpeó sonoramente contra la cola y quedó ajustado firmemente.

August tenía su pescado.

Mirando al frente, comenzó a arrastrarse sobre la superficie en dirección a Manigot. El viento arreciaba cada vez con mayor violencia. Cuando estaba cerca de la cabina, el LongRanger se enderezó de golpe y enfiló hacia el este. Al Osprey le costó seguirle la marcha. El cable pegó un tirón violento que sacudió el LongRanger. El cable quedó muy tenso, enganchado por la grúa.

August se deslizó desde la punta de la cola al costado. Levantó la vista para asegurarse de que Manigot estaba bien, y luego miró hacia abajo. Sus piernas estaban a menos de dos yardas de la rampa. Eran dos yardas oscuras y ventosas, pero los extremos de la rampa estaban directamente debajo de él. Si se arrojaba al vacío pasaría junto a ellos al caer.

Decidió olvidar todas las reglas de planeamiento y disciplina.

Esto era como patear un penal: se hace el gol... o no se hace.

Se quitó los guantes y los dejó caer. Destrabó el gancho de metal que lo sujetaba a la cola. Y saltó.

Todo fue cuestión de segundos. Libre de toda atadura, August fue empujado hacia atrás. Pero no tan atrás como para no alcanzar el extremo trasero de la rampa. Lo enganchó con el brazo izquierdo, rápidamente subió el brazo derecho y luchó para subirse encima. El viento era intenso y August colgaba a un ángulo de cuarenta y cinco grados, golpeando contra el compartimiento de equipaje mientras luchaba para entrar.

Vio que el piloto lo miraba. Había alguien en el suelo, entre los asientos del puente de vuelo, luchando para levantarse. El piloto intentó una maniobra violenta. Unidas por el cable, las dos naves se sacudieron y el piloto volvió a mirar hacia atrás. Pero esta vez no miraba a August sino al cable.

Lentamente, hizo retroceder el helicóptero. Con un ramalazo de terror, August comprendió lo que intentaba hacer. Pensaba usar la hélice para cortar el cable. Si no podía escapar los haría caer a todos.

August se esforzó febrilmente para colocar la pierna sobre la rampa. Apenas lo logró, avanzó hacia la puerta de la cabina y la abrió de un golpe. Se metió en el compartimiento de pasajeros. Con dos zancadas llegó al puente de vuelo. Pasando por encima del hombre semiinconsciente tirado en el suelo, August colocó el brazo en una cerrada postura de jujitsu, con el codo a la altura de la cintura y en línea recta, y golpeó al piloto al costado de la cabeza. Con velocidad de émbolo volvió a golpeado por segunda y tercera vez. Luego lo empujó fuera del asiento.

August ocupó el lugar del piloto de un salto, tomó rápidamente los controles y miró al hombre tirado en el suelo.

—¿Hausen? ¡Levántese! ¡Tiene que manejar esta maldita máquina!

El alemán estaba atontado. Lentamente, empezó a arrastrarse hacia el asiento del copiloto.

—¡Muévase! —gritó August—. ¡No tengo la menor idea de lo que estoy haciendo!

Tambaleando, Hausen se acomodó en el asiento, y pasándose la manga por los ojos sanguinolentos, tomó la palanca de control. —Está bien —dijo el alemán—. Lo... lo tengo.

Saltando como un rayo del asiento del piloto, el enfurecido coronel arrojó a Dominique a la cabina. Luego volvió a la puerta abierta. Se asomó. Boisard avanzaba valientemente en dirección a Manigot.

—¡Estamos seguros aquí! —gritó August—. ¡Cuando lo tenga, libere el cable!

Boisard hizo una seña afirmativa y August se metió en la nave.

—¿Se encuentra bien? —le gritó a Hausen.

—Me pondré bien —dijo el alemán, muy fatigado.

—Manténgalo así hasta que yo le diga —dijo August—. Luego volveremos a la fábrica.

Hausen hizo un gesto afirmativo. Inclinándose sobre Dominique, August lo levantó, lo arrojó sobre una silla y se paró frente a él.

—No sé lo que habrá hecho —dijo August—, pero espero que sea lo suficientemente malo como para que lo encierren de por vida.

Abotagado y sangrante, Dominique se las ingenió para mirar hacia arriba y esbozar una sonrisa.

—No podrán detenerme —dijo. Le faltaban algunos dientes—. No podrán detenemos. El odio... el odio es más rentable que el oro.

August sonrió afectadamente. Y volvió a golpearlo.

—Ponga eso en mi cuenta —le dijo.

Mientras la cabeza de Dominique caía pesadamente a la derecha, August volvió a la compuerta. Con brazos que le temblaban por el cansancio, ayudó a entrar a Manigot. Cuándo Boisard terminó de desenganchar el cable, August también lo ayudó a entrar. Luego cerró la compuerta y cayó pesadamente al piso.

Lo más triste era que ese bastardo tenía razón. El odio y los traficantes de odio seguirían floreciendo. En el pasado los había combatido. Y había sido muy eficaz en el combate. Todavía lo era, tenía que admitirlo. Y aunque a su cerebro le llevó un tiempo conectarse con los deseos de su corazón, supo que cuando aterrizaran tendría que hacer una llamada importante.

71

Viernes, 00.53 hs., Toulouse, Francia

Los hombres de la Gendarmerie ya habían asegurado la fábrica cuando regresó el Osprey. Los Nuevos Jacobinos habían sido rodeados y esposados. Estaban separados por pares y los habían encerrado en cubículos vigilados por dos hombres cada uno. Ballon creía que los mártires y los héroes eran exhibicionistas o juguetes de viento: era bastante improbable que se decidieran a hacer algo si nadie los estaba mirando. El rápido colapso de los Nuevos Jacobinos reforzó algo que Ballon también creía. Que eran un rebaño de animales cobardes sin estómago para pelear cuando no estaba el líder o cuando se enfrentaban a fuerzas iguales o superiores a ellos en cantidad.

Cualquiera fuera la verdad del asunto, lo cierto fue que no presentaron resistencia cuando la policía local los sacó del lugar en camionetas especiales. También se llamaron ambulancias, aunque Ballon insistió en que lo curaran allí mismo, pues no quería abandonar el sitio hasta que el Osprey y el LongRanger regresaran. Había observado la pelea distante junto con los demás. Y hasta que el piloto del Osprey no avisó por radio que habían atrapado a Dominique nadie sabía cuál había sido el resultado.

Cuando el Osprey aterrizó, seguido por el LongRanger, el coronel August se hizo cargo personalmente de Dominique. Salieron juntos, codo a codo August lo sujetaba con el antebrazo. El antebrazo del francés apuntaba hacia arriba, apoyado sobre el de August. Tenía el codo bajo la axila de August y la mano girada contra su propio cuerpo. Si trataba de escapar, August simplemente le doblaría la mano contra el pecho causando un terrible e insoportable dolor en la muñeca.

Dominique no intentó escapar. Apenas podía caminar. August lo entregó inmediatamente a la Gendarmerie. Fue ingresado en una camioneta con Ballon y cuatro de sus hombres.

—Dígale a Herr Hausen que esta vez se merece los titulares —le dijo Ballon a August antes de partir—. ¡Dígale que los escribiré yo mismo!

August prometió hacerlo.

El piloto del Osprey había llamado a los médicos de la OTAN.

Aunque los cortes y raspaduras que habían sufrido Boisard y especialmente Manigot eran superficiales, también eran demasiados. Y Manigot tenía dos costillas fracturadas.

Hausen estaba en peor estado. En un esfuerzo por mantener la conciencia y concentrar la energía durante el vuelo, le había contado todo a August. Le había dicho que Dominique había intentado estrangularlo en un primer momento. Y cada vez que Hausen había intentado tomar el control del helicóptero, Dominique lo había golpeado o pateado brutalmente. En cuanto aterrizó el helicóptero, Hausen se dejó caer sobre la palanca de control.

Hood entró al LongRanger para acompañar a Hausen hasta que fuera evacuado. Se sentó en el asiento del piloto, al lado del alemán, a esperar que el médico de la OTAN terminara de atender a las víctimas del asalto.

Hood lo llamó por su nombre. Hausen abrió los ojos y sonrió débilmente.

—Lo tenemos —dijo.

—Usted lo atrapó —respondió Hood.

—Estaba dispuesto a morir si podía llevado conmigo —dijo Hausen—. No... no me importaba nada más. Lo lamento.

—No tiene por qué disculparse —dijo Hood—. Todo salió bien. El norteamericano se levantó y dio un paso al costado al ver llegar a una médica y su asistente. La médica examinó las heridas que Hausen tenía en el cuello, las sienes, las mejillas y el mentón para asegurarse de que no necesitaba control hemostático. Luego le revisó los ojos y auscultó el ritmo cardíaco. Después examinó rápidamente la columna vertebral.

—Shock neuronal suave —le dijo a la asistente. Saquémoslo de aquí. Trajeron una camilla y Hausen fue retirado del LongRanger.

Hood lo siguió.

—¡Paul! —gritó Hausen mientras lo bajaban por la escalerilla.

—Aquí estoy —dijo Hood.

—Paul —dijo Hausen—, esto no ha terminado. ¿Entiende?

—Lo sé. Pondremos en marcha un centro regional. Tomaremos la iniciativa. No hable ahora.

—En Washington —dijo Hausen mientras lo ponían en la ambulancia. Sonrió débilmente. —La próxima vez nos encontraremos en Washington. Más tranquilos.

Hood le devolvió la sonrisa y le apretó la mano antes de que cerraran la puerta de la ambulancia.

—Tal vez debamos invitarlo a una audiencia de presupuesto —dijo Matt Stoll a sus espaldas—. Esto parecerá un día en la playa.

Hood se dio vuelta. Apretó satisfecho el hombro de su socio.

—Esta noche fuiste todo un héroe, Matt. Gracias.

—Ah, no es nada, jefe. Es sorprendente lo que uno puede hacer cuando está en peligro y no tiene opción.

—No es verdad —dijo Hood —. Un montón de gente entra en pánico frente a las dificultades. Tú no.

—Mentira —dijo Stoll—. Simplemente no mostré lo que sentía.

Pero creo que tienes que terminar otros asuntos. Así que voy a retirarme unos pasos para tener un colapso nervioso.

Stoll se fue. Nancy estaba de pie junto a él, entre las sombras. Hood la contempló un momento antes de acercarse. Quería decirle que ella también se había comportado como una heroína esta noche, pero no lo hizo. No le gustaban los cumplidos, y además sabía que no era eso lo que esperaba oír de él.

Tomó las manos de Nancy entre las suyas.

—Creo que ésta fue nuestra salida nocturna más prolongada. Ella rió con los ojos llenos de lágrimas.

—Antes éramos unos viejos tontos. Cenábamos, leíamos en la cama, veíamos las noticias de las diez, y los fines de semana íbamos temprano al cine.

Hood tomó conciencia de pronto del peso de la billetera con las dos entradas de cine. Ella no. Ella lo miraba a los ojos con amor y nostalgia. No quería facilitar las cosas.

El le acarició el dorso de las manos con los pulgares y luego apoyó las manos sobre sus hombros. La besó en la mejilla. La sal caliente de sus lágrimas lo hizo desear acercarse, abrazarla, besarla en la oreja.

Hood retrocedió.

—Habrá interrogatorios, un montón de citaciones judiciales. Me gustaría conseguirte un abogado.

—Está bien. Gracias.

—Estoy seguro de que alguien aprovechará las ventajas de Demain cuando todo esto termine. Mi equipo tiene brazos en todas partes. Me aseguraré de que tú también participes. Hasta entonces, Matt te dará cosas que hacer.

—Mi maestro —dijo ella secamente.

Hood se sintió molesto.

—Esto tampoco es divertido para mí, Nancy. Pero no puedo darte lo que quieres.

—¿No?

—No sin quitárselo antes a alguien, a alguien a quien amo. He pasado la mayor parte de mi vida adulta creciendo con Sharon. Estamos ligados de formas muy especiales para mí.

—¿Eso es todo lo que quieres? —preguntó ella—. ¿Una relación que sea especial? Antes eras delirante. Los dos lo éramos. Hasta cuando peleábamos éramos apasionados.

—Sí —dijo Hood—, pero eso terminó. Sharon y yo somos felices juntos. Tengo mucho que decir a favor de la estabilidad. Es importante saber que alguien estará allí para...

—Los peores y los mejores momentos, en la pobreza o en la riqueza, en la salud y en la enfermedad —dijo Nancy con amargura.

—Sí —dijo Hood—, y hasta para ir al cine.

La boca de Nancy se frunció. Ella parpadeó varias veces sin apartar la vista.

—Ay —dijo—. Golpe directo.

Hood lamentaba haberla lastimado, pero por lo menos había encontrado la fuerza para decir lo que debía decirse. Sonaba mal, pero era lo correcto.

Nancy dio media vuelta.

—Así —dijo—, supongo que debería haber vuelto a la ciudad con el coronel Ballon.

—La policía local también va hacia allá —le dijo Hood—. Me ocuparé de que nos lleven.

—Sigues siendo un despistado —dijo ella con una sonrisa valiente—. Quise decir que él es soltero. Era una broma.

—Caramba —dijo Hood—. Lo lamento.

Nancy respiró profundamente.

—No tanto como yo. Lamento todo. —Volvió a mirarlo—. Aunque esto no haya marchado como yo quería, fue muy bueno volver a verte. Me alegra que seas feliz. De verdad.

Comenzó a alejarse con el mismo andar ondulante que le había visto en el hotel, con el cabello moviéndose con elegancia hacia uno y otro lado. Hood empezó a seguirla. Sin darse vuelta, Nancy levantó la mano como un oficial de policía para detener el tránsito y sacudió la cabeza.

Hood la miró irse con los ojos llenos de lágrimas. Y cuando por fin desapareció en la multitud de policías y médicos, Hood sonrió con tristeza.

Finalmente había acudido a la cita.

72

Lunes, 9.32 hs., Washington D.C.

El Centro de Operaciones dio la bienvenida a Hood, Stoll y Herbert con una pequeña fiesta en el Tanque, el salón de conferencias de máxima seguridad. Cuando llegaron, los jefes de equipos y empleados principales ya estaban allí con bandejas de café, croissants y buñuelos.

—Compramos todo lo que encontramos en materia de pastelería alemana y francesa —dijo Anne Farris dándole la bienvenida a Hood con un beso en el aire de mejilla a mejilla.

Ed Medina y John Benn habían pasado el fin de semana construyendo un pequeño tablero con soldados de juguete que representaban a la OTAN, Hood y Herbert. Estaban defendiendo un fuerte llamado "Decencia" de una horda de soldados desfigurados que emergían de un transporte militar llamado "Odio".

El magullado pero erguido Herbert se emocionó al verlo. Stoll aplaudió. Hood se sentía avergonzado. Rodgers estaba de brazos cruzados en un rincón, fuera de la vista de Hood, con un sesgo de envidia en la expresión.

Cuando le pidieron que hablara, Hood se acomodó en el rincón de la mesa de conferencias y dijo:

—Todo lo que hicimos fue lo que gente como el general Mike Rodgers y su equipo hacen todo el tiempo.

—¿Atacar a ciegas en el extranjero —sugirió Lowell Coffey— y hacer que los diplomáticos ganen un sueldo?

—No —contraatacó Stoll—. ¡Luchar por la verdad, la justicia y el estilo de vida norteamericano!

—¿Dónde están mis cañones antiaéreos? —preguntó Anne Farris. Hood intentó calmar a las veinte personas reunidas en la sala.

—Como dije, sólo seguimos el ejemplo que nos han dado nuestros colegas del Centro de Operaciones. Hablando de ellos, Mike... ¿te importaría hacer el anuncio?

Rodgers sacudió la cabeza y extendió la mano en dirección a Hood. Hood quiso arrastrarlo a la mesa y obligarlo a compartir su triunfo. Pero la autopromoción no formaba parte del léxico de Rodgers

Hood dijo:

—Durante el fin de semana el general Rodgers finalizó los planes para que el coronel Brett A. August venga a Washington a comandar el Striker. El coronel August fue el hombre que atrapó a Dominique y será un gran logro personal y estratégico para nuestro equipo.

Hubo un estallido de aplausos y pulgares en alto.

—Como seguramente habrán notado —prosiguió Hood—, este fin de semana la prensa se dedicó exhaustivamente a la caída de Dominique y las implicaciones de la L'Operation Écouter. Vi muchos editoriales acerca de las maneras en que los prejuicios y las sospechas de la gente iban a ser manipulados para destruir vidas y sociedades. Espero que estas advertencias no mueran con los

titulares. Anne, tendremos que hablar de eso. Ver si podemos crear alguna clase de programa educativo para las escuelas.

Ella sonrió orgullosamente y asintió. Hood dijo:

—La evidencia que Matt Stoll descubrió en las computadoras de Demain está a salvo en manos de los fiscales franceses. Como en el crimen hay elementos internacionales, habrá representantes de los Estados Unidos, Alemania y otras naciones para asegurarse de que Dominique no vuelva a salirse con la suya. También me gustaría felicitar a Matt y a su equipo. Ayer rastrearon el lugar de lanzamiento de los juegos de odio aquí en los Estados Unidos. Estaban en la computadora de un banco en Montgomery, Alabama. Fueron ingresados allí vía Internet para que fueran lanzados muy cerca del lugar donde Rosa Parkes se negó a cederle su asiento a un hombre blanco en 1955. Dominique creía en la historia. Lo malo es que nunca aprendió nada de ella.

Rodgers dijo con solemnidad:

—Como dijo Samuel Taylor Coleridge: "Si los hombres pudiéramos aprender de la historia, qué lecciones nos daría. Pero la pasión y el partidismo ciegan nuestros ojos".

Hood dijo:

—Creo que hemos logrado abrir unos cuantos ojos en Europa, particularmente gracias a Bob.

—Y a Jody Thompson —dijo Herbert—. Yo estaría bajo un montón de piedras si no fuera por ella.

—Sí, y gracias a Jody —dijo Hood—. Nos han dicho que los Días de Caos han terminado en Alemania después de esto. Muchos jóvenes se sintieron desilusionados y regresaron temprano a sus hogares.

—Pobres chicos —dijo Martha—. ¿Qué apostamos a que volverán?

—Tiene razón —dijo Hood—. No terminamos con el odio. Pero les hicimos una advertencia. A las diez en punto voy a encontrarme con la senadora Fox y...

Hubo algunas manifestaciones aisladas en contra. Hood levantó las manos.

—Les prometo que no se irá de aquí sin rescindir los recortes de presupuesto que amenazó poner en marcha. En realidad, durante el fin de semana estuve pensando cómo usar el dinero adicional para una nueva división que opere como parte del Centro de Operaciones o de manera independiente. Una Patrulla de Red que se dedique exclusivamente a manejar información.

—¿Por qué no la bautizamos ya mismo? —dijo Stoll—. Por ejemplo, Chips de Computación o Patrulla Informativa.

Hubo varios gruñidos de reprobación.

—¿Qué? —gritó Stoll—. ¿Acaso es mejor Patrulla de Red?

—El Congreso y la prensa la tomarán más seriamente con ese nombre —dijo John Benn—, y eso es lo que cuenta.

—Hablando del Congreso —dijo Hood—, no quiero dejar esperando a la senadora Fox. Quiero agradecerles a todos por esta hermosa bienvenida, y particularmente al general Rodgers por el apoyo brindado.

Hood salió, seguido por un respetuoso aplauso y algunos vítores. Al salir palmeó el hombro de Rodgers y le pidió que fuera con él. Salieron juntos del Tanque.

—¿Podemos hacer algo para darle la bienvenida al coronel August? —preguntó Hood mientras

caminaban hacia su oficina.

—Sólo se me ocurre una cosa —dijo Rodgers—. A la hora del almuerzo iré al D.C. para ver si puedo encontrar un modelo de Revell Messerschmitt Bf 109. Hacíamos aeromodelismo de niños y nunca conseguimos ése.

—Correrá por nuestra cuenta —dijo Hood. Rodgers sacudió la cabeza.

—Pagaré yo. Es algo que le debo a Brett.

Hood dijo que entendía, y luego le preguntó a Rodgers si quería asistir a la reunión con la senadora Fox.

Rodgers declinó el ofrecimiento.

—Una vez por semana es suficiente. Además, usted siempre ha manejado estas cosas mejor que yo. No tengo estilo.

Hood dijo:

—Acabo de intentar hacer lo que usted hace para ganarse la vida, Mike. Claro que tiene estilo.

—Entonces lo haremos a mi manera —dijo Rodgers—. Si no podemos persuadirla, la encerraremos esposada en un helicóptero. —Me parece muy bien —dijo Hood mientras su asistente, "Bugs" Benet, asomaba la cabeza desde su oficina para informarle al director que la senadora acababa de llegar.

Rodgers le deseó buena suerte y Hood se apuró para recibir a la senadora a la salida del ascensor.

La mujer llegó con sus dos asistentes y una expresión huidiza.

—Buen día, Paul —dijo la senadora, saliendo del ascensor—. ¿Ha tenido un fin de semana descansado?

—Cuando mi esposa no me gritaba por haber estado a punto de dejarme matar, sí —dijo Paul.

—Bien

Mientras avanzaban por el corredor, la senadora dijo:

—En cuanto a mí, no estuve descansando. Estuve tratando de imaginar cómo cortar unas cuantas cabezas que actualmente trabajan para el hombre que ha salvado al mundo entero. ¿Lo planeó así, Paul? ¿Sólo para complicarme la vida?

—No puedo hacer nada a sus espaldas, ¿verdad?

—Todo eso funcionará muy bien en él Show de Larry King —dijo la senadora Fox—. Especialmente el hombre en silla de ruedas que salvó a Jody Thompson. Eso no sólo fue un milagro, fue un sueño del PR, y la prensa adora a esa chica. Especialmente desde que ha rechazado montones de ofertas para filmar su historia. Quiere dirigirla ella misma. Linda muchachita.

El grupo llegó a la oficina de Hood y se detuvo en la puerta. —Ayudar a la señorita Thompson fue obra de Herbert y Rodgers, no mía —dijo Hood.

—Es verdad —respondió ella—. Preservar nuestro sistema, evitar que nuestras ciudades fueran destruidas por motines, terminar la carrera del próximo gran déspota universal. Eso fue lo que hizo usted, señor Hood. Pero todavía estoy decidida a hacer esos recortes, Paul. Les debo eso a los ciudadanos que pagan sus impuestos.

Hood dijo:

—Deberíamos hablar de eso en mi oficina. Pero a solas. Hay algo que quiero decirle.

Fox dijo:

—No tengo secretos para mis asistentes. Tal vez no sean tan caros como su equipo, pero son míos.

—Comprendo —dijo Hood—. Pero me gustaría hablar un momento a solas con usted.

La senadora Fox dijo sin mirar a sus ayudantes:

—¿Les molestaría esperar aquí? Regresaré en seguida.

Neil Lippes y Bobby Winter rechazaron el ofrecimiento de Hood para esperarla en una oficina. La senadora Fax entró y Hood cerró la puerta.

—Siéntese, por favor —dijo Hood, dirigiéndose a su escritorio.

—Me quedaré de pie, gracias —dijo ella—. No tardaremos mucho.

Hood decidió quedarse frente al escritorio, y no detrás. Detestaba los gestos teatrales y quería que este tema se manejara de la forma más limpia y directa posible. Pero sabía que le convenía estar cerca de la senadora, y no parapetado detrás de un mueble.

Levantó un sobre de manila del escritorio. Lo extendió hacia ella sin entregárselo.

—Esto llegó durante el fin de semana por valija diplomática alemana —dijo Hood—. Es del ministro del Exterior Hausen.

Hood esperó. El domingo había ido a la casa de Matt para que hiciera un análisis computarizado y estar seguro. No había dudas. Aunque había estado temiendo este momento desde que llegó el paquete, tenía que enfrentar la situación. El momento había llegado.

—Escucho —dijo la senadora Fox.

Hood dijo:

—Hace años, Gerard Dominique y Richard Hausen estudiaban juntos en París. Una noche salieron. Bebieron de más.

Las mejillas naturalmente sonrosadas de Fox perdieron parte de su color. Sus ojos oscuros se clavaron en el paquete.

—¿Puedo? —preguntó, extendiendo la mano.

Hood le entregó el envoltorio. Ella lo aferró contra su pecho. Lo sostenía entre los pulgares y los índices y trataba de palpar lo que había adentro.

—Fotos —dijo por fin.

Hood se acercó y dijo con amabilidad:

—Senadora, le pido que se siente.

Ella sacudió la cabeza y metió la mano en el sobre. Eligió una fotografía sin mirar. Luego la observó.

Era una foto color de una chica parada en la cima de la Torre Eiffel, con la ciudad de París como fondo.

—Lucy —dijo la senadora. Tenía la voz ahogada, casi inaudible. Guardó la foto y apretó el sobre contra el pecho—. ¿Qué pasó, Paul?

Hood vio cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. La mujer parpadeó dos veces y apretó el sobre con más fuerza.

—Dominique las atacó —dijo Hood—. Hausen intentó detenerlo. Cuando escapaban, Hausen recogió sus cosas. Accidentalmente levantó una cámara de fotos en la oscuridad. La guardó, sin saber

qué hacer con ella hasta ahora.

La senadora tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. —Mi bebé —dijo— ¡Mi Lucy.

Hood quería abrazarla pero sólo la miró, consciente de lo inadecuado de cualquier gesto o palabra que pudiera ofrecerle. También era consciente de que un ícono político se estaba tornando humano. Y sabía que, pasara lo que pasare en el futuro, ella siempre se sentiría vinculada a él. No podría abandonarlo después de haber compartido esto.

Obviamente, la senadora también lo sabía. Aflojó los brazos y miró a Hood. Respiró para aliviarse y le devolvió el sobre.

—¿Le molestaría guardarlas durante un tiempo? Después de veinte años, usted me ha dado... bueno, es la palabra clave de los noventa, pero usted me ha dado un "punto final". Todavía no estoy lista para volver a enfrentar el dolor. Y sospecho que sufriré mucho en el juicio a Dominique.

—Comprendo —dijo Hood. Apoyó el sobre encima del escritorio y permaneció de pie para que ella no pudiera verlo.

La senadora que todos conocían regresó casi inmediatamente.

Se le aclaró la mirada, enderezó los hombros y endureció la voz. —Entonces. Sabe muy bien que ahora no podré hacer esos recortes —dijo.

—Senadora —dijo Hood—, no hice esto en busca de favores políticos.

—Lo sé. Razón de más para que yo pelee por usted. Cuando llegué desconfiaba, pero el Centro de Operaciones ha probado su importancia. Y usted también. Viniendo de la mayoría de la gente que conozco, este episodio hubiera dado lugar a una sorda manipulación. Washington no es un buen sitio para revelar intimidades, pero usted me ha dado una lección al respecto. Y creo con toda mi alma, Paul, que debemos respaldar a la gente valiosa tanto como a las instituciones valiosas.

Le ofreció la mano y Paul la estrechó.

—Gracias por el día de hoy —dijo la senadora—. Lo llamaré más tarde para combinar otro encuentro. Trataré de imaginar una manera de dejar satisfechos a los perros guardianes del presupuesto y a usted.

—Le advierto —dijo Hood con una sonrisa— que es posible que necesite más dinero. Tengo una idea para crear una nueva agencia.

—Ésa puede ser la manera de conseguir más dinero —dijo la senadora—. Recortar el presupuesto del Centro de Operaciones y devolverlo con una suma extra para crear una nueva agencia. Es una cortina de humo, pero todos quedarán contentos.

— oOo —